

desde
América

Entre la insurgencia y la fidelidad

**Textos canarios sobre la Independencia
venezolana**

Manuel Hernández González [ed.]



**Manuel
Hernández González**

Es doctor en Historia y profesor titular de Historia de América de la Universidad de La Laguna. Miembro de las Academias Nacionales de la Historia de Venezuela y de República Dominicana. Es coordinador del Centro de Documentación de Canarias y América (CEDOCAM). Ha sido profesor invitado y becario postdoctoral de la Universidad John Hopkins de Baltimore. Ha publicado más de cuarenta libros, ediciones de obras de viajes con estudios críticos y más de un centenar de artículos y capítulos de libros. Ha ganado seis premios de investigación histórica. Entre sus libros se pueden reseñar: *Los canarios en la Venezuela colonial (1670-1810)*; *La emigración a América (1765-1824)*; *La colonización de la frontera dominicana (1680-1795)*; *La emigración canaria a América a través de la historia*; *La esclavitud blanca (Contribución al estudio del inmigrante canario en América)*; *El Guanche inédito*; *Ciencia e Ilustración en Canarias y Venezuela*; *Francisco de Miranda y su ruptura con España*; *La Ilustración Canaria y los viajeros científicos europeos (1700-1830)* y *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795)*.

Entre la insurgencia y la fidelidad

**Textos canarios sobre la
Independencia venezolana**

Entre la insurgencia y la fidelidad

**Textos canarios sobre la
Independencia venezolana**

Manuel Hernández González (ed.)



Edita:

Ediciones Idea

Organismo Autónomo de Museos y Centros del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife
Centro de Documentación de Canarias y América

Colección dirigida por: Manuel Hernández González (coordinador del Centro de Documentación de Canarias y América, CEDOCAM, OAMC)

Directora de arte: Benita Domínguez

Control de edición: Vanessa Rodríguez Breijo

Entre la insurgencia y la fidelidad. Textos canarios sobre la Independencia venezolana

Manuel Hernández González (ed.)

Primera edición en Ediciones Idea: 2010

© De la edición:

Ediciones Idea, 2010

Organismo Autónomo de Museos y Centros, 2010

© Del estudio crítico y la selección de los textos:

Manuel Hernández González, 2010

Ediciones Idea

San Clemente, 24, Edificio El Pilar

38002 Santa Cruz de Tenerife.

Tel.: 922 532150

Fax: 922 286062

León y Castillo, 39 - 4º B

35003 Las Palmas de Gran Canaria.

Tel.: 928 373637 - 928 381827

Fax: 928 382196

correo@edicionesidea.com

www.edicionesidea.com

**Organismo Autónomo de Museos y Centros
del Excmo. Cabildo Insular de Tenerife**

www.museosdetenerife.org

Fotomecánica e impresión: Publidisa

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 978-84-9941-148-4

Dépósito legal: TF-1083-2010

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.

Índice

Estudio crítico.....	13
Introducción.....	15
La autobiografía de Antonio Ascanio	18
Las reflexiones de Pedro Eduardo	22
El discurso de Medranda en la Sociedad Patriótica.....	29
La visión de Fierro de la deposición de Emparan	34
La percepción desde Canarias de la contienda: las anécdotas de Álvarez Rixo	40
La autoproclamación de Monteverde	44
La exaltación de Monteverde por Gamboa y Hernández.....	50
El manifiesto de Peraza Bethencourt.....	55
Los escritos de Francisco Tomás Morales y sus partidarios.....	56
Cerdeña, de llanero realista a general de la Revolución	75
Entre la insurgencia y la fidelidad. Textos canarios sobre la Independencia venezolana.....	79
Autobiografía del teniente coronel Antonio Ascanio	81
Autobiografía de Pedro Eduardo. Reflexiones epistolares de un comerciante canario ante la Independencia de Venezuela	103
Discurso de Medranda en la inauguración de la Sociedad Patriótica de Valencia el 29 de agosto de 1811.....	119

Revolución de Venezuela. Relación del brigadier Manuel Fierro sobre los acontecimientos políticos ocurridos en Caracas el día 19 de abril de 1810	123
Proclamas de don Domingo de Monteverde, comandante en jefe de los ejércitos de su Majestad Católica.....	131
Proclama de 2 de agosto de 1812	133
Proclama de 3 de agosto de 1812	135
Proclama a los pueblos de la provincia de Venezuela de 5 de agosto de 1812.....	136
Carta de Domingo de Monteverde al ministro de la guerra, dando cuenta de los conatos revolucionarios de 20 de enero de 1813	139
Manifestación sucinta de los principales sucesos que proporcionaron la pacificación a la provincia de Venezuela debida a las proezas del capitán de fragata don Domingo de Monteverde, y a la utilidad de trasladar la capital de Caracas a la ciudad de Valencia. Presentada al augusto Congreso Nacional por los comisionados de las ciudades de Valencia, del Tocuyo, de Barquisimeto, y de la villa de San Carlos, Pedro Gamboa y fray Pedro Hernández	157
Anécdotas referentes a la sublevación de las Américas en cuyos sucesos sufrieron y figuraron muchos isleños canarios, por José Agustín Álvarez Rixo	185
Correspondencia con Páez y manifiesto partidario de la independencia del canario Agustín Peraza Betancourt	203
Expediente personal de Francisco Tomás Morales	225
Relación histórica en compendio de las operaciones del Ejército Expedicionario de costa firme durante el tiempo que estuvo al mando del Excmo. señor don Francisco Tomás Morales	273

Breve e importante advertencia de ocho españoles de Venezuela, emigrados y residentes en Curaçao, para la lectura y juicio del manifiesto que publicó en La Habana, impreso en New York, el capitán de navío don Ángel Laborde, contra el general en jefe del ejército de costa firme don Francisco Tomás Morales	317
Apuntes para la biografía del gran mariscal don Blas Cerdeña	325

Estudio crítico

Manuel Hernández González

Introducción

Este libro quiere ofrecer al lector materiales documentales y bibliográficos sobre el papel de los canarios en la Independencia venezolana, una contienda en la que su contribución fue fundamental por la considerable presencia de emigrantes procedentes de las Islas en ese país en la primera década del siglo XIX y por el elevado número de criollos que eran hijos y nietos de isleños en aquellas fechas. Implicados en el conflicto bélico en los dos bandos, los canarios actuaron y se integraron como criollos dentro del complejo amasijo y social y étnico de la sociedad venezolana de aquellos años. Hicieron suya la idea que sobre ellos plasmó años después en el marco de la Guerra Federal el caudillo de la insurgencia y figura fundamental de la política venezolana de los dos primeros tercios del siglo XIX, José Antonio Páez.

Van a nuestro país y se identifican con los venezolanos en tal manera y en tal grado que parece natural verlos tomando parte en todos nuestros asuntos, prósperos o adversos, y nadie se sorprende de que se inmiscuyan en nuestras desafortunadas disputas. La constante comunicación en la que viven con la gente común les expone a ellos más que a cualesquiera otros extranjeros a luchas y rivalidades, y para someterlos, la malevolencia toma ventaja del general desorden de una revolución en la que,

junto con unos pocos canarios, han muerto miles de valientes venezolanos.

Y es que «los canarios eran súbditos de su Católica Majestad de derecho, pero ciudadanos de Venezuela de hecho»¹.

Controvertidos y polémicos debates se han originado sobre el carácter de la Independencia venezolana, de los sectores socio-políticos en lucha y sobre sus reales motivaciones. Como en todos estos procesos, indudablemente no existen causas unívocas. Su complejidad es un hecho indiscutible. Los canarios apoyaron en un principio los cambios políticos promovidos por la elite mantuana caraqueña. Todos los sectores sociales de origen canario coincidían con la oligarquía criolla en su oposición al monopolio comercial español y a los privilegios concedidos por Godoy a algunos comerciantes norteamericanos, que habían llegado a controlar gracias a exenciones aduaneras más del 50% del comercio exterior de la provincia.

La fuerte conmoción que supuso para Venezuela la invasión napoleónica de España llevó a su clase dirigente a tomar el poder político para evitar que se les fuera de las manos. El miedo a una rebelión similar a la haitiana pesaba como una losa. El conglomerado étnico y social del país distaba mucho de ser homogéneo. Las noticias que venían de la Península eran cada vez más pesimistas sobre la marcha de los acontecimientos. De esta forma se precipitaron los acontecimientos que desembocaron en la proclamación de la Junta Suprema de Caracas el 19 de abril de 1810 y la destitución del comandante general Emparan. Solo cuatro años antes, la oligarquía

¹ MANNING, W.: *Diplomatic Correspondence of the United States. Interamerican Affairs, 1831-1860*, vol. XII (Texas y Venezuela), Washington, 1939, pp. 835-837.

caraqueña se había opuesto con vehemencia a la invasión de Miranda. En tan poco tiempo la situación había cambiado radicalmente. Las clases dominantes tenían recelo de los funcionarios españoles y de la política de la Monarquía. Eran manifiestamente opuestos a las trabas a la generalización del comercio libre y criticaban severamente la política gubernamental en la concesión de privilegios comerciales desproporcionados a la casa comercial norteamericana Craig-Caballero Sarmiento. Esa conciencia diferenciada y la exigencia de libertad de comercio no les hubieran impulsado por sí solas a afrontar la ruptura, sin el impacto de la destrucción del imperio español con la ocupación de la Península.

Desde esa perspectiva, criollos y canarios coincidían en su rechazo al poder monopolista tal y como había sido ejercido por España y la burocracia godista. Eran partidarios del libre comercio. Pero les separaban los diferentes intereses sociales. La oligarquía mantuana tenía puntos de vista sobre el poder político y la propiedad de la tierra contrapuestos frente a los blancos de orilla y los pardos. Esa divergencia socio-política existía en igual medida en la comunidad isleña. La disparidad de puntos de vista y percepción de la realidad entre los de extracción social baja y los que integraban la oligarquía criolla era tan irresoluble como la que separaba a los nativos del país. La propia evolución de los acontecimientos la iba a demostrar con claridad y explica la diferente percepción de la contienda entre los canarios de la elite y los de las clases bajas, como acaeció también en el conjunto de la sociedad colonial venezolana y tendremos ocasión de ver en los textos que seguidamente presentaremos en esta introducción.

La autobiografía de Antonio Ascanio

Antonio Ascanio Franchi Alfaro era un vástago segundón de una familia de la elite canaria con estrechos lazos con Venezuela que se remontaban a principios del siglo XVII, donde se constituyeron también como significativos miembros de su clase dirigente, llegando a ostentar uno de ellos un título nobiliario, el de Conde la Granja. La autobiografía es un texto manuscrito conservado en el archivo de su consuegro, el historiador cubano y firmante del acta de independencia Francisco Javier Yanes, depositado en la Academia Nacional de la Historia de Venezuela².

El primero de los Ascanio que arribó a Venezuela fue el lagunero Juan Ascanio y Viera. Lo hizo en 1611 como traficante de comercio. Contrajo matrimonio en Caracas, donde nació su hijo Martín, que retornó a la patria de su abuelo a tomar posesión del mayorazgo de este. Allí nacieron sus hijos. Uno de ellos, Juan Primo, marchó a Caracas, donde se desposó en 1723 con su prima Margarita de Herrera, con la que tuvo ocho hijos. Tenía dos haciendas de cacao, una en Urama y otra en Borburata y tierras en Tipetiripe en el Valle de Caracas. Su sobrino, el orotavense Martín Jorge de Ascanio y Llarena, tío de Domingo y de Antonio, emigraría después originando la tercera rama venezolana. Se casó en Caracas en 1782 con María Candelaria Ribas y Herrera, hija de uno de los más significativos miembros de la elite canaria en Venezuela, Marcos Rivas, con la que tuvo seis hijos. De ahí la directa vinculación familiar de los Ascanio con los Ribas y, por ende, con Bolívar. Era propietario de una hacienda de café en Cabeza del Tigre con 16 esclavos,

² Damos las gracias a la Academia Nacional de la Historia de Venezuela y a la profesora de la Universidad Central de Venezuela Rosario Salazar por las facilidades dadas para su consulta y digitalización.

dos de ellos prófugos y otra de cacao en Capaya comprada a su cuñado Francisco José Rivas³.

Domingo se trasladó a Caracas en torno a 1789 y allí se dedicó a actividades mercantiles y agrarias. Había nacido en La Orotava el 31 de marzo de 1767. Afín a las ideas independentistas participó de lleno en el proceso, por lo que fue corregidor del ayuntamiento republicano de Caracas. Fue encargado por Simón Bolívar para administrar su hacienda. En 1812 retornó por asuntos familiares a Canarias, probablemente por problemas relacionados con su herencia paterna, ya que su progenitor, Bernardo Ascanio Llarena, falleció el 12 de abril de 1810. El Libertador, en una carta dirigida a Francisco Itúrbide desde Curaçao fechada el 19 de septiembre de ese año, le comunicó que había sabido por uno de sus amigos que habían venido de costa firme que se marchaba, por lo que era indispensable decirle a Ascanio que sustituyese su poder general que le había otorgado a su venida. Tras su retorno a Venezuela, siguió administrando sus bienes. Desde Bogotá, el 28 de agosto de 1819, ya revestido con el rango de mayor, Bolívar le dio instrucciones para entregar sumas de dinero a diferentes personas, al tiempo que le ordenaba que se embarcara para la provincia de San Martín y que hiciera la mayor diligencia posible para legar con la menor demora a Guayana. Se conserva otra carta dirigida a él desde San Cristóbal el 25 de mayo. En ella afectuosamente se dirige a él como «mi querido Dimanche», y al tiempo que le habla de pagos, le transmite con ironía que

nada sé de Vd. ni de mi familia. Escríbame todo lo que sepa de todas partes y principalmente de la familia y

³ Archivo General de la Nación. Registro Principal de Caracas. Escribanías. Portillo, 28 de marzo de 1743, Barcenás, 23 de diciembre de 1801.

emigrados. Pero le encargo que nunca me hable de dinero, y menos para pedir, porque es materia odiosa y vitanda. Si alguno le pidiere y no tiene, mátelo, porque al fin los muertos dicen que no hablan y menos gastarán.

El 14 de julio de ese año sigue pidiéndole entregas de dinero y le pide de nuevo noticias por no saber de él en mucho tiempo, por lo que le suplica que le escribiese y le dijese «todo lo que haya que saber». Se despide disponiéndole «del afecto de su verdadero amigo que le ama». El 22 de julio desde El Rosario de Cúcuta, está disgustado y le dice que está furioso sobre le contenido de una carta que hacía referencia a doña Juana, su antigua casera. Le ordena que viniese con ella «o hágala venir con otro que sea de confianza. ¡Qué abominación!». El 21 de abril de 1821, desde Barinas, expresó a Fernando Peñalver el lamentable estado de su hacienda particular. Hacía mucho tiempo que no le quedaba un maravedí, «porque lo tomé para auxiliar a mi familia y las de varios generales y compañeros de armas y el resto lo ha disipado don Domingo Ascanio. Por esta razón y por otras muchas, no tengo un real de que disponer, pues aun esta comisaría está exhausta»⁴. En esa época el orotavense llegó a proponer al Consulado de Angostura un nuevo proyecto de colonización para Guayana, una provincia que «solo cuenta cuarenta mil habitantes y la mayor parte de ellos reducidos a la desnudez»⁵. Permaneció soltero y falleció sin sucesión.

Por su parte, Antonio, el autor de la autobiografía, arribado a Venezuela en 1809, había nacido en La Orotava el 16 de abril de 1787. Contrajo dos matrimonios en Caracas, el primero el 3 de

⁴ BOLÍVAR, S.: *Cartas del Libertador*, 2ª ed., Caracas, 1964, tomo I, p. 51; tomo II, pp. 200-201, 334, 384, y 395; tomo III, p. 56

⁵ ASCANIO FRANCHI ALFARO, D.: «Un proyecto para el fomento de la riqueza guayanesa (1820)», *Boletín histórico de la Fundación John Boulton*, N° 1, Caracas, 1962.

junio de 1825 con Benigna Ustáriz y Palacios,⁶ prima hermana de Bolívar e hija de Francisco Javier de Ustáriz Mijares de Solórzano, uno de los firmantes del Acta de Independencia, con la que tuvo seis hijos, uno de los cuales, Trinidad, se desposó con Emilio Yanes Socarrás, hijo de Francisco Javier Yanes, el célebre historiador cubano, firmante del acta de Independencia. Viudo de su primera mujer el 17 de enero de 1836, sus segundas nupcias acaecieron en 1838 con Trinidad de Ribas Pacheco, con la que tuvo una hija, por lo que volvió a vincular su linaje con los Ribas. Falleció en La Victoria, Aragua, el 11 de octubre de 1856⁶.

Sobre su trayectoria en la Guerra de Independencia, en la que alcanzó el rango de coronel, al principio de esta,

asistió en clase de particular a varias funciones de armas en los valles de Ocumare, que después marchó a Cumana conduciendo los caudales del Estado, que de aquella ciudad salió para Cartagena en cuya plaza sirvió durante el sitio que ella sufrió de las fuerzas enemigas.

Se exilió en Haití y se incorporó a la expedición de los Cayós. Participó en el combate marítimo que hizo rendir a dos buques de guerra enemigos y llevó a poder de los patriotas casi toda la isla de Margarita. Se encontró después en el ataque y toma de Carúpano. Entre sus actuaciones posteriores se podían señalar el reembarco de las tropas republicanas seguido a la toma de Carúpano, el desembarco en Ocumare de la Costa, y dos fuertes ataques en sus alturas, el regreso a la costa y de allí a Choroní, el combate contra el jefe español Quero sobre las alturas del Calvario de

⁶ ITURRIZA GUILLÉN, C.: *Algunas familias caraqueñas*, tomo I, Caracas, 1957, pp. 111-117. FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, F.: *Nobiliario de Canarias*, tomo II, La Laguna, 1954, pp.667-670.

Maracay, la marcha por el interior de los llanos, atravesando los valles de Aragua, donde hubo varios encuentros y posteriormente las batallas de Quebradahonda, Alacrán, El Juncal y sucesivamente la toma de Barcelona. Con el ejército patriota en su regreso al Llano se dirigió a Guayana. Bajo las órdenes del general Zaraza, tomó las casas fuertes de Chaguaramas y combatió en La Hogaza. En la penetración hacia los Valles de Aragua avanzó hacia el sitio de Callamal o Auyamal.

Regresó al Llano alto, marchó a la Angostura y de ahí a Apure, encontrándose en las funciones de guerra de Yamen, Queseras del Medio y Caño de los caimanes. Después siguió para la Nueva Granada y se halló en las de Gamesa, Pantano de Vargas, Boyacá y la toma de Bogotá. Desde esa ciudad se trasladó a Angostura conduciendo caudales para comprar armamento y regresó al cuartel general, que a la sazón se encontraba en San Cristóbal de Cúcuta. Nuevamente salió en comisión para los Llanos de San Camilo y pasó después a incorporarse al cuartel general de Barinas en donde fue nombrado comandante de armas. En Caracas se le destinó a la pacificación de los cantones de Petare y Guarenas y a la persecución de Dionisio Cisneros, en la cual resultó herido⁷. En la República fue diputado de la cámara de representantes y jefe político de los Valles de Aragua. Recibió la condecoración de la estrella de los ilustres próceres de la independencia.

Las reflexiones de Pedro Eduardo

Mostramos en este libro una carta autobiográfica realizada en 1839 por el comerciante lagunero asentado en Caracas Pedro

⁷ Archivo de la Academia de la Historia. Archivo de Francisco Javier Yanes. Servicios de Antonio Ascanio Franchi Alfaro certificados por el coronel de la República Valentín García, del orden de los Libertadores. La Victoria, 29 de julio de 1821. Archivo Francisco Javier Yanes, Leg. 28.

Eduardo a su amigo de la infancia Felipe Massieu, conservada en la Biblioteca Municipal de La Orotava, en la que narra sus vivencias en los largos años de la contienda emancipadora. Pedro Eduardo, regidor del primer ayuntamiento independentista de Caracas y presidente del Tribunal del Consulado de Angostura, casado con la viuda del general Anzoátegui, nació en La Laguna en diciembre de 1774 en el seno de una familia de la burguesía comercial de ascendencia irlandesa, los Edward o Eduardo. Junto con su hermano Juan emigró a Caracas en 1802 con la carta de emancipación de su padre a dar con su tío Salvador, comerciante en La Guaira. Su pariente les ofrecía la posibilidad de desarrollar mayores expectativas en un mercado incipiente como era el caraqueño, que parecía levantarse tras el fuerte impacto que para él supuso las guerras de la década de los noventa. Su protección y apoyo serían cruciales para sus primeros pasos. Abrieron una casa de comercio en esos años sin notificarlo al Real Consulado de Caracas, como era preceptivo, por lo que Pedro fue sancionado con una multa el 22 de abril de ese año. Los negocios les marcharon bien, pues en la Junta General del Real Consulado de Caracas aparecen como miembros de la clase de comerciantes. Debe tenerse en cuenta que tal rango en la sociedad caraqueña tenía una equiparación social a la de hacendado, pues para ser miembro de este sector se debía de poseer un capital social similar al del terrateniente, 30 000 pesos. En la carta autobiográfica dirigida a su amigo de la infancia Felipe Massieu Tello en 1839, que reproducimos aquí, se refirió a la rápida prosperidad que había alcanzado a pesar de haber emigrado con un capital bien precario: «Yo también fui feliz en dichas épocas, y aunque no nací con fortuna, mi genio o la Providencia me la proporcionó casi como si la hubiera heredado»⁸.

⁸ B.M. L.O. Carta de Pedro Eduardo a Felipe Massieu y Tello. Caracas, 18 de enero de 1839.

Rasgo significativo del prestigio social alcanzado por los Eduardo en tan pocos años de estancia en Venezuela es que figurase Juan como consiliario comerciante en el Tribunal del Consulado. Sus actividades mercantiles se encaminaron hacia el comercio de exportación e importación.

Los Eduardo se vieron sorprendidos por los acontecimientos acaecidos en 1808. Nada mejor para entender su punto de vista en 1808 que su desapasionado relato:

Al verme V. metido en la revolución de Venezuela podrá figurarse que mis ideas podrían propender a la revolución. Puedo asegurar que amo mucho la independencia individual y la independencia política y religiosa, la libertad de pensar sobre el objeto, que solo interesa a cada uno solo; pero yo era feliz en 1810, tenía mucho que perder y nada que ganar; pero reventó la revolución como un efecto del desmoronamiento del Imperio español bajo la corrupción y la invasión de Bonaparte, y por instigación de los ingleses a quienes todo por acá se sujetaba desde aquel tiempo y en el caso de elegir era pensador y no máquina como casi todos nuestros desgraciados compatriotas que se hallaban aquí y elegí sin titubear el partido que dictaban la razón y la política; mejor y más seguro era un sin volver la cabeza atrás; pero cuántas cosas se opusieron, y las mujeres, no fui capaz de tamaño sacrificio⁹.

La propia evolución de los acontecimientos se impuso. Había que tomar partido. Optó por el bando que le correspondía por su origen y posición social. Imbuido de la ideología liberal,

⁹ B.M.L.O. Carta de Pedro Eduardo.

apoyó el partido de «la razón y la política», mientras que sus compatriotas de origen bajo rechazaron el rumbo y la dirección política de la Primera República de Venezuela. Se sintieron identificados con los puntos de vista de la elite mantuana. Firmaron el manifiesto que proponía en 1808 la creación de una Junta Suprema que dirigiese la política del país, por cuya conjuración fueron procesados. La desconfianza hacia las autoridades era bien patente. Deseaban que esa junta ejerciera «en esta ciudad la autoridad suprema, mientras regrese al trono nuestro amado Fernando VII». En el proceso que contra esa conspiración se abrió, conocido bajo el nombre de conjura de los mantuanos se puede apreciar su protagonismo¹⁰.

Juan Eduardo fue elegido alcalde de barrio de un distrito de Caracas el 29 de enero de 1810¹¹. Poco después, no sabemos los motivos, decidió retornar a su isla natal, estableciéndose hasta la década de los 30 en Santa Cruz. Fue secretario de la diputación provincial de Canarias en 1820. Más tarde se estableció en Las Palmas como hacendado, donde fue en 1834 miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País. Pedro, sin embargo, continuó en Venezuela. Fue elegido regidor del ayuntamiento caraqueño el 18 de abril de 1811. Su labor se orientó hacia su reordenación conforme a los nuevos postulados republicanos. Se le designó como examinador de las cuentas de rentas de propios y como velador del cumplimiento del bando de policía en las calles, fue miembro de la junta para la construcción del matadero general, que gravó el consumo de carne con impuestos para su ejecución, defendió los intereses de los comerciantes y mercaderes frente a los vendedores callejeros, en

¹⁰ Véase el informe de la Audiencia de Caracas, reproducido íntegramente en el *Anuario de Instituto de Antropología e Historia de la Universidad Central de Venezuela*, N° 3, Caracas, 1966, pp. 270 y 271.

¹¹ *Actas del Cabildo de Caracas*, Vol. III, Caracas, 1976, p. 35.

definitiva toda una serie de medidas características de la política oligárquica de la Primera República, que trajeron consigo la abierta hostilidad de los sectores inferiores de la sociedad.

Un ayuntamiento formado por una mayoría isleña recibió la declaración de independencia con

el extraordinario aplauso con que este cuerpo en general y cada uno de sus miembros en particular ha celebrado el momento a que se ha restituido a esta importante parte del continente americano sus primitivos derechos civiles y naturales de que tanto tiempo ha se hallaban injustamente despojados¹².

Pedro Eduardo, conforme a su posición dentro del tejido social, participó activamente en los proyectos republicanos. El 11 de enero de 1811 contribuyó con 50 pesos en efectivo en el acto y 10 de forma mensual. Fue uno de los firmantes de una representación en la que se solicita la creación de unas compañías de agricultores con la finalidad de reunir en ella a los comerciantes y los hacendados para el establecimiento de un banco público, una compañía de seguros, una biblioteca de estos ramos y todo lo concerniente a facilitar la financiación e inversión de las actividades mercantiles y agrarias. El 25 de mayo de 1812 fue elegido como juez del Consulado caraqueño¹³.

La contrarrevolución no supuso para él persecución alguna por su consideración de isleño. Como recoge Urquinaona, «a don Rodolfo Vasallo, Gómez, Eduardo y un considerable número de isleños exaltados en la revolución libre de cárceles, destierros y

¹² *Actas del Cabildo de Caracas*, Vol. III, Caracas, 1976, p. 35.

¹³ *Ibidem*, tomo I, 22 de abril de 1811, p. 188; 33 de mayo de 1811, tomo I, p. 206; 12 de agosto de 1811, tomo I, p. 281; 7 de julio de 1811, tomo I, pp. 240-241.

en pacífica posesión de sus bienes». Nos ha dejado un interesante testimonio sobre esos acontecimientos:

La Patria empezó aquí como un juego de muchachos, y qué otra cosa eran los americanos antes de la revolución. Casi fueron asustados con el horroroso terremoto de 1812, fenómeno terrible de la Naturaleza que como otras infinitas veces ha aprovechado la superstición para asegurar su imperio o engrandecerse más. Bajo tales auspicios ocupó a Venezuela y Caracas en particular el imbécil Monteverde acompañado de frailes, monigotes y presidiarios. Así salió ello.

Sin un sólido soporte social la contrarrevolución pronto cayó. Pero la Segunda República que le sucedió tampoco tenía porvenir. Él diría sobre ella que

un joven loco entonces le hizo huir a Curaçao con una quijada rota, sin embarco fue premiado por el Rey y lo mismo el sanguinario Morales tuvo el privilegio de ser Conde y de mandar a ustedes por haber hecho perecer ambos más de 7000 españoles y canarios que dominaban a Venezuela en 1810, pero yo no me extravió, dicho joven vencedor de Monteverde entonces. Bolívar, quiero decir Libertador de Venezuela y toda la América del Sur con bastante justicia¹⁴.

Evidentemente a Morales no se le concedió título nobiliario alguno. En esa vorágine de odios e intereses no pocos trataron de apropiarse de los bienes de los demás aprovechando su

¹⁴ Biblioteca Municipal de La Orotava (B.M.L.O.) Carta de Pedro Eduardo.

huida. Encargado de la realización de los secuestros de bienes en La Guaira, denunció el 1 de diciembre de 1813 los pocos escrúpulos en la fraudulenta venta de la bodega, tienda y casa que había pertenecido al comerciante isleño Juan Andrés Salazar, por menos de la mitad del precio de la que él la había comprado. Pide por ella seis mil pesos y cree que

sin las críticas circunstancias en que nos hallamos pagarían por ella hasta ocho mil, pues, sin duda alguna, es la casa más acreditada de La Guaira [...]. Yo sé muy bien que el Estado debe auxiliar a los buenos patriotas. Pero en los momentos que nos hallamos todo debe dirigirse al bien general¹⁵.

Al entrar los llaneros comandados por Boves en Caracas, tuvo que emigrar a la isla danesa de Saint Thomas. La suerte de la revolución parecía más decidida que nunca a favor de los españoles. Máxime cuando poco después, con la restauración absolutista, el ejército expedicionario dirigido por Morillo hizo su entrada en Venezuela. Reconoce que sufrió

las desgracias de la revolución por las mujeres: encantadoras de Venezuela, y por estas y aquella perdí mi fortuna y perdí un amigo muy particular en estos tiempos, cuya existencia y trato me eran más necesarios que las mismas diosas, a quienes todo lo sacrificaba, en fin fui feliz hasta el mes de julio de 1814 en que tuvo lugar la fatal emigración de Venezuela.

A partir de entonces un calvario exterior le llevó a al exilio en Burdeos, arruinado, despojado de sus bienes. Siguió siendo fiel

¹⁵ B.M.L.O. Carta de Pedro Eduardo.

a la causa independentista, pese a las oportunidades que se le ofrecían desde España. Aseveró que,

echado una vez el guante, yo no retrocedo en materias de honor: así fue aun en los tiempos de las desgracias de la Patria, cuando se creyó que Morillo había hecho retroceder el destino de la América y yo me hallaba en Burdeos; pude ir a Madrid y seguir ahí, o volver aquí como español, tales fueron las recomendaciones que mi familia me ofreció en la corte; yo me volví a América a seguir mi destino, el destino de la patria, que yo creía siempre infalible¹⁶.

Retornó a Venezuela y se incorporó a las filas republicanas. En noviembre de 1817 en Angostura fue designado por Bolívar como cónsul del Tribunal del Consulado¹⁷. Su labor fue eminentemente mercantil. En el congreso de esa ciudad en 1819, en su sesión de 1 de julio se dio cuenta de los informes presentados por él por la compra de material bélico. La correspondencia del general Anzoátegui muestra que se dedicó a negociar el suministro de muías para el ejercicio venezolano¹⁸.

El discurso de Medranda en la Sociedad Patriótica

Casiano Medranda y Orea, sobrino de Marcos Orea, cuñado de Francisco de Miranda y de Telesforo, originario como este del Puerto de la Cruz, miembro de la Sociedad Patriótica de Caracas y representante del Gobierno de la Primera República

¹⁶ B.M.L.O. Carta de Pedro Eduardo.

¹⁷ *Actas del Congreso de Angostura*, prólogo de Ángel Francisco Brice, edición de Pedro Grases, Caracas, 1969, p. 520.

¹⁸ LOZANO Y LOZANO, P.: *Anzoátegui (Visiones de la Guerra de Independencia)*, Bogotá, 1963, pp. 454-456.

en el exterior, formó parte del cosmos de hacendados y comerciantes de origen isleño de activo protagonismo en el proceso emancipador. Enlazó con Josefa Muñoz y Ayala, hija de un comerciante tinerfeño, Tomás Muñoz, que había formado empresa con Gonzalo Orea y su primo Fernando Key Muñoz. La compañía fue capitalizada en 80 000 pesos en 1785¹⁹. Debido a su proyección exterior, Gonzalo se establecería en Cádiz, y Muñoz llevaría la gestión desde Caracas. Por su prematura muerte en 1796 la ejercería su sobrino, el también icodense Fernando Key y Muñoz. Era la quinta más importante del país y se dedicaba al comercio de exportación hacia la Península. Además de Josefa, tuvo otro hijo, Tomás, que sería general de los ejércitos independentistas. Casiano de Medranda y Orea, nacido en 1784, era hijo de José Medranda Caraveo y de Ana de Orea y Machado. Emigró a Venezuela en 1806 cuando contaba con 21 años de edad. Su padre,

por el grande amor que profesa y por desear mucho su prosperidad, conociendo que es bastante capaz para gobernarse y administrar sus bienes, he deliberado emanciparle, y para que tenga efecto, hallándose el expresado su hijo en Cádiz, de su poder a Gonzalo de Orea²⁰,

su cuñado. El 14 de junio de 1813 José Medranda da poder a Tomás de Muñoz y Ayala para que se represente en el padrinazgo de «la criatura que está próxima a nacer de dicho matrimonio y no pudiendo concurrir personalmente por la larga distancia»²¹.

Casiano Medranda tendrá un activo papel en la Primera República venezolana. Fue uno de los canarios firmantes de los

¹⁹ MCKINLEY, P. M.: *Caracas antes de la Independencia*, Caracas, 1985, p. 67.

²⁰ A.H.P.T., Leg. 3857.

²¹ A.H.P.T., Leg. 3863.

manifiestos de apoyo a la independencia y se le nombró por la Junta revolucionaria para que visitase el almirantazgo inglés en las Bermudas y lograrse su adhesión a su causa²². Fue regidor del ayuntamiento de Caracas y miembro del tribunal de policía de esa ciudad en 1811 junto con sus paisanos Pedro Eduardo y José Melo Navarrete. Constituyó, en unión de Francisco Talavera, una compañía de comercio en La Guaira para la gestión de las almonedas públicas de ese puerto²³. Moriría en el campo de batalla como ayudante mayor de caballería de agricultores del ejército insurgente el 10 de diciembre de 1813 en Yaritagua, en las proximidades de Barquisimeto. En esa acción las tropas al mando de coronel Vidapol se enfrentaron con los realistas en ese lugar, lo que se tradujo en el abandono de estos últimos de esa ciudad. La *Gaceta de Caracas* de 23 de diciembre de ese año calificó de «muy recomendable su conducta»²⁴.

Fue miembro activo de la Sociedad Patriótica. En su órgano de prensa, *El Patriota de Venezuela*, N° 3, se recogió su discurso en la apertura de la de Valencia el 29 de agosto de 1811. En él se expone en primer lugar su salutación a la derrota de la rebelión de Valencia, que contribuiría, según su opinión, «a restablecer el orden y la tranquilidad de un pueblo que es parte de nuestra confederación venezolana». Recordó a los socios muertos como «víctimas inmoladas a la libertad de Venezuela, de que la ignorancia y malicia quería privar a los habitantes de Valencia». Su muerte había contribuido «a la entera y sincera unión de los que debemos formar una sola familia». Con ello han cooperado a que los

²² Sobre esa misión, véase VILLANUEVA, C.: *Historia diplomática de la I República en Venezuela*, Caracas, 1967.

²³ *Gaceta de Caracas*, 21 de enero de 1812.

²⁴ *Gaceta de Caracas*, 23 de diciembre de 1813 y 3 de enero de 1814.

desengañados de sus errores vuelvan arrepentidos a unirse a nosotros, y, conociendo nuestras justas y rectas ideas, serán como antes nuestros amigos y las luces que hasta ahora encubrían la opresión y la malicia, se extenderán triunfantes por todos estos pueblos, y las verdaderas nociones de la libertad e independencia y los imprescriptibles derechos del hombre consolidarán para siempre nuestra tranquilidad y la de la República.

Invocó que la Sociedad Patriótica de Caracas, «de que muchos tenemos el honor de ser miembros», proyectaría con sus «incesantes trabajos y con el ejemplo de las virtudes cívicas que la adornan» la ilustración pública. La ve como «el escollo donde se han estrellado todas las tentativas que podían oponerse a nuestra libertad e independencia». Era el medio para propagar tales sentimientos entre todos los habitantes del continente. Afirmó que tenían el honor de ser los fundadores de esta reunión de «hombres libres que tratan sobre sus derechos y seguridad», por lo que se felicitaba de ser una de sus mayores dichas «la de haber contribuido a tan útil establecimiento».²⁵

Como su tío Telesforo, hablaba perfectamente el inglés, puesto que, como era habitual en los isleños de su esfera social, estudió en Inglaterra. La Junta Suprema lo designó para que el almirantazgo británico proporcionase a Venezuela pertrechos de guerra. Sir Jorge se mostró remiso a reconocer la Junta, le indicó que deberían mantenerse leales al Monarca. El gobernador de Barbados lo felicitó por su notable conocimiento de ese idioma²⁶. Más tarde se dirigió ante Sir Alejandro, que residía en Trinidad.

²⁵ Reprod. en *Testimonios de la época emancipadora*, estudio preliminar de Arturo Uslar Pietri, Caracas, 1961, pp. 362-363.

²⁶ *Gaceta de Caracas*, 20 de julio de 1810.

este le comunicó que las corbetas de guerra británicas practicarían un corso preventivo en las costas venezolanas, pero advirtió que no debían mezclarse en la política interna de los gobiernos de esa Capitanía²⁷. Roscio, en carta a Bello, le comunicó que Medranda se sentía satisfecho por la buena acogida tributada por las autoridades británicas, señaladamente el almirante, «que le concedió dormitorio en su cámara, donde también conservaba en lugar distinguido, o como adorno, entre otros retratos de generales, el de Miranda»²⁸. Level de Goda, que residía por entonces en esa isla y era asesor del gobernador Hislop, refirió que al arribar a la isla se le unió «con toda la confianza que nuestra antigua amistad antigua le inspiraba». Especificó que le consideraba influyente en esa autoridad y en Puerto España, por lo que

pensaba poner por mi medio al uno y a la otra en los intereses de Venezuela, pero yo en este punto andaba muy cauto, porque el Gobierno inglés no se explicaba; su alianza con España en terrible y espantosa guerra con el emperador de los franceses le privaba tomar parte, aun la más pequeña, en los asuntos de Venezuela.

Ya era indiscreción suya el que le dijera que «la Independencia de América era una obra de la naturaleza desde el principio del mundo»²⁹.

En 1812 se le llegó a encargar una misión a Washington para la compra de fusiles e incluso se habló de él como sustituto en Londres de Andrés Bello y Luis López Méndez³⁰. En Medranda

²⁷ VILLANUEVA, C., op. cit.

²⁸ ROSCIO, J. G.: *Obras*, tomo III, compilación de Pedro Grases, Caracas, 1953, p. 4.

²⁹ LEVEL DE GODA, A.: «Memorias», *Anuario de Historia y Antropología*, Universidad Central de Venezuela, tomo IV, V, VI, vol. II, p. 1246.

³⁰ VILLANUEVA, C., op. cit., pp. 460-461.

coexistían los mismos prejuicios sociales que yacían en su tío Telesforo y el mismo rechazo hacia Miranda. Miguel José Sanz en una carta reservada al Precursor fechada el 12 de mayo diría sobre él: «Dicen que va a Londres y que este gobierno consulta al federal... El Medranda Vd. lo conoce. La mayor desgracia de un país es la mala elección de los agentes del gobierno»³¹. El desacuerdo con su gestión y sus acusaciones de corrupción eran constantes. Juan Paz del Castillo, hijo de un emigrante isleño, diría a Miranda el 5 de julio de ese año que fue encarcelado «y después de tres días de encierro alegó todos sus servicios y buen patriotismo; hoy se ha puesto en libertad y le he dicho que su prisión era por revolucionario, y que se marchase al ejército»³². El 22 de mayo le referiría Patricio Padrón:

Al amigo Medranda lo han hecho presentar hoy en la contaduría, para que dé razón de los caudales que se le han hecho para el pagamento de los pertrechos que trajo un barco americano; no sé cómo saldrá de este lance, y corre la noticia de que es llamado por Vd. ¡Quiera Dios que así sea!, para que afloje el sudor de tanto pobre³³.

La visión de Fierro de la deposición de Emparan

Manuel Fierro Sotomayor, nacido en Santa Cruz de La Palma el 28 de octubre de 1752, era miembro de una familia de la elite de su isla natal ligada al comercio canario-americano y con estrechas conexiones en Venezuela, con un tío, José Fierro Santa Cruz que había sido alcalde y regidor del cabildo de Caracas. Su

³¹ Archivo del general Miranda, tomo XXIV, Caracas, 1929, p. 12.

³² *Ibidem*, tomo XXIV, p. 287.

³³ *Ibidem*, p. 307.

padre, Santiago Fierro Santa Cruz había sido capitán y dueño de la fragata *La Paloma isleña*. Integrante de una familia de ocho hijos. Desempeñó significativos cargos en las milicias canarias, entre ellos los de sargento mayor, gobernador del fuerte de San Carlos de Bajamar, ayudante del batallón fijo d Santa Cruz de Tenerife y castellano del fuerte de San Francisco de Las Palmas de Gran Canaria. Como evidencia de su pertenencia a ese grupo social se encuentra su admisión en 1792 como caballero del orden de Santiago. Su hermano Cristóbal había sido designado canónigo de la Catedral de Caracas, pero renunció por quedarse en las Islas. El 17 de diciembre de 1795 fue nombrado agregado del estado mayor de Caracas. En esa ciudad intervino en la Junta Central de la Vacuna en calidad de vocal.

Al erigirse la Junta Suprema el 19 de abril de 1810 fue depuesto de su empleo y obligado a salir del país, poniendo rumbo hacia Puerto Rico. Se conserva un relato suyo de esos acontecimientos, que es el que reproducimos en este libro. En él expone que fue arrestado en su casa por una guardia, fue conducido a las dos y media de la tarde al ayuntamiento, donde fue recluido en un cuarto, hasta que le llevaron al salón principal, donde juró «defender la religión, la soberanía de Fernando VII y la patria, con sumisión al gobierno establecido». Una vez efectuado se le condujo al lugar de su arresto, hasta que a las nueve de la noche se le recluyó en el cuartel más cercano, donde permaneció hasta el 20, hasta las cinco de la mañana del día siguiente, donde fue transportado en mulas hacia La Guaira para ser embarcado en el bergantín *El Pilar*³⁴.

Una carta dirigida a él a su destierro de San Juan de Puerto Rico el 24 de septiembre de 1810 por Miguel José Sanz, hijo de

³⁴ FIERRO, M.: «El 19 de abril de 1810 en Caracas. Relación del brigadier Manuel del Fierro», *Crónica de Caracas*, N° 44, Caracas, 1960, pp. 356-360.

un isleño que tenía amistad personal con el palmero, le expuso que los americanos «han sido esclavos de los europeos y tratados como tales. Si los europeos no conocen nuestra razón es porque les preocupa el grado de soberbia y de interés a que le ha llevado el hábito de dominarnos, robarnos y ultrajarnos». Le refirió que su salida «sucedió por efecto de cosas que no pueden evitarse en una fermentación». Pese a todo, se había emitido un decreto para posibilitar su retorno. Le aseguró que «todo va tranquilo, excepto algunas muchachadas sobre europeos, criollos y mulatos, todos viven pacíficamente. No hay más que contener la lengua y no ser frívolo, ni ligero en hablar; y en una palabra, buena fe». Esperaba «abrazar a Vd. aquí»³⁵.

Con la designación de Fernando Miyares como capitán general de Venezuela, el 29 de abril de 1810, se le otorgó el empleo de consultor, por lo que desembarcó en Puerto Cabello el 22 de julio de 1812. Fue comisionado por Miyares para ajustar con Monteverde para que aceptase este su sumisión a su autoridad legítima, pero fue infructuosa su comisión. Miyares creyó que el palmero no había cumplido su cometido por su parentesco lejano con su paisano, por lo que le ordenó que permaneciera en Caracas bajo las órdenes de Monteverde. Resentido Fierro, solicitó su retiro a Caracas alegando que la postración que padecía «no me permite ocupaciones activas». Accedió a sus deseos, despachándole el empleo de brigadier con plaza en Santa Cruz de Tenerife. Sin embargo, al arribar a Caracas con el objeto de tomar posesión de los cuantiosos bienes heredados de su tío José Gabriel Fierro, trató de acelerar su salida, pero Monteverde no se lo permitió, ordenando que continuase bajo sus órdenes. Integró la Junta erigida por su paisano como un contrapoder frente a la Audiencia. En ella se opuso a las detenciones invocadas

³⁵ *Epistolario de la Primera República*, tomo II, Caracas, 1960, pp. 283-284.

por Antonio Gómez. Alegó que la constitución y las capitulaciones lo prohibían, por lo que se tomó una medida más benigna, la expulsión de los patriotas de la provincia, proposición que también combatió, pero que finalmente fue aceptada. Salvó su voto en ella. En escrito al capitán general sostuvo que, por haber sido expulsado el 19 de abril de 1810, «nada puedo decir de los que posteriormente hayan tenido una parte activa y son acreedores a estas medidas por carecer absolutamente de conocimientos en materias tan delicadas»³⁶.

Se opuso activamente a las medidas represivas adoptadas por Monteverde, incluidas las referentes a la conspiración de 11 de febrero de 1813, en cuya comisión militar participó. Conocida por Monteverde, tal disparidad le pasó el 23 de marzo de ese año un oficio por el que,

hallándose ya con número suficiente de oficiales que tenía para el servicio; y hallándome ya con número suficiente de aquellos, está V. S. expedito para trasladarse a la plaza de Santa Cruz de Tenerife, a donde se le ha destinado, según lo que me informó el 6 del mismo mes.

En charla con él criticó lo que consideró excesos cometidos en su nombre. Cuando se disponía a embarcarse para Canarias, le requirió que lo acompañase a Barcelona por no disponer de otro oficial de confianza. Fue consciente de que era una intriga para separarlo de Caracas y darle su cargo a Antonio Tiscar, de menor graduación que él. El 5 de mayo se le confirió el mando de ese puerto. Consciente de esa encerrona le escribió a su paisano que «quedo en cuenta de tomar el mando militar de esta ciudad

³⁶ FERNÁNDEZ, D. W.: «El brigadier Fierro», *BANHV*, N° 161, Caracas, 1948, pp. 45-46.

por ahora por convenio del mejor servicio, no obstante que mis deseos son los de acompañar a V. S. en el campo del honor». El dirigente monárquico doctor José Manuel Oropesa, hijo de isleño y rector de la Universidad de Caracas, precisó al respecto a Monteverde el 8 de mayo que «harto siento que Fierro y todos aquellos con quienes Vd. chocó por dejar a Tiscar de su segundo tengan este motivo de complacencia». El 4 de julio quedó Fierro de nuevo encargado del mando de Caracas. Cuando era ya ineludible la derrota de los realistas, Monteverde le escribió desde Valencia el 1 de agosto de 1813 una carta confidencial en la que confesaba que

después de la derrota de Izquierdo me he quedado sin tropas y con la ciudad en confusión; por lo que me he visto en la precisión de irme a Puerto Cabello, que se halla abandonado, dejando esta plaza con el mayor dolor y tal vez toda la provincia. Usted, su le parece, ponerse en el mejor estado de defensa, porque los enemigos irán inmediatamente sobre esa ciudad, yo estoy como Vd. se puede figurar y sabe Dios si sobreviviré a tanta desgracia de Vd. desgraciado amigo³⁷.

En ese momento crítico Fierro convocó una junta que acordó la capitulación. El batallón de voluntarios de Fernando VII, que llegó a contar hasta contar con mil doscientos hombres, desertó en su mayor parte, ocupándose en salvar sus intereses, personas y familias. El palmero dio las disposiciones para la retirada y nombró como comandante político y militar de la ciudad a Francisco Antonio Paul. Temerario del *Decreto de Guerra a muerte*, le obligó al caraqueño a la aceptación del cargo y

³⁷ *Ibidem*, pp. 46-50.

anunció por bando dejar libre a los venezolanos, bajo el mandato de un compatriota suyo. Los capitanes Manuel Tapia y Salvador Gorrín le comunicaron la desertión de sus tropas. En La Guaira se encontraba sin barco en el que embarcar, hasta el punto de hacerlo en un bote, que puso rumbo a Puerto Cabello, donde dio a cuenta a Monteverde de todo lo sucedido. Por disposición de este salió hacia la Victoria para firmar la capitulación con Simón Bolívar el 4 de agosto de 1813. El 6 entró Bolívar en Caracas. Una comisión formada por el Libertador se trasladó a Puerto Cabello para que Monteverde les diera su aprobación. Sin embargo, este sarcásticamente contestó que ni Fierro ni nadie estaba facultado «para misiones de capitulación, no otras que son privativas del capitán general de la provincia», por lo que eran nulas todas las operaciones obradas. Ante tal acusación el palmero desde Curaçao el 27 pasó un oficio a Urquinaona y Pardo en el que le pedía que calificase su conducta política, que el comisionado calificó como intachable. El vasco recogió el testimonio de Level de Goda, en el que afirmó todos son independientes y todos mandan, por lo que

está en Curaçao el capitán general don Domingo Monteverde en riñas con el brigadier Manuel Fierro, sobre quién de los dos perdió Caracas y con la desgracia de ser el nombre que resuena en el lastimero grito universal. Los magistrados de la Audiencia, dispersos, errantes, cubiertos de improperios y huyendo de la execración pública.

Se le ha atribuido una carta fechada en Puerto Cabello el 20 de diciembre de 1814, reproducida en la prensa opositora, que es harto dudoso que fuera suya, no solo por su fecha tan tardía para él, sino por sus afirmaciones en abierta contradicción con sus planteamientos. En ella se felicitaba de que en las últimas acciones

habrán perecido más de 12 000 hombres, pero afortunadamente todos los más son criollos y muy raro español; si fuera posible arrasar con todo americano sería lo mejor, pues V. desengáñese, estamos en el caso de extinguir la generación presente, porque todos son nuestros enemigos, y el pueblo que no se ha sublevado es porque no ha podido; observándose con admiración que los hijos de los españoles son los más exaltados. En fin, amigo, nosotros debemos sembrar la guerra intestina a los criollos para que se acaben unos a otros y que tengamos menos enemigos³⁸.

Fierro retornó finalmente a su tierra, falleciendo en su ciudad natal el 14 de febrero de 1828. La Junta erigida en Madrid para observar la conducta de los oficiales del ejército en América expidió el 10 de abril de 1828, certificación acreditativa de haber purificado su conducta³⁹.

La percepción desde Canarias de la contienda: las anécdotas de Álvarez Rixo

El historiador y político originario del Puerto de la Cruz José Agustín Álvarez Rixo no viajó nunca a Venezuela, pero bebió de fuentes directas de los protagonistas del proceso independentista. Es una fuente fundamental para poder apreciar la percepción que se tenía de ese hecho desde el Archipiélago. Sus *Anécdotas* constituyen un manuscrito hasta ahora inédito conservado en el Archivo de sus herederos, a los que desde estas páginas agradecemos las facilidades que siempre han dado para la consulta y

³⁸ *Gaceta de Caracas*, 11 de octubre de 1821, p. 3. Esta misiva fue también reproducida por Francisco Javier Yanes en su *Relación histórica*.

³⁹ FERNÁNDEZ, D. W., op. cit., pp. 51-54.

edición de la obra inédita de este ilustre investigador portuense decimonónico.

Álvarez Rixo en su exposición manifestó que los canarios apoyaron la ruptura con la Regencia y se sumaron al proceso impulsado por la oligarquía caraqueña. Señaló al respecto que,

cuando los caraqueños en 19 de abril del año 1810 constituyeron su Junta Gubernativa conservadora (decían) de los derechos del señor Rey don Fernando VII, los muchos isleños canarios que había domiciliados fueron en un principio considerados por los criollos como otros tales, puesto que nacieron en las Islas Canarias, provincia separada de la Península. Y los mismos isleños, hombres sencillos y faltos de instrucción, los más de los cuales solo habían ido a Caracas para agenciar algo con que poder regresar a su patria, no recelaron superchería en los primeros procedimientos del nuevo gobierno. Pero, luego que reunido el Congreso de las Provincias o ciudades de Venezuela en 2 de marzo de 1811, vieron que los criollos patriotas, además de sus proclamas y declaraciones equívocas llamaron para ser directores de sus manejos y reformas a algunos tránsfugas o reos de infidencia, quienes se hallaban guarnecidos en las islas Antillas extranjeras, conocieron claramente era tramoya estudiada para separarse del todo de España, erigiéndose Venezuela en país independiente, proyecto que los leales canarios reprobaban⁴⁰.

A pesar de su simplismo, su interpretación tiene algo de fundamento. Los canarios para los americanos eran criollos, pertenecían a «una provincia separada de la Península por los mares».

⁴⁰ ALVAREZ RIXO, J. A.: *Anécdotas referentes a la sublevación de las Américas en cuyos sucesos sufrieron y figuraron muchos canarios*, Manuscrito, A.H.A.R.

Sus intereses, en principio, no tenían nada que ver con la lealtad a la Corona, ni con los monopolistas del Estado español en materia comercial. Es más, en su propia tierra, sus clases dominantes defendían la libertad de comercio. Incidían sobre la caracterización socio-profesional de la mayoría de los isleños. Pero también apuntaban un rasgo fundamental para comprender sus peculiaridades étnicas en la sociedad venezolana: su caracterización como criollos, su rápida identificación con la tierra, su definición separada y disgregada frente al conjunto de los españoles.

Poundex y Mayer afirman al respecto que «se da generalmente el nombre de criollos a todos los que nacen en el país, aunque los criollos de las Islas Canarias, llamados isleños, forma también una parte de la población»⁴¹. Canario es desde los orígenes de la Venezuela colonial sinónimo de isleño, un conglomerado étnico diferenciado de español y de europeo, un norte no muy definido, pero que se corresponde con una sociedad colonizada ultramarina, desde la perspectiva de la época. Para los venezolanos, son criollos, descendientes de europeos, pertenecientes a una colonia española. Por eso su insistencia en diferenciarlos del conjunto de la población española, que lleva a dividirlos en tres grupos: europeos, isleños y americanos, división esta que la Guerra de Independencia con sus proclamas dejará claro en los bandos en lucha.

Álvarez Rixo, por su parte, sostuvo que

no tenían jefes inteligentes que pudiesen corresponder a su leal intención, la cual descubierta y acometidos los isleños por los numerosos revolucionarios fanáticos, estimulados más bien por el aliciente de saquear los caudales

⁴¹ POUNDEX, H. y MAYER, F.: «Memoria para contribuir a la historia de la revolución de la Capitanía General de Caracas desde la abdicación de Carlos V hasta el mes de agosto de 1814», en *Tres Testigos Europeos de la Primera República*, introducción de Ramón Escobar Salom, Caracas, 1974, p. 105.

que habían agenciado los canarios con su industria y economía; que inteligenciados de lo que significaban las conveniencias civiles que sus corifeos proclamaban ganaron el punto y cometieron horribles iniquidades con los isleños que pillaron, cuyo relato horroriza. Su sangre no quedó del todo sin vengar⁴².

Son de interés sus apreciaciones sobre Monteverde. Planteó que se comportó como un soberano absoluto que trataba a sus súbditos como grumetes. A sus paisanos les había oído decir que «entre las costumbres que introdujo fue que no oía ni despechaba asunto ninguno sino de las 10 o las 11 de la mañana hasta las 2 de la tarde. Recibía a las gentes con sequedad y altivez»⁴³.

Interesantes son sus reflexiones sobre el contraste manifiesto entre las tropas españolas del ejército expedicionario de Morillo y las llaneras de Morales. El historiador, que bebió directamente de los testimonios de sus paisanos, entre ellos del propio Morales, apuntó que la tropa peninsular, bien vestida y equipada «con aquel garbo que es peculiar a los españoles de raza pura» contrastaba con los pobreza de los del país, descalzos y con trajes rotos. En su opinión Morillo cometió la imprudencia de «considerar a los criollos solo por su mezquino aspecto», sin atender a su mayor mérito para una guerra en tierra para la que los españoles no estaban preparados. La marginación y la altanería con que los militares profesionales miraban a los criollos hizo que

en poco tiempo se vio que estos hombres despreciados, afiliados después en las filas patriotas supieron y pudieron ir destrozando a los ufanos e indiscretos soldados del

⁴² ÁLVAREZ RIXO, J. A., op. cit.

⁴³ *Ibidem*.

general Morillo, al paso que radicando el odio contra los incorregibles españoles⁴⁴.

La autoproclamación de Monteverde

La llegada a Coro de un marino profesional canario, de origen oligárquico, que había participado en la batalla naval de Trafalgar, primo de los Rivas, Domingo Monteverde y Rivas, estrechamente vinculado a linajes caraqueños de ese apellido y con otro pariente, Fernando Monteverde y Molina, cuya hija se casaría más adelante con el presidente Navarte, sirvió de aglutinador de este heterogéneo movimiento de intereses bien diversos, pero unido por su firme rechazo a la Primera República. Monteverde desafió la autoridad española y se autoproclamó capitán general de Venezuela frente a la voluntad de la Regencia española. Se convertiría, por tanto, en el ejecutor de los puntos de vista de sectores socio-políticos que vivían y se identificaban con Venezuela, no en el de órdenes emanadas desde Cádiz. Creó un poder propio, enfrentado con las instituciones del Antiguo Régimen y con los representantes de las Cortes Gaditanas. Este movimiento, complejo y heterogéneo que ha sido venido en llamar la conquista canaria de forma despectiva por Carraciollo Parra Pérez, se agrupó en torno a un caudillo, Monteverde, que convirtió a Coro en la base de su programa contrarrevolucionario. Apoyado por el clero y por numerosos individuos de los sectores populares, condujo a una rápida ocupación del área controlada por la Primera República y obligó a Miranda a capitular⁴⁵. Hasta el terremoto de Caracas de 26 de marzo de 1811 parecía estar de parte de la contrarrevolución,

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ Véase las reflexiones de LYNCH, J.: «Inmigrantes canarios en Venezuela (1700-1800: entre la élite y las masas», *VII CHCA*, Las Palmas, 1990, pp.19-21.

dando la razón a los clérigos realistas que invocaban el carácter sacrílego y demoníaco de la revolución.

El testimonio de Surroca explicita clarívidentemente las fuerzas que se agruparon en torno a él. Tras el terremoto

la voz general decía que el cielo los castigaba por la infidelidad contra los españoles, y de tal modo lo decían que el congreso revolucionario se vio precisado a llenar los periódicos con discursos filosóficos que explicaban el origen de los terremotos y la diversidad de minerales que los preparan y expelían y negaban absolutamente de que fuesen dirigidos por la mano de Dios para castigo de los mortales.

Llegaron a salir sacerdotes como misioneros para predicar «lo muy justo que era el haber negado la obediencia a la nación española, que su causa era justa y sagrada, que llegaron a compararla con lo más sagrado de la religión»⁴⁶. Yanes, por su parte, tras reflejar que ese cataclismo le elevó a un grado que jamás pensó ascender, obviamente con notable exageración, le atribuye en Carora el origen de la guerra a muerte que después se generalizó en Venezuela, cuando el prisionero F. Pérez, natural de esa localidad, «fue asesinado, después de rendido por los soldados de marina de Monteverde, que decían que a los insurgentes no se les debía dar cuartel». Voluntad esta que repite su paisano Pascual Martínez bajo su mando en Güigüe cuando lo ocupa, saquea y da muerte a los prisioneros. Una actitud que deriva de su engreimiento «con los triunfos que le habían proporcionado el terror, el fanatismo y la traición»⁴⁷.

⁴⁶ SURROCA Y DE MONTÓ, T.: *La provincia de Guayana en la independencia de Venezuela*, estudio preliminar y notas de Héctor Bencorno Barrios, Caracas, 2003, pp. 116-117.

⁴⁷ YANES, F. J.: *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela desde que se declaró Estado independiente hasta el año de 1821*, 2 tomos, Caracas, 1943, tomo I, pp. 26 y 40.

Monteverde fue a Siquisique en apoyo de la rebelión realista protagonizada por el presbítero Andrés Torrelas y el capitán Juan de los Reyes Vargas. Ese gesto sirvió como aglutinante de amplios sectores corianos que se agruparon en torno a él. Surroca afirmó que «a grandes partidas se reunieron voluntariamente con Monteverde». Al conocer que el grueso de las tropas rebeldes se encontraba en Carora, se dirigió a esa ciudad y, «habiendo engrosado más su división, la atacó con tanto acierto que destruyó enteramente a los rebeldes». Sus victorias parecían demostrar que

los pueblos ansiaban salir del yugo de los rebeldes, que estaban con el tema de que Dios les castigaba su ingratitud, con los temblores que repetían menudamente. Monteverde se electrizó y formó cálculo serio para la reconquista que emprendió sin consultarlo al jefe de provincias⁴⁸.

En este punto, tras la conquista de San Carlos y de Valencia se sitúa el eje de su proyecto militar disidente con la autoridad gubernativa.

Su rápida sucesión de victorias, la paulatina incorporación de cada vez más personas a su expedición contrarrevolucionaria, la designación de jefes militares sin contar con sus superiores, como el del nuevo gobernador de Barinas, lo elevó a la cúspide. Como reseña Surroca, se negó a obedecer al capitán general y a cederle el mando que empuñaba a Miyares. Le replicó que,

tanto por haber reconquistado las provincias, como por estar prevenido en uno de los tratados de la capitulación que había aceptado, que él debía ser el capitán general de Venezuela, no dejaría el gobierno de ella hasta la Regencia

⁴⁸ SURROCA Y DE MONTÓ, T., *op. cit.*, pp. 117-118.

determinase la consulta que le había elevado acerca de dicho particular.

De esa forma quedó dueño absoluto de Venezuela, tal y como subrayó Surroca, realidad de facto que la Regencia se vio obligada a reconocer⁴⁹. Heredia se reafirmó en su posición de que

era el más inferior entre los jefes que la Capitanía General tenía a sus órdenes, despojó del ejercicio de ella al propietario que la servía con nombramiento del legítimo gobierno, y este no solo disimuló un acto de rebelión, sino también lo premió, confirmando al usurpador la propiedad del empleo que tan elegantemente había arrebatado⁵⁰.

Miyares se valió del coronel Manuel Fierro, paisano suyo, «por creer que podía persuadirlo valiéndose del respeto, de la edad y del influjo de la coterraneidad» y del temor a la guerra civil y «de la indignación con que el gobierno miraría al atentado». Mas nada causó «impresión en el Nuevo Cortés. No era fácil vencer la vanidad de aquel joven que se creía coronado de victorias, la ambición de los que le rodeaban con esperanza de mandar en su nombre y hacer su negocio»⁵¹.

Cagigal consideró este hecho escandaloso y sin precedente que fue capaz de desorganizar el ramo militar. Para este militar profesional las glorias militares de Monteverde nada importaban las conquistas, «si por ellas se ha de perder el sistema militar con que han de conservarse»⁵². Los prejuicios hacia los

⁴⁹ Ibidem, pp. 119-120.

⁵⁰ HEREDIA, J. F.: *Memorias del Regente Heredia*, prólogo de Blas Bruni Celli, Caracas, 1986, p. 71.

⁵¹ Ibidem, p. 72.

⁵² CAGIGAL, J. M.: *Memorias sobre la revolución de Venezuela*, Caracas, 1960, p. 71.

canarios, de los que no duda en llamar africanos de forma despectiva, se pueden apreciar en sus juicios de valor hacia él cuando afirma que «le tocó en suerte un carácter duro y no pudo desprenderse de ciertos agentes inseparables de quien respira el primer aliento en las Islas Canarias». Lo estima como «celoso de gloria, desconfiado, astuto y emprendedor; sabe lo necesario para su carrera, pero ni una línea más de lo preciso; poco inclinado a la lectura, ignora cuanto se enseña en las salas destinadas a la instrucción de los caballeros guarda marinas». Plantea que obedece con repugnancia y pocas veces «sin anticipar la sátira o la murmuración de cuanto por disposición de otro emprende». Pero su orgullo se somete finalmente «al consejo de los intrigantes, único que rodean a esta especie de hombres adustos y ambiciosos»⁵³.

Los canarios pasaron a convertirse en la columna vertebral del nuevo orden. La restauración realista no podía entregar el poder a la antigua elite que en su gran mayoría había apoyado la causa republicana. Monteverde se apoyó en los isleños hostiles a la República y ellos se sirvieron de él. Eran en su mayoría de origen social bajo, salvo algunos oportunistas que se le incorporaron por aspirar a puestos altos, como Vicente Gómez, nombrado administrador general de la Renta de Tabaco, o críticos por circunstancias personales a la naciente República como Gonzalo Orea o el citado Fernando Monteverde. Cagigal reflejó que «todo isleño, sin causa, ni indagaciones de su conducta, se le emplea, protege y auxilia». En la esfera local,

los cabildos se eligieron de aquellos isleños que bajo la palabra se les creía haber sido opuestos a la independencia, pero que, a pesar de su fidelidad no desamparaban

⁵³ *Ibíd.*, pp. 75-76.

sus labranzas, comercio y tiendas de despacho, contribuyendo para los fastos lo mismo que el resto del vecindario. A estos se encargó la observancia de las leyes, la policía y la tranquilidad pública.

Sin embargo, no creía necesario demostrar las persecuciones que emprendieron y

el resentimiento y las vejaciones que se crearon en esta sola provincia. Todos trataban de hallar delincuentes para asegurar costas; las tiendas se embargaban, los hatos se diseminaban, el numerario desaparecía y hasta el recurso se hallaba obstruido

por elevarse a Monteverde «contra los apoyos de su confianza»⁵⁴.

Era un sector social lo suficientemente minoritario como para que el ejercicio de su poder no creara fricciones tanto con las autoridades españolas como frente a los demás grupos étnicos. Controvertido ha sido el tratamiento que ha dado la historiografía venezolana hacia «la conquista canaria». Parra Pérez sostiene que con Monteverde, «convertido en ídolo de sus paisanos, cambió por completo el aspecto de las cosas». Los ardientes revolucionarios se convirtieron en endiablados realistas y principales sostenedores de un régimen de venganzas y pillaje. Miyares los denuncia entonces como

monopolizadores de los empleos públicos [...]. Una de las características de la situación y que indica como Monteverde no obedecía más ley que su capricho, es que al entregar los puestos a los canarios no tuvo para nada en cuenta que estos hubieran sido republicanos o

⁵⁴ *Ibidem*, pp. 97 y 91-93.

realistas: lo esencial en aquel momento era que diesen pruebas de ser monteverdistas.

Tal obcecación se aprecia en sus expresiones sobre su papel como creador del personalismo en Venezuela. Sus soportes eran, según Ceballos, «los que con las armas vociferaban poco antes el odio irreconciliable al gobierno español»⁵⁵. Heredia reflejó que en el tránsito de su camino victorioso a Caracas «prendía y enviaba a Coro indistintamente a cuantas personas le decían sus paisanos los canarios que eran malas»⁵⁶.

Monteverde había nacido en La Laguna, el 2 de abril de 1773 en el seno de una familia de la elite insular. En 1789 entró en la Armada como guardamarina en Cádiz. Tras participar en las batallas navales de Tolón, Cabo de San Vicente y Trafalgar y en la guerra de independencia española, donde fue premiado con el rango de capitán de fragata. En 1812 desembarcó en Coro para iniciar la empresa bélica que le llevará a autoproclamarse capitán general de Venezuela. En Las Tricheras quedó gravemente herido el 3 de octubre de 1813 y entregó el mando a Juan Manuel Cagigal. Regresado a la Península, en 1824 ascendió a jefe de escuadra y en 1827 a coronel general de la brigada real de mar. Falleció en San Fernando el 15 de septiembre de 1832.

La exaltación de Monteverde por Gamboa y Hernández

El clérigo tinerfeño Pedro Gamboa y el criollo fray Pedro Hernández en su apología de la actuación de Monteverde subrayaron

⁵⁵ PARRA PÉREZ, C.: *Historia de la Primera República de Venezuela*, tomo II, Caracas, 1959, p. 487.

⁵⁶ HEREDIA, J. F., op. cit., p. 61.

que en la provincia de Barinas gobernaba el natural de Santiago del Teide Pedro González de Fuentes por órdenes suyas. Este

la había reconquistado y Cevallos se propuso quitarle el mando, enviando con él a Barinas desde Barquisimeto a don José Miralles, pero González, que no podía reconocer a Cevallos como general en jefe, sino a Monteverde, que tenía una emanación legítima, se resistió a la entrega del mando y Miralles regresó a Coro⁵⁷.

Pedro Gamboa Sanabria era originario de Icod, donde nació el 14 de marzo de 1772. Ordenado clérigo de menores en la iglesia de las Bernardas de su localidad natal el 18 de diciembre de 1789, emigró con su padre Pedro Gamboa Sanabria a Caracas poco después. En 1799 dos testigos declararon que hacía tres años se encontraba estudiando en la Universidad de Caracas⁵⁸. Surroca subraya el clima reinante: los pueblos de la Provincia de Caracas,

ya dispuestos con la buena fama y progresos del general, que así lo titulaban, salieron a buscarle en el tránsito, dándole pruebas ingenuas del amor con que recibían el ramo de olivos que le presentaba en nombre del cautivo rey Fernando Séptimo, a quien juraron eterna fidelidad y ciega obediencia a sus delegados.

⁵⁷ GAMBOA, P. y HERNÁNDEZ P.: *Manifestación sucinta de los principales sucesos que proporcionaron la pacificación de la provincia de Venezuela debida a las proezas del capitán de fragata don Domingo de Monteverde y a la utilidad de trasladar la capital de Caracas a la ciudad de Valencia presentada al Augusto Congreso Nacional, Cádiz, 1813*, pp. 15-16.

⁵⁸ A.O.T. Capellanías, Leg. 153.

Su victoria final, tras la caída de Puerto Cabello y la capitulación, condujeron a autotitularse desde entonces como capitán general de Venezuela⁵⁹.

Este texto constituye el testimonio más meridiano de los planteamientos socio-políticos del sector que apoyó a Monteverde. El objetivo de esta relación era, por un lado, resaltar la grandeza de la victoria de Monteverde sobre las tropas insurrectas, que justificaban su autoproclamación como capitán general y descalificaban el comportamiento de la autoridad respaldada por el Consejo de Regencia, Fernando Miyares, y por otro avalaban el cambio de capitalidad de Caracas por Valencia. Se alegaba su mayor centralidad y conexiones con Puerto Cabello y la región occidental de la Capitanía General, que le convertirían en el lugar más adecuado como sede de la máxima autoridad militar y de la Audiencia, e incluso, si el Congreso lo estimase conveniente, de la sede episcopal, aunque esto último podría proseguir en Caracas sin contradicción con tales cambios. Como justificación histórica se valen de los argumentos del ingeniero Crame en 1778 que manifestó por aquel entonces que había sido un error de los antiguos el haber erigido la capitalidad en Caracas y no en Valencia, ya que era el punto más seguro, cómodo y proporcionado para el comercio era Puerto Cabello.

Subyacía un rechazo a la hegemonía de Caracas por amplio sectores de las elites dirigentes de ciudades de la región occidental y central del país, cuyo control político derivado de la asunción en ella de la Capitanía General, la Intendencia y la Audiencia de todo el territorio que conformaban las antiguas provincias de Maracaibo, Caracas y Oriente condujo a su plasmación en una Junta que rechazaba la autoridad del Consejo de Regencia y que, tras deponer al capitán general Emparan, se

⁵⁹ SURROCA Y DE MONTÓ, T., op. cit., pp. 118-119.

hizo con el poder en 1810 y proclamó la independencia al año siguiente. Una ruptura cuya legitimidad rechazaron amplios sectores de estas clases dirigentes que se autotitulaban realistas, no tanto por su concepción españolista como por su rechazo y desconfianza de las directrices de los mantuanos.

Su argumento se centra en la deslegitimación del comportamiento de la autoridad «accidental» del comandante designado por la Regencia y el carácter victorioso y agrupador de todos los sectores locales contrarios a la Junta caraqueña que integró el isleño. La solicitud de ayuda de tocuyanos y corianos, frente a la ofensiva del ejército republicano dirigido por el Marqués del Toro, según el discurso de las elites realistas de las que estos autores se erigen como sus representantes fueron despreciadas por el gobernador de Maracaibo que decidió abandonar increíblemente Trujillo tras haberlo ocupado sin haber sido ni siquiera amenazado por las tropas contrarias. En la acusación frente a la actuación de Miyares se denunciaban sus intereses y lazos familiares con la elite criolla partidaria de la independencia, ya que su propio yerno Miguel María Pumar, protegido por este, se había erigido en jefe de la Junta revolucionaria de Barinas que había ocupado Trujillo. También se cuestionó su designación como comisionado para la pacificación de la provincia de Juan José Mendoza, canónigo de Mérida y hermano de Cristóbal Mendoza, presidente del ejecutivo insurgente. En sus planteamientos por su inacción, cuando no implícita complicidad, se había perdido para los realistas la provincia de Mérida de Maracaibo con la excepción de la plaza fuerte de esa última ciudad, y se había puesto en riesgo la de Coro, si no hubiera sido por su «heroica resistencia».

El discurso de Gamboa y Hernández, que hacían suyo amplios sectores de las clases dirigentes realistas, conducía a plantear que solo su unidad fue factible por la actuación coordinada

de sus intereses por parte de Monteverde, que supo conducirlos a la victoria frente a la incapacidad de los restantes oficiales monárquicos, no solo representados por Miyares, sino también por José Ceballos, quien no supo auxiliar el levantamiento de Valencia, retirándose a Coro.

En la Venezuela de 1810-1812 todo giraba hacia una auténtica guerra civil, que revestía también carácter de conflagración social, en la que amplios sectores de las capas dirigentes locales de pueblos tanto del llano como de la Sierra desconfiaban del poder omnímodo de los mantuanos, disidencia que agrupaba en torno a ellos a los llaneros pardos, que veían en las ordenanzas de los Llanos la concentración en manos de ese sector la propiedad de la tierra en la región.

De ahí la conjunción de diferentes intereses y expectativas que supo canalizar Domingo Monteverde. Ciertamente que había canarios entre sus dirigentes como los tinerfeños Pedro González de Fuentes o José Yanes, que se convertirían más tarde en dirigentes de los llaneros realistas, o vascos como Luis María Oyarzábal, pero este no era un conflicto entre españoles y canarios frente a venezolanos, sino que traspasó esa frontera, agrupando en torno a revolucionarios y reaccionarios a concepciones ideológicas y sociales difusas que se articularon por su rechazo o aprobación del poder emanado desde Caracas.

El texto incide en destacar la inacción de Miyares e incluso las facilidades que proporcionaba a los republicanos frente a la derrota de la rebelión de Valencia. Con esa falta de apoyo se quedaron los insurgentes con la hegemonía en la mayor parte del territorio, hasta que aparece el capitán de fragata Domingo Monteverde con una tropa procedente de La Habana, que se convirtió según su opinión en el factor decisivo que inclinó la victoria hacia el bando realista desde la batalla del Valle de Yaragua, en la que iba de segundo de su paisano Julián Izquierdo, cuyo triunfo

abrió el camino hacia la ocupación de Carora sin la menor oposición. Respaldado también por la rebelión de Siquisique, Monteverde ya como jefe de la contrarrevolución de hecho, tomó ese pueblo, al mismo tiempo que Miyares tomó la extraña determinación de ausentarse a Puerto Rico, lo que convirtió al canario en el capitán general de facto. Esa victoria levantó a numerosas localidades en cadenas para proclamar a Fernando VII como su rey, lo que le permitió ejecutar la ofensiva hacia Barquisimeto, y la rápida entrada en Valencia. En la obra se destaca que supo atraer «el anhelo general de aquellos habitantes de verse libres del yugo pesado que los oprimía y de las catástrofes de una nueva revolución por la confusión de castas».

La ocupación de la plaza fuerte de Puerto Cabello, tras la desertión del jefe del castillo el tinerfeño, que obviamente no se relata en el texto, abrió el camino hacia la victoria definitiva de Monteverde, la ocupación de Caracas, la capitulación de Miranda y el fin de la Primera República. Frente a ella los intentos por parte de Ceballos de no reconocer su autoridad y los nombramientos por él designados quedaban de hecho sin valor, como reflejaron los autores de la obra.

El manifiesto de Peraza Bethencourt

Un canario partidario de la independencia, el majorero Agustín Peraza Bethencourt efectuó un manifiesto insurreccional dirigido al ayuntamiento de La Laguna en el que solicitaba a esa corporación su incorporación a la Gran Colombia. Este texto ha sido estudiado por los profesores Manuel de Paz y Oswaldo Brito⁶⁰. Por su gran interés como discurso elaborado por un canario partidario de la independencia que quiere integrar

⁶⁰ PAZ, M. de y BRITO, O.: «Canarias y la emancipación americana: el manifiesto insurreccional de Agustín Peraza Bethencourt», *Tebeto*, N° 3, Puerto del Rosario, 1990, p. 70.

a sus paisanos en el proceso bolivariano de la Gran Colombia lo damos a la luz en esta selección de textos sobre los canarios en la Independencia venezolana. Se trata de un escrito que dirigió al cabildo tinerfeño para que este se integrase en la Gran Colombia. No solo refleja la consideración diferenciada de los canarios como colonia y como criollos, sino que explicita la necesidad de una alianza de intereses entre ellos y los americanos. Sobre el cambio experimentado por los canarios con la llegada del ejército expedicionario de Pablo Morillo son de gran interés sus reflexiones en las que plantea cómo pasaron de contrarrevolucionarios a partidarios de la emancipación. Reflejó que

los isleños dieron entrada el año de 12 a los españoles, que debían respetar el resto de sus familias no compatriotas; son perseguidas, atribuyéndose a sí mismos las glorias; sus intereses usurpados, el saqueo y el ultraje sus operaciones. Corren los isleños con estos motivos en turbas a las banderas de la República; las relaciones que los unen con las familias del país y sus generales han borrado en estos los procedimientos anteriores con que violaron el juramento prestado de la Independencia, único requisito que exigía la República de nuestros compatriotas originarios, considerándoseles como canarios, pues la circunstancia apuntada les eximía de las presiones que por ley general se deben ejecutar en los españoles.

Los escritos de Francisco Tomás Morales y sus partidarios

El más singular de los llaneros isleños fue el lugarteniente de Boves y último capitán general de Venezuela, Francisco Tomás Morales. Modesto salinero en el Carrizal de Ingenio en Gran Canaria,

emigró como tantos isleños de humilde cuna a Venezuela a labrarse un porvenir. Sobre sus orígenes, una vez más los epítetos son clamorosos. Había nacido en El Carrizal el 20 de diciembre de 1781, siendo bautizado en la parroquia de Agüimes el 27. Era hijo de Francisco Miguel Morales y María Ana Alfonso⁶¹.

Con anterioridad a la guerra había sido un simple soldado de las milicias de artillería de Barcelona por espacio de cuatro años y diez meses a partir del 19 de marzo de 1804. Con el rango de cabo 2º lo fue desde el 4 de febrero de 1809 en las de infantería de Píritu⁶². Baralt dice sobre él: «El canario Morales, rastrero y bajo desde los principios, había comenzado por soldado y asistente del teniente coronel español don Gaspar de Cagigal», frase que copia de Heredia. Parra Pérez dice de él que era «antiguo vendedor de pescado frito en Píritu y llamado a terrible notoriedad en los años siguientes»⁶³.

No era, por tanto, como todos los anteriores, un militar profesional. En 1810 ya dirigió una pequeña cuadrilla en del departamento de Clarines, por la que hasta el 4 de junio de 1812 «hicieron volver a la obediencia las siete misiones de dicho partido». El 21 de julio de ese último año mandó la acción del Guaimacual, en la que derrotó a los republicanos. En las playas del Píritu pudo derrotar a los desembarcados en ellas y hacer quinientos prisioneros. En las de Barcelona tomó cuatro piezas de artillería, por lo que fue ascendido a subteniente de infantería. El 14 de septiembre derrotó a la villa de Aragua a Manuel Figueras. El 1 de octubre logró en Maturín destruir la división de Manuel Villapol. Con esa acción quedaron sometidas a la obediencia de Monteverde las ciudades de Cumaná, Barcelona y la isla de Margarita. Por tales victorias fue premiado con el rango

⁶¹ A.G.M.S., Expediente personal de Francisco Tomás Morales.

⁶² *Ibíd.*

⁶³ BARALT, R. M. y DÍAZ, R.: *Resumen de la Historia de Venezuela*, tomo II, Curaçao, 1883, p. 177. PARRA PÉREZ, C., 1959, op. cit., tomo I, p. 365.

de teniente. Al año siguiente, por tres veces participó en la ocupación de Maturín, fracasando infructuosamente en todos esos intentos. Al triunfar Bolívar sobre Monteverde, se refugió en Puerto Cabello. En esa localidad fue designado por Boves como su lugarteniente.

Ya revestido de ese rango, concurrió a las batallas de Cachipo el 30 de junio, el 6 de julio a la del Pao y el 14 de agosto a la de La Borrachera. Tras otras escaramuzas este ejército logró derrotar el 31 de agosto en La Corona, en Santa María de Ipire a Figueras y el 21 de septiembre en Santa Catalina a Francisco Padrón y Pedro Aldao. Premiado por tales acciones con el ascenso a capitán, gracias a ellas pudo proceder a la ocupación de Calabozo el 23. Derrotado en La Mosquitera, con el socorro del ejército de Guayana, pudo vencer en San Marcos como segundo de Boves a Aldao, que pereció en la batalla. El 3 de febrero de 1814 concurrió a la de La Puerta, en la que sucumbieron la mayor parte de los republicanos. En La Victoria rompió los atrincheramientos planteados por José Félix Ribas. En San Mateo se hizo cargo del mando por las heridas de Boves, en un sitio que duró 33 días hasta el 2 de abril en el que cayeron Villapol, Campo-Elías y Vicente Gómez. Bolívar logró fugarse con varios oficiales. Participó también la conquista de Valencia por Cagigal y con Boves en la segunda batalla de La Puerta. Obligó a los llamados rebeldes a evacuar Maracay y presó al general Diego Jalón. El 16 mandó la acción en la que cayó el punto de La Cabrera, mientras que el 11 de julio capituló Valencia, facilitando la entrada de Boves en Caracas con poca resistencia. Tras la ocupación de la provincia de Venezuela se dirigió con el grueso del ejército hacia los Llanos de Barcelona y Cumaná.

En Aragua el 17 de agosto de 1814 derrotó a los republicanos. Los prisioneros fueron pasados a cuchillo o lanceados o fusilados, incluso «muchos emigrados de ambos sexos, a quienes no valió

el asilo del templo a que se habían refugiado». Morales se jactaba en el parte que dio a Boves, de que en la plaza se había asesinado y degollado más de 1500 hombres⁶⁴.

Las acusaciones sobre su brutalidad serían innumerables. Cagigal recoge los casos de un realista leproso que se le presentó

sin movimiento de sus miembros en la costa de La Guaira para felicitarle por su entrada victoriosa en ese punto. Pero lo miró y, lleno del mayor desprecio, mandó a su guardia que lo matasen, y en la misma hamaca se ejecutó esa orden inhumana, que horroriza ya la sola memoria de que existió hombre que la dictara

y el de Diego y José Jugo, padre e hijo, administrador de tabaco del partido inmediato a Valencia el primero, y oficial de Bolívar el segundo, que habían escapado de la capitulación de Valencia del 10 de julio de 1814, que, hallándose en un bergantín al cuidado del comandante Juan Gavaso, queriendo matarlos, los condujo a tierra, y a vista del buque, fueron asesinados a lanzazos⁶⁵. Él mismo reflejó en su relación que en cinco horas y media destrozó completamente las tropas republicanas, «sin haber podido salvarse más que el titulado Libertador con algunos de sus secuaces, dejando en la plaza, calles e inmediaciones de la villa, tres mil seiscientos muertos⁶⁶.

Victorioso en Aragua, se dirigió a Barcelona, la localidad de su residencia cuando estalló la contienda. Tras la toma de Güiría, el 19 de febrero de 1815 efectuó una proclama que vinculaba directamente al Rey con la Divinidad a sus contrarios con el

⁶⁴ YANES, F. J., op. cit., tomo I, p. 189.

⁶⁵ CAGIGAL, J. M., op. cit., pp. 143-165.

⁶⁶ A.G.M.S., Expediente personal de Francisco Tomás Morales.

demonio. Él era poco menos que el elegido del Altísimo. Afirmó que como comandante general de las provincias de Caracas, Cumaná y Barcelona y como general en jefe de Venezuela,

El Dios de los ejércitos, que protege visiblemente la causa justa que defiendo, me ha conducido a este pueblo, último lugar de la Costa firme, después de haber derrotado completamente, en todos los puntos de la provincia de Caracas, Cumaná y Barcelona, a los malvados enemigos de Dios y de sus semejantes.

Reconoció que la población había sido seducida «por cuatro malvados sin religión, ni moral alguna que aspirando al mando os privaron de vuestros bienes y reposo, entregándoos al filo de la espada de mi ejército»⁶⁷. Concedió un indulto general que no cumplió, como evidenció en su carta del día siguiente al gobernador británico de Trinidad. En ella precisó que

la sangre de los hombres buenos, derramada en los calabozos, valles y plazas de estas provincias y el robo ejecutado en los templos ha sido todo vengado; pero han comprometido los bárbaros mandones a los vecinos de estos territorios, salvándose ellos, como acaba de suceder en este pueblo con Bideau, Bermúdez y su comitiva, que se han profugado para esa isla⁶⁸.

El mando del capitán general Montalvo en Venezuela en 1815 fue siempre nominal, porque Morales, como los anteriores,

⁶⁷ PARRA PÉREZ, C.: *Mariño y la independencia de Venezuela*, tomo I, Madrid, 1955, p. 508.

⁶⁸ *Ibidem* p. 509.

ejercía la autoridad por su cuenta. Había mandado a fusilar, según Heredia, a siete capitanes de su ejército por estar inclinados al reconocimiento de la autoridad. «Envió las 7 cabezas al gobernador militar de Caracas para que las fijase en parajes públicos»⁶⁹. Cajigal reafirma que la insubordinación, la no aceptación de la jerarquía, el no sometimiento a los superiores es una constante en Morales. Yanes dice de él que sus atrocidades llevaron a extremos deleznales, como la acontecida con el canario Tomás Losada en Cariaco. Partidario de la independencia, había huido de Caracas y se había refugiado en esa localidad: «mandó a matarlos a todos y que le llevasen el dinero y efectos que encontrasen en su posada»⁷⁰.

Morales reprodujo en su expediente personal la célebre acta de Urica de 5 de diciembre de 1814. En esa sesión el grancanario expuso cómo había silenciado la muerte de Boves «para derrotar, como derrotamos, completamente, al ejército». Afirmó que «no apetezco mandar al ejército, ni quiero más gloria que la de militar bajo las órdenes de vuestras señorías, sea el que fuere el que se nombre». Sin embargo, recordaba «la gran satisfacción de conducir el ejército hace dos años, y de mandarlo con el honor y decoro que me es característico, llevando victoriosamente las armas de nuestro adorable monarca desde el pueblo de Cachipo hasta este punto». Era indispensable acordar que si el territorio reconquistado por Boves debía recaer el mando en Cajigal, «segundo del señor Montalvo, o en los términos que lo tenía dicho Boves, mandando por sí las provincias de que dio cuenta al Rey». Su estrategia era nítida, porque iba más allá en el alcance de su poder omnímodo sobre las autoridades del Antiguo Régimen, al proponer no solo para sí el mando militar, sino el político y judicial

⁶⁹ HEREDIA, J. F., op. cit., p. 197.

⁷⁰ YANES, F. J., op. cit., tomo I, p. 232.

al oponerse el asturiano al establecimiento de la Audiencia por las perturbaciones que este tribunal originó a la provincia en la época de Monteverde, «cuyos males llora aún la provincia». Tras «una meditada reflexión», se acordó «con unánime consentimiento» su reasunción del mando del ejército, por lo que las provincias conquistadas debían ser gobernadas por este

presidente, manteniéndose con el título de comandante general de las provincias de Caracas, Cumaná y Barcelona, que se conserven las autoridades que dejó establecidas, pudiendo quitar y poner a la persona o sujeto que sea más propia para el ministerio que se le encarga; y últimamente que no se admita los ministros de la Real Audiencia nombrados por las Cortes.

Se daba cuenta al distrito de tal nombramiento y al mismo tiempo se transmitía al monarca «para su real aprobación o resolución que sea de su soberano agrado»⁷¹. Es la confirmación de la ruptura con las autoridades del Antiguo Régimen al derogar las legítimamente constituidas por mandato regio y erigir un contrapoder autoproclamado con monopolio absoluto del mando en todos los órdenes, sin ninguno de los contrapesos que lo limitaban. El monarca al que decían representar quedaba de esa forma en la práctica destituido del ejercicio de la soberanía efectiva al contentarlo únicamente con la recepción de la orden emanada de la autocracia omnímota y sin ningún tipo de limitaciones que recaía en Morales. Solo debía contentarse con acatarla por su imposición por la fuerza o a lo sumo desafiarla, ya que tenía la sartén por el mango.

⁷¹ A.G.M.S., Expediente personal de Francisco Tomás Morales.

A partir de entonces Morales quedó convertido en su general, por lo que sus tropas le pidieron que «des condujese a vengar los manes de su inmortal Boves». Por testimonios de algunos realistas, Yanes reflejó que

los oficiales que opinaron que debía reconocerse la autoridad superior, política y militar del capitán general don Juan Manuel Cagigal desaparecieron, muertos oculta-mente unos, y otros con violencia, quedando Morales constituido jefe absoluto de toda la parte oriental⁷².

Una vez proclamado jefe supremo, el canario procedió a tributar a Boves unos funerales «con la mayor pompa que le permitieron el lugar y las circunstancias»⁷³.

La restauración del absolutismo en España en 1814 posibilitó el envío en marzo de 1815 de una fuerza expedicionaria al mando de Pablo Morillo, constituida por diez mil soldados, que ocupó Maracaibo y entró en Caracas. Se dirigió hacia Nueva Granada, que reconquistó en octubre de 1816. Con tales refuerzos la Guerra de Independencia venezolana dejó de ser por vez primera una guerra social interna, una guerra civil, para introducir un elemento foráneo.

Las tropas que habían luchado por el Rey fueron menospreciadas y consideradas de segunda fila. El capitán Rafael Sevilla reflejó una conversación entre Morales y Morillo que confirmó su distanciamiento. El último se opuso a sus consejos, ante lo que el canario le señaló que «en adelante me abstendré de dárselos». Le podrán reprochar que la nueva autoridad militar «fue vilmente engañada, pero no que lo fueron los veteranos del ejército de Venezuela. El tiempo, mi general, el

⁷² YANES, F. J., op. cit., tomo I, p. 215.

⁷³ SURROCA Y DE MONTÓ, T., op. cit., p. 164.

tiempo y la historia dirán cuál de los dos se equivoca». El militar español precisó que «desde aquel día quedó profundamente resentido el brigadier Morales con el general»⁷⁴. Torrente en su *Revolución Hispanoamericana* señaló al respecto que

las ideas del general Morales eran terribles, por cierto; y, aunque estamos muy distantes de complacernos con las escenas sangrientas, tal vez hubiera sido más útil a la misma humanidad que se hubiera llevado a efecto sin alteración. La amputación de un brazo muchas veces salva a todo el cuerpo de la muerte⁷⁵.

El mismo Morales, en una carta dirigida al propio Morillo, dejó constancia de esa postergación, a diferencia de lo actuado por Boves y por él:

los jefes españoles que podían tomar o tenían en la mano las riendas del Gobierno, o no tenían el conocimiento necesario de la localidad, de los pueblos e índole de sus habitantes, o queriendo hacer la guerra por lo que han leído en los libros, se veían envueltos y enredados por la astucia y viveza de las tropas, sin poder dar un paso con feliz éxito, a menos que fuese seguido de los mismos naturales. Tuvo la fortuna D. José Tomás Boves de penetrar los sentimientos de estos y adquirir un predominio sobre ellos por aquella simpatía, o como suele decirse, por un no sé qué suele sobresalir en las acciones de un hombre y hacerle dueño de sus semejantes. El difunto

⁷⁴ SEVILLA, R.: *Memorias de un oficial del ejército español (Campañas contra Bolívar y los separatistas de América)*, 3ª ed., Bogotá, 1983, p. 37.

⁷⁵ Reprod. en AA.VV.: *Materiales para el estudio de la ideología realista de la independencia*, Anuario del IAHUCV, vol. IV, V y VI, v. 1, pp. 1562-1591.

Boves dominaba con imperio a los llaneros, gente belicosa y tal que es preciso saberla manejar para aprovecharse de su número y de su destreza. [...] Comía con ellos, dormía entre ellos y ellos eran toda su diversión y entretenimiento, sabiendo que solo así podría tenerlos a su devoción y contar con sus brazos para los combates, reluciendo más estas verdades con el contraste de los ejércitos o divisiones mandadas por los jefes de la provincia con nombramiento o patente de la soberanía [...]. Verdad es que las tropas disciplinadas saben hacer la guerra por principios, pero es contra otras tropas que operan por la misma táctica, y están arregladas a unas costumbres militares, pero venga un jefe, cualquiera que sea, y entre en combate sin contar con los modales y genios de sus soldados, hallará seguramente su destrucción y su ruina. Diecinueve mil hombres mandaba Boves y tenía reunidos para acciones hasta 12 000. ¿Y podrá algún otro hacerlo en el día? Usted lo sabe y nadie lo ignora⁷⁶.

Morales sería acusado por Morillo de actuar como un revolucionario por haber ejercido la autoridad suprema militar tras la muerte de Boves. Afirmó en esa misiva al general en jefe fechada en villa de Cura, el 31 de julio de 1816, que el acta de Urica no era un quebrantamiento de la legalidad, sino que debía «llamarse en todo el sentido de la palabra Junta conservadora de los derechos del monarca, y la que solo pudo asegurar la reconquista y pacificación de estas provincias». Arguyó que los soldados le conocían y trataban como al asturiano, «como que

⁷⁶ Reprod. en PÉREZ TENREIRO, T.: *Para acercarnos a don Francisco Tomás Morales, mariscal de campo, último capitán general en Tierra Firme y a José Tomás Boves, coronel, primera lanza del Rey*, Caracas, 1994, pp. 60-61.

yo los manejaba de más adentro». Con él era factible reconquistar Venezuela, pues solo quedaba Maturín como único asilo de la insurgencia. Frente a ello el capitán general Cajigal era odiado por los soldados que deseaban su exterminio, hasta el punto que alguno pensó en pasar a Puerto Cabello para darle muerte. Atribuyó su decisión de convocar tal reunión a la voluntad del ejército de elegirlo como tal. Para justificar su proclamación como jefe supremo empleó un subterfugio en pleno absolutismo por el que habían actuado frente la actuación de los liberales. Su argumento era que se procedió así por no haber sido designado Cajigal por el Rey en persona, sino por las Cortes, por lo que, tras la recepción de la real orden, la obedecieron. De esta forma expuso que no era revolucionario por obedecer al Rey y no a las Cortes⁷⁷.

Morales marchó con Morillo hacia Margarita y hacia Cartagena de Indias, donde tuvo un papel destacado en su conquista. Retornado a Venezuela, dirigió su ejército contra los republicanos en la costa, hasta conseguir la retirada del general Mac Gregor hacia Oriente. Sin embargo, fue derrotado en El Juncal por este y por Piar el 27 de septiembre de 1816. El general en jefe abrió contra él una sumaria. En ella alegó «el desorden, despotismo y arbitrariedad» del grancanario en las acciones del Juncal, Los Aguacates y otros puntos y, siendo muy grave «el grado de insubordinación a que ha llegado», quedó arrestado. Pero, como recogió en un informe reservado dirigido al ministro de la Guerra, fechado el 19 de noviembre de 1817, se vio obligado a separarlo de tal detención y conducido al cuartel general para incorporarlo al enfrentamiento

contra los rebeldes, por haberse propalado ya entre estos y sus secuaces las voces de su prisión, haciendo mérito

⁷⁷ Reprod. en *ibídem*, pp. 62-63.

de ella para alucinar las gentes que siguen la justa causa, y propagar su partido con el argumento de que si a un hombre que ha hecho tales servicios se le paga con un encierro, ¿qué podrán esperar los demás?, con otras cosas de esta especie⁷⁸.

Tal era el giro que se estaba efectuando en los llaneros que se estaban pasando en masa al ejército republicano, hasta el punto de considerar a un mártir a su antiguo jefe.

Desposeído de su cargo y sustituido en él por Pascual Real, el propio Morillo en su proceso se vio obligado a reconocer su valor, al indicar que «se batía personalmente con los rebeldes», dando ejemplo a su oficialidad y tropa. Admitió que, pese a estar desprovisto de cargo, «se ha empleado en las ocasiones más arriesgadas con mucha utilidad»⁷⁹, hasta el punto que la realidad de la campaña le forzaron a darle la graduación que le condujo a la derrota de los republicanos en La Puerta, en Los Patos y en Cumaná. Al mando del ejército de Barcelona, el 14 de marzo de 1817, derrotó a José Tadeo Monagas en Maracay y el 20 de mayo a Sedeño en la laguna de Los Patos. En 1819 intervino en la campaña de Apure y en 1821 recuperó el terreno ganado en los valles de Aragua por Bermúdez. Integrado en el ejército realista que fue derrotado en Carabobo el 24 de mayo, se retiró hacia Puerto Cabello. Ascendido a mariscal de campo el 7 de noviembre, el 7 de junio del año siguiente venció a Soublette en Dabajuro y asumió la jefatura de las tropas monárquicas en Venezuela.

Sin embargo, la victoria de Páez en la Sabana de la Guardia el 11 de agosto le llevó a programar la llamada Campaña de

⁷⁸ Reprod. en *ibídem*, pp.67-68

⁷⁹ Reprod. en *ibídem*, p. 87.

Occidente con resultados infructuosos en general, aunque apoderándose de todo el Zulia. Pese a ello se vio obligado a capitular el 3 de agosto de 1823 tras la derrota de la escuadra española en la batalla naval del lago Maracaibo. Marchó a Cuba el 4 de agosto. Fue nombrado capitán general de Canarias en 1827, cargo que desempeñó hasta 1834. Retirado, falleció en Las Palmas de Gran Canaria el 5 de octubre de 1845.

La última parte de su vida militar en Venezuela, en la que fue elevado al rango de capitán general y general en jefe de los ejércitos de Costa Firme tras la derrota de Carabobo, nos proporciona una nueva arista en el conflicto entre los militares profesionales y los llaneros: la controversia entre Morales y el marino Ángel Laborde, designado por el primero jefe de la marina que fue derrotada en junio de 1823 en la Batalla naval de Lago Maracaibo y autor del manifiesto anteriormente citado contra Morales. Dos textos impresos en Curaçao y Saint Thomas en 1824: la *Carta de dos españoles emigrados de costa firme en San Tomás a un amigo en Europa*, de 30 de mayo de 1824 y la *Breve e importante advertencia de ocho españoles de Venezuela, emigrados residentes en Curaçao para la lectura y juicio del manifiesto que publicó en La Habana, impreso en Nueva York el capitán de navío don Ángel Laborde contra el general en jefe del ejército de Costa Firme don Francisco Tomás Morales*, constituyen una aproximación inédita hacia el conflicto entre los antiguos llaneros y el ejército profesional. Según esa nueva interpretación, la causa de la derrota estribaría en la introducción dentro de este último de elementos masones y comuneros, que en última instancia apostaban por el descrédito de la autoridad real y por el triunfo de la causa republicana en América.

Son dos nítidos antecedentes de la teoría de la conspiración masónica liberal como causa de la caída del régimen monárquico en América, efectuados estos un año después de la caída del régimen liberal en España. En ella se contraponen la lucha

de Morales en nombre del Rey y la religión frente a tales orientaciones sectarias. La exposición apunta que la causa de la derrota fue «la debilidad de espíritu de una gran parte de los jefes que desgraciadamente se hallaban a la cabeza de las provincias». En esa situación, «la mayoría del honrado pueblo americano se hallaba bien con el gobierno del Rey». Pero,

se conocieron entonces los demagogos de la anarquía y se vio que eran respectivamente un corto número y los entes más degradados y detestables de la sociedad. Algunos pocos acomodados pero notoriamente conocidos y odiados por inmorales, impíos, libertinos y corrompidos, los demás abogados petulantes, holgazanes y hambrientos, que siempre habían vivido del fraude y de la cábala, tahúres, fallidos, ladrones, proscritos, aventureros y criminales de todas las especies y naciones que ansiaban la discordia civil para poder saciar sus vicios a costa de sus desgraciados compatriotas.

Los contrarios de Morales eran «la porción numerosa de esa clase de masones y demás sectarios que, disfrazados, nos espían y timan parte e intervienen por sus empleos en todas nuestras determinaciones, aun en las más secretas». Estos eran los culpables de haber urdido en «su inmortal empresa de Maracaibo,

las combinaciones y las intrigas fraguadas en el círculo de su ejército por sus mismos subordinados y en combinación con los cofrades de su inicuo complot, apoderados en todas partes de los ramos de la administración y de los recursos y fondos del Estado.

Cuando se descubran «los ataques alevosos de la encubierta guerra masónica, habrán de entrar en el empeño ominoso de

tener que vindicar su honor y fama de los tiros de la calumnia». El objetivo era contraponer a Morales con Laborde. El primero encarna la gloria militar que le ha hecho ser «el terror de Colombia, terror que, a pesar de la desgracia del año último, no se ha desvirtuado en un ápice todavía». Personificaba al buen español, «enemigo acérrimo de los traidores, de los ladrones y por su desgracia de los carbonarios, comuneros, soles y demás secretas y sediciosas reuniones». Frente a él Laborde es «masón de primera categoría», pero no solo eso, «es enemigo del Rey por principios; amigo furioso de la proscrita Constitución, refractario en más de cuatro dogmas fundamentales de la sagrada Religión católica, y en ideas políticas se identifica con los rebeldes de América»⁸⁰.

En el segundo de los textos, que no reproducimos en esta edición, se precisa que bajo la dirección del caudillo isleño por espacio de 14 años largos en su lucha

se ha derramado con profusión la sangre humana en innumerables combates y en suplicios espantosos, que, siendo desconocidos, inventó la rabia y la crueldad de los traidores, forzando a los leales a usar a la vez justamente de la recíproca con el objeto de refrenarlos por el mismo terror que ellos querían infundir para verificar su infame usurpación.

Sus planteamientos le llevan a sostener que la maldad había triunfando. Y frente a su imperio,

los buenos que no han querido doblegar la cerviz bajo el yugo más ominoso y vil que el de la esclavitud, vagan

⁸⁰ Breve e importante advertencia de ocho españoles de Venezuela, emigrados residentes en Curaçao para la lectura y juicio del manifiesto que publicó en La Habana, impreso en Nueva York el capitán de navío don Angel Laborde contra el general en jefe del ejército de Costa Firme don Francisco Tomás Morales, Curaçao, 1824, pp. 1-2.

errantes en estas islas extranjeras, Cuba y Puerto Rico, sin patria y sin hogar, obligados de pena y víctimas de la tristeza, de la miseria y del desprecio⁸¹.

Esta carta de dos emigrados firmada con las iniciales M. R. y T. L. y fechada en Saint Thomas el 30 de mayo de 1824, explicitaba que, «al concluir el año catorce, toda Venezuela respiraba ya tranquila», mientras que «los verdugos» republicanos

habían satisfecho la vindicta pública en el suplicio o habían muerto en los combates, otros existían errantes por las colonias y solamente un pequeño resto había fugado y reunídose en la estéril e insignificante isla de Margarita, en donde esperaba el momento de su total exterminio, poseídos de pavor y tan desalentados que ni tenían decisión para unirse ni para procurar su defensa.

Cuando se aprestaba Morales a principios de 1815 «a dar ese último y decidido golpe», se presentó en Carúpano el ejército de Morillo. Los redactores subrayaban que los protagonistas de la contrarrevolución hasta entonces «carecían del más mínimo recurso» frente a los revolucionarios que «contaban con todos los del estado, sin excluir las cuantiosas propiedades particulares». Pese a ello habían dado pie a unas milicias de más de 14 000 hombres. Pero en ese momento de triunfo, «las doctrinas incendiarias, antisociales, poco antes desoídas y detestadas con horror, son recibidas con aplauso casi general». El Rey se convirtió a sus ojos en un cruel tirano e insaciable carnicero. Los ejércitos expedicionarios, en especial sus jefes y oficiales quedaron contagiados. En esa transformación,

⁸¹ *Carta de dos españoles emigrados de Costa Firme en San Tomás a un amigo en Europa*, Saint Thomas, 1824, p. 1.

la guerra de América, dicen nuestros españoles, es una guerra injusta y bárbara. La España la sostiene por venganza y por crueldad solamente; porque su impotencia es bien patente para que pueda engañarse acerca del éxito que debe obtener de una lucha superior a sus débiles fuerzas e inopia de recursos [...]. Ninguna pretensión debe ser más justa que la de los americanos, pues no tiene otro objeto que el de recobrar la libertad.

Los contrarios a las máximas liberales, según esta interpretación, «cayeron en el estado más completo de abyección y de abatimiento». Esa fue la causa de que «nuestras tropas, siempre vencedoras, cedieron en ocasiones repetidas débilmente el campo» a las insurgentes. Eso dio pábulo a «la indisciplina más escandalosa, la desafección frecuente de los soldados criollos e insurgentes». No obstante, a pesar de tales perturbaciones cada vez más visibles desde principios de 1818, en la que la carencia de donativos, «la tibieza y relajación de los empleados» para cumplir las órdenes y «la abierta desobediencia y disgusto de los pueblos de someterse» a tales contribuciones, el solo respeto al monarca sostenía la esperanza. Pero con la irrupción del liberalismo en 1820 ese vínculo quedó roto. En ese instante

toda la América, hasta sus aldeas más despreciables, se llenaron de emisarios que con la mayor desvergüenza y publicidad establecieron talleres y logias de comuneros, carbonarios, soles, etc., en donde lo que principalmente y únicamente se enseñaba era la mofa de la religión cristiana, el odio al Rey y el desprecio de todo cuanto pudiera pertenecer a España,

con lo que en ninguna parte del mundo lograron con más efectividad sus propósitos⁸².

En ese instante, fue designado Morales, «por su desgracia, capitán general de las provincias de Venezuela y en jefe del ejército de Costa Firme». Quería dar un golpe audaz, desasistido de medios. Sin embargo, más que en tales carencias, el problema radicaba en los jefes y oficiales que «se habían degradado, iniciándose en los nefandos misterios de las sociedades secretas, y, por lo tanto, comprometidos indignamente a ser acérrimos enemigos del Trono y del Altar». A pesar de ello su ejército ascendió en pocos días a más de 4000 hombres y a la sombra de su protección pudo proclamar el dominio regio en Coro, Mérida, Valles de Cúcuta y gran parte de Santa Marta. Pero, para proseguir, el caudillo canario necesitaba auxilios de las autoridades habaneras. Mas no los recibió, salvo el proporcionado por el capitán Laborde, que llegó en tan apurados momentos «que no pudo ser de utilidad alguna». Este último fue nombrado jefe en un combate naval decisivo en el lago de Maracaibo en julio de 1823 por sus virtudes marineras, «teniendo para ello que sobreponerse y vencer la repugnancia y recelos que le proporcionaba la conducta política y opiniones bien expuestas de dicho jefe acerca de la causa del Rey». Los autores de la carta entendieron que esa designación fue inadecuada, porque sus talentos «eran tanto más funestos y peligrosos en un hombre de séquito y de genio imperante que tan repetidas veces se había persuadido con toda publicidad manifestar su desaprobación acerca de la guerra de América». Tras la pérdida de la acción naval, Morales tomó la resolución de prolongar la guerra con la invasión de las provincias limítrofes, pero todo era ya inviable porque

⁸² *Ibíd.*, pp. 1-4.

la mayor parte de los soldados de Valencey estaban seducidos por varios de sus jefes y de los oficiales de húsares, masones y exaltados constitucionales que abiertamente con algunos jefes y oficiales de los demás cuerpos se negaron a seguir y le obligaron a capitular.

Este escrito habla de una conspiración masónica, como personificaba Laborde cuando arribó a Curaçao tras la pérdida de la acción naval. Se solazó

con varios de sus camaradas en los festines con que a porfía se disputaron en obsequio de los talleres y logias de los masones y comuneros y demás del club de Curaçao y los comandantes de los buques de guerra colombianos que se hallaban en el mismo puerto.

El relato sentenció finalmente que «el origen de todas nuestras desgracias han sido las sociedades masónicas y todo lo que de ellas ha emanado». Laborde, al dar a la luz su manifiesto, «fue elegido por los masones y sus compinches los liberales, para malograr como malograrón las ventajas de Morales en la última campaña de Maracaibo» y conseguir de esa forma su «muerte civil»⁸³.

Morales, en su interpretación de este proceso, sostuvo que el ejército anterior a la llegada de Morillo no eran tropas desordenadas sino batallones arrojados y valientes. Con este jefe supremo se hizo la guerra con más mérito y regularidad y con ascensos regulados a ordenanza⁸⁴. Vislumbró esa evolución e hizo un claro contraste entre sus tropas y las de Morillo:

⁸³ *Ibíd.*, pp. 4-8.

⁸⁴ MORALES, F. T.: «Relación histórica de las operaciones del ejército expedicionario de Costa firme», en AA.VV., op. cit., tomo I, pp. 1144-1147.

no se conocían las pagas, los alojamientos, las tiendas de campaña, los vestuarios, no había más que una ración de carne insípida. Igual era en todo el oficial al soldado; trataban como padres e hijos, se corregían del mismo modo, y esta uniformidad sostenía el contento y la opinión de todos. [...] Algunos creerán acaso que aquellos ejércitos se componían de tropas colectivas desordenadas y cobardes, mas al contrario eran los batallones más arrojados y valientes, eran, en fin, los mismos que después de centenares de combates al lado de los guerreros más denodados de la Europa y de la misma clase de lo que por último nos arrojaron de la América meridional⁸⁵.

Cerdeña, de llanero realista a general de la Revolución

De todos los dirigentes llaneros canarios que dejaron las filas contrarrevolucionarias y se integraron dentro del ejército republicano, el más significativo fue Blas Cerdeña. Nacido en Gran Canaria el 21 de febrero de 1792, emigró a Venezuela en 1809. Dedicado al pequeño comercio en unión de sus tíos, al estallar la contienda era cabo 1º. Se incorporó al batallón de voluntarios de Fernando VII, tras lo que pasó en calidad de sargentos a la división de Julián Izquierdo, más tarde a las milicias de blancos de Valencia, al batallón franco y, finalmente, al nuevo regimiento de Numancia, en el que el 12 de diciembre de 1815 fue ascendido al rango de capitán. Había intervenido en numerosas campañas de la guerra en el bando monárquico, entre ellas las de Taguanes, Paso Real y Mucuchíes, siendo sitiado en

⁸⁵ *Ibidem*, pp. 1144-1147.

Puerto Cabello y Valencia. En cuanto a sus rasgos físicos su expediente señala que era delgado y moreno⁸⁶.

Su batallón fue destinado al Perú y salió desde Popayán con ese destino el 4 de febrero de 1819. Cerdeña fue aplicado a la guarnición de Paita. Desde su cuartel salió para apresar una barca patriota mandado por el comodoro Illingrot. Entre las causas que llevaron a su desertión de la causa realista se encontraba el mal trato sufrido frente a la preferencia dada a los batallones de soldados profesionales como se había apreciado en los hospitales de Bogotá, donde, mientras que estos fueron «regalados con esmero», los del Numancia «apenas tenían en el suelo un mal jergón para abrigarse en sus males».

Cerdeña fue uno de los que decidieron reunirse con el ejército libertador el 3 de diciembre de 1820. De esa forma se incorporó a las filas republicanas bajo las órdenes del general San Martín, quien le hizo sargento mayor el 13 de diciembre de ese año⁸⁷. Bajo las órdenes del general Arenales, y al servicio de la República Argentina, participó en la campaña de la Sierra. El 11 de julio de 1822 fue ascendido al rango de teniente coronel. Tomó parte en el sitio del Callao, que culminó con su entrega el 21 de septiembre de ese año. E 1823 se le dio el mando de la Legión peruana. En los altos de Zepita recibió una gran herida en la pierna izquierda, que le hizo caer en el campo de batalla, donde fue abandonado por muerto y hecho prisionero por los realistas. El general en jefe le nombró sobre el mismo terreno coronel efectivo de su regimiento. A los seis meses, tras curarse sus heridas por canjeado por el general Valdés⁸⁸.

⁸⁶ A.G.S., Guerra Moderna, Leg. 7298, N° 7.

⁸⁷ CAMACHO, J. V.: *Apuntes para una biografía del gran Mariscal D. Blas Cerdeña*, Lima, 1854, pp. 22-23.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 29.

El Congreso declaró Bolívar en 1824 dictador, ante la gravedad de la situación en Perú con la sublevación de las fortalezas del Callao. Cerdeña se desplazó en quince días desde La Paz hasta Caraz, donde se encontraba el Libertador. Este le nombró intendente de Lambayeque y comandante general de la costa norte, hasta que en 1825 se le dio el acta de retiro a consecuencia de su invalidez. Pero siguió en activo, siendo designado por Bolívar como administrador de la aduana de Lima. El 29 de junio de 1826 se le nombró general de brigada en premio de sus servicios a la causa independentista⁸⁹. Tras el conflicto con Colombia en 1828 marchó hacia el norte al mando de la segunda división. Desempeñó las comandancias de Junín y Ayacucho. En una carta de Bolívar de 22 de septiembre de 1829, cuando se esperaba la firma del tratado de paz con Colombia, este le expresó que con la paz «se borraré hasta el último vestigio de nuestros disgustos, y entonces nuestra amistad será más dulce y entrañable sin ningún género de embarazo o escrúpulo»⁹⁰.

Con la deposición del presidente La Mar, quedó al mando del ejército del norte. En Perú formó parte de la expedición a Cuzco para destruir la sublevación de Escardó, verificada en agosto de 1830. Tras ser designado comandante general de ese departamento, se le nombró prefecto de Arequipa. En 1832 volvió a solicitar el retiro, pero regresó de nuevo al servicio activo contra la rebelión de 1833. El 1 de febrero de 1834 dirigió la comandancia general del Callao y en Huailacucho se batió, tomando un papel destacado en los conflictos bélicos de esos años. El 7 de mayo de 1835 fue premiado por el Congreso de Huancayo con el título de Gran Mariscal del Perú y nombrado como jefe del Estado mayor. En la campaña para establecer

⁸⁹ *Ibidem*, p. 38.

⁹⁰ *Documentos históricos del Perú*, Lima, 1877, tomo IX, p. 187.

la confederación peruano-boliviana intervino en 1836 en la batalla de Yanacocha y la defensa del puente de Arequipa, donde una bala le destrozó el maxilar superior que Andrés de Santa Cruz dispuso que le fuera repuesto mediante vaciado de plata. Tras la derrota se trasladó a Guayaquil, fue borrado del escalafón, hasta que en 1845 se le rehabilitó con la amnistía. Permaneció desde entonces jubilado en Lima, donde falleció el 12 de noviembre de 1854⁹¹.

⁹¹ CAMACHO, J. V., op. cit.

Entre la insurgencia y la fidelidad
Textos canarios sobre la
Independencia venezolana

**Autobiografía del teniente
coronel Antonio Ascanio**

Aunque mal escritor y mucho más desprovisto de los conocimientos necesarios, pues sin ellos la historia más interesante sería para el lector más obra fastidiosa y sin mérito alguno, me propongo hacer un bosquejo de mi vida, tanto civil como política y militar, que, aunque imperfecto por no tener presente todos los pormenores de los sucesos de la Independencia de Venezuela y Nueva Granada, a que asistí y contribuí en cuanto pude, sirva por lo mismo de satisfacción, haciendo una narración de todo lo que tenga paciente y evitando del olvido pasajes que por su entidad y magnitud, como por sus particulares noticias, merezca consignarlos en estos. Para nadie escribo, repito, solo soy el autor y el lector, y si en esta narración hiciera algo de provecho, mis hijos que lo saquen y puedan dirigirse por la experiencia de los sucesos de este mundo, que es la senda que puede salvarlos de dichos males y disgustos.

Nacimiento y Patria

Nací en la villa de La Orotava de Tenerife, una de las Canarias, más o menos en la época de la muerte de Luis decimosexto, a fines del siglo pasado, y noble de primera clase y a principios del reinado de Carlos cuarto, rey de España, a que pertenecen dichas islas. Don Bernardo de Ascanio y Llarena y

doña Juana Nepomuceno Franquis y Alfaro, mis padres, pertenecen a familias ilustres, originarias de Vizcaya, del señorío Ascaín, que su descendencia se remonta del rey don Sancho de Casilla. Estos títulos, que en otro tiempo adornaban y envane- cían las casas con razón cuando eran adquiridos por grandes hazañas militares o por servicios eminentes a la Corona y que además servían de ejemplo y de freno a los descendientes herederos, ya en estos tiempos en que las ideas liberales han tomado un ascendiente inesperado, particularmente en el Nue- vo Mundo, en donde las principales bases de sus gobiernos republicanos son la libertad civil y religiosa y la igualdad de derechos, no son vistos sino como pergaminos mohosos y ridículos, sin que nadie se atreva ni a recordarlos, so pena de incurrir en desprecio y provocar una burla. Convengo en que dichos privilegios están con la forma de gobiernos actuales que la ilustración, las riquezas y la virtud construyen la verda- dera notabilidad o nobleza y convengo también en que la anti- gua nobleza de títulos de tales cualidades debería perder todo derecho de privilegio y consideraciones; porque nunca puede ser tolerado que un tal que se dice noble o descendiente de ellos, destituido de capacidad y lleno de vicios, pretenda que la sociedad le guarde sus fueros. Pero, al mismo tiempo, es preci- so confesar que muchas veces la distinción de cuna engendra en el hombre sentimientos no comunes que continuamente le reúnen con los que fueron sus antepasados y esta memoria, ayudada de la educación doméstica que le es peculiar, recibida en su infancia, y que es más poderosa que la que recibe en las escuelas y colegios, es la verdadera potencia, digámoslo así, que lo fuerza y lo estimula a seguir el ejemplo de sus mayores, a ser buen padre de familia, buen esposo, buen ciudadano y hacer grandes servicios a su patria. La educación republicana no es tan propia como la de los gobiernos como los gobiernos libres,

es la verdad o la virtud un poderoso estímulo para los grandes hechos, mas es necesario saberse poseer de ella, y aún así para veces saber el que está dotado de ella deje de exigir recompensas por sus servicios, cuando no lo exija y cuando si la recompensa lleva la satisfacción en su corazón, es esta entonces la virtud por excelencia y la verdadera nobleza a que debe aspirarse. Mas, para encontrar rasgos de esta naturaleza, es necesario remontarnos a los primitivos tiempos de la Grecia. En el gobierno citado es por el contrario. Allí se conserva la nobleza por herencia; y allí el hombre es el principal móvil del hombre. Es verdad que no hay honor sin virtud, ni virtud sin honor, pues ambas cosas podrían llamarse sinónimas; mas la virtud puede decirse que es una modificación de la beatitud, cuando es verdadera, y, como es tan escasa, es por lo tanto más sublime e incompatible con una recompensa material. Por el honor es una grande y vehemente pasión. Así lo heroico, que lo arrastra a los prodigios, llevado de recompensas más materiales, como el oro, las estrellas, las cruces, los títulos y las coronas. De estos grandes hechos viene la nobleza y de ella los grandes servicios por merecerla. La nobleza por ejecutoria, cuando está unida al saber y a la moderación, debe ser considerada por los republicanos, aunque ha sido expedida por un gobierno extinguido, como sucede en nuestro país, para que se reconozca ser ellos la nueva que venga de la ilustración, la virtud y riquezas.

Educación

La educación que en aquella época se daba a los jóvenes que no seguían la carrera eclesiástica podía llamarse nula, solo se reducía a la común: escribir, contar, leer, un poco de latinidad en que se instruían los niños cinco años y un poco menos de filosofía, que en donde no existía el seminario, estaba al

cargo de cualquier preceptor, que siempre lo era un eclesiástico secular o regular que a los padres de familia recibe alumnos. Para los que se envían a la carrera eclesiástica había, como se ha dicho, un seminario, donde, además se estudiaba teología, cánones, vida de los santos, etc. De resto puede muy bien decirse que en materia de establecimientos de educación no ha habido juventud más desgraciada que la de Canarias. Si ha habido algunos canarios que se han distinguido en el saber, bien respecto de las bellas letras, bien aun en el estado eclesiástico, ha sido por una aplicación extraordinaria, por proporción que no han despreciado para ir a estudiar a Europa, o porque sus padres han podido consagrar con este fin algunos fondos para su educación, pudiéndose decir que este anhelo para la educación se encontraba más en los puertos de mar, que en las poblaciones interiores, en donde parece que reinaba la preocupación infundada y despreciable de creer incompatible la nobleza con el saber. Preocupación muy mal concebida, que no podía favorecer más que al primogénito que, como heredero de todos los bienes en razón de que todos estos son amayorazgados, no tenía necesidad de estudios, contentándose con solo saber las primeras letras y no muy bien, y quedando por consecuencia expuestos los hijos segundos a llevar una vida pordiosera, los obligados a tomar desesperados cualquier destino o acomodo que les proveyera de un pan que comer, dando al través con todos los sentimientos que se les hubieren infundido por una educación honrada y una cuna brillante. Mucho podría decirse del gobierno español, principal causante de esta desgracia de los primogénitos, que, después de la muerte del padre, se olvidaban casi todos de la obligación de dar algunos alimentos a sus hermanos. Pero todo debía esperarse de un gobierno tirano y mezquino en sus principios de humanidad y de sabiduría.

Separación de la casa paterna

Al ver que después de la muerte de mis padres, ya bastante ancianos, quedaba reducido a una suma pobreza y que mi estado sería aún más mortificante si pretendía vivir a expensas de mi hermano mayor y, convenido que solo mi padre podía proveerme de todo lo necesario para mi viaje, le hablé y le insté para que me diese el permiso para buscar la vida en regiones menos ingratas. No dejó el amor paterno de sobrecogerse, y algunas lágrimas que se escaparon en los ojos me dieron a conocer el sentimiento que en aquellos momentos experimentaba mi padre, al prorrumper en la sentencia de una separación eterna, pues que tocaba ya a los 78 años de edad. No fue menor mi congoja al verme ya próximo a separarme de mi casa y de sospecharme que mis padres caracterizasen como ingratitud mi determinación; pero conocieron que no era así, a pesar del cariño que me profesaban, extremado tal vez por el ser el más pequeño de todos, convencido de que mis sentimientos eran los mismos que habían forzado a dos más de sus hijos a separarse de ellos. La licencia, pues, dio y en consecuencia me dispuse a marcharme para la Península a unirme con mi hermano Bernardo, empleado en Madrid.

Ya a principios del año de 9 del presente siglo en que efectué mi salida, la mayor parte de la España estaba tomada por las tropas de Napoleón, y, aunque estaba resuelto a correr las vicisitudes de aquella guerra, pues tal era el cuadro fatal que se me presentaba continuamente a mi vista de la desolación de mi familia después de la muerte de mi padre, sin embargo los consejos, y aún consideraciones y reflexiones políticas del alcalde mayor Francisco Xavier Otal y Palacín, que debía marcharse para Aragón y a quien debía acompañar en su viaje, me persuadió a que en lugar de ir a España, emprendiera mi marcha hacia

Caracas, en donde permanecía otro hermano mío. Tales fueron las razones poderosas que al fin varié de modo de pensar con consentimiento de mi padre. En consecuencia, marché a Santa Cruz y obtuve pasaporte del comandante general don Carlos O'Donnell... ¡Oh, hijos, aunque tengáis que pasar por el tremendo momento por el que pasé de despedirme de mis padres y hermanos, quered siempre a los vuestros, amadlos, cuales y como sean sus defectos, porque no hay hombre sobre la tierra que sea perfecto! Pagad con vuestros sentimientos la recompensa que exige la gratitud para con ellos; son grandes los beneficios con que ellos os han colmado, crianza, alimentos, educación y amor. Vuestros deberes para con ellos están consignados en los sacrosantos preceptos que arreglan nuestra conciencia y dirigen nuestras obras. El hijo de Dios vivo amó fuertemente a su padre eterno, su madre lo amó hasta que murió de dolor. Imitad, pues, al Ser Supremo, para que seáis felices en este mundo y en el otro.

Navegación

Como a principios del año de nueve me embarqué en Santa Cruz de Tenerife en un jabeque español, viniendo en mi compañía el padre Arévalo, religioso de carmelitas descalzos que se separó de Sevilla por la epidemia que entonces reinaba en aquella ciudad y por la aproximación de las tropas francesas [roto], pues era raro el religioso que no huía en aquella época. Nuestro viaje duró como treinta días y apenas sufrimos algunas calmas, siempre tuvimos vientos favorables. Solo yo, en medio de mi inocencia y muy confiado en las recomendaciones reiteradas que hizo al capitán del barco el referido don Carlos O'Donnell a fin de que se me diese el mejor trato posible, hubiera sido víctima de la crasa ignorancia y feroz fanatismo del capitán y tres o cuatro más de la tripulación que estaban en

más contacto con nosotros, a no ser por los buenos oficios del padre carmelita, que hubo de disuadirlos de que era solo efecto de robustez lo que atribuían a maldad. Querían, pues, según supe después, pacificar el mar arrojándome a él para evitar que en el buque perecieran todos los que en él venían. Seguramente creían ellos o que solo eran ellos los únicos navegantes, o que los otros buques eran tripulados con ángeles que no sabían bien de su viaje. Sirva, pues, esto de lección para los que se embarquen en buques tripulados con semejantes bárbaros y, aunque en tierra no se corren los peligros que en el mar, encargo mucho a mis hijos que siempre huyan de hombres fanáticos, supersticiosos, ignorantes y sobre todo de aquellos de religión fingida, que engañan con sus máximas a todos los incautos que se les acercan. Esta especie de gente es el peor azote del género humano; muchos de los que con capa de oveja son unos lobos, que no piensan más que en hacerse de presas para engrosar su partido sin perdonar medio alguno. Y si a estos defectos se le agrega la ignorancia, es necesario entonces ver en qué buque nos embarcamos, y qué compañías nos metemos, porque peligró la opinión y la vida.

Tres días antes de nuestra salida de Santa Cruz se presentó a la vista un convoy español escoltado por algunos buques de guerra, entre ellos el navío *San Lorenzo*, donde iban para Caracas varios empleados, y entre ellos el capitán general mariscal de campo don Vicente Emparan, que vino a serlo de Venezuela último de este empleo, llevando por data la revolución. Estos buques nos fueron a nosotros muy favorables porque en aquella época no faltaban algunos piratas sobre las Antillas y se habían conocido ya por sus robos y asesinatos, y era difícil que nos atacasen porque navegamos sobre las aguas del convoy, en términos que varios días advertíamos sobre el mar salvamentos que nos anunciaban su aproximación.

Llegada a La Guaira

Al fin, en junio del mismo año, arribamos felizmente al puerto de La Guaira, a donde había llegado días antes el convoy. Era cerca de la noche cuando fondeamos y nosotros, ya bien amarrados, vimos de repente que nuestro buque se iba de costado sobre la fragata de guerra, cuyo choque hubiera hecho pedazos nuestra embarcación, si no hubiese sido por la prontitud con la que la tripulación de aquella desde sobre la sobrecubierta tendió largos espeques para impedir el choque. Al día siguiente, como a las once de la mañana, y siendo nuestro fiador don Salvador Eduardo, hubimos de desembarcar, a pesar del pasaporte que fue presentado por mí al gobernador político-militar de La Guaira, cuyo nombre no tengo presente. Y como llevaba cartas de recomendación para don Francisco Valcárcel, natural de La Orotava, administrador de las rentas de tabaco de aquel puerto, me dirigí a su casa inmediatamente. Al punto me presenté a él cuando inferí que era el mismo por su fisonomía y por su talle, en que estaban bien remarcadas las señales de familia. Fui muy bien acogido, como era de esperar, y en el mismo día tuve el gusto de conocer en su misma casa a don José Benítez, hijo del Marqués de Celada, bisabuelo del actual, según se me ha informado. Ya, pues, no anhelaba otra cosa que ver a mi hermano Domingo, que supe se hallaba en Caracas. Algunos conocidos de él, que estaban en La Guaira a mi llegada, tuvieron la bondad de decírselo luego que regresaron, que fue muy pronto, y yo por mi parte le dirigí una carta en que se lo participaba. No tardaron y en sus dos días a que se apareció con el mayordomo de su hacienda, un criado y una bestia para mi viaje y mi corazón se estremeció de alegría al abrazar a un hermano que hacía sobre veinte años que se había apartado de nuestra casa y entonces se alivió el pesar que aún

sentía muy vivo acordándome de mis padrés, viéndome unido a uno de sus hijos. Sin embargo, jamás los he olvidado, ni aun después de su muerte y las memorias de sus bondades para conmigo, trato en todo lo posible satisfacerlas, auxiliando al resto de familia por mí vista.

Entrada en Caracas

Como a los dos o tres días regresó mi hermano para Caracas, porque no podía detenerse, y yo me puse en marcha como a los cinco o seis después por tener que desembarcar mi equipaje y algunos efectos que más bien pudieron llamarse regalo hecho por mi padre que legítima o parte que pudiera llamarse, de lo cual han quedado beneficiados mil [roto] pesos. Entré, pues, en esta capital como a las 11 del día, la que en más podía llamarse por su extensión de segundo orden de ella, pero no por su población, pues 4000 almas no pertenecen sino a una ciudad de 3ª o 4ª clase y la componían 8000 blancos, 12 000 negros y 20 000 mulatos. Llegué al fin a la casa de mi hermano que en aquella época vivía en la calle que aún llaman de la Trinidad, en la esquina de Colón, después de haber atravesado una gran parte de la ciudad.

No dejé de experimentar a las pocas horas cierta tristeza al verme en un país nuevo, sin conocimiento ni relaciones, a pesar de que debía en algunas semanas participar de las de mi hermano, pues tenía bastantes y se encontraba muy estimado de todos, porque la memoria de mi familia, particularmente, la edad avanzada de mis padres, que me hacían perder la esperanza de volverlos a ver, contristaba demasiado mi ánimo. Pero, al acordarme de que había nacido en un país en que los hijos segundos debían pasar una vida miserable y llena de penas porque todos los bienes eran para el primogénito después de la muerte

de sus padres, aborrecí a La Orotava, el lugar donde por la primera vez vi la luz del día y me resolví a adoptar por mi patria el país que pisaba, acordándome de que no hay una verdad que aquella donde el hombre goza de una libertad legal y donde encuentra su sustento. Aborrecí, pues, como he dicho, a las Islas Canarias, aunque más aborrecía las instituciones españolas.

Mi hermano consultó mi inclinación, y, aunque esta me llevaba más al comercio, tal vez en la esperanza de volver a ver más pronto a mis padres, formando una expedición marítima, me decidí por la agricultura, que es la profesión de allí y porque además mi hermano presentaba ciertos inconvenientes, por lo cual conocí que nadie que le acompañara en sus empresas de campo. Con este motivo fuimos a los tres o cuatro días a ver su hacienda de los Anaucos, distante cinco a seis leguas de Caracas, que no encontré según me informé con el adelanto que debiera a causa de que algunos de sus amigos que le debían cantidades de consideración, no las habían satisfecho, ni había esperanza de que lo hicieran, aunque para ello tomara un partido disoluto, ajeno de su carácter y contrario a su posición civil, según se explicaba. Decía que los hombres que vivían en otro país que el natal, que no poseían grandes riquezas, mucho saber o se encontrasen bien relacionados por medio del matrimonio, tenían que ser muy condescendientes con todas las personas con quienes se tiene amistad, en razón de que un individuo que se negase a prestar servicios, encontrándose en el estado dicho, aunque se exigiesen con imprudencia, se encontraría enteramente aislado, sin amistad y sin apoyos. Es cierto que el lugar en que por la primera vez se ve la luz del día reviste a los hombres de más poder moral que el que se adopta por segunda patria, cuando no hay las cualidades arriba dichas, y era por esto que mi hermano era demasiado bondadoso, pero no conocía que si prescindía del principal fondo que constituían

sus bienes, y no conocía bien a los amigos a quienes servía, estos se venderían como tales siempre que tuviesen esperanza de ser servidor, y al fin lo abandonarían cuando lo vieren imposibilitado de hacerles más favores. Cuando se usa del dinero con prudencia y a tiempo se conservan los amigos, aunque pocos; pero cuando sucede lo contrario, nos exponemos a perderlos todos, aunque en el principio haya habido muchos. Al fin esto hubiera sucedido a mi hermano si la revolución del 19 de abril del año del 10 hubiese puesto a todos más o menos a un mismo nivel respecto de los bienes de fortuna.

Estado político de Venezuela a mi llegada

Aún más antes del principio del presente siglo se notaba una predisposición en la mayor parte de los venezolanos a revolverse contra la madre patria para sustraerse de su abominable e injusto sistema colonial. Pero sus tentativas eran vanas porque o no contaban con elementos físicos y materiales suficientes, o era necesario que llegase España a un estado en que no pudiera desarrollar los suyos contra América. La revolución francesa vino, pues, a decidir la cuestión. Apenas ella pasó los Pirineos en tiempo del Imperio que la América encontró fundadas esperanzas de lograr sus deseos. Venezuela, al ejemplo de las Juntas provinciales establecidas en España, quiso establecer la suya en Caracas, pero don J. de Casas, gobernador interino, con dictamen de la Audiencia y del juez de pesquisas Mosquera, destruyó inmediatamente la petición, prendiendo a todos los que la habían firmado y extrañando a otros. Esto sucedió en el año de 8 y ya más antes en el de 3 había sido ajusticiado D. J. M. España como cabeza de una armada que estuvo a punto de presentarse, en la cual estaban comprendidos muchos españoles, a no haber sido la delación de un tal

Colón en la víspera o antevíspera del día en que debía estallar. Sus principios eran demasiado sangrientos y tal vez fue un bien para Caracas que se hubiera ahogado.

Ya a mi llegada, que fue como se ha dicho a mediados del 9, todos los presos se encontraban en sus casas, pero ardía en sus ánimos, sin embargo, un deseo de venganza y de volver de nuevo a la carga en la primera ocasión que se presentara. Esta ocasión fue la que presentó el 19 de abril del año siguiente, de 10, demasiado célebre a la vez que demasiado sangriento. No dejo mi ánimo de sobrecogerme en extremo al verme obligado a presenciar catástrofes turbulentas y peligrosas y al considerar que en lugar de un país tranquilo que había preferido a España, había encontrado uno otro peor, pues una revolución era inevitable y era muy de temerse en un país habitado de tantas clases y con el ejemplo que pocos años antes había dado la isla de Santo Domingo. Pero no había remedio, era necesario resignarse y correr la suerte porque para mí no había más patria que el suelo donde vivía.

Revolución del 19 de abril

Gobernaba a la sazón don Vicente Emparan a Venezuela y a medida de que las noticias de España llegaban a Caracas, más fatales, crecía más el ánimo en sus habitantes, al par que disminuía notablemente el de las autoridades españolas que se encontraban anonadadas a vista de los sucesos de la Península. De este modo, pues, las circunstancias favorecían la animosidad y bien pronto se renovaron las juntas preparatorias, hasta el punto de venir a conocer Emparan que se tramaba una fuerte conspiración. Creyó que llenando la ciudad de patrullas por la noche se remediaba el mal que amenazaba ya muy de cerca, pero, convencido de que esta medida sola sería ineficaz porque

lo alarmaban demasiado varias delaciones de personas de quienes no se esperaba semejante traición, preparaba para el Sábado Santo sangrientas detenciones, de las cuales tuviesen los revolucionarios a la vez noticias. Ya, pues, en este estado no había que esperar medio término entre el pueblo y el gobierno parte de ambos. La victoria o el exterminio por parte de ambos debía ser el resultado de un golpe de mano. El 19, que era Jueves Santo, estalló la revolución. El cabildo reunido en su sala y el pueblo reunido en la plaza gritaban independencia, y se estableció la independencia sin que se derramara una sola gota de sangre. Varias circunstancias que no estaban en el plan de la revolución coincidieron también al buen éxito, debiéndose enumerar entre ellas la falta de previsión por parte del gobernador, aunque a la larga era inevitable la independencia por más esfuerzos que hiciese el gobierno de España.

Yo observaba desde la plaza todo lo que pasaba y, al concluirse aquella primera escena, me convencí de que todo pueblo que quiere ser libre lo es, aunque sea a costa de muchos sacrificios. Trastornado, pues, el gobierno de España, era necesario decidirse por uno de los dos partidos. Conocí entonces que mi posición era un poco delicada, y que si no pedía pasaporte para separarme del país, como lo hicieron muchos criollos e isleños descontentos con la revolución, debía adherirme a ella sin pensar en más nada. Así lo hice, y desde aquellos momentos, abjuré al gobierno español, sin el más pequeño remordimiento de conciencia, porque no creía en la divinidad de la persona del Rey, ni tampoco era yo español. Sin embargo, como mi hermano pasaba entre los más distinguidos de la ciudad por uno de los más patriotas, aunque moderado, fue nombrado corregidor. No fui obligado a tomar ningún servicio, sino que según mi ocupación del campo, a donde salía semanas enteras, dedicado al cultivo del cacao, del que entonces permitía poca

utilidad y pensando como fuertemente en la borrasca que teníamos que sufrir, primero de esperar de que el gobierno español tratase por la fuerza de obligarla entrar en el orden [roto]. Así, pues, algunos [roto] hasta el 5 de julio de 11, en que se proclamó la independencia absoluta, que hizo aproximar la tormenta, comenzando por la rebelión de los isleños.

Disgustados estos hombres con el acto de la independencia absoluta, porque estaban creídos que la Junta Suprema de Caracas defendía los derechos de Fernando 7º hasta su vuelta de Francia, a donde lo había hecho conducir cinco años Napoleón y animados secretamente por algunos comisionados del Congreso ya instalado en Caracas para que se encontraban en pugna con el poder ejecutivo estaban lanzando en un motín con la idea de destruir el gobierno, creyendo que el Congreso estaba de acuerdo y que deseaba poner de nuevo al país bajo la dominación de los españoles, únicos objetos de su resolución. Reunidos, pues, en la sabana de Cotisita [sic] un número de 400 a 500 hombres bien armados, a donde iban llegando en partidas por diversas direcciones, emprendieron a atacar al cuartel veterano por su espalda, pero fueron individualmente atacados, dispersos y aprehendidos por las tropas del gobierno y por el pueblo y después de un juicio a que fueron sometidos, fueron sentenciados varios de ellos, entre los que se encontraba un hombre gigantesco y algunos criollos de color, pasados por las armas. Ya entonces un cuerpo de ellos se había portado muy bien en la guerra contra Valencia, atacada por las armas de Caracas al mando del general Miranda, pero desde el día que ellos se sublevaron contra el gobierno no había más que contar con ellos.

No dejaron de sorprenderse los patriotas a vista de semejante conducta, pues creían contar en caso de necesidad con cuatro o cinco mil isleños que se encontraban regados en el país y los suponían poseídos de otros sentimientos, tanto porque

habían encontrado en él su fortuna, como porque no podían tenerse por españoles, ya porque las Canarias pertenecían a África, ya porque eran gobernados por las mismas leyes con que la España gobernaba a los americanos, demasiado pesadas ya para unos y otros. Pero estos hombres imbéciles, ignorantes y supersticiosos en extremo, creían que era un pecado mortal tomar las armas contra el Rey, aunque el Rey los gobierne con una vara de hierro y se declararon abiertamente enemigos de Venezuela. Estos testimonios de ingratitud atormentaron demasiado a los nativos [roto] del trato particular que les dio el gobierno del país, y al ver que debían pesar la tierra en que habitaban porque en ella encontraban fortuna y representación, se convirtieron en unas fieras y en groseros esbirros del despotismo, su conducta sanguinaria sobrepasaba incluso a la de los españoles, porque muchos de estos fueron caritativos y generosos; y la entrada de Monteverde, hijo de Canarias, puso el sello a la fanática barbarie. Así fue este indigno y depravado comportamiento hecho sobre sí y sobre sus compatriotas, que jamás se olvidará. Veinte y ocho años han transcurrido ya de aquella época fatal y el nombre de isleño es todavía oprobioso. La inmigración de ellos promovida por el gobierno decretando contratas para pagar su pasaje, en lugar de apagar la memoria que dejaron sus atentados, más bien revive, porque al verlos llegar constantemente a nuestras playas, se presentan al momento los sucesos del año actual y 12. Yo me atrevo a decir que si se presentara de nuevo la ocasión por el gobierno si apareciese [roto] restituído, como he dicho de canarios, a pesar que desde las guerras de la independencia solo vi a los españoles en el campo de batalla no han dejado, aunque indirectamente, de alcanzarme algunas chispas de su depravada conducta.

Considérense, pues, cuáles son los efectos de una guerra de partidos y cuán extraordinarios los acontecimientos de una revolución.

Llegada del general Miranda a Caracas

Este celebrado general, que sirvió en la revolución francesa a las órdenes de Diumursien, se encontraba en Londres al tiempo que fue despachado por la Junta gubernativa de Caracas cerca del gobierno británico don Simón Bolívar, a quien por ello confirieron el grado de coronel. Regresó a su patria natal a la vuelta del referido coronel Bolívar. Ambos llegaron juntos a principios del año de 12, y al poco tiempo la uniformidad de sentimientos a favor de este ilustre patriota fue tal que la junta le confirmó el grado de teniente general, a que había ascendido en Francia, y obtuvo los votos para miembro del primer Congreso de Venezuela.

Declaratoria de Independencia

Si en el orden civil general donde puede guardarse el equilibrio, es decir el justo medio, donde se dice está la virtud, mas en política dicta la experiencia lo contrario. Una revolución no puede hacerse a medias, porque las necesidades son grandes y del momento, que demandan siempre grandes medidas que tocan los extremos y que muchas veces es necesario que pasen. Las circunstancias variaban decididamente ya en Caracas y fue necesario romper de una vez el velo con que la Junta y aun el Congreso pretendían encubrir la autoridad de Fernando 7º. Llegó el 5 de julio del año de 11 siguiente y el ejecutivo en relación con la Junta patriótica que conocían el mal estado del país por las imaginaciones de los enemigos y por los temores de que estaban poseídos los más de los miembros del Congreso, que no obraba con la energía debida, tomaron el partido de proclamar la independencia absoluta. Desde entonces comenzó dicha nueva época y fue preciso regar con sangre el árbol de la libertad. Nueva revolución en Valencia que Miranda apaciguó

con pérdida considerable de tropas de Caracas que él mandó. A poco tiempo estalló en esta ciudad otra revolución intentada por los canarios y algunos españoles que tuvieron el plan de tomar por asalto el cuartel veterano a las dos de la tarde, pero inmediatamente fue reprimida por las tropas y por el pueblo, que tuvo de compasión con ellos, aunque fueron ajusticiados algunos y entre ellos uno llamado Juan y medio. Véase el artículo «Revolución del 19 de abril». Posteriormente aconteció la llamada de los Linares, por la que uno de ellos llamado Francisco fue encerrado en las bóvedas de Puerto Cabello por sentencia en que le condenaba a muerte, vivió, de la que se libértó por la entrada de Monteverde.

Año de 12

Seguían los negocios políticos tomando siempre un carácter más serio y decisivo, cuando el 21 de marzo, Jueves Santo, a las 4 $\frac{3}{4}$ de la tarde, se sintió un terrible movimiento de tierra que arruinó una gran parte de la ciudad, habiendo muerto bajo las ruinas más de 6000 almas, sucediendo lo mismo o más en una gran parte de la República. Estaba yo en una de las piezas del alto de la casa de don Feliciano Palacios en unión de su hijo José María, muerto en la guerra con otro hijo suyo vivo llamado Bartolomé y con Guillermo Palacios, hijo de don Dionisio y de doña Irene Bolívar, muerto en la acción de la fuga de la casa, cuando comenzó el primer movimiento, pero al segundo corrimos hasta la calle y, sin embargo de atravesar dos corredores, bajar dos escaleras y salir al zaguán, estaba todavía moviéndose fuertemente la tierra. Toda la población dormía aquella noche fuera de la ciudad y la familia del dicho Palacio en la plaza de San Lázaro.

Como este acontecimiento sucedió el Jueves Santo, la mayor parte del pueblo que carecía de ilustración creyó ser un castigo

del cielo por la revolución hecha en el mismo día dos años antes; y fue tan osada la ignorancia y el fanatismo que muchas personas adictas a la revolución pusieron escárpela de Fernando 7º en su sombrero y le perdían perdón. No menos pusieron en consternación a los patriotas, recibidas las doctrinas de los sacerdotes serviles o patriotas que predicaban en las plazas públicas, de suerte que a no obrar con energía hubiera habido patibulos en medio de las rogativas que se tributaban al Ser Supremo. En fin, tales penas y desgracias se hubieran podido remediar poco a poco al favor de la tranquilidad, aunque un poco costoso, si Monteverde, desembarcando en Coro con un poco de tropas al mismo tiempo no hubiere venido a infundir espanto y entera desolación, haciendo a una y otra impía. Entró, pues, en Caracas este jefe canario de nacimiento en agosto de 13, después de una capitulación que ajustó con Miranda en el pueblo de La Victoria, el uno ignorante y vanidoso y el otro ambicioso y hombre de mala fe.

Año de 13

Bolívar, que comandaba la plaza de Puerto Cabello, en donde había hecho una resistencia esforzada contra el castillo que está al frente de dicha plaza sublevado por la traición del oficial Binoni, canario, que se hallaba de guardia, valiéndose de la ausencia de Americh sumariamente, tuvo que abandonarlo, salvándose por mar hasta La Guaira, con algunos restos de tropa y oficiales. Tomada, pues, la capital por el jefe español, era natural, como sucedió, que el resto de las provincias sucumbiese, confiados los habitantes en que las capitulaciones habían de cumplirse, pero pronto se desengañaron de los déspotas que tienen colonias cuando temen perder o dudan ganar, pero que después no se creen obligados; así fue que inmediatamente

consumaron las prisiones y los destierros. Esta conducta de Monteverde fue inicua y fue el origen de nuevas conspiraciones sin fruto, agravando de este modo los habitantes su irritación, y aunque nadie fue conducido al último suplicio, se multiplicaron prodigiosamente unas y otras, se llenaron los pontones y cárceles donde muchos fueron ahogados por el calor y otros fueron enviados a España y encerrados en las prisiones de Cádiz donde hacía pocos meses se encontraba preso el mismo Miranda. Este hombre que por la conducta durante el tiempo de su mando y por la capitulación en La Victoria, donde conservaba cerca de siete a ocho mil hombres impacientes por batir y por seguir al enemigo que se hubiera derrotado semanas antes, aturcido con la pérdida de Puerto Cabello y la sublevación de los esclavos a Barlovento de Caracas, debía naturalmente concitar enconos; y si escapó en La Victoria del favor de la tropa que se evitaba de ver, no sucedió así, luego que llegó a La Guaira, en donde fue preso por algunos patriotas, siendo uno de ellos Bolívar, y prestando auxilio al comandante M. de las Casas, de donde por disposición de Monteverde fue conducido bajo partida de registro a España. Parece, según se dijo en aquel tiempo, que Bolívar quiso atraer la benevolencia del gobierno español, entregando a tal personaje, el cual llamaba irónicamente Monteverde «el demasiado célebre don Francisco de Miranda», y de este modo asegurarse un pasaporte para las colonias, pero fue su amigo íntimo don F. Iturbe, español, quien pudo a fuerza de instancias conseguírselo, en términos que dijo a Monteverde que si no hacía pasaporte para Bolívar [finaliza aquí el manuscrito].

Autobiografía de Pedro Eduardo

**Reflexiones epistolares de un
comerciante canario ante la
Independencia de Venezuela**

Sr. Felipe Massieu y Tello. La Palma.
Caracas, enero 19 de 1839.

Muy apreciable amigo y señor: con el mayor placer he visto su muy grata de 19 de noviembre del año que concluyó, que recibí el 3 del presente y a que tengo la satisfacción de contestar. Si han servido a V. de placer las cuatro letras que tuve el honor de hacerle el 24 de mayo último, esté V. seguro que su explicación no ha podido destruir ni debilitar aquellos sentimientos de simpatía y amistad que nos unieron en los más bellos días de nuestra juventud, desde que nos conocimos y que siempre me han hecho interesar por su existencia y felicidad, de modo que cuando se me ha proporcionado he procurado sus noticias y las he visto con placer y viceversa con sentimiento y desagrado cuando tuve la de sus sufrimientos, que entre otras observaciones de mi experiencia que han comprobado que no hay en el racional por más que parezca destinado a la felicidad, que sea verdaderamente feliz; y por el contrario que no sea al fin desgraciado si no ha adquirido un grande acopio de verdadera filosofía que le haga superior a los inconvenientes, imprevistos e inevitables de este mundo miserable. Sin duda existe entre nosotros, como V. ha observado justamente, alguna igualdad remarcable en nuestras vidas y circunstancias

que debe aumentar nuestro afecto y exige asimismo que le alimentemos con una grata correspondencia. Somos en efecto casi iguales en edad. V. cumplirá 64 años en febrero del presente y yo los he cumplido en diciembre del pasado. V. ha sido feliz en su juventud y edad media; el destino le hizo a V. ser heredero de una fortuna y tendría también entonces amigos; y en particular V. era y debía ser el ídolo de su familia, como V. le amaba. Yo también fui feliz en dichas épocas, y aunque no nací con fortuna, mi genio, o la Providencia, me la proporcionó casi como si la hubiera heredado; he sido siempre querido de mi familia tanto como yo la amo y he tenido amigos y hasta nos hemos casado algo viejos y tenemos igual número de hijos. Más le haré notar a V., nuestra primera inclinación se dirigió al mismo objeto o al menos V. gustó de la mía; sin embargo esto no influyó de modo alguno en mis sentimientos de amistad, así a V. por más que viese en los delirios de aquella feliz edad, como me recuerdo vivamente, que V. pudiese obtener preferencia por las ventajas de su posición. Tal vez yo me equivocaba entonces, pero si hubo algo de esto, V. pudo asegurar su felicidad haciendo la del objeto digno de mis delirios, cuya suerte siempre me ha interesado, pero el Destino o el interés lo dispuso de otro modo. V. debía ser feliz hasta cierto tiempo; después V. debía experimentar sinsabores que nunca pudo prever le pudiesen proporcionar las mismas personas por quienes V. tal vez había sacrificado antes sus gustos y felicidad. Jamás, sin embargo, creo ya yo, que el hombre debe quejarse de sus desgracias, ni achacarla a la fortuna tan tachada de inconstancia. Nuestras desgracias y disgustos siempre son el efecto, hasta nuestros mismos males físicos, de nosotros mismos. Nosotros tuvimos la fatalidad de nacer y figurar en una época y teatro demasiado corrompidos, y sino al ejemplo de nuestros padres tenemos un gran cargo que hacer a la sociedad

en que se nos formó. V. hallará aquí indefectiblemente el origen de la desgracia y los disgustos de V. mismo, así como yo le he encontrado en mi conducta y principios adoptados en mi juventud. Todo, como he significado, tiene su origen del mal ejemplo. V. el primogénito y el heredero de su casa, no hay duda, ha debido llenar ciertos deberes anexos al privilegio o fortuna de su nacimiento, debió V. a los 30 años haber elegido una compañera digna de V. al paso que llenase su corazón, pero nos era más dulce seguir el ejemplo del tiempo. Yo no sé cosa alguna de esa época de su vida, pero adivino que V. habrá pasado sus bellos días como unos pajaritos que llamamos aquí chupaflores que no me acuerdo si los hay allá, que se alimentan del jugo de las flores en el momento de abrir el capullo y su placer estriba en recorrer todas las que puede sin pararse jamás, siempre en movimiento, siempre inconstantes; pero, contrayéndome a los disgustos que ha sufrido V. con su familia de que me han hablado aquí antes de ahora, del modo que piensa y se explica la gente grosera, me parece que aquella ha obrado con injusticia y mayor impolítica respecto a V. Incitado por V., me tomo la libertad de tocarle esta delicada materia porque creo que mis ideas y principios pueden servirle de alguna satisfacción. Es preciso convenir que nuestros hermanos deben ser por naturaleza nuestros primeros amigos, y además debemos encontrar en ellos los principios que constituyen este sagrado vínculo que tanto interesa al corazón del hombre sensible. Por tanto, como sus primeros amigos, sus hermanos de V. debieron en tiempo prever el escollo en que V., según ellos, se precipitaba y evitar con sus cariñosas súplicas y ruegos cayese V. en él; pero chocar a V. de frente y constituirle en esclavo de ideas, que, aunque establecidas en la sociedad, no dejan de oponerse a otros principios más luminosos, y sobre todo ver que ellos no tenían los derechos de los autores de sus días. Nos

hallamos en el siglo 19, que casi ha destruido, no digo yo, las preocupaciones de la Aristocracia, sino aun otras que se han fundado sobre objeto más digno. También he pensado yo que un objeto indigno no ha podido interesar a un amigo como le ha interesado si había hallado en tantas otras mujeres que habrá amado o que habrán intentado agradarle y es por ventura la primera mujer la de V. a quien su solo mérito físico y moral, que es el verdadero mérito, al que es imposible resistir, ha elevado al rango de los hombrones de la Europa civilizada. La Emperatriz de Rusia, mujer de Pedro el Grande y después Catalina Primera, qué fue en su origen, sino la mujer de un soldado polaco o moscovita y una esclava del ministro del Emperador, y tantas otras del estado llano o medio que se han elevado a la grandeza. Además padre V. de algunos hijos y libre usted, no hubiera sido un crimen privarles de los sagrados derechos de la Naturaleza y el sacrificarlos a las preocupaciones más groseras, ya casi destruidas por la ilustración y el saber. V. ha hecho muy bien mi querido amigo y yo le felicito de corazón. Si sus hermanos de V. son inflexibles a tan poderosas razones y se mantienen obstinados, creyendo que V. ha manchado su sangre azul, enhorabuena ténganse ellos, o a sus hijos por mejores que V. y que sus hijos, y únense con duques, condes y marqueses, mientras V. está satisfecho de su elección y de sus hijos y con sus medios y principios les forma a su modo. Lo esencial es que V. no les necesita. Tal vez hay también algo de interés en este asunto, tal vez calcularía su familia formar otra casa como la de Vega Grande con la unión de V. y Westerlin. V. ha obrado como un hombre de bien y según la filosofía y en fin según nuestra santa religión y yo celebro esta ocasión de felicitarle sinceramente porque asimismo V. ha obrado según mis principios. Yo amo mucho a mis hermanos y Juan y yo hemos sido y somos casi como los mellizos de Juan. Se nos

puede consultar de cualquier punto a él en Canaria y a mí en Caracas y nuestra contestación será igual como si nos entendiésemos; pues yo estaría en el caso de V. con mi familia, si me hubiera hallado en el caso de V. y esta hubiera pensado como la suya. Pero, estando la razón y la justicia de su parte, ellos cederán porque son sus hermanos, porque son cristianos, etc., y entonces nada faltará a V. a su felicidad. Entretanto supla la amistad, escríbame bajo el estilo que yo lo hago; hableme V. de su señora y sus niños. No tema ser difuso conmigo. Yo también tengo elegida de mi corazón e hijos como V.; y es y debe ser materia grata para nosotros. Yo igualmente corrí mi caravana, he sido un buen discípulo de la escuela de Gran Canaria o mejor diré de toda la del Imperio español, su digna esposa y satélite Godoy. ¡Qué corrupción por todas partes! Yo he sufrido las desgracias de la revolución por las mujeres encantadoras de Venezuela; y por estas y aquella perdí mi fortuna y perdí un amigo muy particular en este tiempo, cuya existencia y trato me eran más necesarios que las mismas diosas a quienes todo lo sacrificaba. En fin fue feliz hasta el mes de julio de 1814 que tuvo lugar la fatal emigración de Venezuela. Al verme V. metido en la revolución de Venezuela podrá figurarse que mis ideas podrían propender a la revolución. Puedo asegurar que amo mucho la independencia individual y la independencia política y religiosa, la libertad de pensar sobre el objeto, que solo interesa a cada uno solo; pero yo era feliz en 1810, tenía mucho que perder y nada que ganar; pero reventó la revolución como un efecto del desmoronamiento del Imperio español bajo la corrupción y la invasión de Bonaparte, y por instigación de los ingleses a quienes todo por acá se sujetaba desde aquel tiempo y en el caso de elegir era pensador y no máquina como casi todos nuestros desgraciados compatriotas que se hallaban aquí y elegí sin titubear el partido que dictaban la razón y la política; mejor

y más seguro era un sin volver la cabeza atrás; pero cuántas cosas se opusieron: fortuna enredada, mi amigo, y las mujeres, no fui capaz de tamaño sacrificio. Además ni me creí ni me creo español, como isleño me considero colono como los americanos, y en cuanto a mis mayores me considero inglés. Si hubiera sido español no estaría aquí, hubiera huido o perecido; y, echado una vez el guante, yo no retrocedo en materias de honor: así fue aun en los tiempos de las desgracias de la Patria, cuando se creyó que Morillo había hecho retroceder el destino de la América y yo me hallaba en Burdeos; pude ir a Madrid y seguir ahí, o volver aquí como español, tales fueron las recomendaciones que mi familia me ofreció en la corte; yo me volví a América a seguir mi destino, el destino de la Patria, que yo creía siempre infalible. Mi destino, he dicho. Debo hacer a V. una particular indicación porque la creo en relación con nuestro paralelo. La Patria empezó aquí como un juego de muchachos, y ¡qué otra cosa eran los americanos antes de la revolución! Casi fueron asustados con el horroroso terremoto del aciago 812, fenómeno terrible de la Naturaleza que como otras infinitas veces ha aprovechado la superstición para asegurar su imperio o engrandecerse más. Bajo tales auspicios ocupó a Venezuela y Caracas en particular el imbécil Monteverde acompañado de frailes, monigotes y presidiarios. ¡Así salió ello! Un joven loco entonces, le hizo huir a Curazao con una quijada rota, sin embargo fue premiado por el Rey; y lo mismo el sanguinario Morales tuvo el privilegio de ser conde y de mandar a ustedes por haber hecho perecer ambos más de 7000 españoles y canarios que dominaban a Venezuela en 1810, pero yo me extravió, dicho joven, vencedor de Monteverde entonces, Bolívar, quiero decir Libertador de Venezuela y toda la América del Sur con bastante justicia, cuando huyó Monteverde vino a La Guaira y se le dio allí un gran baile, y yo como patriota concurrí

a él y me hallaba entre los conquistadores cuando se presentó en la sala una familia y entre ella una diosa, una figura como las que Mahoma ofrece en su Paraíso a sus secuaces, pero con la circunstancia, a pesar de sus 15 años de presentar pruebas nada equívocas de próxima paternidad. Yo pregunté quién era y se me dijo ser la esposa de un joven oficial que se me señaló como de 21 años, cuyo duplo formaba la pareja más conforme que podía tocarte. Después la volví a ver con igual admiración en Saint Thomas, donde se refugió la emigración de Venezuela; pero yo me fui a Burdeos y entre mil hermosas de otra especie olvidé casi el bello sexo de la América; no obstante presente siempre lo que me cortaba la Patria y tachado de patriota por Monteverde y demás brutos canarios y españoles; y, despreciando las recomendaciones que se me enviaban de Canaria para presentarme en la Corte capaces de obtenerme el ir ahí o volver aquí como amigo de Morillo, me volví a Saint Thomas, en donde los patriotas me recibieron con los brazos abiertos; y entre las familias que me cumplieron fue la de la Diosa del baile. Fui presentado a la señora Anzoátegui y entonces fui que conocí su verdadero mérito. Ya ni vi aquella figura encantadora de la primera vista, su mérito y gracia del espíritu y del corazón, al que no pude resistir desde entonces fijó su corazón. Pero las circunstancias de esa mujer eran de distinta especie de las de todas las otras mujeres a las que yo hubiera rendido mis homenajes: enamorada de su marido, con quien solo había vivido algunos meses, el mérito y juventud de este y su gloria militar acababa de ser elevado a general por su valor y mérito. Vea V. cuántos inconvenientes hubiera yo tenido que arrostrar. Además V. me conoció en mi juventud, nunca he tenido en esta parte mucho amor propio, en fin tuve que contentarme con que la señora Anzoátegui me contase entre sus amigos, y prueba de ello ya ambos en Angostura, cuartel general y corte de la

patria, yo que necesitaba de mujer siguiendo el ejemplo de los demás tomé públicamente una mocita y la llevé a mi casa, último de mis delirios, y de aquí resultó un muchacho; pero afortunadamente la personita de quien trato no era más que una muñeca, aunque blanca y de una familia medio decente, había sido víctima de la revolución y viuda sin haberse casado, nada exigió de mí ni yo nada le ofrecí, y muy pronto yo me fastidié y concluyó el asunto; pero si esta muchacha hubiera tenido educación y mérito tal vez hubiera sacado mayores ventajas de ser madre de mi hijo. Yo había tratado siempre mujeres finas y tenía delante a la señora Anzoátegui, cuyo mérito, como el del imán, me atraía a mi pesar. En este estado murió en el ejército el general Anzoátegui llenando de dolor a su joven esposa y a toda la Patria de sentimiento. Este general a los 27 años, mandando el ejército bajo las órdenes del Libertador, venció a los españoles en Boyacá de la Nueva Granada y decidió con su espada la suerte de la América del Sur. Todo lo demás es consecuencia de esta memorable jornada. Figúrese V. de aquí el dolor de la señora Anzoátegui. Yo tuve la suerte de hallarme en su casa cuando no pudo ocultársele su desgracia y se me encargó el hacérsela pasar en la desgracia de la emigración en Angostura, siendo la primera mujer. El Libertador era viudo y en los más tristes momentos de una mujer vi siempre a la señora Anzoátegui digna de hacer la felicidad del primer hombre y desde que la consideré libre yo dejé de serlo, pero me guardé muy bien de manifestarlo a persona alguna. Desde entonces, es verdad, me ocupé de guardarla en vigilancia siempre y más retirado que antes hasta que cumplió dos años de viuda, tiempo más que suficiente para llorar a un difunto y el que yo necesité para desprenderme sin escándalo de la madre y criadora de mi hijo, nacido en mi casa y que llevaba mi nombre. Yo no creo que la señora Anzoátegui estuviese enamorada de mí como

de Anzoátegui, pero el juicio y la felicidad de ella y sus dos niñas que creía no poder ponerla en mejores manos le hizo colmar mis deseos en mayo de 822 y desde entonces soy feliz de una manera inexplicable. Jamás la menor nubecilla ha turbado nuestra felicidad. Aquí tiene V. cómo el destino nos conduce al punto que quiere. Nunca pensé casarme y pude hacerlo con grandes ventajas en mi juventud y la vista de una mujer en un baile decidió de mi destino. Parece también que V. pensaba el dejar a sus hermanos el cuidado de su fortuna y nombre, así como los míos me han legado este último deber. De varios modos ejerce sin duda paralelo entre nosotros. Me falta decir a V. que una de mis razones para no haber pensado en casarme nunca fue la corrupción de que ya le he hablado, pero puedo asegurar a V. que en este particular tras la revolución la última relajación ha morigerado las costumbres, y así como antes generalmente todos los maridos eran desgraciados, así viceversa ha desaparecido la tal manía del galanteo de las casadas, y casi puede todo, todo niño llamar Papa al marido de su madre y este estar seguro de serlo. Sin duda hay hasta aquí un paralelo entre nosotros, pero en lo demás nos separamos mucho; sin embargo podríamos aproximarnos. Tal vez habrá quien juzgue a V. más feliz que a mí, y quien viceversa me suponga a mí. Entre la salud y la fortuna hay quien diga que importa la salud, sin la fortuna y también con más razón quien posponga esta a aquella. V. mi amigo ha perdido su salud, ha sufrido mucho en mi concepto, este es el mayor mal de V. Sufrir positivamente como V. ha sufrido y tener que lidiar con los médicos, esto si yo le considero triste y necesita bien de filosofía. Tratemos, pues, de sus males de V. Los pujos, yo he dicho ya aquí mucho antes de ahora, eran males que no se conocían en Canarias y yo vi en mi tiempo padecer de pujos, pero este mal no se miraba como maligno y peligroso como aquí donde morían casi todos

los hombres de él. Apenas empezaban se volvía disentería y no había recurso, pero ya sea influjo de la variación del clima o temperamento de Caracas, que se ha observado que después de muchos años, o ya efecto del terremoto, o más bien del influjo de uno o dos cometas que han aparecido después de él, lo cierto es que ya un mal tan terrible se ha hecho insignificante. También se ha adoptado el mercurio para curarle. Dos amigos míos, personas muy notables, estuvieron muy malos y se salvaron del peligro con el mercurio, pero han quedado completamente achacosos, cuando no sufren más en grande. El uno de ellos ha estado muy en peligro en estos días de pulmonía. Yo he observado que el mercurio muy en moda en la medicina en el día deja fatales resultados, aun cuando se aplica al gálico. El otro mal de V. no es tan común aquí, pero yo mismo lo he visto empezar y sufrir en mi tío don Salvador, hacerme varias aplicaciones, entre ellas sufrir un pellizco de una mujer curandera y la medicina no tiene remedio en la misma quebradura con el objeto de inflamar y hacer siempre interiormente por soldar la rotura con cuarenta días en el catre boca arriba, pero mi tío quedó como estaba o peor. Yo creo por tanto que un niño o un joven tal vez, la Naturaleza es el mejor médico para curarse, pero mi amigo la Naturaleza obra ya en nosotros en sentido inverso, ¡64 años, Dios mío! Mi compañera suele decirme cuando se trata de años tu salud y valor son incuestionables, yo lo que temo son tus años. Sin embargo, tenemos alguna esperancilla. En el tránsito de la costa de Barlovento, donde suelo yo ir a nueve leguas de Caracas hay un pueblo en el que suelo yo pernoctar y había un viejo señor hacendado rico con quien yo me comunicaba y hablando de medicina, me significó: vea V. en la medicina no hay remedio para los quebrados, y yo tengo un remedio infalible, la resina de la copey creo acordarme, pero, como ya mi tío había muerto, yo no era quebrado ni

conocía quién pudiese necesitar del remedio, y sobre todo dudé de él a pesar de los ejemplos que me citó, yo no he hecho recuerdo de esto y murió el señor, pero existe un hijo suyo con quien tengo también conocimiento y le escribiré y tendrá V. sin falta el remedio. Yo me hallaba aquí con mi familia con motivo de la cosecha y en esta hacienda de Curucuti empecé a escribir a V. y avisándoseme que va a salir el mismo buque se me ha trastornado el plan en términos que hasta me falta papel igual al que tomé para escribirle y todo lo he pospuesto al interés de contestarle. No hay duda se descubran tantos específicos contra los males que afligen a la humanidad, que no es imposible sea positivo el remedio de mi amigo. No estoy de acuerdo con V. sobre la causa de los males que nos afligen comúnmente. Me significa que V. ha padecido de una fístula y que había tenido que sufrir la operación y que V. veía el mal como herencia de sus mayores. Mi hermano Juan tiene una delicadez tal en sus piernas que mi arañó le forma una llaga y ha sufrido mucho. Mi padre sufría también igual mal y Juan me dice haberle heredado. No existen mi amigo tales herencias. Mi padre pasó su vida como un evangelista y Juan heredó el gusto o capricho y ambos se han resentido del mismo mal, al paso que mis piernas son de fierro y no digo yo un arañó sino porrazos infinitos que es indispensable dejar de sufrir en mis largos e incómodos viajes, jamás me han causado una llaga. La vida sedentaria es la causa de la diferencia entre Juan y Pedro. Yo me temo también que su padre llevaría una vida pasiva y tranquila, como llevan Vs. los mayorazgos en esas islas: ningún cuidado que inquiete su imaginación, buena mesa y ningún ejercicio. Aquí tienen Vs. sus enemigos capitales y la causa de las fístulas de sus mayores, y, yo apostaría que V. ha tenido la vida de un rico mayorazgo, sus males de usted son todos de falta de sobriedad y del uso del aceite y de alimentos crasos y muy condimentados. Para

vivir mucho es forzoso dieta: comer poco para comer mucho. El remedio de los pujos y disentería es la dieta rígida, privarse de cuanto pueda lastimar sus intestinos lastimados o delicados. Yo, es verdad, he tenido una constitución privilegiada; sin embargo mi salud y vigor en nuestra longevidad es principalmente el seguro resultado de mis principios en esta parte. Yo he visto siempre la salud como el primer bien, ¿Qué haríamos sin ella con los tesoros de los ingleses? Así es que jamás me he excedido en comilonas, y trasnochadas, siempre he tenido mi imaginación muy ocupada y sobre todo siempre ha tenido la vida más activa: ejercicio hasta fatigar la máquina, caminar seis o diez horas por malos caminos con una taza de café. Aquí tiene V. lo que nos preserva de los males y lo que destruye mejor que un purgante de Le Roy cualquier mal incipiente. Es verdad, mi vida después de la Revolución ha sido más bien efecto de la necesidad que del cálculo, siempre impulsado por el empeño de las circunstancias y lo que sin la filosofía parece un mal, es un bien real y positivo. La prueba de cuanto ha significado a V. sobre el principio de la salud no tengo más que recordar a V. la triste suerte de mis amigos y contemporáneos mayorazgos que V. conoció en Gran Canaria: Fernando Vega Grande, Juan de León, Fernando Castillo, Pepe Matos y Nicolás Canónigo, Santiago Verdugo, Salvador Manrique, los que desaparecieron tanto tiempo ha y V. mismo que existe con tan poca salud. Mi familia, es verdad, es sobria por naturaleza y por eso existen mis hermanos, aunque no en mi estado de salud y esperanza de mayor longevidad. Estas observaciones no son para V., pero le tocan muy de cerca. Las dedico a los hijos de V. y añado propalarles V. el uso del aceite para preservarlos de la herencia de sus mayores y de los placeres de la mesa para conservar la salud. Ve V. la gran diferencia entre nosotros. Yo estoy como cuando nos vimos en nuestra florida edad. El arte

médico y quirúrgico no ha ejercido su destructor influjo sobre mí. Mi cuerpo está ileso y la edad misma poco se ha ejercitado sobre mí, de modo que yo podría optar a los días de Matusalén o al menos a los de Anteón, bajo este principio; pero, no obstante, yo lo que apetezco son doce años más para dejar a mis hijos fuera de los peligros de la edad. El menor de los cinco varones tendrá entonces la edad en que yo viniendo a la América obtuve mi carta de independencia y jamás necesite de mentor, de menos dependa de persona a quien tener la menor consideración. La fortuna la de V. se ha diferenciado mucho de la mía. V. sin embargo debía a sus hermanos consideración y los deberá de 2º padre y yo, aunque no tan rico, podía disponer sin reato de mi fortunita antes de la revolución, pero, aunque pude ser más rico después de la revolución y casado, la naturaleza y los hombres me han contrariado mucho. He tenido momentos en los que sin mi filosofía y sin la mujer que me destinó la Providencia, hubiera sido desgraciado. Pero nada de eso un pecho firme y una buena compañera se sobreponen a desgracias reparables. Además la esperanza de los hijos es un excelente confortativo. Mis adoptivas complacen mi corazón. Aquel niño cedido por su madre en favor de su educación, y adoptado por mi mujer ha correspondido dignamente, es un guapo muchacho, le enseñé yo mismo a escribir casi como Torcuato, está empleado en la Tesorería y es mi amanuense. Yo solo escribo a mi hermano de mi puño, como lo hago ahora a V. El mayor de mi matrimonio ha estudiado la latinidad y va a entrar a filosofía. Tiene 14 años y los demás seguirán su ejemplo para que se hallen un día en aptitud para los destinos de la Patria y las hembras, aquí tuerce la puerca el rabo, esta democracia sobre tanta diferencia de castas, pero esto será asunto con la política de otras castas. En fin, y sin entrar en más análisis, balanceando la fortuna con la salud, ya tiene V. concluido el paralelo. Debemos

concluir amigos como empezamos nuestra carrera. Yo le ofrezco que por mí no faltará. Hemos recibido su delicado presente de alfeñiques que mis muchachos han celebrado como V. rodeado de los suyos, puede figurarse y mi compañera y yo damos a V. las gracias, así como a su señora, a cuyos padres presentará V. mi fina amistad. Quién no habrá tenido la menor parte en él. En cuanto al vino fue directamente a Caracas, estando al concluir la temporada de campo, y sobre mis finas gracias me reservo decir a V. de su calidad. Yo he recibido en la ocasión unas botellas de las Vegas de mi hermano, y entre ellas unas del Troncón, regalo de Vega Grande a mi hermano. Este caballero nació cuando yo de dos a tres volví a ver a mi familia y, aunque he olvidado un poco el gusto del buen vino de Canaria con la revolución, tengo con que comparar el de V. Qué carta, dirá V. en efecto, además hecho muy de prisa y en borrón. V. dispense todo a favor del objeto. Su muy grata de V. ha excitado mi sensibilidad. Supondrá V. cuán grato me será la recíproca del fruto de mi hacienda de café y de cacao de mi compañera y sus hijas, recompensa de la patria al general Anzoátegui, pero es preciso tiempo para preparar cosa digna. Igualmente mi compañera necesita tiempo para preparar para los niños de V. y su señora cosa parecida a los alfeñiques. Tenemos aquí fruta para dulce gratas a V. sembradas por mí mismo. En fin, es forzoso concluir repitiendo a V. los más finos sentimientos de amistad, como soy de V. siempre afectísimo amigo. Q. B. S. M.

Pedro Eduardo.

**Discurso de Medranda en la
inauguración de la Sociedad Patriótica
de Valencia el 29 de agosto de 1811**

Acabamos, amados ciudadanos, de hacer desaparecer de esta ciudad los horrores de una guerra cruel y destructora, y tenemos la gloria de haber contribuido a restablecer el orden y tranquilidad de un pueblo que es parte de nueva confederación venezolana. Algunos de nuestros hermanos, y aun de nuestros más amados socios, han sido víctimas inmoladas a la libertad de Venezuela, de que la ignorancia y malicia quería privar a los habitantes de Valencia. Lloramos todos su pérdida; pero envidiamos su suerte en haber contribuido con su vida a la entera y sincera unión de todos los que debemos formar una sola familia. Ya todos, desengañados de sus errores, vuelven arrepentidos a unirse a nosotros, y, conociendo nuestras justas y rectas ideas, serán como antes nuestros amigos y las luces que hasta ahora encubrían la opresión y la malicia, se extenderán triunfantes por todos estos pueblos, y las verdaderas nociones de la libertad e independencia y los imprescriptibles derechos del hombre consolidarán para siempre nuestra tranquilidad y la de toda la República. La Sociedad Patriótica de Caracas, de la que muchos tenemos el honor de ser miembros, con sus incesantes trabajos y con el ejemplo de las virtudes cívicas que la adoran, ha contribuido constantemente a la ilustración pública y ha sido el escollo donde se han estrellado todas las tentativas que podían oponerse a nuestra libertad e independencia; nosotros

hemos jurado defender nuestros derechos, y hacer, por medio de la ilustración, que nuestros sentimientos se propaguen en todos los habitantes de este vasto continente. Ya tenemos la gloria de ser los fundadores de esta Asamblea y por la vez primera se ve en esta ciudad una reunión de hombres libres que tratan sobre sus derechos y seguridad. Si nuestras tareas surten los efectos de su Instituto, yo consideraré como una de mis mayores dichas la de haber contribuido a tan útil establecimiento.

Valencia, agosto veinte y nueve de mil ochocientos once,
primero de la independencia.

**Revolución de Venezuela.
Relación del brigadier Manuel
Fierro sobre los acontecimientos
políticos ocurridos en Caracas
el día 19 de abril de 1810**

En contestación a los puntos que contiene el oficio que VS. se sirvió pasarme con fecha de 18 del corriente, debo decir simple y substancialmente que en 19 de abril último a las nueve de la mañana estando en mi casa hay voces tumultuarias en la calle, y habiéndome procurado informar de algunos de los que pasaban solo pude saber que el capitán general se hallaba en el ayuntamiento, y que había gran novedad.

Indeterminadamente, observando que continuaba el alboroto, comencé a vestirme, y saliendo de casa para irme a la del general hoy que tocaban la llamada; apresuré el paso, y habiendo llegado y preguntado al sargento de guardia, supe positivamente que el general estaba en el Ayuntamiento, con cuyo motivo salí, y en la calle me cercó una partida de tropa, y me hizo volver a mi casa, en donde encontré una guardia mandada de un oficial de Milicia nombrado Galindo acompañado del Dr. don Vicente Tejera y me intimó quedase arrestado en mi casa de orden del Ayuntamiento.

Como a las dos y media de la tarde, se me presentó el capitán de milicias don Diego Plaza, con partida de tropa y me condujo al Ayuntamiento, en cuya sala estaban el capitán general don Vicente Emparan; el intendente, don Vicente Basadre; los oidores, don Felipe Martínez, don Antonio Álvarez y don José Gutiérrez; los fiscales don Francisco Berrio, y don Francisco Espejo;

el sub-inspector de Artillería don Agustín García; el auditor don José Vicente de Anca; los alcaldes don Josef de las Llamozas, y don Martín Tobar y Ponte; los regidores don Feliciano Palacios, don Hilario Mora, don Isidoro Méndez, don Rafael González, don Valentín Rivas, don José María Blanco, don Dionisio Palacios, don Juan Ascanio, don Pablo González, don Silvestre Tovar y don Nicolás Anzola; el síndico don Lino de Clemente; el canónigo don José Cortés, como diputado del clero y del pueblo; don Francisco Josef Rivas, como diputado del clero; don Félix Sosa y don Juan Germán Roscio, como diputados del pueblo; don Francisco Javier de Ustáriz y don José Félix Rivas, diputados del Gremio de pardos; fray Felipe Moza, prior del Convento de predicadores; fray Marcos Romero, guardián de San Francisco; fray Bernardo Lanfranco, por el convento de la Merced; don Juan Antonio Rojas, rector del Seminario; don Nicolás de Castro, sargento mayor y comandante interino del Batallón de Milicias de Blancos; y don Juan de Ayala, capitán del Veterano.

Luego que entré me mandaron a sentar, y al poco rato el mismo oficial Plaza me intimó que saliese, y que me mantuviese en un cuarto del lado, desde el cual solo pude observar que se daban órdenes a los centinelas de la escalera para que nadie subiese, sino personas determinadas, y que todo se disponía y ordenaba por el canónigo don José Cortés.

Como entre las cinco y las seis observé desde dicho cuarto que se leía y publicaba en la Sala la acta que se había tirado, y que se tomaba juramento, enseguida salió don Nicolás de Castro, a publicarla, y tomar el juramento a las tropas que con sus banderas estaban formadas frente a la Casa Capitular, y a la Plaza, y de allí siguió la publicación por toda la ciudad.

Hecha esta publicación me llamaron a la Sala juntamente con don Lorenzo Fernández de la Hoz, que se hallaba detenido

conmigo en el mismo cuarto, y nos tomaron juramento de defender la Religión, la Soberanía de Fernando Séptimo, y la Patria, con sumisión al Gobierno establecido, y nos volvieron a retirar a nuestro arresto, donde nos mantuvimos hasta las nueve de la noche que me condujeron al cuartel cercano con una partida de tropa, dejándome arrestado en la Prevención, y allí supe que se hallaban encerrados en calabozos, el intendente Basadre, El sub-inspector García, y el auditor Vicente Anca, y presos en sus casas, el capitán general Emparan, y los oidores Martínez, Álvarez y Gutiérrez.

Permanecí allí el 20 y a la media noche, vi entrar, y poner en calabozos a los oidores Martínez y Álvarez. A las cinco de la mañana para amanecer el 28 varios oficiales de Milicias y otras personas con aparato de Caballería, trayendo mulas, me sacaron el primero y poniéndome en el centro de seis soldados con un oficial, siguieron tras mí, con igual escolta, el general Emparan, el intendente Basadre, los oidores Martínez y Álvarez, el subinspector García, y el teniente coronel don Joaquín Osorio, que también se hallaba preso, y nos condujeron a La Guaira, y a la entrada en el Pueblo de Maiquetía, el comandante Plaza mandó hacer alto y dio la orden de parte del Ayuntamiento, de que cualesquiera que disparase o hiciese demostración se diesen balazos a los que íbamos presos.

En dicho Pueblo nos pusieron en una casa rodeados de tropa hasta las tres de la tarde que seguimos a La Guaira, y nos condujeron al muelle, y luego a bordo del bergantín *Pilar* el general Emparan, García, Martínez, Álvarez, Osorio y yo, y al intendente Basadre lo llevaron al Castillo de San Carlos y al auditor al del Gavilán.

A la media noche de dicho día 28 llegó a bordo una orden para poner a la barra al general, y otros, la que no cumplió el oficial que estaba de guardia.

El 22 a las ocho, cuando se mudaba la Guardia, me llevaron a tierra a la casa del comandante que, diciéndome había orden para que volviese a Caracas, me puso entre tanto en el Castillo del Samuro, en donde permanecí hasta el 1º de mayo que me condujeron a bordo de la fragata *Fortuna* destinada a Canarias y Cádiz, y allí encontré ya al intendente Basadre, y el Auditor Anca, y después llegaron sus familias, y el oidor Gutiérrez, notando que el 27 de abril había dado ya a la vela el Bergantín *Pilar* en que estaban Emparan, Martínez, García, Álvarez, y Osorio, con un destacamento de 20 hombres, y el oficial don Miguel Marimón, escoltados de un paquebot del corso mandado por don J. Valenzuela.

El cinco del corriente se embarcó la familia de Gutiérrez en la fragata, el 6 por la mañana dimos a la vela, y el 11 arribamos a la Aguadilla en donde el capitán del buque don Pablo Domelech nos echó y dejó en tierra, a causa de la grave incomodidad con que veníamos, y que no toca ya en Canaria, dejando a bordo al intendente Basadre y su familia, y yo y el oidor Gutiérrez pasamos inmediatamente a presentarnos a S. E. y comunicarle este acontecimiento, como lo ejecutamos luego que llegamos la noche del 16.

Este es el hecho que presencié y certifico, añadiendo haber sabido de modo que no deja duda haberse erigido en Caracas una Junta Suprema con tratamiento de Alteza, representaría de Fernando VII, independiente de la Península compuesta de los individuos siguientes: don José de las Llamozas; don Martín Tovar Ponte; don Feliciano Palacio; don Nicolás de Castro; don Juan Pablo Ayala; don Josef Cortés; don Hilario Mora; don Isidoro Méndez; don Juan Rivas; don Rafael González; don Valentín Rivas; don José Félix Sosa; don José María Blanco; don Dionisio Palacio; don Juan Germán Roscio; don Juan Ascanio; don Pablo González; don Francisco Javier Ustáriz;

don Silvestre Tovar; don Nicolás Anzola; don José Félix Ribas; don Fernando Key; don Lino Clemente, secretario de la Suprema Junta y del Despacho; don Juan Germán Roscio, relaciones exteriores; don Nicolás Anzola, de Gracia y Justicia; don Fernando Key, de Hacienda; y don Lino Clemente, de Marina y Guerra.

Se erigió un tribunal de apelaciones con tratamiento de señoría, y se compone del Marqués de Casa-León, presidente; de don Josef Bernabé Díaz, don José María Ramírez, don Bartolomé Ascanio y don Felipe Paúl, ministros; don Vicente Tejera, fiscal.

También un Juzgado de Policía, cuyo juez es don Bartolomé Blandín y diputados don José Joaquín de Argos, don Francisco Aramburu, don Francisco González de Linares, don Martín de Barasiarte, don Simón Ugarte, don Félix Tovar, don Pedro Machado, don Francisco Ignacio Serrano, don Francisco Tovar, don Luis de Rivas y Pacheco, don Rafael Castillo y don Hilario Espinosa; síndico, don Lorenzo López Méndez.

Hay dos corregidores elegibles anualmente, y son ahora don Luis de Rivas y Tovar, y don Juan Bernardo Larrain.

Hay un gobernador militar inspector de las tropas, con facultad de asesorarse con cualquier letrado, y lo es el coronel don Fernando del Toro; secretario del Gobierno, don Ramón García de Sena.

Últimamente un Consejo de Guerra para defensa de las provincias, compuesto del coronel don Fernando del Toro, presidente; los comandantes generales don Nicolás de Castro, y don Juan Pablo Ayala; los coroneles de Artillería y de Ingenieros don José Salcedo y don Juan Pérez y los comandantes del Escuadrón de Caballería, y Batallón veterano don Antonio Solórzano y don Antonio Urbina.

El 3 de este mes, se publicó por bando libertad de comercio con la Patria común, y con las demás naciones amigas, aliadas y neutrales. Se suprimió la alcabala de víveres, y comestibles, y el

tributo de los indios. Se estableció una cucarda de los colores rojo, amarillo, y negro, timbreados estos con el retrato, o letras iniciales del nombre de Fernando VII. Lo demás que haya ocurrido en el Ayuntamiento, y días del suceso, puede referirse por el señor don José Gutiérrez del Rivero, que estuvo presente, o en la ciudad.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Puerto Rico, 22 de mayo de 1810.

Manuel C. Fierro

Señor don Salvador Meléndez, capitán general de esta isla.

**Proclamas de don Domingo
de Monteverde, comandante
en jefe de los ejércitos
de su Majestad Católica**

detener los pasos con que era conducida a su ruina; y restituirla a la tranquilidad, a la felicidad, y a la verdadera libertad, que solo conocía en las palabras!

Algunos hombres dolorosamente extraviados conduciendo centenares de otros inocentes, y dignos de estimación, pensaron varias veces detener las armas de S. M. C.; pero la mano omnipotente de Dios que abría el camino para su tránsito, y las conducía por circunstancias prodigiosas, y de un modo propio solamente de su sabiduría, las hizo atravesar desde el Occidente hasta la capital, y terminar de un modo extraordinario, escenas y sucesos cuya memoria debe confundirse entre el olvido por todos los hombres de bien.

Habitantes de Caracas, pisó ya las ruínas de esta desgraciada ciudad: conozco toda la violencia de los males que os afligen, palpo las consecuencias de funestos acontecimientos, veo vuestras miserias, y lloro con vosotros. ¡Cuánto pudieron ser evitadas!

Habitantes de Caracas: mis primeros votos no se han cambiado: anhelo por vuestra tranquilidad, y por que veáis cuáles son vuestros verdaderos y sólidos intereses, vuestra felicidad, y vuestro bien.

Yo no os hablo sino el lenguaje de las Cortes extraordinarias y generales del reino: no os presento otras ideas y sentimientos que los que abriga aquel supremo Congreso. En vuestras manos está restituirlos al apreciable estado que deseáis: uníos al Gobierno que trabaja por restablecerlo; olvidad (si aún permanece) esta deidad aparente tras de la cual corráis algunos de vosotros, sin que jamás pudieseis palparla; y la que ha hecho siempre correr inútilmente tantos arroyos de sangre. Que todo el mundo que fue testigo de este tiempo ya olvidado, sepa que conocéis que la felicidad de los pueblos consiste en vivir con seguridad al abrigo de las leyes, en ser respetados mutuamente, en no gustar la amargura de la miseria, y de las necesidades personales, y en

despreciar con honradez y vigor imágenes halagüeñas, presentadas solo para la consecución de fines particulares.

Caracas, agosto 2 de 1812. Domingo de Monteverde.

Proclama de 3 de agosto de 1812

Habitantes de Caracas: una de las cualidades características de la bondad, justicia, y legitimidad de los Gobiernos, es la buena fe de sus promesas, y la exactitud de su cumplimiento.

El Gobierno actual de Caracas, fundado sobre estos principios, para él inalterables, se cree en la obligación de repetíroslo para vuestra tranquilidad. Cuando sus armas conducidas por la mano omnipotente corrían a establecerlo, os prometió en medio de su carrera lo que creo que visteis con placer y admiración; y lejos de aprovecharse de las circunstancias irresistibles en que los acontecimientos de dos años ya olvidados os habían desgraciadamente constituido; la generosa nación española por mi medio como su órgano, os concedió cuanto sabéis. Concesión que los sensatos miraron como un acto de generosidad, y que los ilusos atribuyeron quizá a principios absolutamente falsos.

Habitantes de Caracas: mis promesas son sagradas y mi palabra es inviolable. Oísteis de mi boca un olvido eterno; y así ha sucedido: los acontecimientos condenados a él, ya están borrados de mi memoria, son para mí lo mismo que las confusas imágenes que restan después de un sueño tumultuario. Creedme: la experiencia os convencerá.

Pero mis promesas no se extienden a todas las épocas de esta desgraciada historia, tuvieron su término en el momento de firmarlas y sancionarlas. Los sucesos posteriores están comprendidos dentro de otro círculo, en el que debe obrar la autoridad absoluta de la ley, y de vuestra seguridad.

Habitantes de Caracas, vuelvo a repetirlo: mis promesas serán literalmente cumplidas, vivid tranquilos por este cumplimiento inviolable, descansad en la buena fe de quien llora con vosotros vuestros infortunios, y desea remediarlos, cumplid con vuestras respectivas obligaciones, y nada el Gobierno hallará capaz de hacerle cambiar sus benéficas intenciones, aun más allá de la época señalada.

Caracas, agosto 3 de 1812.

Proclama a los pueblos de la provincia de Venezuela de 5 de agosto de 1812

Tengo el placer de hablaros desde vuestra antigua capital. Vosotros que visteis mis deseos y operaciones anhelareis saber el resultado. Voy a complacerlos.

Habitantes de esta provincia, las armas españolas habían arrollado los cuerpos que se le presentaron en su tránsito hasta los valles de Aragua, conducidas por el valor y honradez de muchos de vosotros, y protegidas visiblemente por la mano de la Providencia; cuando retirándose de todas partes los cuerpos militares que podían oponérsele se concentraron en el pueblo de La Victoria, y fueron rodeados por el ejército de mi mando.

No ocupaban ya sino un territorio destruido de pocas leguas, y estaba pronto para abrirme paso con la bayoneta hasta las ruinas de esta ciudad, cuando recibí proposiciones pacíficas hechas por el general que mandaba las fuerzas enemigas.

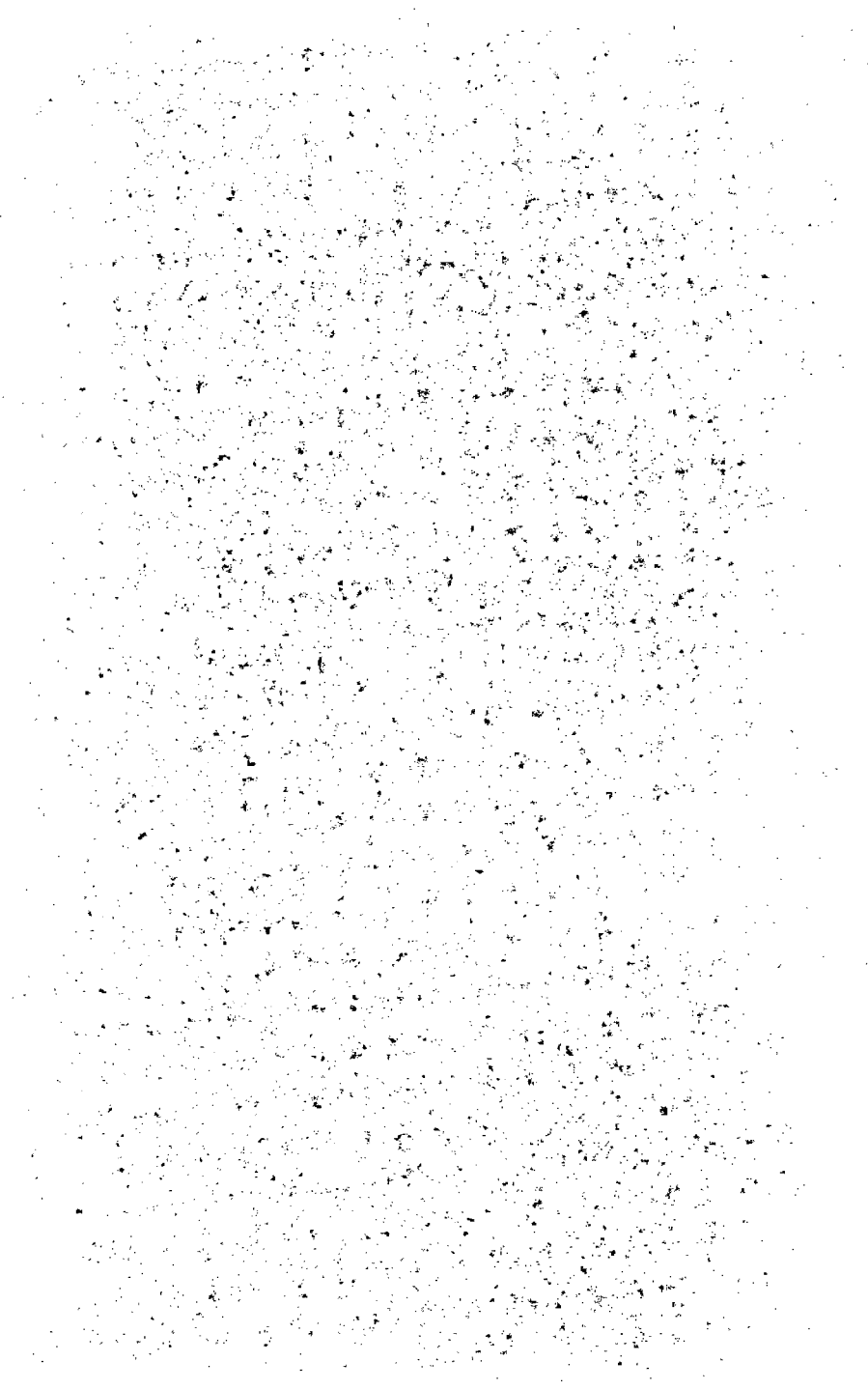
¡Escuché entonces a mi corazón!, cerré los oídos a la enérgica voz de mi gloria militar, preferí el carácter de padre al de guerrero; y concluí en beneficio de vuestros hermanos un convenio, cual no pudieron esperar en las críticas y desesperadas circunstancias de dos años de delirios, y comenzó una nueva época capaz de reparar los inmensos males ocasionados. Han

aparecido la esperanza y la paz; y la confianza fraternal debe ser el resultado de estos importantes principios.

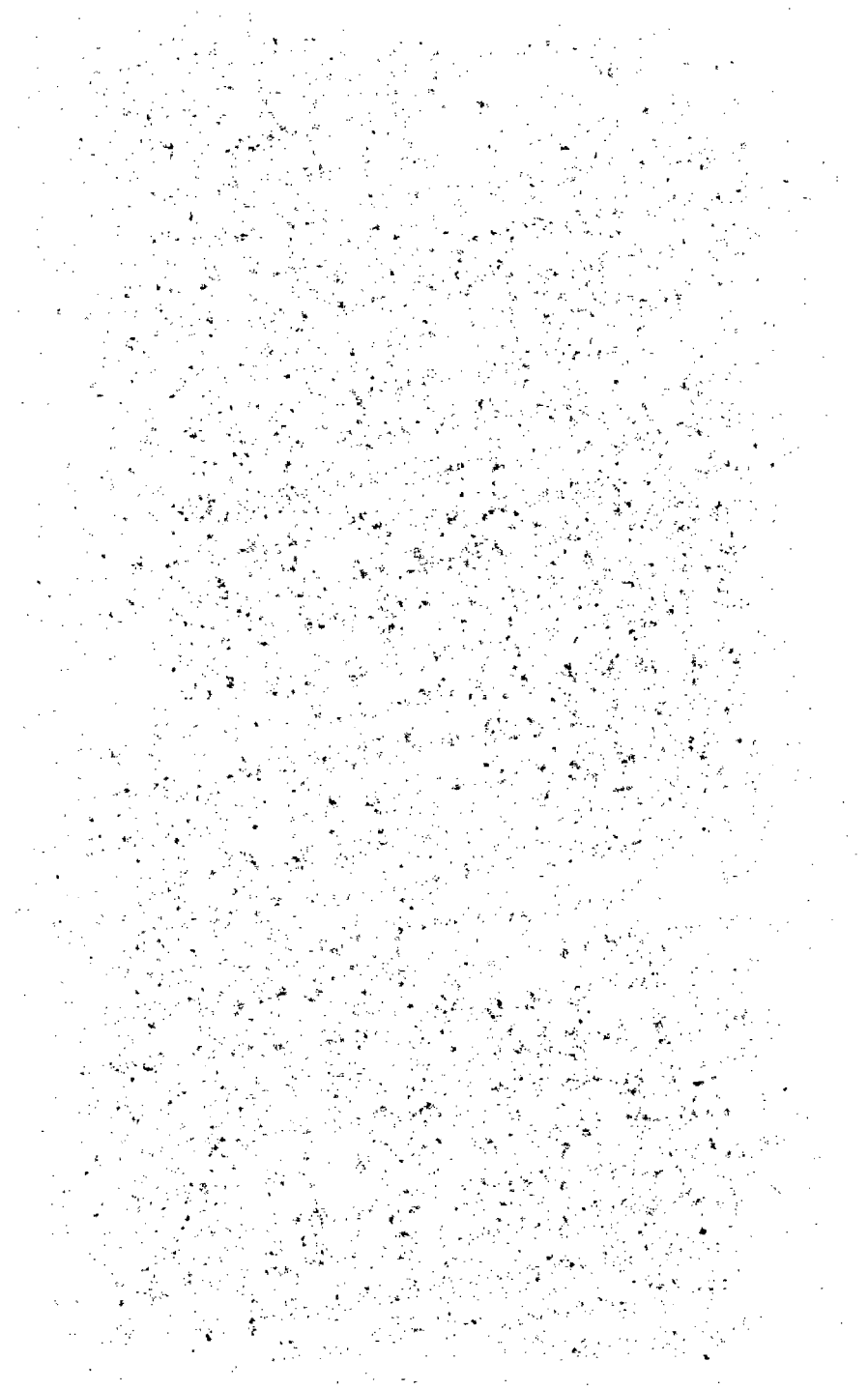
Habitantes de esta provincia: vuestra antigua capital, sus puertos, sus armas, sus almacenes, sus dependencias están ya bajo la legítima autoridad del señor D. Fernando Séptimo; comienza a nacer el orden, y la prosperidad debe seguirle. ¡En vosotros está acelerar estos tiempos afortunados! Obedeciendo a la ley, respetando a los magistrados, confiando en el Gobierno, cumpliendo con vuestras respectivas obligaciones, olvidando los sucesos que yo olvido, y despreciando con honradez las ilusorias ideas que pueden presentaros, y de que tenéis numerosos desengaños; vosotros seréis felices y dignos de la protección de las leyes, y de la beneficencia del Gobierno.

Caracas, agosto 5 de 1812.

Domingo de Monteverde.



**Carta de Domingo de Monteverde al
ministro de la Guerra, dando cuenta
de los conatos revolucionarios de
20 de enero de 1813**



Excelentísimo señor.

En mis precedentes representaciones tengo comunicado a vuestra excelencia que sucesos posteriores a la convención de La Victoria, acompañados de nuevos indicios vehementes me obligaron a ocurrir por medidas indispensables de la seguridad pública, a la prisión de aquellas personas que violando las estipulaciones, se habían hecho indignas de mis promesas y que por su reincidencia y obstinación se hallaban sujetas al rigor de las leyes.

Casi al mismo tiempo recibí formales denuncias de Cumaná, Margarita y parte de Barcelona de que había en ellas conatos de una nueva revolución. El comandante político de La Victoria me remitió parte de un sumario que acompañó en copia a vuestra excelencia bajo el número 1º y lo que me obligó entonces a adoptar el medio de convocar una junta que ya he indicado a vuestra excelencia, de las personas públicas de mayor concepto, por sus luces, honor y lealtad, cuya acta incluyo a vuestra excelencia bajo el número 2º, sirviéndose observar por ella, que impuestos sus miembros del estado crítico de las provincias y del riesgo de que los facciosos provocasen una nueva conspiración, fueron todos de opinión unánimemente de que se procediese inmediatamente a la prisión de los individuos que consideraban

peligrosos, para cuyo fin expusieron sus nombres en las listas que me remitieron, de las cuales remito la del número 3° firmada por el Marqués de Casa León, uno de los concurrentes a la junta, no siéndome posible remitir por ahora las demás, por la brevedad del tiempo, y solo lo hago con aquella, para dar a vuestra excelencia una idea del modo y forma de este paso que me parecía indispensable a la seguridad y conservación del territorio pacificado.

En los días siguientes a la celebración de la enunciada Junta se repetían de todas partes los anuncios de que los facciosos se reunían descaradamente, y que premeditaban dar el golpe para la Nochebuena, confiados todos en el éxito de la expedición de Casanare, que en el mismo mes de diciembre próximo intentó penetrar por Guasdualito a la capital de Barinas, cuando fue felizmente rechazada por un destacamento de las tropas de su majestad, como tengo antes dado aviso a vuestra excelencia.

Esta reunión de hechos, denuncias y fundados temores me hicieron formar el auto de proceder que acompaño con el número 4° a vuestra excelencia, y de cuyas declaraciones al pie de él, se comprueban otras especies y hechos que imperiosamente me dictaban la necesidad de poner en prisiones a muchos individuos que resultaron acusados de las listas, cuyo resumen se practicó previamente, y del cual incluyo copia a vuestra excelencia bajo el número 5°. Estas graves consideraciones me pusieron en la alternativa de exponer el país a nuevas conjuraciones, o de alterar el sistema de olvido, piedad y disimulo que adapté desde el principio y que me hicieron continuar hasta entonces la prudencia, la política y la observancia religiosa que he procurado dar a la capitulación, y a mis sucesivas promesas, viéndome en el caso apurado de decidirme preferentemente por la seguridad y conservación de estos dominios a la Nación y a Su Majestad.

Fueron presos en los cuarteles de esta capital por las razones dichas que apoyan el parecer del auditor número 6º, y en las Bóvedas de La Guaira (únicas prisiones seguras que perdonó el temblor), muchos de los individuos que constan del referido resumen número 7º, con el objeto de remitir a los más peligrosos de entre ellos, a disposición de su alteza, por si tenía a bien destinarlos a los ejércitos. Para este efecto tenía dispuesto Buque y alistado en el Puerto de La Guaira el bergantín *Manuel*, de su majestad, para que lo comboyase hasta la altura competente y que se asegurase a los reos de ser capturados por corsarios norteamericanos de que abundan con bandera francesa actualmente estos mares, pues aunque se había pensado antes dirigirlos a Puerto Rico, mudé de esta resolución, después de saber que el gobernador temía la reunión de muchos insurgentes en aquellas prisiones, por las circunstancias del tiempo.

La determinación que consideraba y considero aún de urgente necesidad, no solo para la seguridad del país, sino para su sosiego futuro, tuve que alterarla por el contrario modo de pensar del intendente general don Dionisio Franco, recién venido a esta capital, como del oidor en comisión don Pedro Benito y Vidal, quienes en nueva Junta celebrada, para que en forma de consulta e informe me dijese entre otros individuos su opinión, pues en todos los casos arduos no he querido fiarme de la mía, desconfiado de mis cortas luces, fueron de dictamen que se pusiesen en libertad algunos de los reos presos por los antecedentes referidos, y le formase a los demás sus causas según los trámites de la ley.

Yo creía, excelentísimo señor, que los sufragios de diez y ocho individuos, todos de excepción, que compusieron la primera Junta, y entre los cuales fue uno de los primeros, el mismo oidor comisionado, y que unánimemente convinieron en el inminente peligro del país, y en la necesidad de las enunciadas

prisiones; que los asertos de los mismos miembros, respecto de determinados individuos peligrosos y perjudiciales al Gobierno legítimo, para que fuesen estos presos, y que la notoriedad de sus exaltadas opiniones y servicios al de los facciosos, formando todo un cuerpo de sumarios con las competentes declaraciones de los enunciados miembros de la Junta, fuese bastante motivo para su remisión a la Península, como va indicado, y que debían dispensarse otras ritualidades legales, incompatibles en el día con las circunstancias críticas de este país, con el peligro en que se halla con la escasez de letrados, que serían necesarios para la formación de las causas, no habiendo en esta capital sino solo dos de mi confianza, no manchados con el borrón de la deslealtad, y con la brevedad del tiempo tan necesaria en los instantes emergentes.

Yo creía que con la separación de los hombres peligrosos y revolucionarios por costumbre, por ambición, por ociosidad y por ser impugnes en sus anteriores delitos, quedaría el país libre de estos monstruos que tantas desgracias han ocasionado, y afirmada la autoridad legítima, que unos hombres sin empleos, sin ocupación, sin costumbres, sin propiedades, llenos de vicios y cargados de crímenes, propenderían siempre a diseminar y hacer valer las venenosas máximas que ahora se hallan aparentemente sufocadas, con los triunfos que el Cielo ha concedido a las armas de su Majestad, de mi mando; y que sin esta medida que parece tan obvia e indispensable, y con la cual, sin destruirse las familias, podrían hacerse útiles con el tiempo a ellas, y así mismo los facciosos, dando prueba en el Ejército de su arrepentimiento, de sus errores y de su amor a la Nación, no podían conseguirse en lo futuro la seguridad y conservación de estos dominios a Su Majestad.

La necesidad de este recurso se apoya igualmente en la deficiencia de fuerzas europeas con que tenerlos sujetos y obedientes, a excepción de pocos soldados españoles, con cuyo valor y

fidelidad cuento, me hallo desconfiado de los demás: la mayor parte de las tropas que hacen la guarnición y defensa de estas provincias, son colectistas, y para mí de poca o ninguna confianza. Hay entre ellas muchos pardos, cuya clase fue la que más sacó partido con grados militares, y con la igualdad del Gobierno revolucionario, y la que más cuidado debe siempre causar por su número y pretensiones. Por estos antecedentes vendrá vuestra excelencia en conocimiento de los que me movieron imperiosamente a las prisiones referidas, a lo que he procedido con todo pulso y madurez, movido del peligro que había de malograr la pacificación, pues nunca juzgué fuese un obstáculo a ellas la constitución política de la Monarquía, la cual al mismo tiempo que respeta la libertad del ciudadano, recomienda la seguridad de los derechos del Trono y el sosiego de los pueblos, expuestos sin dichas medidas precautorias al desorden y a la confusión; y considerará vuestra excelencia la necesidad de la remisión a la Península, con destino a los ejércitos, de los principales agentes y promovedores, así blancos como pardos, de la insurrección de estas provincias, y al mismo tiempo de lo urgente que es el envío pronto de tropas para la seguridad y defensa del país, sin cuyos dos medios estarán siempre expuestos en convulsiones y privados de tranquilidad.

Creería faltar a mi deber y al amor ardiente que profeso a la nación y a su majestad, si omitiere repetir a vuestra excelencia en todas ocasiones estos avisos; creería faltar a la confianza, y no merecer la de vuestra excelencia, especialmente con la que cuento, si no le manifestase los sentimientos que animan mi celo por el honor y dignidad de nuestro Gobierno, y por el bien estar de estos pueblos de mi mando.

Cada día me va desengañando más el conocimiento que tengo de ellos. Nada hacen por la suavidad y dulzura, y el castigo que se les aplique deberá ir acompañado de cierta fuerza que

haga respetar al Gobierno, e impedir la venganza de los castigados. Este fue el motivo por el que no hallándome con tropas suficientes y respetables, y teniendo que atender al mismo tiempo con las mías, repartidas a la sublevación de los negros de Curiepe, que felizmente se cortó después, no juzgué militarmente y pasé por las Armas a mi entrada en esta capital a Miranda y a los que con él trataron de fugarse con los caudales del Estado, y fueron presos a su salida de La Guaira; y esta fue la razón poderosa que tuve para disimular y dar pasaporte a tres o cuatro, con dolor mío, y a pesar de todos mis temores.

Tenga vuestra excelencia la bondad de pesar en su sabia consideración los principios de mi conducta y elevarlos a la justificación de su alteza, sirviéndose comunicar a esta Capitanía General el resultado, para su inteligencia y dirección en lo sucesivo.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.

Caracas, enero 20 de 1813.

Excelentísimo señor Domingo de Monteverde (rubricado).

Número 1º

Excelentísimo Sr. ministro de la Guerra.

Relación de los individuos remitidos de la ciudad de Caracas a esta plaza en calidad de presos últimamente.

Día 7 de diciembre: don Francisco Venegas, don José Tomás Santana, don Juan José Navarrete, don José Guillén, don Pedro Herrera, don Juan de Dios Luna, don José Antonio Almarza, don Juan Antonio Landín, don Juan Ayala, don Ramón Ruiz, don José María Pelgrón, don Francisco Antonio Rodríguez, Ignacio Ibarra, Francisco de Paula Camacho, Rudecindo Marrón.

Día 12 de diciembre: Fray José Vetancourt, don José Santana, don Casiano Besares, don Silvestre Tovar, don Dionisio Palacio, don José España, don Rafael Diego Mérida, don Juan Nepomuceno

Rivas, don Pedro Machado, don Fernando Peñalver, don José Olivares, don Miguel Machado, don Antonio Bruzual, don Estanislao Rivas, don Fernando de la Madrid, don Miguel Montero, don Manuel Amestoy, don Luis Santinen, don Josef María Fernández, don Francisco Talavera, don Onofre Basalo, don Carlos Plaza, don José María Izquier, don Juan Aristeguieta, don Esteban Francisco de Moya, don Andrés Viso, don Carlos Soubllette, don Vicente Buroz, don José Toledo, Josef María Castro, Cenón Cayre, Hilario Cardozo, Pedro Barboza, Basilio Muñoz, Rafael Guerra, Juan Landaeta, Miguel Urbina, Justo Galeno, Juan Bautista Torres, Miguel Silveira, Francisco Ignacio Soto.

Día 13 de diciembre: don Pedro Pablo Díaz, don Narciso Blanco, don José Francisco Urbina, don Benito García, don Juan José Machado, don Santiago Valdés, don Juan José Correa, don Ramón Mota, don Rafael Rocha, presbítero don Juan José Oliva, don Domingo García, don Antonio Guerrero, don Carlos Alva, don José María Ustáriz, don José Francisco Gil, don Jaime Bosques, don Juan José del Valle, don Jerónimo Arrechadera, don Gabriel Pompa, don Francisco Alemán, don Nicolás Alemán, don José Acevedo, don Ramón Bolívar, don José María Núñez.

Día 11 de diciembre: don Antonio Anzola, don Ramón Ayala, don Manuel Cala, don Miguel Cala, don Andrés Narvarte, don Feliciano Cabral, don Ramón Aguilar, don Miguel Soubllette, don Eduardo Rincón, don Feliciano Monteverde, don José Parra, Pablo Arquíño.

Día 15 de diciembre: don Vicente Salias, don Ramón Paúl, don Juan Francisco Sánchez, don Nicolás Bello, don Juan Verde, don Felipe Camacho, don Vicente Alcántara, don José Bello, don Antonio Soubllette, don Mauricio Ayala, don Martín Peñalver, don Manuel Morón, Fray José Antonio Montero, fray José Antonio Cobos, Pedro López, Lino Gallardo.

Total general: 108.

Notas: El capitán don Francisco Rodríguez, que vino en la conducción del 7, se halla en las Bóvedas en clase de arrestado. Además de los dichos, fueron conducidos en las mismas partidas don Rodolfo Basalo, don Antonio José Rivas, don Lino Clemente, don Manuel Izquier, don Bartolomé Martínez y José Félix Alis; y han sido puestos en libertad por disposición del señor capitán general.

Guaira, 16 de diciembre de 1812. Francisco Mármol. Es copia de su original de que certifico. Bernardo de Muros. Es copia de su original que existe en el superior tribunal de la Audiencia Territorial, a donde fue remitida por el señor capitán general. Valencia, 10 de marzo de 1813.

Nota: Que se me dirigió con oficio de 18 de diciembre, contestación al mío del 10, en que pedí la razón general de los presos en Caracas y La Guaira.

José Francisco Heredia. Es copia. Hay una rúbrica.

Número 2º auto

En la ciudad de Caracas a 22 de febrero de 1813, el señor capitán general, jefe político de estas provincias, don Domingo de Monteverde, dijo: Que habiendo en virtud de la Junta celebrada en 1 de diciembre del año próximo pasado, puéstose en prisión a varios individuos que resultaban sospechosos y perjudiciales a la causa pública, cuando se hallaban estos pueblos en el mayor peligro, por las listas pasadas por los señores que asistieron a la indicada Junta: Que habiéndose entonces disminuido el riesgo con la derrota y dispersión de los insurgentes de Casanare, que eran la esperanza de los revolucionarios de adentro, se pusieron en libertad algunos de dichos individuos, bajo las fianzas competentes, mas habiéndose en estos días descubierto una nueva conspiración que ha puesto en nuevo riesgo la seguridad pública, observándose cada día más obstinados y obcecados los rebeldes,

pues que algunos de los que acababan de salir de las prisiones están incursos en el actual levantamiento: para precaver que con semejantes encarcelamientos se aumenta el peligro común y evitar los estragos que se han experimentado, y la ruina de las autoridades legítimas, debía de mandar y mandó que con arreglo a dichas listas se formen inmediatamente sumarios a los individuos que habiendo quedado en prisión, se consideren más perniciosos a la estabilidad del Gobierno, que se desvela por conservar estos países sumisos a la Nación Española, agregándose este auto al expediente en donde corren dichas listas, y poniéndose copia autorizada al principio de cada sumario; y así lo dijo, mandó y firmó conmigo el secretario, de que certifico. Domingo de Monteverde. Bernardo de Muros. Es copia. Bernardo de Muros.

Otro. En la ciudad de Caracas, a 22 de febrero de 1813, el señor don Domingo de Monteverde, capitán general, jefe político de estas provincias, dijo: que en virtud del auto, cuya copia legalizada antecede; y siendo don Rafael Diego Mérida uno de los individuos que en consecuencia de las listas a que se refiere, se consideran sospechosos y enemigos del legítimo Gobierno, debía de mandar y mandó que los señores que lo colocaron en las referidas listas que obran en el proceso principal, y motivaron el procedimiento de su prisión, expongan debajo de Juramento las causas y motivos de haberlo tenido por sospechoso y peligroso a la pública seguridad, para que fuese colocado en el rolo de los criminales, y en consecuencia de todo proveer lo que haya lugar; y así lo mandó y firmó conmigo el secretario, de que doy fe.

Domingo de Monteverde. Bernardo de Muros.

1ª declaración

En el mismo día compareció el doctor don Isidro González de este vecindario y del ilustre Colegio de Abogados,

quien juramentado conforme a derecho y preguntado al tenor del auto que va por cabeza, dijo: que ha considerado por peligroso al sistema Nacional y al Gobierno restablecido de estas provincias a don Rafael Diego Mérida, por las fundadas razones que su conducta política ha prestado; que si no hubiera sido este del partido revolucionario no hubiera venido desde Cádiz por Filadelfia a reconocer y a someterse a un Gobierno intruso que había declarado ya su absoluta independencia, cuando salió de los Estados Unidos para esta provincia; que por el conocimiento racional que en el Tribunal anterior de la Audiencia tuvo con dicho Mérida, lo reputa por de un genio turbulento, capaz de hacer cualquier tumulto; que estos son los graves motivos por que en las críticas circunstancias del día le parece al declarante no conviene en esta tierra, y por ello lo incluyó en su lista presentada a su señoría, después de la Junta que se celebró para tomar las medidas que exigía la seguridad pública. Que lo declarado es la verdad, por el juramento que tiene prestado, en que se afirma y ratifica; que es de edad de cincuenta y dos años; y firmó con su señoría y conmigo el secretario, de que certifico.

Monteverde. Doctor Isidro González. Bernardo de Muros.

2ª declaración

Inmediatamente compareció, con licencia que obtuvo de su prelado, el doctor don Manuel Vicente Maya, cura de la iglesia Metropolitana, a quien se recibió juramento, que hizo *in verbo sacerdotis*, tacto, pechara la corona, y examinado al tenor del auto, que antecede, dijo: que por haber don Diego Mérida venido a este país desde España, cuando se hallaba subyugado por los insurgentes, y por haberse presentado al Gobierno faccioso cuando llegó, ofreciendo sus servicios, dio motivo al declarante para tener por infidente al referido Mérida: que igualmente

lo considera peligroso y sospechoso al Gobierno legítimo, porque en su concepto es hombre de un talento travieso e inquieto, y porque ha tenido noticias de haber abrazado con entusiasmo el partido revolucionario, y aun de estar encargado de establecer aquí una logia de francmasones; y que lo que lleva declarado es la verdad, por el juramento que ha prestado, y en lo que se afirma y ratifica después de habérsele leído; y firmó con su señoría y conmigo el secretario, de que certifico.

Monteverde. Doctor Manuel Vicente de Maya.

Bernardo de Muros.

3ª declaración

Incontinenti compareció don Jaime Bolet, contador tesoro del consulado, quien bajo el juramento que hizo conforme a derecho, y examinado por lo contenido del auto que antecede, dijo: que cuando incluyó, en lista presentada por él al señor capitán general, en virtud de la Junta celebrada en 4 del corriente a don Rafael Diego Mérida, fue porque lo considera sospechoso y perjudicial al Gobierno legítimo, por haberse salido de Cádiz sin pasaporte competente, según ha oído decir, por haber hecho allí una representación capciosa, en la cual decía que don Juan de Casas y el señor Mosquera querían entregar esta Provincia en julio de 1808 a los franceses, cuando llegaron a esta capital sus emisarios: porque vino dicho don Diego Mérida a reconocer el Gobierno insurgente, y porque ha oído decir que iba a establecer una logia de francmasones, según comenta una correspondencia interceptada y dirigida a dicho Mérida; que además lo tiene por peligroso, mediante a ser de genio turbulento y capaz de dirigir algún proyecto contra el Gobierno. Que es cuanto puede declarar, y la verdad por el juramento que tiene prestado; que es de edad de 54 años; y habiéndosele leído esta

declaración, dijo hallarse bien escrita, y en ella se afirma y ratifica. Firmó con su señoría y conmigo el secretario, de que certifico.

Monteverde. Jaime Bolet. Bernardo de Muros.

4ta. declaración

Inmediatamente compareció don Fernando de Monteverde y Molina, síndico del Consulado, a quien se recibió juramento, que hizo por Dios y una cruz, conforme a derecho, y examinado, dijo: que es cierto lo que se refiere del auto que precede, de haber colocado en la lista que pasó a su señoría después de la Junta celebrada, a don Rafael Diego Mérida, en la ocasión de hallarse en peligro de seguridad pública; que lo considera muy perjudicial en las actuales circunstancias, porque en su opinión tiene un talento capaz de dirigir cualquier complot revolucionario, pues el hecho de haber venido a reconocer y ofrecerse al Gobierno ya declarado independiente de la España, fue para el declarante una prueba que dio Mérida de su deslealtad e ingratitud a la Nación: que ha oído decir iba a ser francmasón, según una correspondencia interceptada, que se le había dirigido para este fin: que reputa por peligrosos a la conservación del Gobierno legítimo los hombres, como Mérida, inquietos, entre los que tienen la nota de insurgentes; motivo porque lo incluyo en la que he indicado; que es la verdad, por el Juramento que lleva prestado, y cierta esta declaración, después de habérsela leído; que es de edad de 35 años, y lo firmó con su señoría, y conmigo el secretario, de que certifico.

Monteverde. Fernando de Monteverde y Molina.

Bernardo de Muros.

Corresponde con los originales. de su contenido, a que me remito; y de orden de la Audiencia Territorial firmo el presente en Valencia, a diez de marzo de mil ochocientos trece. De oficio Rafael Márquez, escribano de Cámara habilitado. Es copia. Hay una rúbrica.

Número 3º

En virtud de lo acordado en la Junta convocada en este día por el señor capitán general, para tomar medidas de seguridad pública, formó la lista siguiente:

Sujetos que obraron activamente en el criminal atentado del 19 de abril de 1810, según los sujetos de aquel día y noticias divulgadas posteriormente.

Don Martín Tovar Ponte; don Dionisio Palacio, poco entusiasta en lo sucesivo; doctor don José Ángel Álamo, partidario de la independencia además; don José Tomás Santana; don Vicente Salias, Íd. y de la Sociedad; + don Josef María Pelgrón, Íd... Íd; don Carlos Alva, Íd.; doctor don José Francisco Rivas; don Prudencio Lanz; + Raimundo Gallegos, Íd... Íd.; + don Juan Escalona; + don Guillermo Pelgrón, Íd... Íd...; don Rafael Pereira..., Íd. Íd.; + don Joaquín Liendo, Íd... Íd.; + don Juan Estévez, Íd.; + doctor don Félix Sosa, Íd.; + don Narciso Blandín, Íd.; don Rafael Jugo; don Juan Josef Tinas, poco exaltado, por enemigo de la igualdad y de Miranda; don Luis Rivas, su hermano; don Ramón Yanes; + don Silvestre Tovar, exaltado; + don Francisco Salias; + don Pedro Salina, Íd... Íd., socio; don Leandro Palacios; don Carlos Plaza.

Sujetos que abrazaron posteriormente el partido de la rebelión, según su conducta pública: + don Francisco Espejo, socio; don José Remigio Martín; don Josef Paúl; + doctor don Manuel Miranda; don Pedro Machado; + Lino Gallardo, socio; + N. Cabo; Roque, Íd.; don José María Balbuena, Íd.; don José María León; don Juan Verde; don José Ventura Santana; + don José Luis Cabrera; + don Antonio Muñoz Tébar, socio; + don Luis Santinelli; + don Rafael Castillo, socio; + don Juan Pablo Montilla; + fray Santiago Salamanca; presbítero don Juan José Oliva; + fray Francisco Navarrete, socio; + don Carlos Núñez, Íd.;

+ don José María Núñez, Íd.; + don Carlos Soublette, Íd.; don N. Obando, Íd.; don Lino Clemente; + don Rodulfo Basalo; don Onofre Basalo; don Ramón García Cádiz, socio; + don Josef M^a Correa, tuerto; + don N. Navarrete, Íd.; + el moreno Ibarra, teniente coronel, + el moreno Camacho, Íd.; Hilario Cardozo; don Mauricio Ayala; + fray Domingo Hernández; don Vicente Alcántara; don Tomás Montilla; don Vicente Ibarra; + Jerónimo Arrechadera; + Lucas Amaya; + don Pedro Piñero; + don Rafael Rocha; + don Miguel Sana; don Francisco Paul; + el mulato Romana; don Isidoro Méndez; don Juan Antonio Rodríguez Domínguez, partidario acérrimo de la independencia; don Nicolás Ascanio, de la Revolución de 1797; doctor don Luis Peraza, Íd.

Sujetos que tomaron partida en la Revolución sin la exaltación que los anteriores:

Fray Manuel Samaniego; presbítero don Santiago Zuloaga; don Carlos Machado; don Esteban Yanes; don Pedro Eduardo; don Casiano Besares.

En mi concepto todas las personas designadas con la cruz del margen deben estimarse peligrosas a la seguridad pública. Las que no tienen esta señal, no lo son en mi concepto, y puede usarse de equidad con ellas, bajo de fianzas competentes que sean capaces de desvanecer todo temor.

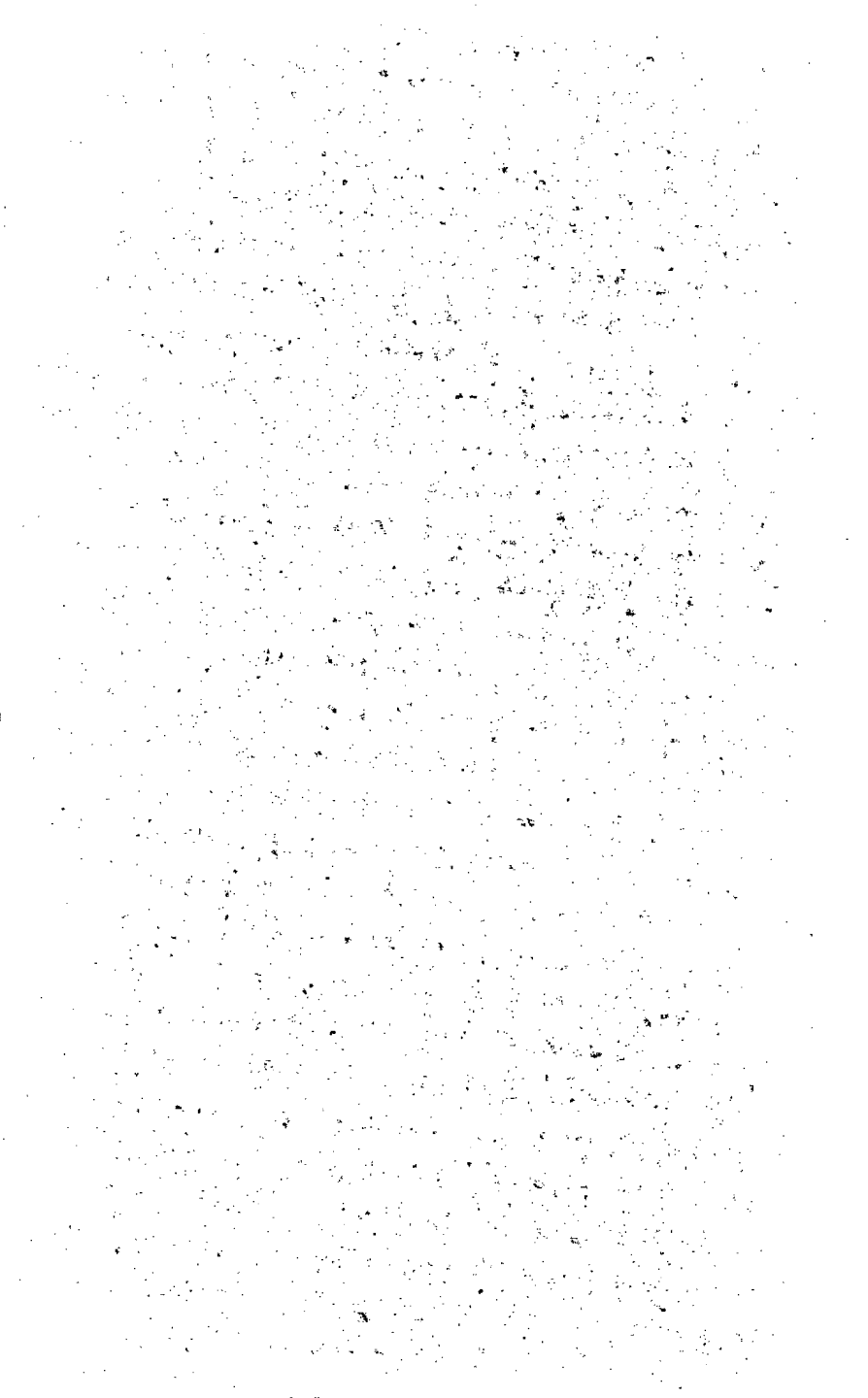
Como Miranda es una persona que tendría los malos para ponerse a la cabeza en cualesquiera empresa tumultuaria, juzgo que su permanencia en esta provincia aun bajo la calidad de preso, es muy perjudicial, y que convendría remitirle, sin pérdida de un momento, a España, a donde igualmente deben remitirse los demás, cuya expulsión se determine, y no a parte alguna de América, en donde es mi opinión pueden ser aún más perjudiciales que en este país. En este caso creo que debe procederse breve y sumariamente a sus causas, teniendo por norte

de ello a la Constitución publicada. Como en los pueblos de los Valles de Aragua hasta Valencia inclusive ha habido un gran semillero de los partidarios de la Revolución, juzgo que con madurez debe hacerse un expurgatorio de los peligrosos, especialmente entre los pardos. Concibo que será útil circular orden a los justicias de los pueblos para que no admitan a residir en ellos a persona alguna que no sea de su vecindario, a excepción de las que lleven pasaporte de autoridad competente, y que justifiquen de un modo legítimo los motivos de su detención en ellos. Concibo también que debe ponerse gran vigilancia para que no vuelvan a introducirse en estas provincias los que se han profugado, ni tampoco los que han salido con pasaporte, a menos por lo respectivo a estos que obtengan permiso del Gobierno.

Caracas, 4 de diciembre de 1812.

El Marqués de Casa León. Es copia.

Monteverde. Rubricada.



**Manifestación sucinta de los principales sucesos
que proporcionaron la pacificación a la provincia
de Venezuela debida a las proezas del capitán de
fragata don Domingo de Monteverde, y a la
utilidad de trasladar la capital de Caracas a
la ciudad de Valencia. Presentada al agosto
Congreso Nacional por los comisionados de
las ciudades de Valencia, del Tocuyo, de
Barquisimeto, y de la villa de San Carlos,
Pedro Gamboa y fray Pedro Hernández**



Señor:

Las ciudades de Valencia, de San Carlos, del Tocuyo y de Barquisimeto de la provincia de Venezuela, tienen el honor de felicitar V. M. por la admirable pacificación y reducción a la obediencia, a que ha vuelto a someterse la provincia y la capital y de presentarle la serie de operaciones del jefe valiente y determinado, que ha unido los triunfos y a una victoria no interrumpida de las armas de la nación la conducta de un político consumado, para que penetrado de todo este augusto Congreso, encuentre en el acierto del nombramiento para el mando la estabilidad de voto general.

Diversas tentativas de rebelión, suscitadas en distintas épocas, que fueron mal reprimidas, o peor castigadas, alimentaron el engreimiento de los facciosos, quienes aprovechándose de la condescendencia de la Junta Central y de la debilidad del jefe que mandaba en la provincia en la época lastimosa de la mutación de gobierno en la Península, alzaron el grito, y formando una junta, que en la apariencia reconocía el dominio legítimo de nuestro augusto monarca el séptimo don Fernando, se sustrajeron en la realidad de la obediencia del consejo de Regencia que gobernaba en su real nombre, y de la dependencia de la metrópolis.

Después de establecido el sistema que adoptaron, dirigieron sus primeros afanes a seducir y atraer a su partido a las demás ciudades de la provincia, y aun a los reinos confinantes; y habiéndole con este objeto oficiado a la del Tocuyo en 8 de mayo de 1810, se lisonjea de haber debido a su prudencia el contestarle el día 16 con la firmeza que dicta la previsión del desconcierto de tales planes, reconviniéndole sobre que a aquel cabildo no se le había comunicado directa, ni indirectamente la base fundamental del establecimiento de la junta de Caracas, ni las demás razones que se hubieran tenido presentes para la novedad que habían así que nada podía discutir, ni resolver sobre ello; adelantándose solo a hacer, como hacia por sí, y con todo el pueblo, siempre amante y fiel a nuestra antigua Constitución, la más solemne propuesta de que en ningún tiempo respiraría palabra alguna ni haría el menor movimiento que no se dirigiera en obsequio y defensa de nuestra Santa religión, de nuestra amada patria y de nuestro desgraciado y cautivo Rey el señor don Fernando VII.

Demostraciones son estas de la lealtad más acrisolada y de los sentimientos más puros; y preludios de lo que en la oportunidad de los tiempos habían de hacer estas ciudades en favor de la justa causa, estando en observación hasta poder aprovecharse de las circunstancias en los momentos adecuados. Siguió Caracas en su designio, depuso del mando al capitán general para colocar a los de su facción, huyó el capitán general en lugar de retirarse a alguna de las ciudades leales, y de sostener en la provincia la fidelidad, y recayó el mando accidental en don Fernando Miyares González, gobernador que a la sazón era de Maracaibo.

No era bastante a tranquilizar el ánimo de los tocuyanos el haber desechado las proposiciones de la Junta de Caracas; querían sostener su firme resolución de conservarse fieles y obedientes a

la madre patria; recelosos de que, aunque distantes de la capital de provincia en ciento y diez leguas, podían ser atacado: por la fuerza, trataron de prepararse a la defensa y con este objeto le pidieron socorros a don Fernando Miyares, que les contestó exhortándolos a la constancia, y ofreciendo auxiliarlos.

A poco tiempo se convirtieron en realidades los reacios del Tocuyo, pues se supo que en Caracas se disponía un ejército al mando del Marqués del Toro para sujetar las provincias de occidente, y que el primer cuerpo marchaba hacia Carona con dirección a Coro, y con ánimo de envolver de paso al Tocuyo.

Volvió con este motivo a reiterarle sus instancias a Miyares, recordándole que hasta entonces habían sido estériles sus ofertas, que en el momento se hacía urgente el socorro que se lo franquease, seguro de que satisfarían las armas y municiones que les subministraba, y que las conducirían a su costa. Le manifestaban al mismo tiempo, que el ejército del marqués estaba aún muy desorganizado, y que convenía mucho tomase la posición de Trujillo para impedirle al marqués se apoderase de la renta de Chimo, graduada en treinta mil pesos mensuales, imposibilitándole el acopio de víveres, y que pudiera hacer alistamiento al mismo tiempo que se le ponía un baluarte al Tocuyo; se precavía que trascendiese la rebelión a la provincia de Maracaibo; se salvaban los preciosos caudales de Trujillo a beneficio de las tropas nacionales; se le daba tiempo a la ciudad de Coro para preparar su defensa; y acaso se lograría frustrar la expedición del Marqués, que no se arrojaría a avanzar, dejándole a la espalda enemigos bien situados.

Eran demasiado evidentes y poderosas estas demostraciones para que Miyares pudiera despreciarlas o desentenderse de ellas, y destinó doscientos sesenta hombres, que al mando de don Joaquín Mendieta ocupasen a Trujillo, como en efecto lo verificaron. Medida que en gran manara sorprendió al Marqués; y

conociendo que no le era fácil impedirle por la fuerza, ni arrojarlos de aquella posición, se valió de la estratagema de averiguar sus autores, y ver cómo podía apoderarse de ellos, al paso que empleaba otros ardides para que los leales abandonasen la ciudad, con el designio de trastornar por uno u otro medio la empresa. Parece increíble, pero es cierto que el Marqués supo que la idea la habían subministrado don Pedro González de Fuentes; el presbítero don Pedro Gamboa, cura de Tucuyo; don José Martín de Vargas y don José Yáñez, a quienes perseguía acérrimamente; por lo que tuvieron que refugiarse en Trujillo, donde se creían seguros, y debían haberlo estado, de no haber ocurrido el inesperado movimiento del abandono de aquella posición.

Es todavía un arcano el de la retirada de estas tropas de Trujillo. El punto era inaccesible; y sin una fuerza extraordinaria no podía ser conquistado. Estas tropas habían ido a sostener al Gobierno legítimo y a oponerse a las empresas de los novadores, y con asombro se vio de repente que con estas mismas tropas de guarnición en Trujillo se estableció una junta a imitación de la de Caracas, y que apenas se vio establecida, desfilaron para Maracaibo en el 11 de octubre de 1810. Este abandono fue tanto más reparable, cuanto que el Marqués no había hecho hasta entonces movimiento alguno militar contra Trujillo, y cuanto que sin necesidad de apresurarse dejaron en poder de los insurgentes sesenta fusiles nuevos, y despreciaron constantemente el incesante clamor de los pueblos que instaban por su recuperación, porque de lo contrario quedaban a merced del enemigo. A tan extraña conducta, a tan inesperados acaecimientos se siguió el que don Miguel María Pumar, yerno de don Fernando Miyares, joven inexperto y presidente del Gobierno revolucionario de Barinas, se apoderase de Trujillo con doscientos hombres campesinos, con lo que quedaron al

descubierto los pueblos leales, y temblaron sus habitantes porque se consideraron víctimas de la venganza o de la intriga cuando menos lo debían esperar don Pedro González, don Pedro Gamboa, don José Martín de Vargas y don José Yáñez tuvieron también que desamparar a Trujillo y buscar un nuevo asilo en Maracaibo, donde notaron con admiración que por dos veces se le había permitido entrar libremente a don Miguel María Pumar, y que en una de ellas había sacado a su mujer de la casa de su mismo padre Miyares sin el menor obstáculo para llevársela a Barinas. También notaron que queriendo figurar don Fernando Miyares que buscaba algunos medios de pacificar la provincia y eligió por comisionado, en el día en que se retiró Mendieta, a don Juan José Mendoza, canónigo de Mérida, hombre sospechoso, tanto por sus ideas, cuanto porque su hermano don Cristóbal estaba declarado por el partido revolucionario, y servía en aquella actualidad la secretaría de la junta de Barinas y así el resultado fue el que podía esperarse, de haber arruinado más y más el sistema de independencia, y haberlo sostenido por todo el tiempo de la convulsión y tan a cara descubierta, que actualmente se halla preso en las bóvedas de Puerto Cabello. Si después de haber desamparado Mendieta a Trujillo se le hubiera sumariado y se le hubieran hecho algunos cargos, quedarían problemáticas las entradas de Pumar en Maracaibo, la salida de su mujer y familia de la casa del mismo Miyares y traslación a Barinas, la ocupación por Pumar de Trujillo sin tropa alguna, la misión del canónigo Mendoza, y la inacción de Miyares, pero cuando con tantos hechos contrarios a la política y a la justicia de la causa se une la impunidad del que abandona a merced del enemigo una posición ventajosa, un puesto inaccesible, dejando al descubierto terrenos inmensos que podían contribuir reprimir el orgullo, o al menos a contener el progreso de las armas enemigas, ¿cómo pueden tranquilizarse

los ánimos de los infelices espectadores de los estragos sucesivos que está había de acarrearles?

Al fin se perdió toda la provincia de Mérida de Maracaibo, sin que quedase libre de la dominación de los caraqueños más que la ciudad, reducida al recinto de la laguna, y esto dio motivo a que se notasen nuevos errores muy perjudiciales a la causa pública.

El Marqués del Toro, que tiene abierta ya en libre disposición toda la provincia, se tomó el tiempo que necesitó para arreglar sus tropas, y desde luego dirigió sus miras a la conquista de Coro por noviembre del mismo año, sin que por entonces se le ocurriese acometer a Maracaibo, ya por no serle empresa tan útil, y ya porque la hacía mucho más difícil su localidad por la laguna. Don Fernando Miyares no ignoraba los designios del marqués, tampoco debía ignorar que para defender a Maracaibo no se necesitaba tener avanzadas las tropas sobre la laguna, y más cuando no había ni aun el menor recelo de que el enemigo viniese sobre dicha ciudad; pero, a pesar de todo, a pesar de que las tropas donde se necesitaban era en Coro, lo que se vio fue que las situó en el recinto de la laguna, que hizo el sacrificio de que por la insalubridad del sitio pudiesen muchos, y que esto le sirvió de pretexto para no enviar a Coro los socorros que exigía. Ello es incomprensible, cómo viendo el peligro de Coro, cómo estando tan inmediato, y cómo teniendo mil hombres a su disposición, solo le envió cincuenta. Esto no obstante admirará a la posteridad la heroica resistencia de Coro y la vergonzosa retirada del Marqués, al paso que mirará como inoportuna o ridícula la disposición de Miyares de mandar a Coro ciento sesenta hombres al mando de don Eusebio Antónanzas, después de estar ya libre del asedio, y de haberse retirado las tropas de Caracas, por lo que las de Miyares apenas alcanzaron un corto tiroteo a diez leguas distante de Coro, y después se retiraron a los cuarteles sin haber servido de más auxilio.

Todas permanecieron en inacción por más de ocho meses, Y con ello la ciudad de Valencia, que observaba los extravíos de la capital, formó el designio de separarse luego de que hubiese una ocasión oportuna y adecuada; y para asegurar el éxito bajo de esta idea escribió a don Mateo Ocampo, apoderado del general en Curazao, con el doble objeto de que se instruyese a fondo de todas las ocurrencias de Venezuela en lo exterior, y de las relaciones de la junta, y con el de que instruyese al capitán general Miyares, y lo tuviese dispuesto para que le franquease los auxilios necesarios. Esta ocasión se la presentó Caracas, proclamando su absoluta independencia, pues entonces alzó el grito y se declaró en contra la ciudad de Valencia, acaudillado por don Jacinto Istuta, por don Clemente Britapoja, por don Luis María Oyarzábal, por don Manuel Errotavereda, por don Juan Bautista Boter, y por algunos otros bajo la dirección del presbítero don Luis Ramírez, y de los religiosos Fray Pedro Hernández y Fr. Nicolás Díaz, del orden de San Francisco, quienes inmediatamente proporcionaron que el cabildo despachase por emisario a don Manuel Isaza a Coro, instándole al capitán general por los auxilios de que estaba prevenido, y que de antemano se le tenían pedidos, y con efecto condescendió a que don José Cevallos con unos seiscientos hombres fuese a auxiliar a Valencia. Con ellos emprendió su marcha a fin de julio de 1811; pero aún no había Cevallos caminado veinte leguas, cuando recibió orden de retirarse a Coro, como lo verificó.

Dígnese V. M. reflexionar sobre el conflicto en que se encontraría Valencia con este desamparo, y los destrozos crueles que le ocasionó. No es lo más doloroso el contemplar las catástrofes que sufrieron; la malograda ocasión de entrar en la capital, y de pacificar la provincia debe llamar más la atención. Era infalible la empresa si la resolución firme de Valencia se hubiera sostenido con el auxilio que sin la menor duda esperaba, y esperó impertérrita

por más de un mes, pues con solos cuatrocientos hombres de guarnición se oponían a cuatro mil que la rodeaban. Estuvieron encerrados en la plaza sin víveres y sin municiones, y ya perdidas las esperanzas de socorro se sometieron a una horrorosa capitulación, que sin embargo de haber sido tan favorable a los insurgentes, la infringieron, haciéndola todavía más horrorosa.

Las desgracias de la ciudad de Valencia, sus calamidades, las confinaciones, la muerte, los presidios, y los horrores que sufrieron sus habitantes, solo pueden acallarse con la lisonjera idea de haberle manifestado a la nación que en todas partes y en cualesquier situación tendrá siempre hijos que den lecciones de fidelidad al mundo entero.

La noticia de la rendición de Valencia irritó tanto a los buenos y leales españoles de Coro, que no pudieron menos de clamar a que se le socorriese con tropas, armas y municiones para recuperar su libertad, y llevar adelante su heroica empresa. El pueblo veía que en Coro había armados unos mil cuatrocientos hombres de buenas tropas que don Eusebio Tiscar, alférez de navío, había conducido de Veracruz cincuenta mil duros; que don Ignacio Cortabarría había remitido de Puerto Rico ocho mil; que la fragata *Cornelia* había dado más de cinco mil y que se habían tomado otros empréstitos, de modo que pasaban de setenta mil duros los que habían entrado; que don Fernando Miyares tenía a su disposición tres bergantines de guerra, dos goletas, la corbeta *Príncipe* y diez y ocho a veinte oficiales de todas graduaciones y extrañó en tanto grado la inacción de Miyares, que exaltados los ánimos con el sentimiento de ver perecer sin necesidad a los leales de Valencia, fijó pasquines expresivos de que muriera el capitán general y el jorobado Correa, y que se aprontasen socorros a Valencia. Entonces temió Miyares las resultas de su descubierto; y para cohonestarlo convocó a una junta de guerra.

No tenía otra disculpa que la de escasez de dinero y de tropas y supo encarecerla tanto, y hubo en los vocales de la junta tal debilidad, que a pesar de los datos constantes que ya se han referido, y de la posibilidad de aumentar las tropas y de facilitar socorros de afuera, se atemperaron a los designios del capitán general, porque era el único medio de que quedara cubierto; y la resolución fue la de desistir de la expedición, y que don Domingo Monteverde, capitán de fragata, quedase en Coro con la guarnición de la poca tropa que había traído de La Habana, y algunos otros del país.

Con esto quedaron los insurgentes en posesión del territorio, sin recelos de enemigos que los incomodasen, y se dedicaron de propósito a organizar su Gobierno, a levantar y disciplinar tropas, y a fortificar los puntos de las fronteras de Coro. Estas eran unas barreras que imposibilitarían en todo tiempo la reconquista o pacificación de Venezuela; y así la lealtad hizo un esfuerzo para alejar de allí a los caraqueños, y habiéndoles acometido por noviembre de 1811 en el valle de Paragua don Julián Izquierdo con las tropas de su mando, en que iba de segundo jefe don Domingo de Monteverde, los derrotó, dispersó y alejó. Esta victoria, debida en mucha parte a Monteverde, proporcionaba la entrada en Carora sin la menor oposición, pero Izquierdo, en lugar de aprovecharse de esta ventaja, se retiró a Coro, donde estaba el capitán general.

Estas retiradas tan repetidas, como inesperadas, afligían sobremanera a los fieles habitantes de las otras ciudades, que aguardaban el momento de su libertad. Y ¿cuál sería su desconuelo cuando a poco tiempo vieron que a los insurgentes de Trujillo se les permitió comunicación franca con Maracaibo por la laguna? Un permiso tan extraño no pudo menos de sorprenderlos; sorpresa que aún dura, pues ignoran los antecedentes que pudieran haber contribuido a tan desconcertada medida, y

porque previeron les funestos resultados de tan impolítico roce y comunicación, que fueron los de contaminarse esta ciudad con la insurrección que se declaró en febrero de este año.

Parece que todo conspiraba a la independencia absoluta, pero la mano del Omnipotente que fija el destino de los reinos y de las naciones, parece haber permitido todos estos extravíos y errores para humillar más el orgullo de los soberbios, desvaneciendo como el humo todos sus planes y proyectos, y para realizar el mérito del instrumento de que había de valerse en los altos fines de su sabiduría. La inquietud y desaprobación del pueblo de Siquisique en las fronteras de Coro bastó para reanimar la lealtad de algunos, y para armar el brazo fuerte que había de reducir toda la provincia a la obediencia de su legítimo rey, y la pacificación y tranquilidad de que había sido privada.

Don Andrés Torrellas, cura emigrado, reunió el voto general de los vecinos de Siquisique, que con el anhelo de librarlos del yugo de los rebeldes, le propuso al capitán general dispusiese una expedición que se apoderase del pueblo. Se prestó a ello, y nombró el 13 de marzo de este año a don Domingo de Monteverde, capitán de fragata, dándole doscientos cincuenta hombres; y con ellos partiendo desde la sierra de Coro, se apoderó en cuatro días de aquel pueblo, y bien asegurado del acendrado patriotismo y lealtad que animaba a todos sus habitantes, determinó atacar inmediatamente a Carora, y el 23 del propio marzo la tomó a viva fuerza.

Tan no esperada fue en Coro la noticia de estos gloriosos progresos de nuestras armas, como incon vencible la extraña resolución del capitán general Miyares de ausentarse de la provincia y marcharse a Puerto Rico. El 27 del propio marzo llegó la noticia a Coro, y el 28 se embarcó Miyares con seis oficiales sin haber dado la más mínima disposición de socorrer, ni de auxiliar a Monteverde, Monteverde internado ya. Monteverde llevando en alas de su lealtad y de su celo la esperanza segura

del triunfo, instó desde Carora a que se le enviasen las armas y municiones y el obús que había pedido desde Siquisique, ofreciendo pagar los costos de su conducción; y la respuesta que recibió de don José Cevallos, gobernador de Coro, fue la de que se retirase de Carora. Pero ¿cómo podía Monteverde hacer un retroceso tan perjudicial, cuando desde Siquisique había recibido oficios de los pueblos de Moroturo, del río de Tocuyo y de Maldonado; implorando su protección, y se les había ofrecido? ¿Cuándo el 29 se había proclamado en Carora a nuestro monarca el señor don Fernando VII y a las Cortes generales del reino? ¿Cuándo el justicia mayor de Quíbor le oficiaba avisándole haber reconocido al Gobierno legítimo, pidiéndole pasase a hacerse cargo de la plaza? ¿Cuándo el 28 se le habían presentado personalmente Juan Rodríguez, José Francisco Mendoza y José Simón Daza, en nombre de los habitantes del mismo pueblo pidiéndole los auxiliase para resistir a los caraqueños, mantener la obediencia al legítimo Gobierno que habían proclamado el 27? ¿Cuándo la ciudad del Tocuyo, y la mayor parte de sus pueblos le habían oficiado reconociendo al señor don Fernando VII, y pidiéndole auxilios para defenderse del enemigo? ¿Cuándo le había intimidado la rendición a Trujillo?

Llegó el aviso de la retirada cuando ya Monteverde había encaminado su empresa a Barquisimeto; y, conociendo en Coro la firme resolución de no retroceder, se le auxilió con cien hombres; y sin embargo de que se había apoderado de Barquisimeto, volvió a instarse a que retrocediera, o que a lo menos se hiciese allí firme sin pasar adelante.

Otras ideas más grandiosas alentaban el espíritu y valor decidido de Monteverde: una feliz combinación le hizo comprender por una parte que consternados los ánimos con el terremoto, afligidos con el rigor de sus gobernantes, disgustadísimos con las novedades que habían hecho en el estado regular eclesiástico, le

facilitaba una favorable acogida en los pueblos; por otra, que el viaje del capitán general sería para combinar desde Puerto Rico con don Antonio Ignacio de Cortabarría alguna expedición por mar que llamase la atención hacia las costas, y así que le dejaría más franca la internación, y por otra que correspondía al anhelo general de aquellos habitantes de verse libres del yugo pesado que los oprimía, y de las catástrofes de una nueva revolución por la confusión de castas; y superando los obstáculos que le presentaba la escasez de medios y la falta de oficiales, a pesar de que los había muy descansados en Coro, resolvió llevar adelante su empresa; y penetrando por Araure a San Carlos, derrotó a más de dos mil hombres, y facilitó su entrada en la ciudad de Valencia el día 3 de mayo.

Con pocas tropas y sin auxilios no era posible atender a todo si el valor y la magnanimidad no sufragaba para las diversas atenciones a que debía acudir. Puerto Cabello era un puesto interesante, que sin dejarlo conquistado, no se podía avanzar por el riesgo de ser cogido entre dos fuegos. Lo natural hubiera sido que mientras Monteverde se internaba por tierra e iba reuniendo las milicias del país, se hubiera bloqueado por mar a Puerto Cabello con fuerza suficiente; pero la experiencia desengañó que el capitán general además de permanecer tranquilo en Puerto Rico, retuvo allí por cuatro meses al bergantín *Manuel*, que lo había conducido, y que privados en aquellas costas de este único buque de respeto, solo hubo una sombra de bloqueo con dos corsarios particulares de poca fuerza, que lo hacían consistir en un crucero que principiaba por frente de La Guaira a Puerto Cabello. Era bien desagradable este abandono en el empeño o en que ya se veía constituido y era mayor desconsuelo el malograr las admirables disposiciones de los habitantes de toda la provincia, y así, fecunda su fidelidad en recursos, mandó ocupar las alturas de Puerto Cabello, y se propuso sostener su posición.

Como las atenciones del Puerto no le permitían a Monteverde separarse de Valencia, no podía tampoco aprovecharse de las grandes ventajas que había conseguido sobre ellos; y como no los inquietaba ni perseguía, tuvieron tiempo para fortificarse a satisfacción en los desfiladeros de Guaica y la Cabrera (pasos precisos para Caracas) coronándolos de artillería y haciéndolos insuperables. Esto le dolía tanto más a Monteverde, cuanto que veía que todo dimanaba del abandono casi total que se hacía de lo más esencial de no haberlo socorrido con las tropas que el 28 de abril habían desembarcado en la Vela, de no haberle mandado las municiones que a viva instancia había pedido, y del silencio absoluto que con él guardaba el general pues jamás le contestó a ninguno de los oficios que le pasó; y llegó su apuro al extremo, cuando en tan empeñada situación empezó la discordia a sembrar la guerra civil entre nuestras tropas. Don José Cevallos se propuso sin duda a oscurecer las glorias de Monteverde, o usurpar sus triunfos, o aprovecharse del ardimiento y valor que había infundido en sus tropas, y declarándose general de todas, reunió las que estimó por conveniente, y emprendió su marcha para Valencia: en medio de ella iba dando disposiciones contrarias a las de Monteverde, o que disminuyesen su crédito. Mandaba en la provincia de Barinas, por orden de Monteverde, don Pedro González que la había reconquistado, y Cevallos se propuso quitarle el mando, enviando con él a Barinas desde Barquisimeto a don José Miralles; pero González, que no podía reconocer a Cevallos como general en jefe sino a Monteverde, que traía una emanación legítima, se resistió a la entrega del mando, y Miralles regresó a Coro.

Como la marcha de Cevallos era tan lenta y tan pausada que gastó más tiempo en llegar a las cercanías de Valencia que el que Monteverde había invertido en recuperar el territorio y en

organizar el Gobierno, y como este era tan vigilante que sabía todas las operaciones y movimientos del enemigo, y estaba enterado del plan y sistema que observaba por su parte Cevallos, llegó a recelarse una división en las tropas que malograría la empresa, les daría ocasión a los caraqueños para apoderarse de toda la provincia. El mando que se había apropiado Cevallos disgustaba a las tropas que servían a las órdenes inmediatas de Monteverde, y las de aquel propalaban que sostendrían a su jefe; y esta formación de partidos era lo más perjudicial que podía ocurrir en aquellas circunstancias. Los pueblos comparaban la actividad, valor y resolución de Monteverde con la lentitud y comodidades que buscaba Cevallos, y no lo tenían muy al propósito para la empresa: notaban que habiendo principiado a avanzar por lo conquistado, dejaba en poder de los revolucionarios a Puerto Cabello, punto que debía haber llamado su primera atención para evitar que las tropas que allí estaban le acometiesen, y al propio tiempo observaban que se apoderaba de todos los intereses de las casas, privando de los únicos recursos y medios de subsistencia a las tropas de Monteverde, y dejándolos, como los dejó, en abandono por más de un mes, con lo que se iba propagando el disgusto y el desagrado de todos.

Delicada situación en que el comprometimiento era igual al riesgo de malograr la empresa, balanceando a un mismo tiempo en el ánimo del héroe la resolución de sostener su mando obtenido por órdenes expresas de la autoridad legítima con los reveses de la guerra y con la discordia en los ánimos. Peligraba la patria y no había de perdonar sacrificio en su obsequio; y auxiliado su espíritu con la firmeza de su corazón, aguardó a que Cevallos se explicara. Y con efecto, habiendo llegado con las tropas a las inmediaciones de Valencia entre el 8 y 9 de junio, le pasó un oficio para que en su ejército le hiciese reconocer por general en jefe, y que le entregase el mando mediante las órdenes que tenía.

Estas órdenes no las manifestaba Cevallos, ni explicaba de quién dimanasen, ni cómo se le habían comunicado, ni sobre qué antecedentes racionales podían recaer, cuando las acciones de Monteverde habían sido tan brillantes, sus empresas tan gloriosas, sus triunfos tan conocidos y públicos, y no pudo menos de dudarse de su legitimidad, asegurando todos que estaban destituidas de justicia, por lo que, y por la trascendencia que semejante novedad pudiera tener en el ánimo de todos los habitantes de la provincia, que confiaban unos en sostener la libertad adquirida, y otros en adquirirla por sola la intrepidez y valor de Monteverde, le contestó que no podía prestarse a lo que le mandaba.

Era peligrosa la inacción durante estas contestaciones, porque con un enemigo al frente bien fortificado en sus posiciones, y algo engreído con las noticias de esta rivalidad, podía emprender una acción decisiva, al paso que emprendida era de temer se malograra de nuestra parte por la división de partidos entre nuestras tropas, y por el auxilio a las enemigas podían prestarle las de Puerto Cabello; y en tal apuro, penetrados Fray Pedro Hernández, y el doctor don Juan Antonio de Rozas, de que el gobernador de Coro carecía de autorización, y que el interés que exigía continuase en la empresa Monteverde, interpusieron su mediación con Cevallos, quien a vista del peligro en que se hallaban, y de lo que lo aumentaban las desavenencias, desistió de su empeño, resolviéndose a regresar a su provincia con su plana mayor y con esto quedaron sosegados los ánimos.

Monteverde entonces, desplegando toda la energía de su carácter militar, se hizo superior al peligro; y habiendo dispuesto un ataque para desalojar al enemigo; y franquearse él pasa a la capital, preparó sus tropas, y las animó al combate... Animadas, las destacó al frente del enemigo, separándose de las inmediaciones

de Valencia cuando más le importaba estrechar a Puerto Cabello, movimiento que lo comprometía por el frente. En el ataque de Guaica, que se propuso con el objeto de flanquear la Cabrera; pero que, al mismo tiempo la ponía en el evidente peligro de verse entre dos fuegos, si por uno de los muchos accidentes de la guerra hubiera logrado Puerto Cabello arrojar a nuestras tropas de las alturas, y dirigirse luego contra Monteverde.

El éxito feliz coronó lo atrevido de la empresa: el enemigo fue desalojado de los puntos que ocupaba; y perseguido por nueve leguas fue encerrado en el pueblo de la Victoria. El mérito de esta acción solo pueden graduarlo los que sabían la fuerza superior que se oponía, las posiciones ventajosas que ocupaban, la firmeza con que las sostenían. Pero aún es más admirable por la escasez de municiones con que se hallaban. Solos cuatro mil cartuchos tenía cuando en el campo de San Mateo estaba conteniendo una salida de los sitiados, que pasaban de cinco mil hombres. Se empeñó la acción, y confiaba para escarmentarlos en recibir socorro de Coro, a donde los había pedido con viva instancia. ¿Y cuál sería la fortaleza que necesitaría su espíritu cuando recibió una respuesta negativa? Monteverde estaba tanto más confiado en que se le remitiría la pólvora y municiones que pedía, cuanto que por las deposiciones del guarda almacén, y del teniente coronel de Artillería don Antonio Boch, le constaba que en Coro había más de sesenta quintales de pólvora, treinta mil balas de fusil, y más de treinta resmas de papel. En tal conflicto, un hombre de menos valor y espíritu hubiera desistido de su empresa; pero, considerando que sería mengua abandonar lo conquistado cuando se habían superado las mayores dificultades y se le habían quitado al enemigo los principales puntos, resolvió mantenerse firme, y pedir por tierra socorros a la Guayana. Hizo más: su genio guerrero, y fecundo en recursos, había de alucinar al enemigo para

que no comprendiese su escasez, y en medio de sus apuros envió tropas por el río de Apure a San Jaime y Calabozo que ampliasen a don Eusebio Antoñanzas, que ocupaba esta última villa por disposiciones suyas, hasta que el cielo se dignase favorecer sus designios; y a poco tiempo vio cumplidos sus votos con uno de los sucesos más extraordinarios que ha habido en sus expediciones.

Puerto Cabello, depósito de grandes municiones de guerra, plaza fuerte, y que no recelaba asedio, vio que el castillo se sometió a nuestro legítimo Gobierno; y ya la ciudad, aunque con alguna resistencia, no pudo menos de prestarle el juramento de obediencia, que prestó el día 6 de julio. Este suceso dio nueva brillantez a las proezas de Monteverde, y le proveyó de abundantes pertrechos que había allí acopiados; y propagándose la fama por toda la provincia de Venezuela, alentó el partido de los leales, que se declaraban confiados en su protección y en el valor y felicidad de sus armas.

En estas circunstancias creyó el enemigo sacar partido más ventajoso haciendo proposiciones de capitulación, y fueron con efecto tan oportunas para concedérselas, cuanto que, habiendo Monteverde entrado en la Victoria persiguiendo al enemigo, que se refugió a este pueblo, tuvo que abandonarlo con pérdida, y replegarse a San Mateo, porque encontró al de la Victoria fortificado con treinta y dos cañones, hasta el calibre de a doce, un mortero, y cuasi ocho mil hombres, cuando él solo tenía unos tres mil. Le estimulaba también a una pronta capitulación el saber que los insurgentes tenían aprisionados y cargados de cadenas a todos los europeos, a muchos sacerdotes, y a otros buenos españoles, amenazados unos y sentenciados otros a muerte, con órdenes de asegurar al arzobispo por sospechas de su adhesión a la buena causa; y debía evitarse un desastre. Aún más poderoso estímulo era el de las noticias positivas que tenía

de la conmoción general que se preparaba por medio de las promesas lisonjeras que se les hacían a los esclavos de las haciendas, concediendo libertad a los que se adhiriesen a su causa, y que apenas se había publicado la ley marcial, habían tenido reunidos en la Victoria dos mil esclavos, y los demás correrían a tropel, o en sus distritos tomarían las armas todos los que le quedaban a la espalda, así como las habían tomado los de la parte oriental de la provincia en los pueblos de Capaya, del Guapo, de Curiepe, y de otros, de donde, como un torrente, venían tres mil negros, atropellándolo todo con tales violencias y asesinatos que el mismo arzobispo se vio precisado a escribirle a Monteverde que acelerase su entrada en la capital para contener tales desafueros; y, combinándolo todo, y cediendo a las urgencias del momento, se prestó a la capitulación, que concedió, apresurando su entrada en Caracas para apagar el incendio devorador que se propagaba, y asegurar la pacificación de la provincia, que era el punto esencial e interesante.

Tan urgente era el aplicar el remedio oportuno, que apenas se vio libre de la oposición de los caraqueños destacó al capitán don Francisco Mármol con quinientos hombres y dos piezas de artillería a contener a los negros, y ponerlos en orden. Empresa que aunque se logró, no ha podido desampararla el capitán Mármol, pues aún permanecía en aquellos puntos el 10 de octubre, en que salieron los comisionados.

Cuando creía con sus tratados y con estas disposiciones haber puesto el sello a la importante obra de la pacificación, se recibieron noticias de que don Fernando Miyares regresaba de Puerto Rico a Puerto Cabello para posesionarse de esta ciudad, que ya se encontraba reducida a la obediencia, y ejercer el mando en la provincia. ¡Qué contraste tan humillante para Miyares entre su ausencia y abandono, dejando toda la provincia en poder de los insurgentes, y su regreso al mando cuando ya la

tiene conquistada! ¿Con qué permiso se ausentó? ¿Con qué objeto y qué ventajas o beneficio produjo? Las órdenes de retirada, la negativa de auxilios fueron el sistema constante de Miyares durante su permanencia en el territorio, y el silencio, el olvido, y el abandono su conducta durante su ausencia a Puerto Rico; ¿pues cómo su ambición lo ciega a querer usurpar el mando de una provincia cuya recuperación se debe al solo valor, resolución y firmeza de Monteverde? Los ánimos acaso ¿pueden someterse gustosos a la inercia de un jefe que en nada ha contribuido al restablecimiento de su tranquilidad? El nombre de Miyares, y de capitán general sonaba de 400 leguas de Caracas, mientras que Monteverde en sus llanos, en sus collados, en sus montes, en sus desfiladeros superaba dificultades, pasaba fatigas y desvelos, daba batallas, vencía al enemigo, conquistaba plazas, restablecía el orden, y adquiriría el renombre de Libertador de la tiranía, y de pacificador de la provincia. A aquel héroe, a quien habían visto con la espada en la mano, cual otro Viriato, conduciendo a sus compatriotas de triunfo en triunfo, de victoria en victoria, era al que prestaban admirados el homenaje de sumisión y de respeto. ¿Cómo habían de consentir que el laurel se lo ciñese otra cabeza, y que quedase colgada la espada del valiente acreditado para que la empuñase el irresoluto, o el precavido en extremo, o que deja el éxito a la aventura? Un general que abandonando el teatro de la guerra se traslada a otra provincia, atravesando mares para que no llegue a sus oídos el estrépito de las armas; que, estando en tierra firme, se pasa a una isla a donde no puede ir el enemigo; y que, mientras el uno conquista, el otro permanece tranquilo y seguro de atraerse el voto de los habitantes para confiar en su mando. ¿No es natural que teman los abandone en el peligro, o que recelen que no sepa sostener en la paz lo que no supo ganar en la guerra? Así es que con la noticia de su resolución se alarmaren

los buenos, presentándose en Valencia a Monteverde, le manifestaron decididamente que se opondrían al desembarque de don Fernando Miyares; y que si lo hacía, de ningún modo lo recibirían, ni reconocerían. Este retoque le faltaba a la moderación, y magnanimidad de don Domingo Monteverde para que brillase más su heroicidad. Fueron admirables los esfuerzos que hizo para que desistiesen de su intento; y, viendo que nada los reducía, y que podía peligrar la pacificación total, tomó el partido de ponerse de acuerdo con el capitán general, suplicándole se trasladase a otro punto de la provincia donde fuese menos alarmante su presencia, y en estos términos permanecía en Coro con el nombre de capitán general, mientras que Monteverde desempeña admirablemente sus funciones.

Allanadas así estas dificultades, era sumamente interesante el punto de confiar el mando de la provincia por resolución de este Gobierno. Los pueblos esperaban reconocer en la imparcialidad justificación del nombramiento el acierto de la elección, y los comisionados del Tocuyo y de Barquisimeto no pueden menos de llenar sus deberes indicando las especies que dominan en aquellos ánimos, para que, penetrado de todo V. M., sostenga la resolución prudente y adecuada que ha tomado, y que exigen imperiosamente las circunstancias.

Una resistencia constante de Miyares a suministrar auxilios, ya cuando nuestras tropas se habían apoderado de Trujillo, ya cuando los exigían la ciudad de Coro, un abandono total desde que Monteverde salió de Siquisique, órdenes repetidas para las retiradas, y su ausencia intempestiva, abandonando la provincia en que obtenía el mando, son descubiertos demasiado clásicos para que hayan dejado de resentirse de ellos los pueblos que tuvieron bastante resolución para clamar por la obediencia al legítimo Gobierno, y que después se vieron abandonados, y por esto fueron víctimas del furor enemigo. Ellos saben, que

habiendo tenido el capitán general facultades, y medios a su disposición, no usó de ellos, y no pueden descifrar este enigma a su favor cuando consideran sus relaciones íntimas, sus parentescos inmediatos con los principales revolucionarios. Ellos ven que poseyendo Miyares haciendas pingües y cuantiosas han permanecido, durante la resolución, a cargo de su yerno Pumar; y que mientras otras han sido aniquiladas, las suyas han permanecido, no solo sin menoscabo, sino aun florecientes. Ellos han leído en las gacetas de Caracas, refiriéndose a correspondencia del mismo Miyares, interceptadas en Puerto Cabello, que la capitania general le había costado 80 pesos; y aunque entre las gentes muy sensatas no se dé un asenso ciego a estas especies divulgadas, para degradar a los Gobiernos, a quienes quieren sacrificar, el vulgo se complace de estas detracciones, y toma pretexto en su publicación para menospreciar al jefe a quien se atribuye, como que hizo consistir todo su mérito en este sacrificio. Por otra parte, ¿cuándo se desvanecerán los recelos de que la revolución de Barinas después de pacificada no fue un mero acaso, si no es posible alejar la idea del suceso ocurrido poco tiempo después de haber entrado Miyares en Puerto Cabello? ¿Quién podrá acallar las quejas de los habitantes de Maracaibo por los perjuicios que ha causado a su comercio, con el que hacía por conducto de su yerno don Joaquín Amadeo? ¿Y cómo han de tranquilizarse algunos pueblos que vean confiada su seguridad, y dependiente su suerte de un capitán general que por tantos motivos hace sospechosísima su conducta?

He aquí lo que le obligó a Monteverde a conservar el mando contra toda su voluntad. Su constante anhelo era el de venir en persona a ofrecer en aras de la Patria el laurel y la oliva, y conservar la gloria de haber restituido aquellas provincias a la obediencia del Gobierno soberano de la nación; pero las reclamaciones vehementes que se le habían, y el engreimiento

que notaba de parte de algunos genios díscolos y revoltosos, y la sospecha de que confiasen en la debilidad del capitán general, le obligó a detenerse.

¡Con cuánto dolor tuvo que ejercer el imperio riguroso de la justicia contra ocho sujetos, que por los clamores del pueblo fue preciso alejar de aquella capital! La insurrección de Barinas hizo recelar una contrarrevolución, cuando por otra parte se notaban en Caracas conventículos y juntas nocturnas; como las sospechas recaían sobre los que habían sido más acérrimos partidarios de la revolución, no pudo la prudencia tomar una medida más moderada para aplacar los ánimos.

La conspiración de los negros de la costa, que acometiendo a los pueblos de Naiguatá y de Macuto, se dirigían a La Guaira, fue otro aviso poderoso para cortar el incendio que se preparaba; ¿pero dónde hay mayor moderación que contentarse con alejarlos del país, y remitirlos bajo la protección del Gobierno supremo?

A esto se han limitado todas sus providencias; estas son las únicas precauciones que le ordenaba la prudencia; y si el Gobierno ha coronado sus triunfos confiándole con el mando la conservación de la provincia, evítese una desmembración, que en la división puede engendrar la rivalidad, y en la comparación de mandos, el disgusto. Si don Fernando Miyares no es reo a los ojos de la ley, no es tampoco acreedor a miramientos, ni a contemplaciones; y sería un dolor que por conservar le poder en aquel territorio, se dividiese ahora la provincia, y se hiciesen distritos intercalados, y entremediados, como han llegado a entender se pensaba por algunos.

La política parece que desaprueba esta medida, y que de ella se resentiría el interés común. Las esclarecidas hazañas del capitán Monteverde han llenado aquellas provincias de la gloria de su nombre en términos que si los reinos inmediatos pudiesen

tener esperanzas fundadas de encontrar otro héroe que coadyuvara a sus designios, y los coronara de los mismos triunfos, pronto implorarían su auxilio para substraerse de la tiranía que los oprime, y volver a la obediencia de un gobierno moderado y justo, cuya imagen les presenta Monteverde en la generosidad de la capitulación, y en la dulzura y equidad de su mando. Legacías secretas, auxilios oportunos pueden reanimar los espíritus, y atraer los ánimos, y para esto es necesario que la provincia de Venezuela esté sometida al mando de un solo jefe que disponga de la fuerza, y obre con libertad, y sin necesidad de revelar los planes de sus operaciones, y todo podría desgraciarse por un desmembramiento inoportuno, que solo aumentaba sacrificios en sueldos, sin necesidad de empleados; y así la política no puede menos de reprobalo.

El interés común también se resentiría porque, entre las consideraciones que aquellos habitantes tienen motivo de esperar del Gobierno, es que se mejore la localidad de la capital, y que en lugar de permanecer un extremo, se coloque en el centro. Medida que llenará a todos del mayor entusiasmo, y que hará prosperar la provincia de un modo admirable, porque alcanzando con igual proporción la benigna influencia de las providencias benéficas del Gobierno y alejada la sospecha de corrupción de la antigua capital se restablecerá la confianza, que es el alma de la uniformidad de las operaciones, y por la espontaneidad a las labores, se logrará la abundancia y la prosperidad.

Recuerdo triste, pero necesario, es el de la propensión a novedades, que de muchos años a esta parte ha dominado en Caracas; y parece que alejado el asiento del Gobierno, se imposibilita la inmediata fermentación del germen y la facilidad de los avisos y correspondencia, y con está se corta el principio de las maquinaciones. Aun cuando los proyectos renacieran en Caracas, estando el gobierno en el centro, hay una reacción poderosa que,

desbarata los planes más bien concertados, porque las líneas que de cada uno de los puntos de la circunferencia van a reunirse al centro y que de este parten a la circunferencia, tienen distintos resortes y pueden ser manejados con mayor destreza y acierto cuando son más puros y de una acendrada lealtad los conductos, y todos los demás pueblos quedan, a cubierto de cualesquiera otra tentativa ulterior.

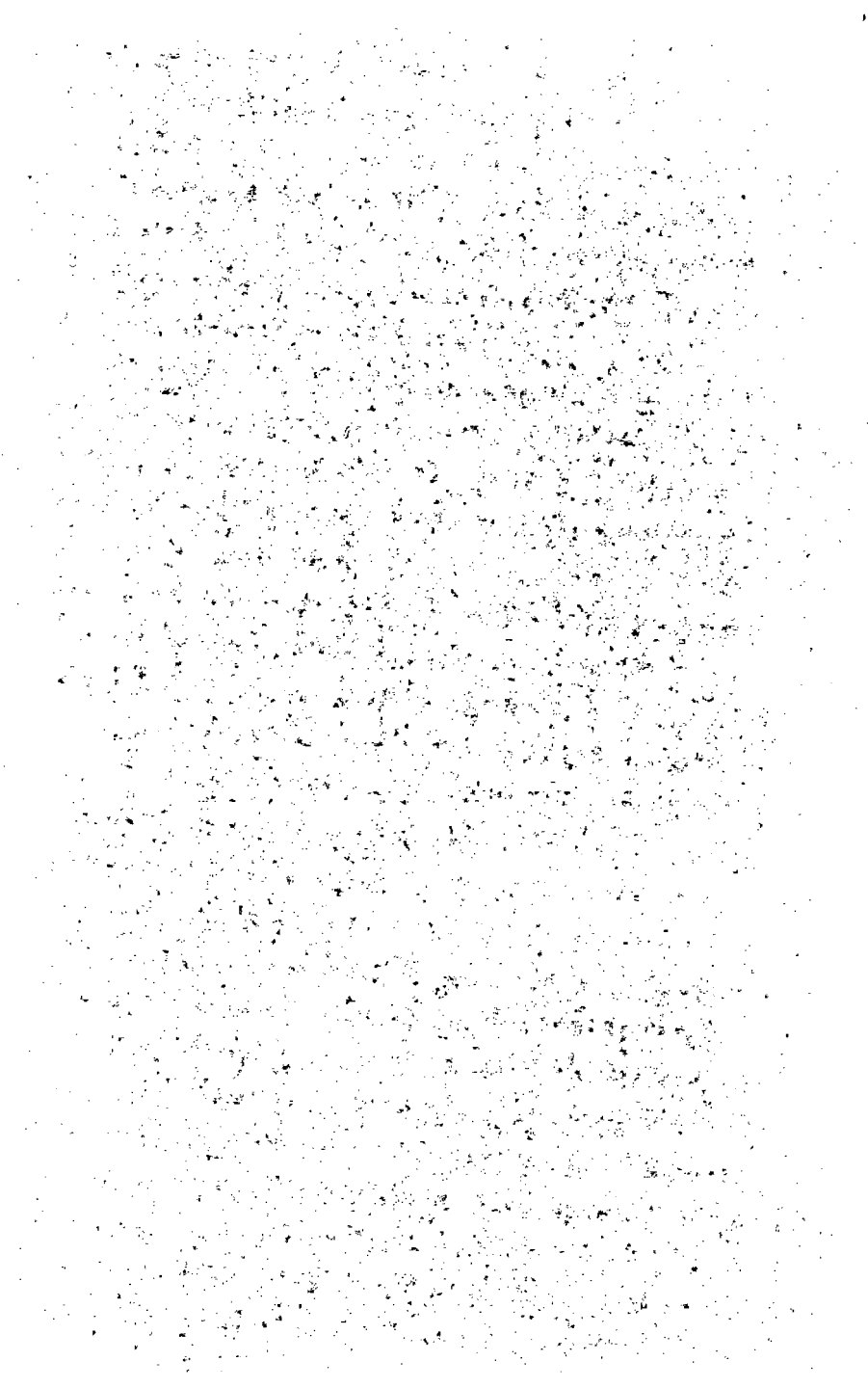
Los comisionados han presentado a las Cortes los documentos con que se califican las ventajas, utilidad y justicia de esta variación, y pueden ahora recordar la que muchos años hace se dijo al Gobierno por el ingeniero Cramer, el cual habiendo ido al reconocer aquellas provincias por los años de 1778 y a hacer varias fortificaciones, manifestó que había sido un error de los antiguos el haber establecido la capital en Caracas, y no en Valencia, y que el punto más seguro, más cómodo y más proporcionado para el comercio era Puerto Cabello. La naturaleza lo ha dispuesto así ya por la feracidad del terreno, ya por la facilidad de los transportes, y ya por la disposición del abrigo y fondo de la bahía, que proporciona atraque a los buques casi a tierra y ya se ha establecido la Real Audiencia en dicha ciudad. Conciliando pues todas estas ventajas, suplican rendidamente a V. M. las ciudades de Valencia de San Carlos, del Tocuyo y de Barquisimeto se sirva mandar que, continuando la Real Audiencia de la provincia de Venezuela en la ciudad de Valencia, se traslade a esta ciudad el asiento de la Capitanía General y la Intendencia y se reconozca como capital de las provincias de Venezuela, de Barinas, de Mérida, de Maracaibo, de Cumaná y del Orinoco, disponiendo en cuanto a lo eclesiástico, lo que a este soberano Congreso le parezca más conveniente con respecto a la catedral, que podrá trasladarse a Valencia, o permanecer donde se halla. Que se amplíe el comercio, facilitando la exportación de frutos para lo que se habiliten todos los puertos

de la costa, especialmente los de Coro y Maracaibo, desde donde puedan hacer sus expediciones a las colonias extranjeras amigas, y con ellas fomentarse la agricultura, haciendo fecundar los preciosos frutos que produce el país, y dando un vuelo admirable a su multiplicación, a lo que conducirá la supresión de alcabalas, contribución que solo sirve para causar vejaciones sin atraer utilidad; y que por los singulares servicios hechos por todos los vecinos y habitantes de estas cuatro ciudades pueda en adelante titularse cada una *Fidelísima*, y añadir a su escudo de armas un cuartel con el jeroglífico de un perro, símbolo de la fidelidad, de cuyo distintivo de ningún modo se prive a las ciudades de Valencia y del Tocuyo, por haber tenido una parte activa en las reconciliaciones, con acciones brillantes, que recomendarán siempre su lealtad, dignándose V. M. hacer las demás declaraciones benéficas que conduzcan a la felicidad, fomento y prosperidad de todas las provincias de aquel distrito, y a su mejor conservación y seguridad. Suplicando por último se dispense a estas ciudades la satisfacción de que V. M. se prime a oír en sesión pública esta sencilla exposición, y que se mande insertar a la letra en el diario de artes con lo que completará sus deseos.

El cielo conserve en la mayor exaltación a V. M. Cádiz 4 de enero de 1813.

Señor.

En virtud de poderes
Pedro Gamboa.
Fr. Pedro Hernández.



**Anécdotas referentes a la sublevación de
las Américas en cuyos sucesos sufrieron
y figuraron muchos isleños canarios
de José Agustín Álvarez Rixo**

Al estar leyendo los deplorables sucesos que nos refieren los papeles públicos de México, cuya guerra civil parece no tener término, continuándose las depredaciones y fusilamientos de unos contra otros partidos ansiosos del mando; al ver los nombres de aquellos habitantes enteramente idénticos a los de muchas personas que hemos conocido y que también existen entre nosotros, con lo cual se evidencia nuestro común origen. Considerando que esta identidad habrá sido causa de no pocos equívocos y desgracias, tomándose un sujeto por otro, que solo por encontrarse con el mismo que la persona buscada, sin más examen en tales turbulencias se le ha atropellado, robado o fusilado; nos ha hecho recordar una anécdota análoga, sucedida con uno de nuestros paisanos y que por la fecha que ya cuenta puede colocarse entre los apuntes tradicionales.

Hallándonos en el muelle de este Puerto de La Orotava una mañana del verano de 1820 a tiempo que, procedente de Cádiz, desembarcaba don José Cullen y su esposa, vimos también otro pasajero vestido de negro, quien, apenas puso el pie en la orilla, se arrodilló, se quitó el sombrero y el solideo y besó la tierra; que, levantándose, acto continuo con notable júbilo, comenzó a abrazar a cuantos se le presentaban conocidos o desconocidos, con efusión semejante a la de una persona que salida de algún abismo vuelve a la comunicación de la sociedad

humana. De pronto, se hicieron conjeturas, a pesar de ser verano, si habrían sufrido alguna borrasca en la navegación y sería voto de humildad de aquel eclesiástico. Pero, indagada la causa de nuestra admiración, porque tuvo origen en su horrorosa aventura siguiente.

Don José Reyes, presbítero, natural de la isla de La Palma, que es de quien hablamos, había salido de Tenerife el año 1814 en la corbeta *Fiel Nivaria*, su capitán y dueño don Matías Domínguez, de la matrícula de este Puerto. Llegado a Buenos Aires y estando en la posada, se apareció un piquete de tropa con un oficial del gobierno insurgente, preguntando si por allí había pasado o se había embarcado don José Reyes. Uno de la casa contestó inocentemente que no se había reembarcado y allí estaba. Entró el oficial con sus satélites y le preguntó al eclesiástico: ¿Vm. es don José Reyes? Sí señor, para servir a Vm. Pues póngase de rodillas para ser ahora mismo fusilado. ¿Cómo? ¿A mí? ¿Por qué? ¿Quién puede haberse quejado de mi persona? Pues no dice Vm. que es don José Reyes?, repitió el oficial. Sí, señor, pues traigo orden del Gobierno para fusilarle donde quiera que le encuentre fugado. El clérigo, atemorizado, viendo preparar las armas, en altas voces, poniendo a Dios por testigo, dijo: que jamás había tenido que ver con el gobierno, que era un pobre sacerdote recién llegado de Canarias y que tampoco era una persona fugitiva. A la bulla se fueron aproximando otras gentes, las cuales confirmaron lo que decía el acusado eclesiástico. Y comprendido por dicho oficial el equívoco, suspendió la ejecución, diciendo a Reyes que dispensase y se marchó en busca del otro Reyes comprometido que le hubieron de asignar.

Entonces, el presbítero Reyes se retiró de semejante tierra para la de Chile y Perú, desde donde, por la vía de Cádiz, regresó a la isla de Tenerife, y al pisarla después de aquella y otras

peregrinas aventuras que en esa época menudeaban por allá se arrojó enajenado a besar y abrazar la sosegada patria, como todo buen hijo que después de larga ausencia vuelve a los brazos de su querida madre.

En las provincias de Venezuela también acaecieron lances parecidos y sentimos que, al haberlos oído a los individuos que estuvieron en ellas durante aquella época aciaga, no hubiéramos puesto la suficiente atención para recordar con exactitud los pormenores de sus raros incidentes. Eso de haber oficiales y soldados en las filas realistas con nombres y apellidos castizos y hallarse en las filas insurgentes varios criollos y aún negros, con los mismos nombres de bautismo y apellidos era a más frecuente, dando lugar a no pocas dudas y recelos, porque, se decía, por ejemplo, Juan González derrotó una cuadrilla de insurgentes, cuyo hecho era verdad. Y al día siguiente tal vez se solía publicar en un periódico: Juan González derrotó una partida de realistas, causando dudas a los oyentes y lectores, si el González realista habría tenido la perfidia de haberse pasado a los revoltosos y no cesaba la incertidumbre hasta saber positivamente que en uno y otro partido había sujeto de idéntico nombre, pero lo que es más, hasta de idéntico destino.

II.

Cuando los caraqueños el 19 de abril de 1810 constituyeron una Junta gubernativa conservadora, decían, de los derechos del rey Fernando VII, los muchos isleños canarios que había domiciliados fueron en un principio considerados por los criollos como otros tales, puesto que nacieron en las Islas Canarias, provincia separada de la Península por los mares, y los mismos isleños, hombres sencillos y faltos de instrucción, los más de los cuales solo habían ido a Caracas para agenciar algo con que

poder regresar a su patria, no recelaron superchería en los primeros procedimientos del nuevo gobierno. Pero, luego que reunido el Congreso de las provincias o ciudades de Venezuela el 2 de marzo de 1811, vieron que los criollos patriotas, además de sus proclamas y declaraciones equívocas, llamaron para ser directores de sus manejos y reformas, a algunos tráfugas o reos de infidencia, quienes se hallaban guarecidos en las Antillas extranjeras, conocieron claramente era tramoya estudiada para separarse del todo de España, erigiéndose Venezuela en un país independiente, proyecto que los leales canarios reprobaban. Y alarmados con tan extraordinarias novedades, se con-fabularon y reunieron 80 o 100 de ellos para apoderarse de cierto lugar fuerte desde con más seguridad pudiesen proclamar y restablecer la unión a la madre patria, de cuyo pensamiento creían abundar gran parte de aquellos habitantes.

Pero los paisanos que en esta conjuración entraron no tenían jefes inteligentes que pudiesen corresponder a su leal intención, la cual descubierta y acometidos los isleños por los numerosos revolucionarios fanáticos, estimulados más bien por el aliciente de saquear los caudales que habían agenciado los canarios con su industria y economía, que, inteligenciados de lo que significaban las conveniencias civiles que sus corifeos proclamaban, ganaron el punto y cometieron horribles iniquidades con los isleños que pillaron, cuyo relato horroriza. Su sangre no quedó sin vengar, como luego veremos.

III.

Habiendo llegado a las costas de Venezuela el capitán de fragata don Domingo Monteverde, natural de la villa de La Orotava, a cuyo oficial comisionó don [en blanco], jefe español que estaba tratando de reducir a los revoltosos por la persuasión y

por las armas. Monteverde se fue internando a llenar su cometido, a quien se le fueron reuniendo tanto los muchos isleños domiciliados en aquellas provincias, como los criollos leales, en términos que se conoció le preferían al jefe principal con quien tal vez por la distancia no simpatizaban aquellos habitantes. Y después de mediar varias contestaciones oficiales, tuvo que disimular el desaire en obsequio del restablecimiento de la tranquilidad pública.

Don Domingo Monteverde, después de algunas acciones parciales con los disidentes, estos se fueron disipando y entró en Caracas con sus isleños y criollos leales, donde se restableció el gobierno real.

Pero este señor que en atención a su afortunado servicio se hallaba ya condecorado con nuevos grados por el Gobierno de España, parece que se llenó tanto de aspereza y desdén hacia sus súbditos, que estos se hastiaron completamente de su mando, puesto que por pura lealtad le habían seguido sacrificando sus propios intereses. A estos mismos les oí decir que empezó a tratarles cual si fuesen grumetes de barca de rey. Entre las costumbres que introdujo fue que no oía ni despachaba asunto ninguno, sino de las 10 o las 11 de la mañana hasta las 2 de la tarde, recibiendo a las personas mismas que habían coadyuvado con su sangre y sus caudales a su engrandecimiento y bien del país, con una sequedad y altivez que estos se excusaban de tener que ir a hablarle. Aprovecháronse de esta falta los astutos caudillos de los insurgentes, siguiéronle contiendas con resultados desgraciados para la causa real y perdióse casi toda Venezuela.

Diremos también que entre los sujetos pertenecientes a la aristocracia isleña que estaban entonces en Caracas, era el brigadier don Manuel Fierro, natural de la isla de La Palma, y se atribuye a los consejos de este ultrarrealista la causa de perderse la opinión, las voluntades y el territorio reincorporado.

No hay duda de que durante las guerras civiles, los hombres se suelen enconar unos contra otros en tales términos que sus pasiones les ciegan para desconocer hasta los mismos méritos y virtudes que concurren en algunos de los del partido de opinión contraria. Por tanto, dejando a cada cual en el lugar que merezcan sus hechos, referiremos por vía de noticia que no solo los isleños que sirvieron bajo las órdenes de Monteverde y le trataron, sino que escritores de aquella época, cual fue don José Guerra, doctor de la Universidad de México, en su *Historia de la revolución de Nueva España*, tomo 2, página 173, se queja con amargura también de algunas operaciones políticas y militares que había ejecutado en costa firme el general don Domingo Monteverde, llamándole por escarnio *cananeo* en alusión a su origen de las Canarias, por cuanto dicho Dr. Guerra consideraba que los isleños canarios procedieron de antiguas colonias oriundas del país de *Canaan*.

IV.

Hemos dicho antes que la sangre y expoliación de los isleños canarios no quedó del todo sin vengar. La providencia permitió que, irritados los restantes y dirigidos por otro valeroso caudillo canario, fuesen azote de los revoltosos caraqueños a quienes llegaron a humillar, hasta que, desengañados de sus extravíos, volviesen a someterse con gusto al gobierno de la madre patria hacia el año 1815, circunstancia favorable que pudo haber continuado por algunos años más, si hubiese habido la discreción política necesaria de parte de los mismos españoles que llegaron a pacificar el país cuando ya estaba pacificado y únicamente necesitaba de una prudencia para afianzar su reposo.

El general don Francisco Tomás Morales, hijo de la isla de Gran Canaria, con la práctica de muchos años de residencia en

Venezuela, su talento natural y buen ejemplo, logró no solo acaudillar a favor de la madre patria a los muchos y leales isleños canarios que en costa firme quedaban, más también que los criollos y castas mezcladas del país, incapaces de comprender ni vislumbrar las felicidades sociales que los sublevados predicaban, observando la igualdad y aprecio al mirar a estos con desdén, se dejaban decir, «pues si estos son los vencedores, que tales serán los vencidos». Al oír semejante diatriba los venezolanos leales no lo pudieron tolerar y, sin más contemplación, se fueron desertando para los disidentes, así que volvieron a dejar ver merodeando algunos de sus jefes, que supieron agasajar a sus paisanos, con lo que eran de la misma especie. El desprecio arriba dicho y los galanteos que los de Morillo, confiados en el garbo de sus personas, dirigieron a las criollas y hasta llegar el caso de violentar a algunas de estas, fue lo bastante para ir enajenando la lealtad y afecto que restaba a los venezolanos. Y en poco tiempo se vio que estos mismos hombres despreciados, afiliados después en las filas patriotas, supieron y pudieron ir destrozando a los ufanos e indiscretos soldados del general Morillo, al paso que radicando el odio contra los incorregibles españoles.

Esta anécdota la hemos oído a sujetos que asistieron a la heroica toma de Maracaibo y otras acciones memorables a las órdenes del general Morales, lamentando que ese trato imprudente que recibieron los criollos de la confiada soldadesca peninsular fue la segunda causa de la reacción de los revoltosos y final perdición de las provincias de Venezuela.

Pero tenemos entendido que no fue únicamente aquí donde se cometió esta misma imprudencia, en otros puntos de las Américas también cosas parecidas, sin que los jefes fueran a la mano de sus súbditos, para que no incurriesen en la odiosidad de los celosos y ofendidos criollos que no tienen culpa

de haber nacido menos bien parecidos que sus hermanos los europeos españoles.

Y al recordar la presente anécdota nos viene al pensamiento preguntar si acaso después de la voluntaria reincorporación de la isla Española de Santo Domingo habrá habido algunas repeticiones análogas. Lo cierto es que gran parte de aquellos habitantes se han vuelto a rebelar a pesar de que invitaron a los españoles de su isla donde fueron muy bien recibidos

V.

Muy pocos isleños canarios e hijos de tales que por razón de sus enlaces figuraban en la alta sociedad caraqueña, olvidados de su origen canario, siguieron las banderas de los insurgentes. Entre estos podemos señalar a don Casiano Medranda y Orea, natural del Puerto de La Orotava, quien había recibido esmerada educación en Inglaterra, había casádose en Caracas, donde vivía, y siendo capitán de una compañía de los disidentes, murió en una de las batallas reñidas contra los realistas. Este caballero era hijo del coronel don José Medranda, gobernador militar de este expresado Puerto de La Orotava, persona de las más bondadosas y honradas que han vestido el uniforme real, a quien por lo mismo, respetando su ancianidad y acrisolada lealtad, se le ocultó el fin desgraciado de su hijo.

VI.

Otro sujeto más memorable en el mundo a causa de las vicisitudes de su vida civil y militar fue el general don Francisco de Miranda. Algunas personas habían creído que este jefe era natural del Puerto de La Orotava, pero fue equívoco. Era sí hijo de Francisco de Miranda, natural de dicho Puerto, quien había ido a buscar fortuna a costa firme y se casó en Caracas

con una señora *mantuana*, que así llaman allá a las familias principales. Estos enviaron a su hijo, el joven Miranda, a educarse en Francia, quien parece que volvió a la América y se huyó del servicio de España, donde le habían acusado de haber querido entregar La Habana a los ingleses, después se pasó al servicio de Rusia y el año 1787, en que Catalina II fue a revisar por los años [en blanco] las recientes conquistas de sus ejércitos rusos en la Tauvida y sus inmediaciones, hallándose en la nueva ciudad de Kherson, recién fundada por el príncipe Potenkin, entre los muchos concurrentes de todas nacionales al ver el general Miranda (*Historia de Rusia*, tomo II, página 136 en nota). Después pasó al servicio de la Revolución Francesa, en cuyo revolucionario gobierno, durante la última década del siglo próximo pasado, fue general de división, dando señaladas pruebas de valor e inteligencia. Retirado de Francia, vino a parar a las Antillas inglesas, y el año de 1806, protegido por los ingleses, entonces en guerra con España, fue mandando una expedición armada para revolucionar a Caracas o posesionarse de algunos de los puntos de costa firme. Esta intentona no tuvo resultado todavía.

Pero, sobrevenidos los sucesos de 1810 y 11, el general Miranda volvió a Caracas a dirigir los asuntos complicados de su patria, en los cuales no careció de actividad para unas cosas y serenidad senatorial para sufrir asperezas e impertinencias de los improvisados representantes de aquel pueblo novel y continuar sus discursos dictados por su educación y prácticas republicanas, sazónadas por la experiencia, cuyas necesarias cualidades les faltaban a sus demás conciudadanos. En una de las sesiones de la Asamblea de Venezuela presidida por dicho general, al tiempo que este hablaba, se levantó un impaciente cura diputado por su provincia, quien, remangándose el brazo, gritó «carrizo, esto se ha de rematar con sangre». Miranda se

paró un instante sin inmutarse y prosiguió su discurso diciendo: «Sin hacer caso de vulgaridades, continuaré mi proposición».

Después de algunos hechos de armas defendiendo su nuevo gobierno, tuvo por fin que rendirse prisionero, se le condujo a Cádiz, en una de cuyas fortalezas, transcurrido algún tiempo, falleció.

Sentimos que este personaje no hubiese acertado a conservar la fidelidad a su soberano y nación, en la cual pudo haber sido útil por sus conocimientos y habría tenido un fin más honorífico y sosegado. Pero estos hombres que pasan muchos años en los países y gobiernos extranjeros, desconocen los pueblos puramente españoles, queriendo regenerarlos a su manera, sin considerar lo dificultoso, o casi imposible que es hacer variar las tendencias, aunque extravagantes, sean de los pueblos y naciones.

VII.

Retrocediendo a recordar algunas de las buenas cualidades que concurrían en el carácter del general Francisco Tomás Morales, las cuales, reconocidas por los venezolanos, no es extraño que se hubiesen adherido a obedecer y servir bajo su mando. En un viajero inglés que recorrió las provincias de Venezuela el año de 1823 al 24 al tratar del estado de los caminos y comunicaciones dice que «el único puente de buena construcción que allí vio era el que había en Valencia hecho el general Morales durante su gobierno» a pesar de las turbulencias de la guerra que le ocuparon. Prueba de que, a pesar de la guerra misma, no descuidaba el fomento de los pueblos.

VIII.

El año 1827, en que vino de comandante general de estas islas, a su patria, hubo algunos celosos eclesiásticos que le presentaron una lista de todas aquellas personas que se consideraban

por los presentantes como sospechosos al gobierno, a causa de sus tendencias liberales o bien individuos de la sociedad masónica. A su excelencia casualmente le fueron a visitar algunas de ellas, a quienes le enseñó dicha lista, diciendo que él no pensaba hacer mérito de aquel documento, porque esperaba que los sujetos señalados en ella no le darían ocasión de compromisos ni disgusto, antes confiaba hacer uso de los conocimientos de algunos que los tuviesen para cuanto pudiese convenir al fomento del país, a cuyo bienestar creía que nadie se le negaría. En efecto, ocupó en varias cosas públicas las personas más aparentes para sus respectivos desempeños, captándose la confianza de toda clase de sujetos por su genio afable y conciliador.

IX.

Habiendo notado la escasez de agua que se padecía en Santa Cruz de Tenerife, para su creciente población, estimuló a su vecindario a explotar los mismos u otros manantiales para agregar agua a la poca que antes venía. No había fondos públicos y se estableció sin controversia para cosa tan útil un impuesto sobre los licores del consumo, ínterin durasen las obras. Su excelencia iba frecuentemente a inspeccionar el trabajo, con cuyo ejemplo otras personas de categoría le imitaban y adelantaba dicha empresa. En fin, llegó el agua a Santa Cruz, en cuyo agradecido pueblo se erigió por su municipio un pilar o surtidor de agua en nombre de tan ilustre canario.

X.

Su excelencia escribió una memoria circunstanciada del estado en que se hallaban las Islas Canarias, indicando al Rey los medios más convenientes para su prosperidad, cuyo documento remitió a Su Majestad y personas de discernimiento que

vieron el original, me aseguraron que les causó admiración, por cuanto no creían que el general, atendida su carencia de estudios, pudiese expresarse de una manera tan exacta a par que interesante y detallada.

XI.

En el mes de julio 25 de 1828, el señor general Morales vino a la villa de La Orotava a pasar revista a su regimiento provincial, en cuya villa se le obsequió magníficamente. El municipio y oficialidad militar le dio un suntuoso baile y cena, al cual fue invitado el que escribe, siendo esta la única vez que aquí le vimos vestido de grande uniforme, en que ostentaba las muchas cruces y bandas con que Su Majestad le había condecorado en premio de sus heridas y activos servicios. Su excelencia rompió el baile con la señora doña María Teresa Monteverde, sobrina del señor general don Domingo Monteverde, y como todos sabíamos que el cuerpo del general estaba lleno de cicatrices y contusiones, con disimulo fijamos la vista a ver que tal se desempeñaba su excelencia, pero no tuvo que extrañársele.

El que suscribe, presidente aquel año del Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, fue comisionado por dicha corporación en unión del síndico personero al expresado general Morales, quien recibió la comisión con la mayor atención y afabilidad, apeando desde luego el tratamiento. Él, con motivo que el personero don Matías Romero, durante su juventud había estado en las Américas, se habló de ellas diciendo el general, entre otras cosas, que se alegraba haberse vuelto a la provincia de Canarias, país de paz y de tranquilidad, desembarazado de aquella guerra atroz que había tenido, que está haciendo en la de Venezuela contra el sentir de su corazón.

XII.

El día 29 de dicho mes de julio bajó al Puerto, donde se le dio opíparo convite, en el cual tuve el honor de ocupar el puesto inmediato a su excelencia, quien en medio de la alegría, chistes y brindis de los animados convidados, no olvidó preguntarme qué cosas consideraba de más utilidad pública para este pueblo, en que su excelencia pudiese coadyuvar con su tino y valimiento, para que se plantificasen. Contesté que la más beneficiosa y urgente era la traída de las aguas potables, en que se trabajaba, pero con el sentimiento que iban ya a faltar los recursos pecuniarios, y tal vez se perderán los siete u ocho mil pesos ya invertidos. Entonces, la conversación se hizo más general, diciendo su excelencia que se cobrase ánimo, pues sería mengua no arbitrar medios para continuar semejante obra, que deseaba verla y por la continuación de la cual pidió un brindis que fue aplaudido.

Con efecto, al siguiente día fue el general a ver las aguas y las atarjeas, donde la llaneza de poner mano y enseñar a los operarios un método más sencillo, más diestro y por consiguiente más económico de tiempo y de dinero, método que desde entonces se ha adoptado entre nuestros albañiles para la fabricación de atarjeas, consistente en formar un canalón de tablones, el cual va sirviendo de molde, y a ellos no se les había ocurrido. Adoptose además el consejo de establecer durante la explotación del agua el consumo de licores, a imitación de lo que se hacía en Santa Cruz y se trajo dicho anhelado líquido al Puerto de la Cruz, desde entonces uno de los pueblos más abundantes de excelente agua, elemento tan indispensable para la existencia de la vida humana.

XIII.

Su excelencia pasó a pagar la visita al ayuntamiento, en cuya ocasión hizo un corto discurso para coadyuvar con su buena intención y facultades a la prosperidad del pueblo, cuyo municipio con tanta confianza podía valerse de su autoridad, en lo cual, lejos de molestarse recibiría satisfacción en ello.

Dio la casualidad que uno de los regidores, don Manuel Yumar, natural de La Orotava, hombre honrado y sencillo, había sido uno de aquellos con que Morales atendía a su buen y leal comportamiento, seguían al héroe canario con entusiasmo y voluntad. Con esta clase de gente los isleños canarios y algunos peninsulares escapados de la cuchilla fraticida, llegó Morales según le oyó decir el que escribe a incorporar a su devoción hasta 16 000 hombres, aunque mal equipados, pero útiles para toda empresa, por cuanto el clima no hacía mella en ellos. Y el entusiasmo y resolución con que unos y otros acometían las más arriesgadas facciones se deja conocer, sabiendo que todavía cuando mandó a asaltar a Maracaibo, memorable baluarte de los insurgentes, los únicos víveres que restaban en el campo leal eran un poco de maíz tostado, del cual a cada uno de los oficiales y soldados se les repartió una travesada diciendo que para comer algo más era menester ganar Maracaibo, porque no había ya otros recursos. En efecto, se atacó, se venció el 13 de noviembre de 1822 y allí se comió algo más, si bien la plaza parece no estaba en mucho mejor estado que los vencedores.

Con esta y otras varias proezas que antes había acometido con felicidad nuestro general, se habían retirado para fuera de las provincias los caudillos de los insurgentes, es decir, los individuos que agitaban las masas para sustraerse del dominio de España y el país volvía a su anterior reposo, con satisfacción de

cuantos habían contribuido con su sangre pura o mezclada a restituir el común bienestar.

En la primera favorable coyuntura a mitad del año 1814 fue cuando acertó a llegar a Venezuela el general don Pablo Morillo con su tropa peninsular, bien vestida y equipada con aquel garbo que es peculiar a los españoles de raza pura; lo que hacía notable contraste con los pobres del país, quienes, además de sus extraños rostros de mezcolanzas de origen, muchos estaban descalzos, sin chalecos ni corbatines, no gorras ni morriones, haciendo sus veces los informes sombreros de paja, consistiendo las fornituras en meras correas de cuero crudo y otras cosas por este término. Pero, contentos y llenos de satisfacción, considerándose hombres de merecimiento, puesto que a pesar de sus privaciones habían tenido la virtud de reganar para su Rey y madre patria.

Pues bien, desembarcados los de Morillo, tuvieron la impolítica imprudencia de considerar a los criollos solo por su mezquino aspecto, sin atender a su mayor mérito, para una guerra en cuyo clima los europeos no podrían ser tan a propósito, ni resistir como aquellos mal armados naturales e isleños comprometidos en Caracas en la primera intentona que los nuestros hicieron para restablecer el gobierno real, por cuya razón estuvo mucho tiempo encadenado, esperando la muerte en los enfermizos calabozos de Puerto Cabello, hasta que pudo entre muchos riesgos verificar su escape. Este, sobre todos, se alegró de ver y oír la voz del general Morales, de muchos de cuyos hechos en ultramar tenía conocimiento.

Hemos recordado con gusto estos pequeños datos que revelan el carácter recomendable del comandante general don Francisco Morales, para demostrar no solo las razones porque sin duda atrajo las voluntades de sus gobernados, sino para que se vea que las Islas Canarias han producido gentes muy dignas

de aprecio y memoria agradecida de sus coterráneos, lo mismo que la culta estimación de sus extraños. El Excmo. señor don Francisco Morales, que había nacido en el pueblo del Carrizal de Gran Canaria en 1783, falleció en la misma isla el 5 de octubre de 1844.

**Correspondencia con Páez y manifiesto
partidario de la Independencia del
canario Agustín Peraza Betancourt**

Carta del comandante Antonio Páez

Cuartel general de la Margarita, febrero 7 de 1817, y 7° de nuestra gloriosa insurrección.

Viva la Independencia.

Desde el acampamiento de Araure en que tuve noticia de Vm. según la descripción que de su carácter me hizo su paisano, las opresiones que del Gobierno Gótico ha sufrido e igualmente el descarrío que le ha sido preciso emprender. El oficial apuntado manifestó lo adherido que es Vm. a nuestra causa, por lo que inferimos animan a Vm. los mismos sentimientos que animan a cuantos proceden de su mismo suelo; y así me tomé la satisfacción invitarle a seguir las banderas de la Patria, que, a más de la gloria que le cabe a sus generosos defensores, y el asilo de estos miserables, donde tiene su imperio la hospitalidad. Como Vm. no me acusó recibo de aquella, persuadido padecería extravío, o dudado Vm. sobre lo que le parecería intempestivo, repito esta, para decirle, si gusta venirse en esta flechera que regresa a esta isla puede, pues, el comandante de ella va encargado de su persona. En aquella dije a Vm. a nombre del Excmo. capitán general y jefe supremo de la República sería Vm. colocado en la categoría de subteniente y de teniente en la Infantería, dirigiéndose a esta isla, donde se

pasaba al gobernador de Pampatar, la correspondiente orden para su asignación, que, como tan indispensable, debería abonarse desde el momento de su embarque.

Don Pedro, su confidente, dice cuál es su determinación, por ahora deseche Vm. esos vastos temores, que pronto enteremos en la capitanía de Venezuela los preparativos que Vm. observa se dirigen al desembarco en Maiquetía para ir a La Guaira, véngase Vm. pues sus proposiciones y espíritu republicano lo hacen digno de las consideraciones a la Patria y concurren los servicios que hizo su tío a la misma, que le recompensó con la graduación de teniente coronel en que murió gloriosamente en la batalla de Choroni.

B. L. M. a V. S.

Antonio Páez. Comandante.

Carta de Agustín Peraza Bethencourt a Páez

Saint Thomas, 1817.

Señor comandante don Antonio Páez.

Con bastante dolor mío recibo la apreciable de V., fecha de por la que V. se sirve participarme la infausta noticia del fallecimiento de mi tío, que en la batalla de Choroni fue inmolado en defensa de esa causa de Independencia. Sin embargo, me es satisfactorio el que, ya que abrazó la causa del país que le sustentó por tantos años, e igualmente a innumerables paisanos nuestros, diese las pruebas de fiel, constante y nada ingrato al gobierno republicano, que en recompensa le condecoró; y en fin, del resto de su familia hará las justas consideraciones que no son desatendibles. Aunque no había contestado a la anterior que V. se dignó dirigirme por conducto de un oficial paisano, ha sido por razones meramente políticas; y que me hallaba en territorio donde domina aún un despótico español; que piensa

arbitrar coartar las opiniones; y por consiguiente, como todos los de esta clase, usurpar a Dios los atributos privativos, sondear los corazones. Omito más explicarme, mas no me calificarán de ingrato.

Las ofertas con que a nombre del primer jefe, V. me honra, sin yo merecerlo; por ahora me es forzoso desestimarlas, por halarme bastante delicado, y aunque me hallo ya restablecido, pienso dirigirme a La Habana, cuando un asunto urgente me obliga a emprender este viaje. Estoy a la verdad en indigencia, esto es, lejos de la abundancia; pero no de lo necesario para mi individuo. Me acuerdo que en la anterior de Araure me dice que, según informe genuino, formaría un buen militar; y que el espíritu republicano de que estoy poseído, es un presagio seguro de... Yo debo manifestar a Vm. que no es mi espíritu, y disposiciones, tal solo sí que, como todo canario, sigo el entusiasmo Nacional que todos están poseídos, a Vms. les parecerá republicano; a la verdad que las dos voces tienen el mismo significado; pero yo, en medio de la densa niebla de mi poca explicación quiero decir: no sufren opresiones, pensiones, etc. etc., que los americanos han sufrido, y una gran parte aún sufre; porque aquellos a fuerza de sus brazos han sacudido el yugo; para siempre han prestado obediencia al Soberano, que no es culpable de los abusos de sus magistrados; los que *in totum* no se verán reformados ínterin cada provincia no se gobierne por patricios: «en esta parte tienen Vms. Razón», y por esto sería pronto derramar mi sangre, para que mi país estuviera insurreccionado, para conseguir esta pretensión justa. Es cuanto puedo contestar a la favorecida de Vm., e igualmente encarezco signifique mis expresivas gracias a S. E. Dios guarde a V. muchos años como desea el Q B L M.

Agustín Peraza Betancourt.

Carta de Agustín Peraza Béthencourt al Ayuntamiento de La Laguna (Tenerife)

Santo Tomás, 4 de marzo de 1817.

Muy ilustres señores.

Don Agustín Peraza Betancourt, natural de esa provincia, y residente en las colonias americanas a vuestra señoría con el mayor respeto, dice: Que movido de un celo patriótico, a causa de cuanto observa fraguado por una política maquiavélica, y un gobierno monopolista, ha podido su débil pluma, guiada por los estrechos límites de sus pocas luces, dirigir la adjunta carta-manifiesto a sus compatriotas ¿Qué mejor órgano puede, el exponente, muy ilustres señores, preferir, que esa corporación, que se mira como única tabla que ha salvado (en tiempos más remotos) esa preciosa provincia del naufragio? ¿Qué otra de las siete, o seis restantes, supo ponerlos a salvo, siendo antimural a las orgullosas tentativas de despóticos mariscales? Y. S., vuestra señoría, en todas épocas ha servido a las de las demás islas de puro estímulo a seguir los altos sentimientos patrióticos: procurar el bien general de esas islas. ¿Qué diré? Esas siete provincias, si se comparan con las que en esta América tienen este nombre, son siete; pero compone una, como cuadro de una sola familia, que todas las relaciones los unen con unos mismos estrechos vínculos.

El amor a mi Patria, a esa Patria donde tengo el honor de haber nacido, me estimula a no sepultar en el olvido el que debo a mis conciudadanos; y menos cuando observo la impoliticidad de una autoridad, que labra su lucro, al mismo tiempo que, no contento con la de los miserables que por desgracia manda, sí también la irreparable ruina de los de un país distante 1024 leguas de piélago fluctuante. No señor, no pueden mis ojos ver este espectáculo monstruoso, en perjuicio de mis hermanos, sin

que mi corazón prevea el medio de repararlo; haga lo contrario el tropel de hijos ingratos; que indirectamente, poseídos de una rabia impotente, tratan de ultrajarla con sus tiros acertados.

El adjunto que igualmente acompaña impondrá a vuestra señoría y respetable público los concurrentes a lisonjear las esperanzas de un joven agobiado: mas mi alma siente hasta ahora los ultrajes verificados en sus hermanos, a pesar de que se ha mudado todo el aparato de este aspecto de cosas. En igual caso dirigí otro en la exposición que por repetida remití por la vía reservada a S. M. desde esta isla.

Los fines primarios del exponente son, ilustres señores, el que vuestra señoría, como tan celoso por la felicidad de ese país (único punto, como céntrico de sus atenciones), se digne mandar a imprimir la adjunta carta con inserción de esta humilde exposición; y que, si esa provincia ve estampados los deseos y efusiones del corazón de un compatriota suyo distante de ellos 1024 leguas, vea, los no menos susceptibles de señoría, a quien está confiada su suerte.

Nuestro Sor, guarde a Vuestra Señoría los más felices años, que pueda y desea el afectísimo compatriota.

Saint Thomas, 4 de marzo de 1817.

Muy ilustre señor.

Agustín Peraza Betancourt.

Muy ilustres señores Justicia, y Cabildo Pleno de la ciudad de San Cristóbal de La Laguna.

Amados compatriotas

Proclama de Agustín Peraza Betancourt

A los alucinados, a los débiles, y a los que, desprendidos del Justo deber patrio, yacen en la inacción, solamente me dirijo en esta ocasión. Los honrados y leales no necesitan mis insinuaciones

en su carrera política. Detesto al despotismo, y desprecio este fatal sistema, que sostenido por el abuso, hace más estrago que la cortante espada de los conquistadores del mundo antiguo. Siento la situación actual de este continente, y la lloro, con todos los males pasados, y futuros, de nuestra patria. Oídme, sin prevención, y juzgad con imparcialidad.

Un compatriota vuestro vive casi ignorado, pero respira un aire libre; casi sumergido en la indigencia, pero tranquilo, recuerda a cada momento la catástrofe, que en torrente le ha presentado sus desgracias; mas se ve libre de aquel terror. Pánico que inspira a los oprimidos la arbitrariedad del déspota, que para desgracia de centenares le fue confiada por el Soberano Congreso Nacional la suerte de esos pueblos, y el que, observando ya sus manos trémulas, no pudo por más tiempo desollarlos¹. Si vosotros os acordaréis que en el año de ocho, época en que ya a la Patria agonizante la amenazaba una total ruina, que hubiera sido inevitable, y vístase el fruto de la perfidia de aquel que os mandaba, al mismo tiempo que en vuestra sangre tenía vinculado su Patrimonio, y el mismo que con el epíteto «Ilustre mandatario», aun conoce cierta horda que componía su séquito, y que rendían sus almas al vil principio de la adulación: unos por granjear los puestos más decorosos de vuestras Milicias, y otros para asegurar su subsistencia, no en el corvo arado, como el labrador de los campos, y menos como el industrioso artesano, solo como un otacusta de las más simples operaciones; un Gobierno lleno de estas contradicciones; y el que con una sola señal confiscaba vuestros bienes: sí, compatriotas, seis o siete años en que tomó mayor

¹ [N. del E.] El duque del Parque, don Vicente Cañas Porto-Carrero, que, abusando del dócil carácter de los habitantes de la Gran-Canaria, prostituyendo la Justicia, sostenía el espionaje de que eran sus instrumentos algunos adúladores.

incremento este sistema indolente, decayó vuestro floreciente comercio, y está circunscrito a un cierto número de facciosos².

Mas esto había pasado, cuando creyendo habría desaparecido de entre nosotros una fatal semilla, único germen de una guerra intestina; no, aun quedaban sus residuos; y era preciso, no perder momento a la primera oportunidad en que, poniendo en ejercicio los resortes de la audacia, conseguir la venganza. Para esto era muy preciso obtuviese el mando militar de la provincia a un hombre que, por su propensión natural, se ofuscará con las corrompidas miasmas de la adulación; llegó, sí, llegó el deseado día en que arribó a la Gran Canaria el ya citado Duque del Parque, aún su nombre no era conocido, y menos sus facultades pero la extrañeza de su destino, y hallarse en la misma actualidad en el uso de las suyas el capitán general de la provincia, cuando ya se ve una acusación contra un eclesiástico, ya un libelo infamatorio contra el habitante honrado, y que no tuvo influencia alguna en las opiniones políticas, ya una delación contra un prelado regular, etc. etc. De manera que en un instante los ánimos de dos partidos robustos, erigieron a su Excelencia en un gran sultán, aunque su excelencia recibía con serenidad todos perfumes, ilustrísimo y reverendísimo de todas las religiones, le vimos en menos tiempo, que el que media del ocaso, a los crepúsculos de la aurora. Un gran sultán, lo erigieron, y él se erigió, con cuanto le iba suministrando vuestra flexibilidad, y su cara hipócrita. No saciándose su sed implacable con los

² [N. del A.] Don Fernando de la Vega, marqués de Casa-Cagigal, quien fue depuesto del mando de Provincia por el populacho, y Juzgado por la Suprema Junta que se instaló en la M. N. Ciudad de San Cristóbal de La Laguna, cuya legítima autoridad le remitió a Cádiz bajo partida de registro, donde se le exoneró de todo cargo, arrestando al oficial y piquete de su Custodia, cuyo procedimiento debió graduarse agravio indirecto a la Suprema Corporación de nuestro suelo.

holocaustos que se le tributaron en la isla de Gran Canaria, y lo que debe llamar la atención de todo hombre despreocupado, haber sido en un pueblo serio, y que contiene las principales autoridades, y tribunales. Veíamos a Canaria, ya con los aspectos de la China: no faltaba más sino formar el gobierno, policía, y costumbres que forma el evangelio de los chinos, al paso que la de Tenerife observaba una Política más sólida y siempre enérgica, sin permitir se rompiese o rasgase el manto de la majestad de sus pueblos, y los de las cinco restantes, que siempre le prestan su voz, ha sido largo este episodio. Pobres víctimas de su furor fueron muchos de nuestros hermanos y de la horrible ambición de su auditor interino don José del Serro, después de haber sufrido una vida que ya les era pesada, y sostenían en oscuros calabozos con alimentos escasos y groseros que formaban parte de su martirio, hasta la última noche que estuvieron en este mundo; así terminaron sus preciosas vidas, y en tan lamentable estado hubieran corrido con paso acelerado a consumir su sacrificio los restantes, a no haber merecido la atención del muy ilustre Cabildo de la Ciudad de San Cristóbal de La Laguna. Sí, amados compatriotas. Esta ilustre corporación, tan celosa por vuestra felicidad; ella fue, ha sido, y será la tabla que en tiempos más remotos ha salvado a nuestra Patria del naufragio y en crisis mayor supo romper las vergonzosas cadenas con que el despotismo de otros mandatarios, empuñando un cetro de hierro, quiso ligar a los antiguos isleños, ligados al monstruoso carro de sus abominables triunfos: sí, se pensó agravaros con pensiones exorbitantes, y afianzar en vuestra sangre el patrimonio de una larga familia, cuya sucesión aparece indefinible³. El amor a esta corporación la miraron nuestros abuelos como sagrada, y recibida en parte de su educación.

³ [N. del A.] Alude al asesinato hecho en el intendente que, oprimiendo a los

Este fue el órgano por medio del cual lograsteis ver representada esa provincia en una Junta Suprema, que, no obstante la separación de la Gran Canaria supo con magnanimidad sostener vuestros derechos, vuestra libertad, vuestros intereses; y vuestro honor: fue antemural a las tentativas de aquel orgulloso mariscal, que se había prometido la ruina de ese país. La ciudad de San Cristóbal de La Laguna fue el punto céntrico de nuestras atenciones, y en el que veíamos reunidos los votos de una voluntad general: Omíto traerlos a la memoria los tiempos en que este cuerpo patriótico tomó sobre sus hombros la superior empresa de defenderos de las pensiones con que se os quiso oprimir, y a las que no podríais soportar, al mismo tiempo, que veríais los campos incultos, pueblos sin habitantes, y así vuestro comercio interior y exterior, en el último punto de su exterminio, las pocas especulaciones estarían restringidas, extendiéndose su lucro a la pandilla de facciosos, que miraría como mira con predilección los déspotas; no, no, amados compatriotas, no pudo la isla de Tenerife, y su ilustre municipalidad, ver esta ruina sin que su corazón la reparase⁴. También os acordaréis de los tristes acontecimientos que tuvieron su concurrencia en la isla de Lanzarote en los años de 10 y 11, y últimamente, en casi toda la provincia donde debía tener su

habitantes de Canarias, había acopiado considerables sumas: se suspendió la Plaza de este ministro y recayó la administración del erario, o inspección en el gobernador y capitán general de la provincia. El párrafo de sucesión alude a que esta clase de sátrapas enviados de España al desempeño de sus destinos, siempre, sus procedimientos abusivos tiene trascendencia, a los que le suceden.

⁴ [N. del A.] La formal resistencia que se hizo al papel sellado, medio que se adoptó para extenuar los pueblos: dos países hasta ahora bajo el Gobierno español, en la América, sufren esta pesada carga; es uno de los motivos primarios lleguen a insurreccionarse: en uno que es la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico bendicen a las Islas Canarias por esta resistencia, y a la par de esto las colonias de otras naciones los contemplan, capaz de medio millón de combatientes, y de un carácter nacional cuyo entusiasmo es la defensa de sus hogares.

trascendencia respecto a que, si aquella luchaba gloriosamente por sacudir el yugo de un tirano, la provincia entera lo sostenía encorvada por el superior de ella⁵ y componiendo todas el cuadro de una misma familia, todos debíais estar poseídas de un mismo espíritu. Sí, compatriotas, sostened con constancia en cuanto podáis vuestra adhesión al desgraciado Monarca; pero detestad todo gobierno que, infringiendo las leyes, y estatutos que os gobiernan, quieran haceros el hidibrio de sus máximas perniciosas. Don Pedro Rodríguez de la Buría, ¿qué digo?, aquel Mesías, aquel a quien os adheristeis con tanto entusiasmo, entusiasmo que os degrada en parte, pues las puertas de los templos, y edificios particulares no estuvieron exceptuados de contener estos caracteres: «Viva la Buría», cuando debíais seguir el más noble y propio de todo canario: «Viva la Patria». Este llegó en unos días aciagos, con perspectivas halagüeñas, al paso que allá en su retrete formaba otra apología de vuestro carácter, ofreciéndosele con vuestra candidez que esta clase de mandatarios atribuyen a pusilanimidad, aunque lo contrario lo tenéis acreditado, como lo expresa el Autor de la *Geografía universal*, que hace el análisis de nuestro clima, y sus influencias, un campo donde serenaría los sustos, y congojas de allá: preguntadlo a los habitantes de la Albuera, os alarmasteis para lanzar a aquel antecesor de este que poco ha había, como siempre, atropellado el sagrado derecho de gentes, y aquellos sentimientos que nos inspira siempre la humanidad; quebrantó lo sagrado de la clausura; arruinó gran parte de vuestros montes para formar dos cañoneras, que han sido tan útiles a nuestra patria, como si hubiesen estado sobre el Gran Teide, sacó caudales

⁵ [N. del A.] La isla de Lanzarote no podía sufrir el Monopolismo que don Bartolomé José de Guerra, su gobernador de Armas, por la primera acta de su Cabildo general, se depuso a este, y posesionó en él al sargento mayor de su Regimiento Provincial don José Feo de Armas.

de la consolidación, dejando exhaustas sus cajas; desorganizó su plan de oficinas; y a la heroica resistencia del principal de sus custodios se siguió a este, y otros alternos, ir condenado a sufrir un destierro en medio de una horrible roca privado de su empleo, excluido de sus familiares, y toda sociedad. Al tiempo de su embarque, se exploró el único baúl que se le permitió, haciendo varias dimensiones en él con un bastón un satélite de este Nerón, pues, como no le unía relación alguna con el país por ser español, su excelencia, o diremos lo juzgó propio para esta comisión. Don José Álvarez les acompañó en el mismo destino, sin otro delito que manifestar sus sentimientos. Con respecto al muelle, y cañoneras, que el primero era empresa de largos días y segundas jaulas de canarios: no se hallan confirmadas sus expresiones. ¿Fue en esto criminal? Como lo soy yo en recordaros estos tristes momentos. Si lo era, ¿por qué no le formó causa? Para que subrepticamente, a la media noche lo sacaron escoltado de la prisión, y embarcaron, sin dejarle disponer de sus intereses. A muchos ocupó el terror pánico, y a muchos encandiló la estrella que como magnate la Corte traía por distintivo; bien conoció su excelencia los efectos que había causado su presencia, no en las Islas, que sería agradecerlas, sí solo en Canaria; bien supo su política hacerles difundir llevaba cuño; pero ¿cuáles eran las minas y los químicos que traía?

La Gran Canaria es un pueblo ilustrado; pero la antigua rivalidad con respecto hacia Tenerife no les dejaba conocer cuanto carecía de verosimilitud sus artificios; se pasa a Tenerife pensando serían sufridos, con desprecio de sí mismos, No. ¿A quién debieron nuestros hermanos el remedio a sus males? Al ilustre Cabildo de la capital de Tenerife, al mismo tiempo que, reasumiendo accidentalmente el mando, posesionó en él al que aclamaba gran parte del pueblo sencillo, bien por aquellos sentimientos emanados siempre como deseos de la paz, o ya por el reciente

suceso. A los principios de su Gobierno no dejó, como que era preciso, de observar una política, con que engañaba al incauto populacho; aparentó lo sensible que le era la actual situación; que manifestó como crítica una calamidad general; pero esta sinceridad de sentimientos, al parecer, era una máscara que ocultaba los que nutría su pecho, dígalos el suceso entre otros. ¿Qué beneficios hizo a las pobres que en días tan amargos, que una gran parte los iba a devorar la hambre? Los despreciaba, no hizo el más mínimo sacrificio. Sí, compatriotas; los ilustrísimos Cabildos eclesiástico, reverendísimo obispo e ilustres Cabildos seculares de la Ciudad Real de Las Palmas de Canaria y San Cristóbal de La Laguna, tendiendo una ojeada sobre el cuadro triste que ofrecían a su vista los miserables pueblos, atendieron a sus necesidades, redoblan sus afanes, se constituyen tutores de la orfandad, y protectores del mendigo. Vuestro reconocimiento hacia ellos debe ser eterno; y para mantenerlos en la dignidad que les ha colocado la pluralidad de las pueblos, debéis sacrificar vuestra sangre, que siempre es preciosa, y aceptable la víctima, cuando es inmolada en el altar de la Patria; despertad del letargo en que yacéis, e imitad al fuego adormecido entre las frías cenizas que al menor ímpetu del aire prende en los combustibles que le rodean. Las Américas Septentrional y Meridional os contemplan.

Venezuela, a causa del terremoto, pudo ser reconquistada por nuestros paisanos. Fueron, para conseguirlo sacrificados 9000 o más al mando de su caudillo, don Domingo Monteverde, quien, después de defender la causa de España, y recibidas dos heridas, se le premió con un arresto y, consumada su remuneración, ir a España bajo Partida de Registro. Los isleños dieron la entrada el año de 12 a los españoles, que debían respetar el resto de sus familias; no, compatriotas; son perseguidas atribuyéndose a sí mismos las glorias; sus viudas e hijas violadas:

sus intereses usurpados, el saqueo y el ultraje sus operaciones; corren los isleños, con estos motivos en turbas a las banderas de la República, las relaciones que los unen con las familias del país, y sus generales, han borrado en estos los procedimientos anteriores con que violaran el juramento prestado de la independencia, único requisito que exigió la República de nuestros compatriotas originarios; considerándoseles coma canarios, pues la circunstancia apuntada los eximía de las presiones que por ley general se debía ejecutar en las españoles. Vuestra heroica constancia, firme, y noble altivez, cuando tratáis de vuestra causa general, merece de los americanos las mayores aplausos: noticiosos por los acontecimientos anteriores y ulteriores, para no rendir vuestra cerviz a ningún usurpador, dicen: manifestáis no estar poseídos de un espíritu mercenario, del que son susceptibles los combatientes de un príncipe, sino de un entusiasmo nacional, de unos defensores de sus hogares, derechos y privilegios, que saben recibían las efusiones del corazón, de sus hermanos y el de sus amadas; corona de laureles al que merezca por su patriotismo se les llame salvadores de su Patria.

Compatriotas, 8000 bayonetas sostienen la causa de costa firme, su fuerza naval asciende a 138 buques incluso 38 buques que antes de ayer salieron de este puerto, donde se hallaban, con el destino de depositar en la tesorería de esta ciudad millón y medio. El trece de este debe reunirse la escuadra frente de La Guaira, para desembarcar el número de tropas que debe considerarse ocupan una línea de esta porción. Las esperanzas del general Morillo se dice están desvanecidas; abandonó a Cartagena, dejando un comandante con su guarnición, y ahora se halla en Panamá siendo su objeto ir a atacar al Alto Perú; se ignora qué número de tropas le quedan de los 14 000 hombres que trajo; solo se infiere que, despedido, va a reunirse con algunas divisiones

del Rey; mas el éxito de la empresa ¿cuál será?, cuando Montevideo y Buenos Aires que en absoluta independencia sostienen 90 060 [*sic*] y tantos mil hombres entre caballería e infantería; y que las tropas del Rey en el Alto Perú son atacadas por las de aquel Reino, del que mucha parte está insurreccionada. Todo lo ha acarreado la impoliticidad del Gobierno español. Un gobierno que, según las intenciones de ese pobre desgraciado Fernando, objeto de nuestros votos, debía ser suave, laborioso, y exento de contribuciones, mas todo es un abuso. Un tirano que logró por los influjos de sus protectores un mando de provincia todo su conato, ver si hace su patrimonio de los pueblos; sí, con su sangre, yo lo digo, a la par de muchos que en ocho meses lo palpamos en Puerto Rico; a la faz del mundo exclamaré lo que en esta os anuncio. Los americanos por su carácter son dóciles, en ellos se ven enlazadas la hospitalidad y la humanidad, y una política más discreta hubiera calmado la fermentación; pero los medios de que se ha usado precisamente causan horror. Este ha sido el germen de la nueva insurrección, el que ha contribuido la violación que hizo el comandante Monteverde en la Capitulación que se celebró entre este y el general Miranda, procedimiento del que no podremos dispensarle, y menos lo haré yo cuando trato de despojar esta carta de aquel disfraz de que suele valerse la parcialidad; lo manifiestan los documentos que conservo, como públicos. Compatriotas, el objeto de este anuncio no es otro, sino el manifestaros los resortes de la audacia, y que este laberinto de cosas cesarán, cuando el Gabinete Inglés deje de ser su ambición ambigua; debemos suponer esas islas, tan repetidas veces invadidas por esta nación, en un estado de equilibrio, y que por medio de la misma política con que ha coadyuvado a la insurrección de las Américas, quizá llegará el momento de tratar a título de aliados

internarse, y que vengan vuestros pechos a ser la muralla inexpugnable de su orgullo y altanería.

Cubierto mi rostro de vergüenza, y mi corazón de amargura, y dolor, veo desde aquí humear las cenizas de nuestros hermanos, insepultos en los campos de batalla donde fueron sacrificados; no por disposición de la Junta de Coro, sí solo por el caudillo Monteverde, que, desobedeciendo a esta autoridad, instó en seguir sus designios, alarmó todos cuantos eran procedentes de esas islas; unos por las persuasiones, y otros por la violencia, cuando estaban en uso de sus bienes y privilegios; les hace violar el juramento prestado, y, dando un ejemplo inaudito, se concitan el odio de la Patria. Esta política del señor Monteverde acarreó estas desgracias a nuestros hermanos. Mil cuatrocientos canarios; y americanos⁶ lloraban en los calabozos de Caracas, y La Guaira, y sufrían a todas horas los efectos de su infidencia a la República, mas besaban la mano del Dios omnipotente, que así probaba su constancia, y sus particulares virtudes: sufrían igualmente a todas horas los insultos de una gavilla tan insolente como cobarde; si así debe llamarse a los que pretendían saciar su saña en hombres encadenados, y no en los libres, que se presentaban en el campo. Compatriotas, sí, así sufrían los canarios en la América. Los resultados de su ingratitude, al tiempo que, allá en el país natal de sus padres, en la misma época, sufrían también sus deudos las vejaciones de un soberbio, cuyos procedimientos mitigaban lo inferior de sus fuerzas, a las de un usurpador de Venezuela; solo su rabia impotente pudo saciarse, en los miserables que se hallaban en los

⁶ [N. del A.] En los papeles que se le cogieron en Barquisimeto al comandante, y hoy general de División, Urdaneta, se encontró la carta en que da noticia a su padre de que quinientos canarios y novecientos americanos, adictos a los españoles, estaban en seguro; y que pagarían su infidencia; pero la consideración era todo efectos de la seducción de Monteverde mitigaría la justa indignación.

encierros, y sin comunicación, tanto en Lanzarote, como en Canaria y Tenerife todo lo adoptó su arbitrariedad: no, no, sus esperanzas prometidas, las supisteis desvanecer, os acordasteis, erais libres, y conociendo el derecho de gentes, no debíais ver con paciencia ese abuso, por un poder colosal que no conocía más ley que su capricho. Igual motivo es el germen de la insurrección de las Américas, y los tres países que hasta esta fecha se mantienen pacíficos, solo parece una mera política y las contribuciones exorbitantes, que los van a aniquilar, parece empiezan a fermentarlos.

Amados compatriotas: vosotros, que empeñáis este para mí más que dulce nombre, no puedo por más tiempo sellar mis labios, ahogando estos sentimientos; máxime cuando un acontecimiento inesperado me ofrece la suficiente materia que demuestra el documento original, y que la ilustre corporación, creo hará insertar. El cuerpo patriótico de la ciudad de La Laguna, a quien dedico esta carta que contiene las efusiones de mi corazón; sí, del de un infeliz distante de vosotros mil veinte y cuatro leguas de piélago fluctuante, sufre expatriado, a causa de cuanto le ha preparado un despótico europeo, y lo que me hubiese con tiempo redimido, si hubiese tenido a mano 200 ducados que exhibir. Igual porción exhibía don Juan Ramírez Cárdenas, de don Pedro Lorenti, cuando a título de... ¿qué diré?, de nada, querían oprimirle, este resistía y, en fin, consiguió su libertad. Esos sátrapas velan sobre vuestros intereses, observar su conducta, y dad testimonio de vuestro honor, a los pueblos que os contemplan; lanzad, como siempre esos monopolistas; y pensad que son una misma familia. Si esa provincia la componen 567 poblaciones, porción que excede a la de que se componen muchas de la de América, especialmente la de Venezuela, que se señaló como la primera que, levantando el pendón de su Independencia, resonó su voz en los más remotos

países del globo, así como el mortero al tiempo de la explosión anuncia su sonoro estrépito a la bóveda celeste. Si reina entre vosotros esa discordia, que devora los pueblos, y separa las familias, imitad a los habitantes de las 17 provincias de los estados bajos del norte: no conocen más, ni se glorían de otro epíteto que este: «Uno e indivisible», «La Unión hace la fuerza». La fuerza física no puede por sí sola subsistir, sin consolidarse con la moral. Cesen esa rivalidad con que os miráis los habitantes de Canaria con los de las demás; pues bien sabéis que es la fuente inagotable de la disensión. Vuestro honor, vuestras conciencias, y vuestros intereses están sellados bajo estos sólidos principios: la anarquía es tan perjudicial, que llega a ser más gravosa que la dominación del mayor de los tiranos, y esta suele ser introducida por una mano extraña, para el logro de sus proyectos: hace derramar la sangre inspirando la desconfianza del Gobierno, que obtienen los del país; cuando ellos son los susceptibles de este recelo: sumisos, y obedientes a las autoridades creadas en nuestra patria, como que en estas corporaciones está representado el pueblo isleño, y los que jamás debe mereceros desconfianza, como nacidos en un mismo suelo, y las demás circunstancias características, por los que hayan merecido otra elección: en ellos no debe suponerse el menor indicio, y menos escrutables sus disposiciones. Una experiencia acreditada, como experto físico, nos hace ver lo indispensable en las actuales circunstancias, inquirir los arcanos de todo Gobierno, que reside en magistrados que no los une ningún vínculo con el país de su mando. Omito algo más porque parecerá ridículo a los fanáticos. Vosotros mismos sois testigos oculares de los sucesos, en que, mediando estas circunstancias que en esa no menos que en otro país han tenido concurrencia. Bien conozco echaran mano, algunos ahora de su política para manifestar aquello que les sugiere su egoísmo; pero no es bastante

remero que detendrá mi tosco cálamo; hágalo el tropel de hijos ingratos, que miran su Patria con la total indiferencia, y cuyos procedimientos la ultrajan. Si por un acaso llegare el momento acepte decisivamente lo propuesto, no, no serán compatriotas para usar de la negra ingratitud; no podrán ninguna de las miserables familias de nuestros hermanos, despojos lamentables, de la inhumanidad de los españoles en costa firme; será para mitigar las reliquias del resentimiento republicano, y enseguida, todos cuantos sean procedentes; de ahí lo verificarán como, en la actualidad, para vengar estos y otros ultrajes. ¿A quién no indignará ver una pandilla de españoles, entrar en aquellos pobres albergues de la indigencia, a cuyo estado reduce la falta del difunto esposo, o amoroso padre, saquearles sus alhajas pobres, y violar lo más sagrado de este sexo? Compatriotas, una llama que forma el fuego volcánico de sus pechos y aumenta los Ejércitos. La Religión, y la humanidad exclaman en auxilio de unas pobres familias que han perdido los autores de sus días, por defender la causa de España, y ahora son el juguete de los mandatarios que indirectamente las oprimen por medio de sus súbditos, disolutos, como inmorales. Suspended vuestra venida a la América, que ha degenerado en una emigración clandestina; cierren los oídos al Gobierno que os llame con falsas ofertas; traten de ver si vosotros, en el caso indudable, formáis la trinchera que formó Pirro con los elefantes ¿Por qué nuestros compatriotas han de derramar la sangre, para asegurar los intereses que han adquirido los Gobiernos por medio del monopolismo? La desgracia a que ha reducido a muchos de esas islas las que hizo el gobierno e intendente de Puerto Rico ya por sus particulares cartas lo sabréis; deseo no lleguéis a expatriaros; mi corazón sensible a este cúmulo de males que os prepara un Gobierno indolente no puede prescindirse de inspirar los resortes de su impía política. Compatriotas, purgad la

Patria de esta perniciosa semilla, y viviendo en la sociedad a que el Cielo destina al hombre, os llamaremos, los defensores de su Patria.

Saint Thomas, marzo 4 de 1817

Agustín Peraza Betancourt.

**Expediente personal de
Francisco Tomás Morales**



El mariscal de Campo don Francisco Tomás Morales, su edad cuarenta años, su país Islas Canarias, su calidad noble, su salud achacosa, sus servicios y circunstancias los que expreso.

Tiempo en que empezó a servir los empleos				Tiempo que ha servido y cuanto en cada uno			
Empleos	Días	Meses	Años	Empleos	Años	Meses	Días
Soldado	19	Marzo	1804	Soldado	4	10	15
Cabo 2º	4	Febrero	1809	Cabo 2º	1	5	8
Cabo 1º	12	Julio	1810	Cabo 1º	–	5	16
Sargento 2º	28	Diciembre	1810	Sargento 2º	–	4	23
Sargento 1º	21	Mayo	1811	Sargento 1º	1	2	10
Subteniente	1	Agosto	1812	Subteniente	–	2	–
Teniente y ayudante	1	Octubre	1812	Teniente y ayudante	–	11	21
Capitán	22	Septiembre	1813	Capitán	–	2	24
Teniente coronel	16	Diciembre	1813	Teniente coronel	1	3	24
Coronel	10	Abril	1815	Coronel	–	11	21
Brigadier	1	Abril	1816	Brigadier	5	7	6
Mariscal de campo	7	Noviembre	1821	Mariscal de campo	2	1	24
Total hasta fin de diciembre de 1823					19	9	12

Regimientos y cuerpos en que ha servido con arreglo a la Real Orden de dieciséis de noviembre de mil ochocientos dieciséis

	Años	Meses	Días
En las Milicias de Artillería de Nueva Barcelona	4	10	15
Ídem en las de infantería de Piritu	1	2	27
Mandando una columna	3	3	—
De segundo del comandante general Boves	1	4	4
De comandante en jefe por muerte de este	—	4	20
De comandante general de la Vanguardia del Ejército expedicionario del general Morillo	5	7	6
De segundo del mismo Ejército	1	8	—
De general en jefe del propio	1	2	—
Lo restante de general en cuartel	—	3	—
Total de servicios	19	9	12

Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado

Año de 1806: en la acción del 5 de noviembre en el Morro del Puerto de Nueva Barcelona, provincias de Venezuela, rechazando el desembarco que hicieron los ingleses, a las órdenes del comandante general don Gaspar de Cajigal. En la de 8 del mismo en el Puerto de Pozuelos contra los propios ingleses, en la que se les tomaron dos botes con su tripulación y tropa. Año de 1810: a consecuencia del alzamiento de Caracas, capital de Venezuela, el 19 de abril separándose del gobierno español, se pronunció por este, y estuvo mandando desde entonces una pequeña columna en el departamento de Clarines con el R. padre Márquez y don Lorenzo Arias Reina, sosteniendo la opinión del Rey hasta el 4 de junio de 1812, que hicieron volver a su obediencia las siete misiones de dicho

partido. Íd. de 1812: mandó la acción del Guaimacual el 21 de julio, y derrotó a los rebeldes, quedando en su poder doscientos caballos con sus monturas, todas sus armas blancas y de fuego, diecisiete prisioneros y veinte muertos. Mandó igualmente las acciones de los días 22, 24 y 28 en las playas de Píritu, en donde a pesar del horroroso fuego de cañón que le hacían los buques enemigos, derrotó a los que desembarcaron, tomándoles quinientos prisioneros, doce oficiales, igual número de caballos y las armas y municiones, saliendo él herido del brazo izquierdo y con la pérdida de quince muertos y veinte heridos. Estuvo en la del 30 en las playas de la Nueva Barcelona a las órdenes de don Lorenzo Arias Reina, en que se hizo reembarcar a los enemigos, tomándoles cuatro piezas de artillería y todas las municiones que tenían en las trincheras que ocupaban, por cuya acción se le ascendió subteniente de infantería. Mandó la del 14 de septiembre en la villa de Aragua contra el rebelde Manuel Figueras, derrotándole completamente, y quedando en su poder el mismo Figueras, cuatrocientos prisioneros y doscientos muertos, trescientos cincuenta fusiles útiles y todas sus municiones, saliendo herido de una pierna. Destacado con su columna por orden del citado Reina a destruir la división que mandaba el cabecilla Manuel Villapol, lo consiguió el 19 de octubre en el pueblo de Maturín, quedando en su poder por resultas de esta acción cuatro piezas de campaña, ochocientos fusiles, todas sus municiones, cien heridos y ciento cincuenta muertos, con solo la pérdida por su parte de quince de estos y diecinueve de los anteriores, consiguiendo por esta brillante acción se sometiesen a la obediencia del gobierno y del capitán general don Domingo Monteverde las ciudades de Cumaná, Barcelona e isla de Margarita, y que recibiesen los gobernadores que aquel jefe les envió. Se le ascendió al empleo de teniente, y se retiró a curarse de sus heridas, dejadas aquellas

provincias en tranquilidad. Año de 1813: habiendo el descuido dejado reunir en dicho Maturín crecido número de facciosos regresados de las colonias extranjeras, que se apoderaron y fortificaron en él; y habiendo ido a batirlos el coronel don Lorenzo de la Hoz, concurrió a la acción que les dio el 19 de marzo, y no nos fue favorable. Asistió a las órdenes del mismo a la que volvió a darles el 18 de abril, de resultado no menos infeliz. Se halló también en el sangriento ataque que se les dio por tercera vez, a las órdenes del capitán general Monteverde el 28 de mayo, en que tampoco se tuvo mejor fortuna. Perdidas por consecuencia de estos y otros malos sucesos que ocurrieron simultáneamente por las provincias occidentales, tuvo a poco tiempo que ceder el capitán general a Bolívar todo el país, y refugiarse a la plaza de Puerto Cabello, y no quedando quien se acercase a oponerse al terror de aquel, el comandante don José Tomás Boves con un puñado de valientes que le quedaron, bien satisfecho de su espíritu y decisión por la causa de S. M., le nombró su segundo con designio de volver aquellas provincias a la dominación española, con cuyo carácter concurrió el 30 de junio a la gloriosa acción de Cachipo, mandada por Boves, en la que después de una hora de combate ocuparon aquel pueblo con solo la pérdida de veinte muertos, dos oficiales y treinta heridos, siendo la de los enemigos sesenta y dos de los primeros, tres oficiales y treinta y seis de los segundos. Asistió igualmente a la del 1° de julio, en que pretendiendo el general enemigo Piar arrojarles de aquel pueblo, después de dos horas de un reñido combate, tuvo que abandonar su empresa, dejando en nuestro poder sus armas y ochenta y dos muertos en las calles y casas. Concurrió y mandó el día 6 la acción del pueblo del Pao contra la división del rebelde Pedro Morales, la que derrotó completamente, quedando en su poder este, todas sus armas y municiones, y doscientos muertos y seis de los segundos.

Mandó el 14 de agosto otra acción contra las tropas del rebelde Juan Páez en el sitio llamado de la Borrachera, a quienes batió tomándoles sesenta y un prisioneros, cuarenta y dos muertos con sus armas y municiones, teniendo por su parte veintidós de una y otra clase. Estuvo y mandó en la del 16 contra el cabecilla Francisco Barroso, a quien derrotó y dispersó, haciéndole cuarenta muertos y veinte prisioneros, incluso dos oficiales. Concurrió a la del 31, en que reunida su gente a la de Boves mandó esta la acción contra el caudillo Figueras en el sitio llamado la Corona, en Santa María de Ipire, de la que volvió a salir herido de una pierna, siendo destruido el enemigo, que dejó en el campo trescientos muertos con sus armas. Asistió igualmente a la gloriosa y tenaz del 21 de septiembre, mandada por dicho Boves, en el sitio de Santa Catalina contra el ejército reunido y mandado por los generales insurgentes Francisco Padrón y Pedro Aldao, cuyo combate empezó a las dos de la madrugada, y terminó a las seis de la mañana, cubriéndose de gloria las armas del Rey, quedaron en el campo ochocientos enemigos muertos, y se les tomaron cuatrocientos prisioneros, cuatro piezas de batalla, todas sus municiones, mil doscientos fusiles, quinientas lanzas y un crecido número de caballos y mulas, no teniendo de su parte más que ciento treinta muertos y cuarenta heridos, incluso él que lo salió de un brazo, y ascendió a capitán, de resultas de cuya acción ocuparon el 23 la importante villa de Calabozo, que abandonaron al aproximarse sus defensores, dejando cuatro piezas de artillería, quinientos fusiles y algunas municiones. Estuvo en la del 14 de octubre a las órdenes del mismo Boves en el sitio llamado Mosquitero, la que fue adversa después de tres horas de combate por la dispersión de toda la caballería, y dio a la enemiga tal ventaja, que pasó a cuchillo a la infantería, sin escapar más que diez y siete y él con dos heridas. Curándose de ellas en San Fernando de

Apure, y a las excitaciones de Boves, pasó con ellas abiertas a implorar socorro del gobierno de Guayana con que reparar la anterior desgracia, y logró tan buen éxito, que se le volvió a unir el 13 de diciembre con cinco oficiales, cien veteranos armados, trescientos fusiles con sus bayonetas, una pieza de campaña con su competente montaje y municiones, cien mil cartuchos embalados, sesenta quintales de pólvora, setenta de plomo en galápagos y dos mil vestuarios de lienzo, cuyo costo de todo, que ascendió a treinta y ocho mil quinientos duros, se franqueó bajo su responsabilidad, y cubrió después con botín quitado a los enemigos. Volvió a concurrir como segundo del expresado Boves a la señalada acción que dio este el 14 a la división enemiga que envió Bolívar contra él, al mando del general Pedro Aldao en el sitio llamado San Marcos, en la que perecieron cerca de dos mil rebeldes y hasta el propio Aldao, quedando en el campo mil seiscientos fusiles, dos cañones, municiones y cuanto equipo traía aquella división, de la que no escapó nadie; por cuya memorable batalla y el eficaz desempeño de la comisión anterior fue hecho por el nominado jefe, en nombre del Rey. Teniente coronel de infantería. Año de 1814: Concurrió bajo la orden de Boves a la memorable batalla del sitio de la Puerta el 3 de febrero contra las fuerzas del general Campo-Elías, de la que solo se libró de la muerte este y los pocos que tenían buenos caballos, dejando por consiguiente tendidas en los campos, caminos y quebradas dichas fuerzas, y en nuestro poder dos piezas de artillería y un crecido número de armamento y municiones. Destacado a batir el ejército de reserva que tenían los insurgentes en el pueblo de la Victoria atrincherado y cubierto con algunas piezas al mando del segundo Bolívar José Félix Ribas, lo ejecutó el 22, y en las siete horas que duró la acción rompió por varias partes los atrincheramientos, les mató e hirió ciento veinte y dos oficiales de todas

graduaciones, y destrozó todos sus batallones, sin tener de su parte más pérdida que ciento cincuenta entre muertos y heridos. Concurrió asimismo a las dos acciones generales dadas por Boves en 26 y 29 al titulado libertador Simón Bolívar, fortificado en el pueblo de San Mateo, donde tomó el mando interino del ejército por haber salido herido en la última el citado Boves. Continuó el sitio treinta y tres días batiéndose en todos y por las noches hasta el 2 de abril, que asaltando los atrincheramientos perecieron los generales rebeldes Villapol, Campo-Elías y Vicente Gómez, logrando fugarse Bolívar con algunos oficiales más de la tropa, pereció casi toda, y quedó en su poder la artillería, fusiles y municiones, y por su parte solo hubo veinte y ocho muertos y dieciocho heridos. Aproximándose otra división procedente de las provincias orientales al cargo de los generales Bermúdez, Mariño, Valdés y Urdaneta en socorro de Bolívar, llamado por Boves acudió al momento con todas las fuerzas que tenía sus órdenes, y unidos hallando dicha división en el sitio de Boca-chica el 4, se empeñó un combate, en que después de seis horas de gran pérdida por ambas partes, se retiraron unos y otros sin perseguirse. Asistió también a la acción que dio a los enemigos sobre la ciudad de Valencia el día 5 el general don Juan Manuel de Cajigal, y prevenido por este que pasase a Calabozo a reforzar las fuerzas de Boves, que estaba incrementando en aquella villa, lo ejecutó así, y el 13 de junio bajo las órdenes de dicho Boves, y siempre con el carácter de su segundo, concurrió a la célebre, sangrienta y segunda batalla de la Puerta, contra el ejército que había reunido y mandaba en persona Simón Bolívar con sus mejores generales, el que después de una tenaz resistencia fue destrozado completamente, pereciendo aquel día hasta sus secretarios de estado, salvándose el llamado Libertador con muy pocos que estaban bien montados: se les tomó un obús de nueve

pulgadas y seis piezas del calibre de a seis, con todos sus utensilios, gran cantidad de municiones y más de tres mil fusiles; y habiendo cogido por sí mismo al general de artillería Diego Jalón (antes capitán de la España), lo entregó vivo al comandante general Boves. Adelántandose con la vanguardia obligó a los rebeldes a evacuar el pueblo de Maracay, y en su persecución les hizo treinta y un muertos, dieciocho prisioneros, y se apoderó de sus armas el 15. Mandó el 16 la gloriosa acción que medió para hacerse del inexpugnable punto de la Cabrera, en que asaltadas las fortificaciones, perecieron mil seiscientos rebeldes que las defendían bajo la orden del caudillo Sacramento, natural de Ceuta, y capitán que había sido del fijo de Caracas, quedando en su poder once piezas de artillería, muchas municiones, todas sus armas y cuatro lanchas que apoyaban el flanco izquierdo, con un cañón de a cuatro cada una; reduciéndose la pérdida de su parte a doscientos entre muertos y heridos, y entre estos lo salió también él levemente. Puesto sitio a la ciudad de Valencia por disposición del general Boves el 23, lo sostuvo hasta el 11 de julio, en que se forzó al gobierno federal y a mil quinientos guerreros que le defendían a rendirse todos a discreción, tomándose la plaza con veintidós piezas de artillería, muchas municiones y cuanto tenían en ella; cuyo glorioso suceso, unido a los anteriores, aterró a la división insurgente que tenía bloqueada la plaza de Puerto Cabello, mandada por el general D'Elhuyar, quien inmediatamente lo abandonó con el mayor desorden, dejando la artillería y todo el tren de sitio, y facilitó el que ocupase con poca resistencia la capital de Caracas, y encargándole el mismo Boves se dirigiese con el grueso del ejército por el llano a las provincias de Barcelona y Cumaná, hacia donde seguía Bolívar con las reliquias de sus tropas, y la numerosa emigración que forzó a seguirle ínterin arreglaba el gobierno superior en la capital, lo ejecutó así; y

el 17 de agosto, después de una larga y penosa marcha, ya se encontró fortificado al enemigo con seis mil hombres en la villa de Aragua, y trabándose una sangrienta y porfiada batalla, logró al cabo de cinco horas y media destrozarlos completamente, sin haber podido salvarse más que el titulado Libertador con algunos de sus secuaces, dejando en la plaza, calles e inmediaciones de la villa, tres mil seiscientos muertos, y dos piezas de artillería, costándole esta gloriosa acción mil once de los primeros y ochocientos treinta y dos de los segundos. Habiendo hecho inexpugnable los enemigos el citado pueblo de Maturín, se decidió a tentar el rendirlos, y el 12 de septiembre obligó a retirarse a él las columnas que tenían avanzadas, quitándoles un cañón de campaña. Retirándose por falta de municiones de la vista de sus fortificaciones, y a consecuencia de una salida en que perdió veinte muertos y diez y seis heridos, volvió en diciembre a reunirse con el general Boves y las fuerzas que este había juntado, con quien concurrió a la brillante batalla que aquel dispuso y rompió contra otra división enemiga que se había reunido y apoyado en la villa de Urica, provincia de Cumaná; y muerto desgraciadamente Boves a los primeros tiros, la continuó mandando como su segundo, alcanzando una completa victoria que costó a los rebeldes más de trescientos muertos, cuatrocientos dieciocho prisioneros, dos piezas de artillería y muchas armas y municiones, reduciéndose la suya a sesenta y dos muertos y veintidós heridos. Siguió mandando el ejército, y resuelto a rendir a Maturín, puesto al frente de él lo atacó el 11 del mismo; y después de la más dilatada y tenaz resistencia, asaltados los fuertes, y por una diestra y bien calculada maniobra simultánea, consiguió apoderarse de aquel importante lugar, quedando en su poder dieciocho piezas de artillería, todo el armamento y municiones que tenían, y treinta y seis quintales de alhajas de oro y plata de las

iglesias de aquellas provincias, de que las había despojado Bolívar y sus caudillos, todas las que remitió al arzobispo de Caracas con veinte y dos sacerdotes que cogió en el mismo pueblo, costándole su posesión ochocientos diecisiete muertos y seiscientos cuarenta y tres heridos. Habiendo logrado mientras operaba en otras direcciones volver a apoderarse de él los facciosos, lo tomó segunda vez, también a viva fuerza, y en su consecuencia las ciudades de Cumaná y Barcelona se sometieron nuevamente a la justa obediencia del Rey. Año de 1815: deshizo personalmente por su influjo y persuasión, más que por el castigo, que no ascendió de ocho, la terrible conspiración que había tramado en su ejército y se ramificaba por todas las provincias, en ocasión de hallarse en el pueblo de Carúpano, en favor de los negros, logrando restablecer el orden y afianzar el respeto a las autoridades. Dispuso y mandó las acciones del pueblo de Irapa en 26 y 28 de febrero, apoderándose de él, de trescientos prisioneros, cuatrocientos fusiles y cuatro piezas de artillería con sus municiones, y perdiendo entre muertos y heridos cinco oficiales y cincuenta y cinco de tropa.

Derrotó en el mismo día 28 a los que ocupaban el puerto de Soro, tomándoles una pieza de campaña, cien fusiles y veinte muertos; y siguiendo la persecución de los fugitivos concluyó con el resto de ellos, que se abrigaron de los que sostenían el pueblo fortificado de Guiria, asaltándoles al fuerte, en el que perecieron trescientos, con cuarenta oficiales, y se les tomaron quinientos fusiles, sesenta quintales de pólvora y todos los útiles y pertrechos de guerra que tenían, sufriendo de su parte la pérdida de cincuenta y dos muertos y sesenta y tres heridos; mas dejando con este suceso sellada la entera pacificación de las provincias de Venezuela. Libres estas y refugiados en la isla de Margarita los facciosos y secuaces que lograron salvarse y emigrar de ellas, aprestó en Carúpano una expedición para

someterla, compuesta de treinta y dos buques pequeños y grandes, armados y para transporte, y de cinco mil de los valientes con quienes había arrojado a Bolívar y a la revolución del continente la que le impidió llevar a efecto el aparecimiento de la del general Morillo en aquellas costas el 5 de abril, y la autoridad de que iba revestido de España. Púsola a sus órdenes al día siguiente, como el resto del ejército, marina y demás dependencias que mandaba por muerte del general Boves, y concurrió al sometimiento de la expresada Margarita, donde se le ascendió a coronel, siguiendo con el ejército expedición, en que se refundió el suyo, a la plaza de Cumaná, en la que se le nombró el 25 comandante general de la división de vanguardia. Siguiendo de allí con el general en jefe a Barcelona, le ordenó este continuase con quinientos hombres a La Guaira. Seguidamente le comisionó, dejándole trescientos, para pasar a la ciudad de Valencia por tierra a reunir cuantos fuesen útiles para el servicio, lo que desempeñó, presentándosele en Puerto Cabello el 18 de junio con seiscientos. Embarcose el 14 de julio en aquel puerto con su división, compuesta de tres mil venezolanos, e igualmente el resto del ejército a las órdenes del general Morillo con dirección al puerto de Santa Marta en el nuevo reino de Granada, donde desembarcó el 28 del mismo y siguió el 1° de agosto por tierra sobre la plaza de Cartagena de Indias. Por sus disposiciones y crédito logró que los enemigos que defendían el paso del caudaloso río Magdalena no osasen disputársele, y le abandonasen en cuanto se presentó a su margen. Reunidos y hechos firmes en el pueblo de Malambo, los atacó y derrotó el 15, tomándoles tres piezas de artillería de a dieciocho y de a ocho, veinte fusiles y todas sus municiones, causándoles veinte muertos, y de su parte solo tuvo seis y un herido. Situado en la parte que le cupo de la mortífera línea de sitio contra dicha plaza, mandó el día 27 la acción que

se empeñó en el pueblo y Caño de Pasa-Caballos para impedir a los enemigos introdujesen víveres en la plaza, y después de derrotarlos les tomó tres embarcaciones cargadas de ellos, una goleta armada con un cañón de a ocho, cuya tripulación se tiró al agua, trescientas libras de platina, ochenta fusiles, ocho mil cartuchos embalados, ciento un caballos, siete mulas y veinte burros; todo lo que puso a disposición del general en jefe. Resistió el 2 de septiembre el desembarco que hicieron los enemigos en el mismo pueblo, y después de cinco horas de continuo combate los obligó a reembarcarse bajo el horroroso fuego que hacían siete buques de guerra de los mismos. Resistió también un segundo desembarco que ejecutaron el 7, forzándolos a reembarcarse con bastante pérdida. Derrotó el 25 en el punto de Santa Ana los cuatrocientos rebeldes que desembarcaron por allí, quedando en el campo veinte y cinco muertos, y en su poder cuatro oficiales y sesenta y dos prisioneros, dos cajas de guerra, ciento cuarenta y dos fusiles y todas sus municiones. El resto de esa fuerza, unos se embarcaron, y otros se dispersaron por el monte; de su parte tuvo once muertos y nueve heridos. Viniendo del Chocó el brutal y asesino llamado Sana-Rusia con siete buques pequeños cargados de víveres para introducir en la plaza a favor de su gran práctica en aquellos caños, dispuso con tal tino sus emboscadas para interceptar este convoy, que se logró rendirle y abordarle con el agua a los pechos, haciendo perecer a aquel malvado, y tomándole la mayor parte de su gente, los víveres, buques, dos cañones, ochenta y dos cartuchos de ellos, diez esmeriles, ochenta y dos fusiles, doce pares de pistolas, diez mil cartuchos de fusil, siete banderas y ochenta barriles de carne salada; sin más pérdida por su parte que la de un oficial y un soldado herido. Molestándole la vista del apostadero, de las fuerzas sutiles que tenían los enemigos, y que las nuestras no le destruyesen, arregló y tripuló el 26 diez canoas

con veintidos soldados, y un oficial cada una, y embarcándose en una de ellas, se dirigió con todas resueltamente a dicho apostadero, y al observar los enemigos su decisión cortaron cables y se huyeron; les hizo varar un buque con un cañón de a doce a quien pegaron fuego, igualmente que a otro bergantín que tenían de pontón, echándose la gente al agua y salvándose el que pudo en el bosque adonde logró arribar, y les apresó otro buque con una pieza de a doce, al capitán y a los cuarenta que lo marinaban y guarnecían, y cincuenta y dos fusiles, por cuya arriesgada empresa quedó libre del diario y horroroso fuego que le hacían en la línea, y franco el caño del estero para que entrasen sin obstáculo las fuerzas sutiles de nuestra escuadra. Habiendo intentado los enemigos el 2 de noviembre hacer un desembarco en el punto llamado Cospique bajo los fuegos de nueve buques armados, y tomar una batería que había allí con dos piezas, después de dos horas de un fuego el más activo por ambas partes, los rechazó e hizo retirar con pérdida de un buque y muchas averías en los demás. Recibida orden del general en jefe para tomar a toda costa la isla de Tierrabomba, se embarcó a las doce de la noche del 11 con parte de su división, desembarcó a las seis de la mañana del 12 en Caño del Oro, y aturdidos los enemigos de tan inesperada operación, echaron a huir dejándole el pueblo de San Lorenzo, veinticinco fusiles y porción de municiones acudieron a las diez de la misma sobre el los rebeldes con once buques de guerra, se agregaron a medio tiro de dicho pueblo, y enseguida rompieron un horroroso fuego de cañón contra sus tropas y los transportes en que habían ido, que duró hasta las siete de la noche en que se levantaron y retiraron, reduciéndose el daño que hicieron a cinco muertos, incluso un oficial, dos heridos, y hecho pedazos cuatro bongos que estaban varados para que no se los llevasen. El 14 ocupó sin oposición el pueblo de Boca grande por haberle

ABANDONADO P. TORRES S. R.

de trescientos hombres entre muertos y heridos. Dejando una compañía en aquel puerto para que auxiliase el embarque de este precioso botín a Puerto Cabello, se regresó con el resto de su división a la villa de Cura, de donde habiendosela reforzado dispuso el capitán general pasase a batir la que los facciosos habían reunido en las provincias orientales, lo que ejecutó venciendo para ello otra penosísima marcha de más de ciento y veinte leguas hasta el sitio llamado el Juncal, en el que estaban reunidos los generales disidentes Mac-Gregor, Marino y Piar, quienes atacándole con fuerzas superiores, especialmente de caballería, después de haberle resistido con los mil veintidós infantes que llevaba, tuvo que cederles el campo, perdiendo en esta desgraciada acción cerca de setecientos hombres, un cañón de a cuatro, y todas sus municiones, retirándose con el resto de su gente a la margen occidental de Unare, después de salvar mucha parte de sus heridos. Seguidamente dispuso el general de la provincia se replegase a Orinoco por la vereda del Guapo, y aunque esta operación era casi impracticable por la fragosidad de las montañas y serranías que debían atravesarse, y no ser posible llevar en bestias las provisiones ni cargarlas los soldados, sin embargo lo verificó en siete días, pasando ríos casi navegables con el agua a los pechos, y sin hallar en todo este tránsito un solo habitante ni guarida. Año de 1817; se encontró mandando su regimiento, bajo las órdenes del brigadier don Pascual Real, en el reconocimiento de la casa fuerte de la Nueva Barcelona, en los ocho días de su sitio, en la acción del 8 de febrero sobre aquella, y en la retirada que aquel dispuso al pueblo de Clarines. Id. de 1818: restituido el general en jefe Morillo de Santa Fe a Venezuela, se halló a sus inmediatas órdenes en la sorpresa que le hizo Bolívar en la villa de Calabozo cercándole con su ejército, y en la gloriosa retirada que emprendió la noche del mismo día 14 por entre los enemigos. En la venturosa

acción de la Orosa, en que cargado Morillo por los enemigos fueron rechazados bizarramente, puso a salvo los enfermos, municiones, equipajes y emigración que traía el ejército en su retirada. Asistió a la acción ocurrida el 16 en el pueblo del Sombrero con el ejército enemigo, que le seguía; y fue batido y dispersado. Apostado en la villa de Cura, fue atacado el 10 de marzo por triples fuerzas enemigas, y después de llenar su deber se retiró en orden y siempre a su vista, perdiendo solo seis hombres. Habiendo hecho alto en la Cabrera, volvió a cargarle la vanguardia rebelde, y resistiéndola hasta que se les unió el grueso, continuó su retirada, perdiendo nueve hombres. Encontrando ya el ejército y habiéndole reforzado el general en jefe, volvió sobre los enemigos, y hallando una columna de ellos el 14 en el sitio llamado Auyamal, la batió, haciéndose diez y siete muertos y tomándoles cien caballos con sus monturas y armas. Siguiendo sobre el grupo atrincherado en la citada Cabrera, la abandonaron a su aproximación, dejando cien fusiles, doscientas lanzas, y todos los útiles de trabajo. Continuando su persecución los alcanzó a las dos de la tarde en el pueblo de Maracay, donde se trabó en breve una brillante acción con el general Zaraza, cuyo resultado fue dispersarlos vergonzosamente, y sufrir la pérdida de ciento cincuenta muertos, y dejar en su poder dos mil bestias entre caballos y mulas, crecido número de monturas, equipajes, lanzas, y cuarenta cajones de municiones de fusil; y de su parte solo tuvo sesenta hombres entre muertos y heridos. Concurrió el 15 a la acción que dispuso el general en jefe se diese a los rebeldes, reunidos en la villa de Cura con otra división más con que había acudido Bolívar, obligándoles a abandonar la villa; y encargado por el general Morillo de picarles la retaguardia, lo ejecutó con el mejor efecto, hasta que llegados al sitio de la Puerta les empeñó a un combate, el que sostuvo contra las superiores fuerzas que

mandaba a los pocos días de sitio, y para evitar tal desgracia se puso inmediatamente en marcha con cuatro escuadrones de caballería y un batallón de infantería, y a los siete días de penosas jornadas, logró llegar a tiempo de salvar aquella fuerza como lo hizo, sacando toda la guarnición, los enfermos, cañones, artículos de guerra y boca, y dando fuego a sus trincheras, burlando de este modo los funestos designios que se proponía el enemigo. Año de 1821: hallándose en Calabozo desde el año 19 cubriendo los llanos de la provincia de Caracas, incrementando la caballería española, proporcionando subsistencias al ejército, y conteniendo las irrupciones de los enemigos que ocupaban los Orientales y los de Apure, y suspendidas de otra parte las operaciones en el de 20 en razón de las negociaciones que mandó abrir el gobierno constitucional con los corifeos de la independencia, y del armisticio que al cabo vino a celebrarse, roto a los pocos meses, y mandando ya entonces dicho ejército el general don Miguel la Torre por la venida de Morillo a España, una división enemiga estacionada desde dicho armisticio en la frontera oriental al mando del general Bermúdez, rompió por aquella parte la campaña, arrolló y dispersó las fuerzas de aquella línea, llegó a Caracas y la ocupó, y reforzado con mucha más gente y recursos siguió hasta los valles de Aragua en persecución de las reliquias que conducía el general de la provincia, Correa, con una asombrosa emigración de la capital; y avisado de estos infaustos sucesos, aunque distaba más de sesenta leguas, al momento tomó sus medidas para asegurar su vasto distrito, y se puso en marcha con parte de la división que mandaba a detener los progresos y opinión que había adquirido el enemigo, caminando día y noche. Al aproximarse al pueblo de la Victoria, dieciséis leguas al occidente de Caracas, se replegó aquel tres a su ventajosa posición de las Coquisas, que es la falda de la elevada y fragosísima sierra, por cuya cresta va el

camino a la capital: le atacó allí a viva fuerza a las diez del 24 de mayo, y logró desalojarlo con mucha pérdida; pero disputando el terreno a cada paso toda aquella subida, y batiéndose siempre, se hizo firme a la mitad de ella en el sitio llamado Limoncito, donde tenía de reserva una columna de mil doscientos hombres atrincherados y con dos piezas de artillería, en un local cuyo ataque parecía el exceso de la temeridad. Llegó a su vista a las dos de aquella tarde con la tropa sofocada del sol, cansancio y sed, y a paraje en donde no se encontraba agua por todo aquello; mas alentando al sufrimiento y dando ejemplo, sufrió un fuego horroroso toda la tarde y parte de la noche, y a favor de las estratagemas y de los ímprobos trabajos que hizo en ella, consiguió a las tres de la madrugada flanquear la posición, y hacérsela abandonar también con bastante pérdida, quedando en su poder las piezas, armas, municiones y demás despojos que dejaron. Continuó persiguiendo a los fugitivos sin descanso, haciéndoles desbarrancarse por aquellos precipicios, y tomándoles muchos prisioneros hasta tres leguas más allá de Caracas, donde ya no iban reunidos arriba de ciento cincuenta, con lo que no pudieron sacar nada de la capital ni del puerto de La Guaira, que por esta operación volvieron a nuestro dominio, y perdió Bermúdez con ellas su opinión y gloria. Mandado por el general Latorre a los tres días que se incorporarse al cuartel general, situado entonces en Valencia, lo verificó inmediatamente, dejando al coronel Pereira la terminación de su empresa. Se halló a la infausta acción que dispuso y mandó aquel general el 24 de junio en el sitio de Carabobo contra las fuerzas con que vino por occidente el llamado presidente de Colombia Bolívar, cuyo infeliz resultado hizo al general en jefe guarecerse en la plaza de Puerto Cabello con las reliquias del ejército llevándole consigo, no obstante las observaciones que le hizo para reunir los dispersos y ponerse pronto

en estado de reparar aquella desgracia y las que eran consiguientes a las divisiones que quedaban aisladas todavía en distintos puntos. Sitiada poco después esta plaza por tierra y agua, y afligida por la penuria de todas clases, sabiendo la opinión y crédito que conservaba con el comercio y todos los buenos emigrados en Curazao, le nombró el general en jefe para pasar a dicha isla a ver de conseguir de ellos algunos auxilios para sostenerla y embarcándose el 3 de octubre, lo ejecutó con tal celo y eficacia, que consiguió le proporcionasen en víveres, ropas y dinero por valor de cuarenta y cuatro mil cuatrocientos cuarenta y cinco pesos, con los que retornó a la plaza el 24 del mismo. El diez de noviembre volvió a salir de orden del general en jefe con una expedición de ochocientos hombres a tentar la sorpresa de la plaza de La Guaira, más hallándose noticiosos y prevenidos los enemigos, no fue posible verificarlo; pero de regreso a Puerto-Cabello desembarcó en el puerto de Ocumare, les tomó el fuerte que le defendía con seis piezas: en seguida batió y dispersó los doscientos hombres que tenían en el pueblo, se proveyó su tropa de víveres frescos para algunos días, obligó a penosas marchas a las tropas del interior, y se reembarcó y volvió a Cabello el 23 sin más desgracia que seis heridos. Año de 1822: habiendo salido el general en jefe el día 12 de diciembre anterior con otra expedición más crecida a la provincia de Coro, quedó como su segundo encargado del mando de la plaza, y desde que lo supieron los enemigos desaparecieron de sus cercanías y se replegaron sobre Valencia, con cuyo motivo pudo proveerse diariamente de víveres frescos, y desahogarse el pueblo y guarnición por sus campos, conteniéndose las enfermedades que había. Regresado el general el 4 de febrero de 1822, volvieron los enemigos enseguida a sitiar y afligir la plaza con más ahínco, y le mandó salir el 23 con unos cuadros de cuerpos a procurar aumentarlos y recoger las tropas

que había dejado de los batallones de Barinas y Ostalrich en la boca del Tocuyo, las que halló moribundas de hambre y calenturas, y con arreglo a sus órdenes, siguió con ellas a Coro sin más dinero ni auxilios que los que pudiese sacar de aquel estéril y desierto país, a tomar el mando, y limpiarle de enemigos; y excediéndose en su cumplimiento a las esperanzas del expreso general, llegó a la orilla oriental de la laguna de Maracaibo, que como toda la provincia de este nombre ocupaban los insurgentes, defendían con buques cañoneros y goletas de guerra. Estableció su cuartel en la expresada orilla, frente de la ciudad donde llaman Puerto de Altagracia; arrojó en más de siete leguas por sus flancos a los enemigos, y proyectando al ver la miseria en que estaba su tropa, atravesar dicha laguna y tentar la posesión de la ciudad, no teniendo vaso alguno en que hacerlo, se dio modo de apresar unas piraguas bajo los fuegos de los buques contrarios, las guarneció de tropa, y con ella a pesar de veintiséis cañoneros y goletas con que rondaban y vivaleaban de día y noche los cuarteles de su línea, consiguió apresarles hasta cuarenta y tres piraguas. Embarcó con ellas dos gruesos destacamentos que debían tomar tierra, y sostenerse a toda costa a la derecha e izquierda de la capital de Maracaibo, ínterin pasaba él con el grueso. Acabando estos de dar vela la noche del 24, recibió en el mismo acto avisos de haber invadido a Coro la división colombiana del coronel Piñango, y venir sobre él: dejó todo de la mano, y poniéndose en marcha la propia noche a encontrarlo, lo consiguió a las cuarenta leguas; mas los enemigos fatigados y enfermos en tanto número, al acercarse a ellos abandonaron enfermos y equipajes, y los sanos se dirigieron hacia otra ruta distinta de la que trajeron, y habiéndolos perseguidos, se les tomaron cantidad de prisioneros, armas y equipajes, y puso en completa dispersión, estimiéndose por extinguida aquella gente.

En consecuencia, noticioso de haberse rendido los citados destacamentos a las superiores fuerzas que los cercaron, y que una columna enemiga de quinientos hombres había desembarcado en nuestra línea de la laguna, hecho replegar las pocas tropas que dejó en ella, rescatado sus piraguas, y que seguía a batirlo en combinación con Piñango, volvió a marchas forzadas sobre ella, y no osando aguardarle, se reembarcó y llegó a Altagracia, y ocupó la costa que antes tenía a despecho del fuego que le hicieron sus cañoneras. Insistiendo en la tentativa de apoderarse de Maracaibo, volvió a hacerse de piraguas, y con ellas apresó una cañonera con artillería de a seis; mas recibiendo nuevos avisos de marchar sobre él el director de la guerra de Venezuela Soublette con una respetable división por el camino de Carora, en la que venía incorporado Piñango, y las reliquias de la suya, abandonó inmediatamente su empresa; y con todas sus fuerzas disponibles que eran dos piezas de batalla y mil quinientos infantes, la mayor parte visorios y todos debilitadísimos de la fatiga y del hambre, pues que se alimentaban tiempo había de solo raíces de pita, cardón y escasas frutas silvestres que halaban por los bosques: y descubriendo al enemigo con una notable superioridad, pasando el pueblo de Dabajuro, se trabó en él mismo el 7 de junio el combate más sangriento y bien sostenido, cuya terminación fue derrotarlos y dispersarlos completamente, cogiéndoles centenares de prisioneros, y entre ellos a Piñango, quedando el pueblo y campos donde se les batió y persiguió a los fugitivos cubierto de enemigos muertos y de efectos de guerra, de los que se aprovecharon trescientos fusiles con bayoneta, algunas municiones, diez cajas, tres cornetas y porción de equipajes, debiendo la salvación de los que escaparon a la infelicidad de no tener un caballo. Recibiendo enseguida oficios del general Latorre para regresar a Puerto Cabello a tomar el mando del ejército que S. M. le había

conferido para poder él trasladarse a Puerto Rico a encargarse de aquella Capitanía General, sabiéndolo antes los enemigos, combinaron los generales Soubllette, y el de Maracaibo Lino de Clemente, volver a la vez con las fuerzas que tenían a probar el lanzar las españolas de la provincia de Coro, y tocando ser imposible conservarla desolada y aislada como estaba, dejó algunas guerrillas que les resistiesen y molestasen, y recogiendo la gente útil que tenía armada, hizo salir por tierra para Puerto Cabello una parte, y con la restante se embarcó y dirigió al mismo, donde el 4 se le dio la posesión de dicho mando, reducido al casco de la plaza y dos mil hombres valetudinarios de todas armas, resto de quince cuerpos del ejército, un hospital con centenares de enfermos en que morían diariamente crecido número de pura miseria y sin medios de proveer a la curación de los desgraciados que sobrevivían, quince días de acción de maíz y arroz para la parte sana, y apurados con un sitio tan dilatado todos los humanos recursos, principalmente el crédito y la opinión; en este conflicto conociendo que todo se había ido preparando para obligarle a capitular y rendir la plaza con los restos del ejército, e indignado de semejante proceder, haciendo esfuerzos por huir de este duro trance, por revivir el espíritu militar que halló disipado, y encontrar recursos para resucitar la exánime causa de S. M. despachó comisionados a Curazao. Puerto Rico y La Habana, a fin de interesar a los buenos españoles refugiados en la primera, y a las autoridades de las otras para que les socorriesen instantáneamente. Siendo notorio que solo el aviso de su entrada al mando había resuelto a los enemigos a alzar cinco días antes el bloqueo y sitio de la plaza, como Soubllette adelantase en Coro, y procurase con sus buenos habitantes reparar su enorme baja de Dabajuro, concibió el pensamiento de sacarlo de allí, y destruirlo por medio de una gran marcha, atrayéndole sobre Valencia, y de sus resultas

caer sobre Maracaibo, único país que restaba por su localidad intacto de la guerra, y en que podía esperar el resultado de sus misionados y el de la exposición que también dirigió al gobierno excusándose de tal mando, y único asimismo por donde podía entonces operarse contra Colombia con menores auxilios y mayores ventajas y resultados, así que para cumplir lo primero, movió el ejército el 8 de agosto en dirección de Valencia, aparentando querer abrir por allí las operaciones, buscando al enemigo que había sitiado la plaza, y se mantenía en dicha ciudad y su planicie: ganó la encumbrada serranía intermedia, y descendiendo a la vista de todas las fuerzas del general Páez, hizo alto en la falda, ahuyentando sus guerrillas que intentaron oponerse. El enemigo, superior en fuerzas y recursos, procuraba diariamente empeñarle a una acción general; pero esquivándola prudente, se contentaba con darle pruebas de grande espíritu, y hacerle replegar siempre sobre sus masas los destacamentos y guerrillas con que procuró rodearle y desalojarle. Como desde que salió de Cabello había pedido Páez a Soublette se le reuniese a toda prisa, suponiendo que efectivamente iba a ser aquel el teatro de la guerra, acudió este a marchas forzadas con todas las fuerzas que tenía, y habiendo perdido cerca de la mitad, y fatigadas las restantes en tan largo y penoso tránsito, apenas el 18 supo su reunión a Páez, evacuó su posición a las ocho de la noche sin ser sentido de los enemigos, y entró a la una de la tarde del siguiente en Cabello, donde ya le aguardaban listos los buques que con la mayor reserva, y sin que nadie pudiese traslucir su objeto, había dejado dispuesto se le aprontasen desde el 8. Encontrándose suma falta de víveres, pero, facilitándole aquel Ayuntamiento y vecinos los pocos que tenían, y llegando una goletica en el mismo acto con otros, logró completar seis días de mala y corta ración para mil doscientos hombres, que inmediatamente hizo embarcar, y diez

días para la plaza: confió esta seguidamente a un oficial de toda su satisfacción, y dándole las instrucciones que tuvo por convenientes, se embarcó él igualmente con aquella corta fuerza casi desnuda, mal alimentada y falta de los elementos y auxilios indispensables para la guerra, y sin más garantía que un ánimo e intrepidez a prueba y bastante justificados, hizo dar vela a la expedición sobre el rumbo que dictó; y sin que ni en el puerto ni abordó se concbiese su destino todavía, desapareció de la vista de Cabello el 24 de agosto; a las doce de aquella noche hizo variar el rumbo sobre occidente, y comunicó el que debía seguirse; pero, habiendo separado algunos transportes, hizo aguardarlos en los Taques, donde se le reunieron al día siguiente, como asimismo el digno comisionado que dirigió a Curaçao, con algunas subsistencias y la oferta de aquellos españoles de que socorrerían de víveres la plaza. Aliviados así sus cuidados, se llevó y dirigió a la costa Guajira, donde contrastando el furor de los vientos y braveza de las olas, y a esfuerzos del valor de su gente, logró desembarcarla en la desierta playa de Cojoro; allí arengó y excitó a todos a la constancia y a la gloria, ofreciendo ser el modelo del sufrimiento: dispuso que los buques armados con los transportes retrogradasen a cruzar sobre la boca de la laguna, aparentando querer forzarla, y desembarcar en las cercanías para sujetar en aquella parte las fuerzas que debían emplearse contra él; vistas sus cortas subsistencias las hizo distribuir, y tocó a cada uno para el largo y penoso tránsito que debía hacer, tres puñados de maíz en grano y una galleta, y sucesivamente emprendió su marcha a pie y con los propios auxilios que el último soldado, por el país más árido, ardiente y despoblado del nuevo hemisferio, y de otra parte perteneciente a naciones de indios gentiles, independientes, agueridos y armados, con quienes era forzoso observar las mayores precauciones, al propio tiempo que el trato más afable y generoso.

Se emplearon en atravesar la Guajira tres jornadas muy grandes, sin hallarse otro consuelo ni albergue que arbustos en que parecía muerta la vegetación, sábanas y arenales, y solo dos cacimbas de poquísima y mala agua, causa de que el ejército sufriese por la sed tormentos inexplicables. A la cuarta jornada, en fin, se descubrió la línea fortificada llamada de Garabulla que divide la Guajira de la provincia de Maracaibo, y es una recta prolongada desde la orilla del mar a ún espeso bosque, formada de una fuerte estacada a pique, y defendida con siete casas fuertes situadas de trecho en trecho, y todas artilladas. Se dispuso al ataque en columnas, y bien pronto sus defensores rompieron el fuego sobre ellas; mas despreciándolos estas, se arrojaron intrépidamente sobre los puntos que se les demarcaría a vista, los enemigos clavando todas las piezas e inutilizando parte de los juegos de armas y montajes, huyeron vergonzosamente, y se ocupó dicha línea con veintiún cañones de a dos, tres y cuatro, algunos fusiles, y lo que aún le era más insopor- table, porción de ganado vacuno, con que se racionaron abundantemente los cuerpos, dejando satisfecha el hambre y la sed que los traía devorados, y sublimándose con esto su espíritu y las demostraciones de su general, el entusiasmo por su Rey y derechos patrios. Por la tarde continuó la marcha sobre los fugitivos, y vivaqueando la noche se volvió a mover el ejército al amanecer, y sabiéndose que se habían reunido en la villa de Sinamaica a la reserva que allí tenían; al aproximarse a ella, sus guerrillas rompieron un vivo fuego sobre la columna de vanguardia por el frente y costados; mas cargándolas cedieron muy luego el terreno, y dispersándose todos se ocupó dicha villa con la artillería que la cubría, cuyos montajes habían quemado la noche anterior, tomándoles algunos prisioneros y heridos. Atraídos los vecinos que habían abandonado la población y organizado su gobierno, se nombró un jefe que con la fuerza

necesaria guardase la línea citada contra las incursiones de los guajiros, y al día siguiente continuó la marcha: hizo alto a las tres horas de ella sobre la izquierda del caudaloso y ancho Su-cui, y adelantándose a reconocer el paso, lo encontró absolutamente impracticable por haber retirado los enemigos todos sus buques; y dando por casualidad con un indio muy afecto a los españoles, se brindó a proporcionar cinco piraguas que sabía estaban escondidas en aquellas inmediaciones, y en efecto, las trajo al instante, y pasaron cuarenta hombres del otro lado. Sin haber regresado todavía se presentaron en el paso a impedirlo a toda costa cuatro cañoneras, las que al acto rompieron el fuego más vivo de palanqueta y metralla contra el ejército detenido en la orilla a cubierto del bosque de arbustos que le bordean, al que contestó una compañía de cazadores por espacio de una hora, hasta que se logró ahuyentarlas. No pudiendo ya volver a aquel punto las primeras piraguas por el mucho tiempo que empleaba en la remontada, lo hicieron al punto opuesto en que desembarcaron la primera gente, y para verificarlo con la restante fue indispensable que esta se metiese desnuda en el río, y con las armas y mochilas a la cabeza bajasen un cuarto de hora con el agua a los pechos hasta donde aquellos recalaban. Dirigió personalmente metido en agua y fango el paso del ejército desde las dos de la tarde hasta las seis de la mañana siguiente, que dejó puesta toda la gente del otro lado y lo ejecutó él. Desde aquella margen hasta tomar el camino seco de Maracaibo, era todo un espeso manglar, fangoso y de un hedor insoportable, que se tardó en vencer un cuarto de hora, sumergiéndose en él los hombres hasta la cintura, y cuando de él estaba la mitad del ejército, vaqueando a su orilla esperando la reunión del resto, fue atacado a las doce de la noche por una columna de quinientos hombres con que guardaban otro paso los enemigos, creídos de que se haría por allí

el desembarco: rompió y sostuvo un fuego muy activo contra las avanzadas haciéndolas reunirse; mas atacándolas estas en masa y con la mayor resolución tuvieron que retirarse; volvieron a las dos de la madrugada del 5 a emprender nuevo ataque con mayor ímpetu al todo de la fuerza; pero, resistidos y cargados con igual bizarría, tuvieron que retirarse en desorden con una considerable pérdida en muertos y heridos que se encontraron al amanecer con fusiles, cajas de guerra y otros varios despojos, consistiendo su pérdida en la del segundo jefe del ejército don Tomás García y cinco heridos. Juntó felizmente el ejército, al rayar el sol puso en marcha persiguiendo al enemigo, e hizo noche tres leguas de donde le aguardaba con las fuerzas reunidas de la provincia, mandadas todas por el general Lino Clemente: apenas amaneció el 6 decampó el ejército, y a las diez de la mañana con un sol abrasador que le fatigaba extraordinariamente, se dejó ver en una pequeña llanura y sitio llamado Puente del Mono o Salina Rica, perfectamente situado; reconoció una fuerza como de mil doscientos hombres y sesenta caballos; empezóse la acción por las guerrillas con poco fruto, por lo que dispuso cuatro columnas, que dirigió al ataque con el tino e intrepidez que requería el estado del enemigo, y cargándole a la bayoneta se le desorganizó y dispersó la cabeza; interceptó el movimiento de flanco que se propuso, y roto y envuelto por todas partes, resultó completamente derrotado, persiguiéndose en todas direcciones a los fugitivos: fue el fruto de esta memorable batalla seiscientos cincuenta y tres prisioneros, entre ellos trece oficiales, setecientos sesenta y dos fusiles, mucho corraje, diecisiete cajas de guerra, nueve cornetas, porción de cajas de municiones y algunos caballos. Ignoraba aún la suerte de la escuadrilla, y deseoso de saber de ella y descubrir qué clase de hombres defendían el castillo de San Carlos de la Barra, por delante del cual debía entrar a la laguna desde

el Sucui un ayudante a hacer estas indagaciones, al paso que intimase al gobernador la rendición y negociase una capitulación; mas no habiendo surtido efecto, y dando un nuevo motivo para repetir la gloriosa acción de Salina-Rica, le despachó segunda vez con otra intimación, y entretanto ordenando a las columnas perseguidoras de los dispersos llegasen hasta la capital, que distaba siete leguas, y la ocupasen, lo ejecutaron así el 8 entre los vivas y aclamaciones de la gran parte de ella, que no quiso embarcarse y seguir la suerte del gobierno colombiano, no ejecutándolo él hasta la noche por haberse detenido a explorar el campo, hacer curar indistintamente los heridos de ambos partidos, y activando el embarque de estos y de los despojos para la ciudad, donde sin embargo de los robos y desórdenes cometidos desde la pérdida de dicha acción hasta la entrada de las tropas realistas, todavía se tomaron en los almacenes que abandonaron los extranjeros y emigrados géneros por valor de más de doscientos mil pesos, bastantes fusiles y municiones, y desenterraron dieciocho piezas de artillería de fierro de varios calibres, con otros muchos efectos de guerra que dejaron igualmente ocultos, completando esta atrevida memorable empresa con la rendición del citado castillo, convenida en el propio día, y la feliz entrada en la laguna de los buques que quedan indicados. Organizado el gobierno, establecida la administración y asegurada la frontera occidental, dirigió sus miras a limpiar aquella gran laguna de los corsarios con que la señoreaban los colombianos, e impedían el comercio y tráfico de los puntos de su circunferencia con la ciudad, lo que ejecutó con los suyos embarcándose con dos batallones, cuyo resultado fue rendir dos goletas y otros cañoneros más pequeños, apresar catorce ya saqueados, y algunos sin velamen pertenecientes a enemigos y varios extranjeros que prefirieron seguir su suerte a someterse a la obediencia de S. M.: ocupó la

ciudad de Gibraltar expeliendo la guarnición que tenía, pronunciándose simultáneamente por el Rey todos los pueblos de su costa y otros muchos del interior: estuvo en ella para afirmar su lealtad, adelantándoseles en acreditarla la villa y partido de San Carlos de Zulia, donde sacrificaron a los principales magnates que se refugiaron allí, y habían antes hecho pasar la provincia de Maracaibo bajo la dominación colombiana, estando entre estos el pérfido coronel Delgado, que honrado por el general Morillo con el gobierno de la misma, hizo aquella transformación. Dividida la república por la ocupación de esa provincia central, ordenó su presidente Santander que todas las fuerzas del departamento de Magdalena volasen a expeler a los españoles de Maracaibo, y el 10 de noviembre ya tenían avanzada una división de más de mil y doscientos infantes y ciento sesenta caballos cerca de la línea de Garabulla, habiendo acudido al momento a resistir su osadía y decisión con mil de la primera arma y un piquete que a duras penas pudo montar de la segunda; avistado del enemigo en la Sábana formado en columnas, y bien reconocido; se preparó a un combate que por todas las señales y antecedentes debía ser sangriento y obstinado; en efecto, dejando la tropa enemiga sus mochilas, y entusiasmada con las ofertas de pillaje y otras vanas ideas que lo supo inspirar su jefe, con marcha muy satisfecha corrió entre tanto que combatían ambas infanterías, el piquete de caballería a embestir nuestras fuerzas; pero rechazada con firmeza, y cargando a la contraria con un ímpetu y decisión casi heroicos, puso a esta en completa dispersión y fuga, haciéndole grande estrago, lo que unido a la fiera con que era batida su presuntuosa infantería, le dio al cabo de rato la más cumplida victoria, cuyo resultado fue quedar en su poder toda esta división con sus banderas, armas y municiones, excepto setenta u ochenta de caballería, a quienes no pudo darse alcance, con solo la pérdida

de dos jefes, el de Estado mayor y uno de batallón, ocho oficiales, cuarenta y siete individuos de tropa, ciento ochenta y un heridos y diez contusos, habiéndole atravesado a él dos balas la gorra y la bota. Oprimiendo los enemigos con exceso a los corianos desde que lograron someterlos, y teniendo de otra parte vistas de grande interés para la pacificación en expulsarlos de aquella provincia, dispuso sorprenderla con suma reserva y celeridad, poniéndose a la cabeza de ochocientos hombres, y dando vela el 24 de noviembre, desembarcó el 25 en el sitio del Ancón, de donde comenzó una rápida marcha, llevando cada individuo ración de pan y carne para algunos días, pues que estaba dicho país como se ha dicho. Al segundo día batió la guerrilla de caballería enemiga avanzada a observar y descubrir lo que ocurría en Maracaibo, y el 2 de diciembre llegó a las inmediaciones de la capital de Coro, de la que acababa de salir una gruesa partida de caballería en dirección de Sábana-Redonda, donde reunidos y fortificados los enemigos creían batirle. A las tres de la madrugada del 3 se dirigió a ellos, quienes presentándole gruesas guerrillas colocadas oportunamente en ventajosas posiciones, fueron arrojados de todas, tomándoles varios prisioneros, por los que supo que en el sitio de la estacada tenían bastante fuerza, dirigiendo de allí una sola vereda a su gran posición de Sábana-Redonda en que contaban hacer la última resistencia, que era una montaña casi perpendicular, sin poder ser flanqueada más que por una pica poco practicable que resultaba a su retaguardia; dio en consecuencia todas sus disposiciones, y a las seis de la mañana del 6, vencidos los muchos obstáculos y fuegos que le opusieron los enemigos, se hizo dueño de los tres reductos que apoyaban y hacían inaccesible a Sábana-Redonda, y defendieron con el mayor tesón, mandados por el coronel Manuel Torreyes, tomándoles ciento noventa y tres prisioneros, cuatro piezas de artillería con sus juegos de armas, más de doscientos

fusiles, la bandera del batallón Orinoco, cuarenta y dos cajas de municiones, un buen botiquín, la correspondencia del jefe, provisiones para once días y algunos caballos y mulas; tuvieron cuarenta y nueve entre muertos y heridos, y por su parte veintidós incluso un oficial: debiéndose a esta victoria el que quedase libre la provincia de sus opresores. Destruídas las fortificaciones, contramarchó a Coro presentándosele muchos de los que se fugaron con Torreyes a ofrecerle sus servicios.

Arreglada su administración en cuanto fue posible, dio libertad a los oficiales prisioneros, y dejando aseguradas las avenidas principales de aquel fidelísimo país en quietud, y lleno de agradecimiento, regresó a Maracaibo el 17, admirado de la constancia y sufrimiento de sus valientes en toda aquella jornada. Infatigable siempre por destruir a los enemigos, y sabiendo que el general Lino Clemente con los refuerzos que le habían enviado y las reliquias que salvó, se hallaba situado con ochocientos hombres en Betijoque, sin arredrarle los grandes obstáculos que ofrecía el terreno para atacar aquel puesto, se decidió a visitarle una segunda vez. Dispuso inmediatamente los buques necesarios para trasladarse a Gibraltar con la mayor parte de su pequeño ejército, y el 21 de diciembre dio la vela: desembarcó el 24, y tomando un camino estrecho y casi impracticable que obligó a llevar a hombros la pieza de artillería que conducía, llegó el 26 al caserío de Chereguere, donde sorprendiendo la avanzada que allí tenían los enemigos, dispuso su fuerza en dos columnas, con la idea de hacerlo también a un destacamento de caballería que velaba la ruta que traían, y la de la Seiba como se logró, tomando nueve hombres y trece caballos, y dispersando los restantes. A las diez de la misma noche aprovechando la oscuridad y los descuidos que cometió su contrario en cubrir las avenidas a Betijoque, considerando impracticable su subida, le dio un pronto desengaño introduciendo en él sus avanzadas,

las que bastaron para huir despavorido y precipitadamente con su grueso sobre Trujillo, no habiendo podido acabar de entrar el nuestro hasta las doce y media, tuvo que hacer alto, vivaqueando el resto de la noche a vanguardia del mismo pueblo. Se les empezó a perseguir al amanecer del 27 y no se les pudo detener ni atraer a combate hacia el río de Motatán, en que a cubierto de un miserable parapero, intentaron impedir el paso; hicieron una larga resistencia, mas despreciándose su fuego, se les lanzó bajo de él, y les obligó a retirarse por el estrecho y tortuoso camino de Trujillo, sucediendo lo mismo las varias veces que se detuvieron a aprovechar las ventajas que les brindaba. Por último, haciendo alto en la cuesta que precede a Sábana Larga, y preparándose a impedir decisivamente la subida, se les cargó a la bayoneta, y desentendiéndose de sus vivos fuegos, se logró envolverlos, que recibiesen mucho daño, y se dispersasen en todas direcciones; y persiguiendo todavía a los pocos que se dirigían a Trujillo, aunque no se pudo lograr su entero exterminio, se consiguió ocupar la ciudad y contar como ventajas conseguidas en la marcha hasta ella los almacenes de víveres que allí abandonaron, la pérdida y dispersión de casi toda su fuerza, más de cien fusiles, cincuenta lanzas, dos cornetas, seis cajas de guerra, porción de barriles de pólvora y cajones de cartuchos de fusil, un botiquín, toda la secretaría y correspondencia más privada del general intendente Lino, y hasta su equipaje. Año de 1823: noticioso de que el general de la guardia de Bolívar, Rafael Urdaneta, venía desde Cucutá a toda prisa con ochocientos hombres a auxiliar al expresado Lino, y que al saber su desgracia hacia alto en la ciudad de la Grita, trató de pasar a reconocerlo y de examinar al mismo tiempo el terreno y la opinión pública del vasto país que mediaba hasta aquel lugar, y haciendo mover los cuerpos hacia él, dispuso en Valera que uno de cuatrocientos cincuenta hombres siguiese

dicha dirección, y el resto del ejército contramarchase a Maracaibo. Yendo con aquellos, hizo noche en Timotes el 2 de enero, y a las cuatro de la mañana del 3 se movió a pasar el Páramo de Mucuchíes, adelantando una compañía a ocupar la entrada, y siendo tan penoso como cruel, fue necesario todo su esfuerzo y energía para atravesarlo felizmente, pues que solo se le helaron dos hombres; pernoctó al salir de él, y el 6 llegó a la vista de la ciudad de Mérida, y avisado de acabar de salir su pequeña guarnición y el obispo a unirse con doscientos hombres estacionados más allá en el pueblo de San Juan, la ocupó, y descansando un día en ella para reunir a las autoridades y habitantes, inspirarles confianza, y prepararlos para días más oportunos, se dirigió el 7 a San Juan, y no atreviéndose a aguardarle los enemigos, pusieron fuego de paso al Puente Real del caudaloso Chama, el que afortunadamente se alcanzó a apagar, haciendo noche en Pueblo Nuevo. Al amanecer del 8 se les siguió a la hacienda de Estanques, donde prepararon un hornillo perfectamente dispuesto con el intento de volarle al entrar en la casa que creyeron elegiría para su descanso, libertándose de este lazo por el aviso que le anticiparon al mayordomo y operarios que vieron construir la mina. Siguiendo su marcha el 9 sin poderles dar alcance, pernoctó en el pueblo de Bailadores, cuyo vecindario se le presentó lleno de confianza y placer a ofrecerle perseguir a los enemigos.

Siguió dos jornadas más, y a la cuarta llegó a la Grita, de donde los facciosos llenos de pavor, y creídos de que traía poderosas fuerzas, habían salido al escape a su anterior cuartel de Cúcuta. Permaneció en la Grita dando descanso a las tropas, haciendo varios reconocimientos, y tomando noticias cuatro días, en los que se le presentaron muchos desertores de Urdaneta ofreciéndole sus servicios. Libradas las providencias que le parecieron más propias a esforzar en aquel país su amor al Rey

y a la Nación a que pertenecían, y dejando una pequeña guarnición, se dirigió con el resto de su fuerza el 18 por otra ruta a incorporarse con el ejército, y llegando el 23 a la villa de San Carlos de Zulía, se embarcó allí y entró en Maracaibo felizmente con la satisfacción de haber recorrido el país de mejor opinión a favor de la justa causa. Los progresos físicos y morales que produjeron en el país ocupado estos sucesos y marchas, y el uso que se hizo de la imprenta quitada al enemigo, conmovió todos los republicanos, y brotó muchas partidas de realistas contra ellos en las provincias litorales de Nueva Granada y Venezuela prometiendo seguras esperanzas de que en cuanto llegasen los auxilios que tenía impetrados de La Habana y del gobierno, volverían sin grandes sacrificios ambos departamentos a la unión nacional, por cuyo logro auxilió y sostuvo las de Carora, Bailadores, Cúcuta, Valle Dupar, Ocaña y provincia de Santa Marta. Con los efectos tomados en Maracaibo vistió completamente su ejército de operaciones, que sin las partidas citadas llegaba a fin de este año a tres mil infantes y ciento y pico de caballos: lo mismo a la guarnición de Cabello y a la gente de la flotilla que tenía y fomentaba en la laguna. Atendió asimismo con ellos a otras necesidades muy costosas y de primer orden, cuales eran el equipo y mantenimiento del hospital que reunía constantemente de cuatrocientos a quinientos enfermos y heridos, el pago de los víveres con que se había sostenido y continuaba a Puerto Cabello desde Curazao, la carena, reparos y aumentos de los buques armados y de transporte de la laguna, la casi reedificación del castillo de la Barra, el parque, la ración del ejército, escuadrilla y un crecido número de empleados y emigrados que acudieron allí enseguida de la reconquista cuyo total ascendía de seis mil raciones diarias; de modo que no le llegándole ningún otro auxilio de fuera, ni ingresando casi nada el erario por el estado hostil en que se

veía el país de producciones a fines del año, se encontraba el ejército y sus dependientes en una cruel penuria que le obligó a despachar otro jefe a La Habana intimando a aquel intendente su situación, y que mediante a tener sin efecto tres órdenes del Rey previniéndole le socorriese; si no lo hacía en el término perentorio de sesenta días, sería a su cargo la rendición de aquella brillante fuerza y sus fatales consecuencias, puesto que parecía se procedía en su abandono de acuerdo con Bolívar, de cuya intimación envió copia al propio tiempo a S. M. El gobierno disidente entre tanto hacía política y militarmente esfuerzos inauditos por sofocar y castigar los movimientos realistas que rompían por todas partes, y reunir y asestar todo su poder terrestre y marítimo contra el ejército de Maracaibo: el intento dispuso reunir en Río-Hacha al mando del general del departamento del Magdalena Montilla un ejército de tres mil infantes, trescientos caballos y diez piezas de artillería para atacarle por la parte occidental, introduciéndose por Perijá y Sinamaica; otra división en Cúcuta al de Urdaneta, general del de Boyacá, para que por el sur obrase en combinación con la de Trujillo, mandada por el coronel Caraballo, sucesor de Lino Clemente, y que no pudiese romper y salvarse por aquella semicircunferencia de la laguna, bajar a ocupar los valles de ella, e impedir que le prestasen subsistencias, dividirle y trabajarle su fuerza, y procurar hacerse de piraguas con que atacar los buques de la flotilla, o trasladar con las mismas su tropa a donde les importase, a fin de que la del de Montilla operase con libertad y seguridad: que a la vez se reuniese otra división en Carora al cargo del clérigo apóstata y coronel Torreyes, la que recuperando a Coro, llegase a los puertos de Altagracia, y cooperase por el Oriente con la marina que debía simultáneamente forzar la barra, y entrar a la laguna a destruir la española y allanar las operaciones de todos: y mientras se llevaban a cabo de estas

medidas, establecieron a favor de la retirada que hizo la Marina Real. Costa Firme a la isla de Cuba, nuevo bloqueo y sitio a la plaza de Puerto Cabello por mar y tierra, y otro crucero más con buques de guerra mandados por Renato Beluche en la entrada al Saco de Maracaibo para cortar la comunicación entre ambos puntos, y que no pudiese ser auxiliado uno ni otro de afuera. Tal era el estado de las cosas a fin de diciembre. Sin embargo de tanto apremio nada decayó su espíritu y anhelo de continuar las operaciones; mas convencido de que no podía emprenderlas desde entonces con esperanza de fruto a expensas del despojo y del pillaje sobre un país tan castigado de tales azotes, que era el partido que le quedaba, prefirió por honor al Rey y honra suya, sostenerse sobre aquel que no había sido todavía hostilizado, a esperar el resultado de sus últimos clamores, confiado de que a favor de su admirable posición frustraría y batiría todo el poder de la Colombia, y que recibiendo el socorro pecuniario que esperaba, sería después mucho más fácil y rápida la pacificación. Reunidas las divisiones enemigas en los citados lugares de Asamblea, dos columnas que destacó sobre el Valle Dupar y por la Guajira, y una terrible peste de viruelas hizo desaparecer con gran estrago la grande de Montilla en Río-Hacha. La columna que tenía apoderada del Cataumbo en San José de las Palmas, y diestras maniobras de su práctico comandante, disolvieron llena de terror la de ochocientos hombres situados en Cúcuta, cogiéndoles los bongos que tenía en el Puerto de los Cachos. Las partidas de vecinos que había armado y entusiasmado en Gibraltar, Santa María, el Pino y Santa Rosa, rechazaron escarmentadas las de la división de Trujillo; y la de Carora, aunque tuvo la fortuna de llegar a Coro y batir cuatrocientos reclutas con que se estaba incrementando el cuadro a que se hallaba reducido el batallón de Burgos, se la hizo volver a retirarse con precipitación al lugar de su

procedencia, a esfuerzos de la que destacó a las boladas de Maracaibo sobre ella, y a fin de tener por Curazao noticias del estado de Puerto-Cabello, e indagar los bloqueos de la Plaza y del Saco. Ínterin detenía y contrarrestaba con las armas en todas direcciones a los enemigos, y promovía con la imprenta el espíritu público dentro y fuera, seguía reemplazando sus bajas, aumentando el ejército y escuadrilla, entusiasmado a todos, y a la maestranza que le construyó y botó al agua el 20 de abril una hermosa cañonera de ochenta y un pies de quilla, noventa de eslora, dieciocho de manga, y cinco y medio de puntal, de tres palos, a la que nombró atrevida Maracaibera y montó dos piezas de a dieciocho en colisa y una de cuatro, que descubrió las mejores calidades para la defensa de las costas, poniendo enseguida la quilla a otra aún mejor, cuyas maderas cortó y trajo al astillero el brillante batallón *tiradores de Barinas*, y en cuya memoria la denominó hermosa Barinesa, la que también concluyó, sin que costasen a S. M. en el estado del servicio más que siete mil y quinientos duros, la tercera parte de lo que después se valuaron. Cuando esto se ejecutaba, ya la penuria de subsistencia era grande por haberse agotado los ganados y cortísimos recursos del país, tres buques mercantes armados que se habían colocado en apoyo de los fuegos del castillo, distante nueve leguas de la ciudad para cubrir el paso de la barra, habían abandonado su puesto y retirádose por falta de víveres. Los enemigos, a quienes no debía ocultarse su infeliz estado, tenaces en la recuperación de Maracaibo, volvieron en abril a presentar sus tropas en los puntos ya citados; y no teniendo que temer ni recelar de la marina Real, despacharon de Cartagena varios buques de guerra al mando del arrojado zambo José Padilla, para que uniéndose a los que bloqueaban el Saco, y quedando todos a su orden, forzase la barra, se hiciese dueño de la flotilla española de la laguna, y facilitase y cooperase a las

operaciones terrestres de aquellas masas. Según las disposiciones tomadas y los informes de los prácticos de la barra, que aseguraban no daba paso a bergantines de guerra, ningún temor inspiraban en el territorio libre; pero acometiendo Padilla el 8 de mayo en la pleamar de su tarde con una fuerte brisa a tiempo que se habían retirado los tres buques expresados, logró pasarla con todos los suyos, que eran tres bergantines de guerra, dos ídem de transporte, tres goletas grandes de guerra de dos gavias, y dos de velacho, un pailebot y dos cañoneras, esquivando los fuegos del castillo, los que sin embargo le echaron a pique el mayor de sus bergantines, titulado *el gran Bolívar*, de veintidós cañones. Aunque no tenía para contrarrestar fuerzas tan superiores más que los dichos tres buques, otras dos goletas, dos cañoneras y tres faluchos pequeños, todos mal equipados y peor asistidos, pues que no recibían sino una triste ración de carne como todos los individuos del ejército, a fuerza de desvelos, fatigas y aún de violencias, empezó a armar desde el momento en el modo que permitía la miseria y escasez de todo, otras varias goletas mercantes surtas en el puerto, esperando el instante de ver aparecer auxilios de La Habana.

Llegando avisos de traerlos el comandante Laborde, y de haber batido el 1° de mayo las fuerzas colombianas que bloqueaban a Puerto Cabello, tomándoles una corbeta y represándoles otra nuestra, contaba se le acercaría este jefe al instante, puesto que debía saber su extrema situación, y con esta esperanza se entregó con más ardor a prevenir y paralizar entretanto los designios de los enemigos en todas partes. Vararon al entrar en el canal llamado Tablazo sus bergantines, y fondearon por delante todos sus demás buques para que no se descubriesen sus operaciones de hacerlos flotar. Yendo él personalmente a reconocerlos, quiso atacarles en aquel estado con los suyos que tenía en observación; mas convocando a dos oficiales de

marina retirados y otros prácticos en las cosas de mar, se le opusieron a tal resolución, y contra su convencimiento tuvo que ceder, con lo que lograron ellos su fin, ponerse a los cinco días frente de la ciudad y fondear de nuevo. Temeroso de que se le hiciesen superiores en fuerzas sutiles con los buques del tráfico de la laguna, y deseoso de imponerles y descubrir su verdadero estado, a vista de que esquivaban mucho batirse parcialmente, previno al comandante de sus fuerzas que hiciese algún ensayo sobre ellos, el que lo verificó el 19 concurriendo él también, dispersándolos, y abordando al mismo bergantín que montaba *Padilla*, quedó el citado comandante sin sentido de una grave herida, cuyo accidente hizo se malograra la toma de él. Perdido el recelo por este suceso, ocurrieron otros encuentros particulares en que siempre se les ahuyentó, y nada adelantaban por tierra ni agua. Interpuesta toda su armada entre su cuartel general, la línea de fuerzas sutiles del Sucui y el castillo de la Barra, y urgiendo dar víveres a uno y otra por agua, pasando junto al frente donde estaba fondeada una parte y cruzando otra, se hizo preciso saliese él a llenar este objeto, como lo ejecutó el 25 de mayo embarcándose en la cañonera *Guairaña*, y llevando en su conserva la atrevida *Maricaibera* y el falucho *Resistencia*, mediando la acción más reñida con tres goletas de guerra enemigas, sus fuerzas sutiles y nueve botes empeñados en apresarles, la que duró desde las dos de la tarde a las ocho de la noche; y aunque lograron hacer naufragar su buque de un balazo, y en seguida despojarle de lo que tenía, volvió con más botes aquella propia noche, les arrojó de él, lo rescató, puso a flote y volvió a incorporar al amanecer en su escuadrilla, todo bajo un incesante fuego de cañón y fusil, y una tormenta y oscuridad espantosas. Admirados de tamaño arrojó, se mantuvo reunida siempre la escuadra enemiga, reconoció así toda la laguna, facilitó la bajada a sus orillas de la

división de Trujillo al mando ya del general de división Manuel Manrique, la puso a su bordo, trajo y desembarcó en los puertos de Alta-Gracia, para cuyo tiempo ya también la de Carora al cargo de Torreyes había conseguido espantar y dispersar indecorosamente de Coro a la con que cubría aquella provincia el coronel don Manuel Lorenzo, y venía sin obstáculo a unírsele. Se empeñó después Padilla en batir y destruir el apostadero de fuerzas del Sucui que tenía detenidas e impedía progresar sobre Maracaibo a la división del Magdalena, mandada por el general Bermúdez; pero resistiendo gloriosamente los tres impetuosos acometimientos que la dio el 29 de junio, tuvo que retirarse con muchas averías y pérdida de gente.

El comandante Laborde, aunque pudo en veinticuatro horas, después que batió y dispersó los buques del bloqueo de Cabello el 1º de mayo, perseguir los dos bergantines y una goleta que se le huyeron y juntaron a los del Saco, hacer levantar aquel, y evitar de consiguiente la reunión de Padilla, la entrada de todos a la laguna, y el conflicto en que se veía el ejército con motivo de reparar las averías de la fragata *Sabina* en el combate, se mantuvo en Cabello, donde se usó de los sesenta mil pesos que traía, y vino apareciéndose a la entrada del Saco un mes después con los veinticinco mil a que habían quedado reducidos, avisándole dispusiese de ellos. Oficiole con la energía propia de la desesperada situación en que se le tenía, se le acercase con los oficiales, marinería y auxilios que exigía para mejorar y mandar él la escuadrilla que tenía reunida, y con que debía batirse la enemiga; a cuyo fin, y por otras previstas consideraciones, hizo que toda pasase a fondear apoyada del castillo de la Barra, para que allí la recibiese y preparase al combate. Vino este a aquel castillo con un dinero de que no se podía ya hacer uso; le consignó el mando y reconoció todos los buques mayores y menores, y después de vistos no pidiéndole más que

unos cuchillos y la mejor tropa que tuviese, se lo allanó, y procedió a intimar la rendición a la enemiga, que fue desechada; y determinado a batirla, maniobró en su busca, y el 23 de julio se situaron frente una de otra, y fondearon. La de los colombianos se hallaba aumentada de fuerzas sutiles con las piraguas que habían tomado y habilitado de cañoneras hasta doce, y la suya se componía de dieciséis de esta clase, y quince bergantines y goletas. El 24 a las dos de la tarde los enemigos empezaron a ponerse a la vela y en ademán de buscar el combate; mas los nuestros aguardaron fondeados en línea a recibirle, y hallándose aquellos a tiro de fusil rompieron un horroroso fuego, y cargaron todos sobre la mitad izquierda de la línea, a que se les contestó, y continuó sin cesar por otro no menos terrible sus cañoneras cayeron y envolvieron pronto las nuestras, aunque parecían superiores, y en breve quedaron expeditas para abordar, recoger el fruto de sus bergantines y goletas, que derramaban la muerte por doquiera que penetraban: viéronse volar e ir a pique dos buques grandes, que resultaron nuestros, y duró después todavía cerca de una hora este sangrientísimo y porfiado combate, en que varios buques españoles llegaron a lo más heroico del valor; pero al cabo la enorme superioridad que daban a los contrarios sus tres bergantines de dieciocho y veinte cañones, y otras circunstancias opuestas al gobierno, decidieron a su favor la victoria, salvándose solo las cañoneras *Atrevida* y *Guaireña*, la ínclita goleta *Zulia*, aunque toda desmantelada, y la que montaba Laborde con algunos balazos de poca consideración. Hubo enormes pérdidas y averías de buques por ambas partes; pero la nuestra llegó además entre muertos, ahogados y prisioneros a sesenta y ocho oficiales y quinientos y pico de la tropa más selecta del ejército. Espectador de esta trágica acción casi a distancia de tiro de fusil, quedó sin arbitrio de sostenerse, de ser auxiliado de fuera, de conservar el Catatumbo

ni aun su posición, perdidas como quedaron las fuerzas sutiles del Sucuy, y mucho menos de moverse en ninguna dirección, dueños ellos de la laguna como de aquel importante caño, y estrechado a la vez de tropas y buques victoriosos, a que se juntaban tan gran penuria de víveres, que solían ser las doce de la noche sin que ni el oficial ni el soldado se hubiesen desayunados, después de estar batiéndose casi diariamente para resistir los continuos desembarcos que intentaron sobre el territorio que ocupaba, agregándose asimismo no tener tampoco con qué curar y sostener quinientos heridos que yacían en el hospital, y hallarse los habitantes de la ciudad y sus campos cayéndose muertos de hambre por las calles, todo a consecuencia del inaudito abandono en que se le tuvo de todas partes. Proponiéndole en esta extremada situación el general Manuel Manrique una decorosa transacción, y oídos en junta de guerra todos los jefes del ejército, y por separado al Ayuntamiento y magistrados de aquella realista y sufriendísima capital, obtuvo la honrosa, que quizá no habrá conseguido ningún otro jefe en América, y ratificada el 4 de agosto después de haber hecho salir a Laborde y al ministro del ejército, sin que los sintiesen los enemigos, a salvar, como sé logró, los citados veinticinco mil pesos detenidos en el castillo de la Barra, y seguir a Curazao a emplearlos en víveres para llevar a Puerto Cabello, evacuó la ciudad y territorio de Maracaibo, sacando aún más fuerzas armadas de las con que le tomó, y además dos obuses, dos piezas de batalla, veinte quintales de pólvora veinte mil de pólvora fusil, porción de armamento sobrante que entregó en la plaza de Cuba, adonde se había estipulado que serían conducidos los restos de su ejército, y los seiscientos emigrados que se empeñaron en seguir la suerte de las armas de S. M., concediéndosele asimismo el que saliese, como le ejecutó, en una de sus goletas tremolando el pabellón español por delante de su escuadra, y

que continuase con ella a Cuba, según se verificó desembarcando en la misma el veinte y ocho de dicho mes.

Nota: En los años diez, once y doce creó, arregló, vistió y armó a su costa una columna de trescientos hombres de infantería, nombrados Guacamayos del Rey, y seiscientos de caballería en dos escuadrones, titulados Fernando VII e infante don Carlos. En el año trece y catorce, como segundo del comandante general Boves, organizó la fuerza que mandaba aquel jefe en ocho batallones de infantería y veinte escuadrones de caballería, los mismos que encontró el general Morillo a su llegada a Venezuela. El año quince formó y organizó el regimiento-infantería del Rey, del que fue coronel, compuesto de tres batallones con la fuerza de tres mil cuatrocientas plazas. El año diecisiete creó y organizó el batallón Tiradores de la Reina, con fuerza de mil trescientos. El año dieciocho y diecinueve creó y formó los batallones Tiradores del Infante don Francisco de Paula, el segundo de Valencey, con novecientas plazas cada uno, como asimismo el regimiento de caballería Lanceros del Rey con la de mil quinientas plazas, divididos en once escuadrones bien armados y regularmente vestidos, con cuatro mil caballos en los potreros para su remonta. El año de veintidós creó y organizó los batallones ligeros Cazadores del general, Leales Corianos y Casicure, y aumentó el de Barinas que estaba en cuadro, todos cuatro con las fuerzas de novecientos a mil hombres cada uno. El propio año emprendió la campaña de Maracaibo con mil y doscientos soldados, y capituló el cuatro de agosto del año de mil ochocientos veintitrés con tres mil infantes y cien caballos. Don Pío Millán, tesorero, y don Ramón de Armiñán, intendente honorario de provincia y contador, ambos ministros principales de ejército y Real Hacienda de estas Cajas y provincia, y comisarios de guerra en ella, etc. Certificamos que la antecedente copia es igual al original que

nos presentó la parte, a quien la devolvimos. Y para que así conste damos la presente en Cuba a treinta de diciembre de mil ochocientos veintitrés. Pío de Millán. Ramón Armiñán. Conforme a su original que devolví a la parte, y a que me remito. Habana y mayo dieciocho de mil ochocientos veinticinco. Signado. José Rodríguez. Damos fe que don José Rodríguez, de quien parece autorizado el testimonio que antecede, es escribano público de los del número de esta ciudad, fiel, legal, de confianza; y tanto a él como a sus semejantes siempre se les ha dado y da entera fe y crédito en ambos juicios. Habana y mayo dieciocho de mil ochocientos veinte y cinco Hay un signo. José Rafael de Goeza. Otro signo. Jorge Díaz Rodríguez. Otro signo. Manuel Vidal Alarcón. Hay un sello del Colegio de Notarios.

Es conforme con los documentos que me ha presentado, y he devuelto al interesado. Madrid y abril veintinueve de mil ochocientos veintiséis. El comisario ordenador de los Reales ejércitos. Manuel Zorrilla y Monroy.

Los infrascritos escribanos de S. M. Notarios de reinos, del Colegio de la corte, damos fe que don Manuel Zorrilla y Monroy, comisario ordenador de los Reales ejércitos, por quien está autorizada la copia de los documentos que precede, es según en la misma se titula, y la firma que está a su pie la que usa, a la que siempre se ha dado fe y crédito por ser legal y de confianza. Y para que así conste, damos la presente sellada con el de nuestro Colegio, que signamos y firmamos en Madrid a tres de mayo de mil ochocientos veintiséis. Manuel Molina. Juan Francisco Villa y Berrueco. Ramón Díez y Porrúa. Hay un sello.

**Relación histórica en compendio de las
operaciones del Ejército Expedicionario
de costa firme durante el tiempo que
estuvo al mando del Excmo. señor
don Francisco Tomás Morales**



Ejército Expedicionario de costa firme.

Relación histórica en compendio de las operaciones militares del mismo mientras estuvo al mando del general que suscribe, formadas en virtud de Real Orden de 11 de mayo de 1818 con el objeto de iniciar el tiempo doble de servicio que el Rey N. S. se ha dignado conceder a varios de los cuerpos de operaciones de Ultramar. Dase también una idea rápida de las primeras campañas sostenidas contra los rebeldes de las provincias de Venezuela.

Dado el grito fatal de desobediencia en la capital el 19 de abril de 1810, siguieron su funesto impulso todas las provincias, excepto la ciudad de Maracaibo y el partido de Coro, en la de Caracas: las de Barcelona y Guayana volvieron a los pocos días del estupor en que los había arrojado un trastorno tan súbito; pero cayendo fuerzas rebeldes sobre la primera sucumbió la segunda vez a la deslealtad.

Los tres pobres y cortos recintos de Coro, Maracaibo y Guayana fueron inmediatamente hostilizados por las insidias y el poder del resto de las provincias. El primero con fuerzas sumamente inferiores rechazó con osadía la numerosa expedición que en el mismo año de 10, cayó sobre él; todos tres estuvieron en alarma y agonía en dicho año y el siguiente, sosteniéndose en fuerza de su ventajosa situación y de la bizarría y lealtad nunca desmentidas de sus habitantes. Dos veces se vio

Guayana asediada por el ejército combinado de las provincias de Caracas, Barcelona y Cumaná que destruyó completamente; así como sus fuerzas sutiles, en el célebre combate de Sorondo. Maracaibo además de auxiliar a la de Coro en todos sus conflictos, mandó una corta división a los Valles de Cúcuta, que arrancó de manos de los rebeldes. La ciudad de la nueva Valencia se sublevó a favor de la justa causa, en julio del año 11, pero acosada por todas las fuerzas de la capital, sucumbió después de una defensa la más heroica, sellada con la sangre de sus más esclarecidos hijos. Repetidas contrarrevoluciones malogradas, llevaron al cadalso, e hicieron arrastrar cadenas y los más duros padecimientos a millares de fieles habitantes de Caracas, Cumaná y otros puntos; por manera que no tuvieron un momento de tranquilidad, ni de seguridad en todo aquel primer periodo de la revolución. Al mismo tiempo que acontecía esto por las provincias occidentales, yo, en unión del R. P. Marqués y de otros fieles que nos hallábamos en los montes reunidos con los indios naturales de aquellas misiones y demás personas que no quisieron ser desleales al R. N. S. sublevamos los indios de Píritu y de otros varios pueblos de la provincia de Barcelona, sobre quienes cayeron con ímpetu rabioso todas las fuerzas rebeldes de la misma provincia y de la Cumaná, así como las que habían dirigido contra la fiel y heroica Guyana; mas todos sus esfuerzos se estrellaron contra los pechos de aquellos valientes, y en Píritu, Puerto de Barcelona, Aragua, Maturín y otros fueron destrozados, tremolando de sus resultas el pabellón Real en la citada ciudad de Nueva Barcelona.

A pesar de tan denodado arrojo por parte de los leales, su suerte era muy crítica, pues que sus fuerzas y sus recursos eran sumamente inferiores a los de los rebeldes, que poseían todo el país, que formaba el poder físico y moral de Venezuela, apoyados además por todo el Virreinato de la Nueva Granada y por

los extranjeros siempre empeñados en nuestra ruina contándose también entre las filas enemigas todos los cuerpos veteranos y los de milicia existentes antes de la revolución.

En tal estado fue, que el capitán de fragata don Domingo de Monteverde, ahora general, avanzó desde Coro con 200 veteranos en auxilio de los leales indios del pueblo de Siquisique, situado en la frontera de la provincia de Caracas, y el 23 de marzo de 1812, batió la división que tenían avanzada los insurgentes en la ciudad de Carora. El terremoto ocurrido el 26 del mismo que arruinó a Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y otros pueblos, fue un castigo visible de la Divina Providencia contra los perpetradores de tantos desastres, y acabó de decidir la opinión pública en favor de la causa del Rey N. S., abatiendo al mismo tiempo el ánimo protervo de los desleales. Con tan poderoso apoyo y engrosando Monteverde sus filas por cuantos pueblos atravesaba, se adelantó hasta la ciudad de nueva Valencia de donde huyó precipitadamente el titulado Congreso de la Unión y el generalísimo Francisco de Miranda, habiendo sido antes arroyados completamente los insurgentes en Araure y San Carlos, como lo fueron sucesivamente en los Guayos, el Morro, Guacara, Guaica y la Cabrera abriéndonos la entrada a los pingues Valles de Aragua. Fortificado aquel caudillo en la Villa de la Victoria fue atacado con tenacidad aunque sin fruto el 20 de junio, deteniéndose a su frente nuestro cuerpo principal con el objeto de esperar el resultado de los que operaban por otros puntos.

Desde Barquisimeto había mandado Monteverde una corta división hacia la cordillera de Trujillo y Mérida, en donde restableció el Gobierno Real, después de haber batido a los enemigos de Timotes, al mismo tiempo que tropas salidas de Maracaibo, como queda dicho, ocupaban los Valles de Cúcuta. Otro cuerpo mandó a la provincia de Barinas, le pacificó igualmente,

no sin algunos encuentros reñidos pero el que tuvo más obstáculos que vencer fue el que al mando del teniente coronel don Eusebio Antoñanzas penetró en los Llanos de Calabozo, en que por su importancia y flanquear la marcha del cuerpo principal, había agolpado los rebeldes más fuerzas: tres sangrientos combates habidos en Calabozo, San Juan de los Morros y el Sombrero le posesionaron de ellos, entrando en comunicación con Monteverde situado al frente de la Victoria.

En medio de tan rápidos como fastos acontecimientos los leales, presos en el Castillo de la plaza de Puerto Cabello, apoyados por la guarnición del mismo fuerte, se apoderaron de él y despreciando las amenazas e insidias de su gobernador el feroz Bolívar que la mandaba, se sostuvieron con firmeza, mientras ocurriendo prontamente Monteverde con fuerzas desde San Mateo, derrotó a aquel en el puente del Muerto y se apoderó de la plaza.

Ocupadas, pues, las provincias de Maracaibo, Barinas, Guayana y casi toda la de Caracas, proclamando al Rey N. S. en la de Barcelona, tremolando el pabellón Real en Puerto Cabello y estrechando Miranda en la Victoria, se hallaban los rebeldes reducidos a un corto recinto, y a los de Cumaná e isla de Margarita, que ningún auxilio podían prestarle por la distancia, cuando los negros de la costa de Barlovento de Caracas, inflamados del espíritu de lealtad que por todas partes se extendía como por encanto, toman las armas y amenazan a la capital misma, se vio Miranda en necesidad de capitular el 25 de julio de 1812, entrando triunfantes las armas reales en la ciudad de Caracas el 30 del mismo.

La imaginación se abisma al contemplar que con tan cortos medios se llenase un objeto tan grandioso en solo cuatro meses, apenas suficientes para atravesar a marchas regulares aquel inmenso territorio, obra del esfuerzo y ardor de un puñado de

valientes y de la eficaz cooperación de los pueblos, que ansiaban por la sabia y paternal dominación del Rey de las Españas.

Pero apenas aparecida la aurora de la paz sobre aquel hermoso suelo, cuando una densa nube eclipsó tan bellas esperanzas y preparó la tormenta más deshecha que se ha conocido en una época tan fecunda en acontecimientos sangrientos.

Rabiosos los rebeldes al verse vencidos y humillados por fuerzas tan reducidas, juran vengarse y apenas vueltos de su primer asombro imaginan sediciones y no perdonan medio para trastornar el orden. A fines de agosto de 1812, acabó de ser reconocido el Gobierno Real en las provincias de Cumaná y Margarita, y ya en septiembre un destacamento avanzado en Arauca, frontera de Santa Fe fue sorprendido por los facciosos de este Virreinato, cometiendo la crueldad de arrojarle al agua maniatado, de cuyas resultas se destinaron fuerzas al mando del bizarro capitán Yáñez que atacados en el siguiente mes de octubre por otras muy superiores, se sostuvieron heroicamente y derrotaron a los contrarios. Enseguida se dispuso la formación de un cuerpo de ejército que atacase a dicho Virreinato, en cuyas dilatadas fronteras se sostenía siempre la guerra, aunque sin graves consecuencias.

Mientras tanto, todo el país de Venezuela recién pacificado fermentaba como la lava de un volcán y las cortas guarniciones que habían quedado estaban continuamente sobre las armas: los negros de Barlovento se sublevaron en octubre y amenazaron la plaza de La Guaira, dos conspiraciones se manifestaron en esta y una en Barinas, que se cortaron felizmente y la alarma y la agitación era general.

Si en el interior se agravaba rápidamente nuestra situación, en el interior obraban los genios del mal con una increíble actividad. Bolívar y otros corifeos revolucionarios conmovían el Virreinato de la Nueva Granada en daño nuestro y en la isla

de Trinidad se reunían los prófugos de Barlovento acometiendo casi simultáneamente por los extremos orientales y occidentales de las provincias. El 13 de enero de 1813, desembarcaron los últimos en la costa de Guiría y Golfo triste y se posesionaron de él, ocupando enseguida el importante punto de Maturín, ventajosamente situado en un extremo al norte de Cumaná y Barcelona, y aunque la suerte de las armas nos fue favorable en Aragua, se mostró adversa en Irapa, y en tres ataques consecutivos que se dieron en Maturín, el último el 25 de mayo, dirigido por el mismo Monteverde con la flor de las tropas que habían en Caracas, a donde regresó por llamarlo imperiosamente el estado de los negocios de occidente, dejando el mando de los restos salvados de aquella catástrofe, al general Cagigal.

Con tan repetidos, como inesperados, triunfos se extendieron los insurgentes de Maturín hasta aproximarse a las capitales de Cumaná y Barcelona, apoyados en la opinión de los pueblos, que circunstancias que no son del caso presente referir, habían convertido en su favor. Afortunadamente llegó el capitán Boves con 800 caballos que, unidos a la poca fuerza que había, proporcionó mantener la campaña en la provincia de Barcelona a toda costa de combatir incesantemente con los enemigos que se reproducían por todas partes; pero perdida Cumaná, después de esfuerzos inauditos, ocupada la capital misma de Caracas, encerrado el capitán general Monteverde en la plaza de Puerto Cabello y rodeados por todas partes de enemigos, hubimos de hacer una retirada de 90 leguas al Orinoco, por despoblados en lo más riguroso del invierno teniendo que abrirnos paso con la Lanza, en Santa María de Ipire, en que se habían apostado los enemigos, confiados en sacrificarnos, pero fueron derrotados.

Cuando esto pasaba por las provincias de oriente, eran las de occidente el teatro de una lucha no menos tenaz, sangrienta

y desgraciada para las armas de S. M. Con los auxilios que obtuvo Bolívar de Santa Fe batió en el mes de febrero la división de Maracaibo, que estaban en los Valles de Cúcuta y obligó al capitán de fragata don Antonio Tiscar, que ya se había internado más de 60 leguas en los Llanos de Casanare, pertenecientes a dicho Virreinato, a replegarse sobre Barinas, amenazada por la cordillera, a resultas de aquellos descalabros, dejando a Yáñez con 400 hombres en Guasqualito situado en la frontera. Los rebeldes combinaron a principios de abril un doble ataque sobre este bizarro jefe por el llano y descolgando fuerzas desde las cordilleras de Cúcuta; pero este genio verdaderamente guerrero, pasando en un mismo día los caudalosos Arauca y Apure, batió completamente en detalle dichas fuerzas y aseguró aquel país.

Bolívar persiguió a la división de Maracaibo y destrozó los restos en Carache, dirigiendo enseguida un cuerpo sobre Barinas, que batió el 2 de julio en Niquitao, otro que le opuso Tiscar y dejándose caer sobre su derecha obligó a este a abandonar toda la provincia de Barinas. El Batallón de España triunfante se sublevó y pasó a los enemigos y toda aquella división desapareció enteramente poniéndose en plena insurrección todos los pueblos y dejando cortado a Yáñez a más de 150 leguas en las fronteras de Casanare.

Libre Bolívar de cuidados por esta parte giró sobre su izquierda e internándose en la provincia de Caracas batió el 21 de julio en Barquisimeto la división del teniente coronel Overtó y en 22 del mismo la del de igual clase don Julián Izquierdo, situada a dos jornadas de Valencia, y la única que cubría los Valles de Aragua y la capital. Monteverde, que estaba en marcha para unírsele con un corto refuerzo, tuvo que encerrarse en la plaza de Puerto Cabello y todo el país quedó en manos de los rebeldes, incluida la capital de Caracas, en donde entró Bolívar el 6 de agosto, es decir, al año de haberla ocupado las tropas reales.

Yáñez que como se ha dicho se quedó cortado en las fronteras de Casanare, no se arredró por una situación tan terrible pues embarcando sus tropas en lanchas cañoneras, atravesó aquel inmenso país, despreciando los acontecimientos de los rebeldes, y arrojándolos de la Villa de San Fernando de Apure, se hizo fuerte en ella, no obstante estar rodeados por todas partes de enemigos y no tener más apoyo que una comunicación dilatada y muy contingente con Guayana.

Perdidas, pues, las provincias de Margarita, Cumaná, Barcelona, Caracas, Barinas y Maracaibo, quedaba solo a los leales esta última ciudad, la plaza de Puerto Cabello y los distritos de Coro y Guayana, debilitada ya con los refuerzos anteriores y habiéndose perdido o disuelto todo el ejército en tantos y tan desgraciados combates.

Así fue como las provincias de Venezuela volvieron a ser proeza de los rebeldes, sin que sea dable describir las escenas de sangre y horror en que fueron envueltos tan ominosos acontecimientos: ellos entonces se propusieron sacrificar todo afecto a la justa causa y llevando a cabo tan impío proyecto sin excepción de personas, estados, ni edades, por todos los ángulos de Venezuela empezaron a ejecutar a la vez tan horrendo asesinato de hecho y después de derecho, promulgado como Ley del Estado, con lo cual presentaba toda aquella superficie el triste espectáculo de un vasto cementerio.

Orgullosos con todos sus triunfos y dueños de todos sus recursos ¿qué esperanza quedaba de restaurar la autoridad Real, anonadados como se hallaban los leales, sin un auxilio poderoso de la Península ni de ninguna otra parte? Ello se verificó sin embargo de un modo tan heroico como inesperado.

La Villa de San Fernando de Apure en que se hizo fuerte Yáñez está situada a la orilla del río de ese nombre frente a los llanos de Calabozo y al extremo de las provincias de Barinas y

Guayana, con la que podía comunicar por medio del Orinoco, en que desembarcó aunque con mucho peligro por dominar los rebeldes toda la orilla izquierda de ambos ríos, de modo que por el frente, por sus flancos y por su espalda estaba rodeado de enemigos; y si bien nada es más admirable que la resolución de haberse mantenido en aquella posición, al fin hubiera tenido que sucumbir. Pero en tan críticas circunstancias fue que Cagigal llegó a las inmediaciones del Orinoco con los restos salvados de Barcelona, o séase del ejército que se titulaba de Barlovento. En la realidad la división de Boves, de que fue nombrado segundo desde que se unió aquel general, fue la que sostuvo la campaña de Barcelona y salvó a todos la retirada, por cuanto siendo compuesta de naturales de los Valles de Calabozo, no desertaron como todos los de aquella provincia y Guayana. Reducido, pues, a 500 hombres y no siendo dable a Cagigal continuar una campaña tan desesperada como penosa, se retiró a Guayana y consignó el mando a Boves, que teniendo conocimiento y opinión en aquellos llanos, y un apoyo, aunque aventurado en Yáñez, se atrevió a arrojarle a la empresa más ardua y heroica que puede presentarse al esfuerzo humano.

Yáñez tenía a lo más 400 hombres, y el estado de poder, de recursos y de orgullo de los rebeldes, se deja ver que la posición y audacia de estos dos genios de guerra es mejor para admirarla que para describirla.

El 19 de septiembre marchamos sobre Calabozo y a una jornada de esta Villa, el 22, nos atacó triple número de tropas enemigas: a las dos de la mañana la desesperación nos dio la victoria y entramos en aquella capital de los llanos en que se nos unieron muchos leales. Bolívar mandó sobre nosotros fuerzas de Caracas, que unidas a otras de Barlovento nos deshicieron en Mosquiteros el 14 de octubre, perdiendo los pocos pertrechos

de guerra que teníamos y retirándonos a orillas del Apure, frente a San Fernando con solo 50 hombres reunidos.

Tan pronto como Yáñez supo nuestra marcha sobre Calabozo, salió como un león furioso de San Fernando, derrotó a los disidentes en Achaguas, Guadualito, San José y otros puntos, engrosó sus fuerzas, se extendió como un torrente por la provincia de Barinas y la de Caracas y llamó sobre sí todas las tropas de Bolívar, incluso la mayor parte de las que nos derrotaron en Mosquiteros. A favor de esta oportuna división se rehace Boves; de todas partes ocurren a unírsele los leales llaneros; hostiliza y ataca parcialmente a los enemigos; mientras tanto pasé yo rápidamente a Guayana por armamentos y demás efectos de guerra, que conseguí con los mayores afanes y sacrificios que omito expresar.

Cuando Bolívar se posesionó de Caracas el 6 de agosto convirtió sus esfuerzos sobre Puerto Cabello, que atacó repetida y bruscamente, sin los preliminares que requiere el arte de la guerra, siendo por consecuencia rechazado con sacrificios de sus mejores tropas, por la corta guarnición de aquella plaza dirigida por el capitán general Monteverde, especialmente en los días 30 y 31 del mismo agosto. El 14 de septiembre ancló inadvertidamente en La Guaira el convoy que conducía de la Península al Regimiento de Infantería de Granada, y salvándose a duras penas de los fuegos de la plaza, picando cables, llegó a Puerto Cabello. Entonces de aquel levantaron el sitio los enemigos y salió Monteverde en su persecución; pero destruida nuestra vanguardia en Nagua-Nagua y después de un empeñado combate con el grupo principal, en que aquel jefe salió herido gravemente, se replegó a dicha plaza, entregando el mando al coronel de Granada Salomón.

El infatigable y benemérito brigadier Cevallos, gobernador de Coro, había organizado una corta división y penetrando en

la provincia de Caracas por Carora arrojó a dos cuerpos insurgentes en Yaritagua y Boyare. Bolívar voló a su encuentro; pero fue derrotado en Barquisimeto el 10 de noviembre. Viendo este la densa nube que por todas partes se iba formando contra su tiranía, retrocede rápidamente a Caracas, hace tomar las armas a todos los hombres capaces de llevarlas, se bate por tres días consecutivos en las alturas de Vigirima con el Regimiento de Granada, que había vuelto a salir de Puerto Cabello; y aunque fue constantemente rechazado continúa su marcha, se presenta en los campos de Araure a las fuerzas de Cevallos y Yáñez, que se habían reunido, y les ataca el 5 de diciembre: Yáñez pasó a cuchillo toda la vanguardia; pero después fueron deshechos los nuestros, dispersados completamente y retirados sus dos caudillos a San Fernando de Apure.

Afortunadamente se había reforzado ya Boves de la pérdida de Mosquiteros y el 13 del mismo diciembre día en que me reuní con él a mi regreso de Guayana con los fusiles, pertrechos y 100 hombres de tropas que recluté, batió y pasó a cuchillo en San Marcos la división enemiga que había ocupado a Calabozo, sin que se escapara el jefe que la mandaba, cuya ruidosa oportuna victoria reanimó a los fieles consternados por los anteriores descalabros.

Así la causa de S. M., que cuatro meses antes se miraba como desesperada, tomó a fines del año 13 un aspecto favorable, después de tantos y tan sangrientos combates y a pesar del aislamiento de nuestros cuerpos de operaciones, que peleaban sin la menor comunicación y sin más noticias mutuas de sus gestiones que las que se adquirían por medio de los enemigos; pues que dueños ellos del centro de las provincias y dominado los mares, ni Monteverde tenía comunicación con Ceballos ni este con Yáñez y Boves, ni aun estos mismos con aquellos, si no rompiendo la valla que les separa por una lucha sangrienta y obstinada.

Con las armas y demás efectos de guerra tomados por Boves en la acción de San Marcos, con las que yo conduje de Guayana y con la ventajosa opinión adquirida por su valor e intrepidez se engrosó su ejército, y ya organizado en lo posible, marchó hacia el centro de la provincia de Caracas y en el sitio llamado de la Puerta, en que principian los Valles de Aragua, destruyó el 3 de febrero de 1814 una brillante división enemiga mandada por el espurio europeo Campo Elías, cayendo enseguida sobre Bolívar, que se había fortificado en el pueblo de San Mateo. Aquí se repitieron ataques sangrientos en que salió herido aquel ínclito jefe, y encargado yo del mando del ejército continué con el asedio. El trapiche de Bolívar muy fortificado lo tomé por asalto y sus defensores se volaron; la Villa de la Victoria fue atacada por mí el 12; 14 horas consecutivas duró el ataque, muriendo la flor de los jefes y oficiales insurgentes y allí se hubiera terminado la guerra a no ser un poderoso esfuerzo que les llegó. Proseguí el asedio de San Mateo peleando incesantemente hasta que apareciéndose los caudillos de Barlovento con un lucido ejército fue necesario salir a batirlos. Encontrados en la ventajosa posesión de Bocachica el primero de abril, por más esfuerzos de valor que hizo Boves, ya restablecido, y mis tropas la absoluta falta de municiones nos obligó a replegarnos sobre la ciudad de nueva Valencia, que a la sazón atacaban las tropas venidas de Coro y Apure.

Aun cuando Yáñez se retiró del campo de batalla de Araure el 15 de diciembre anterior hasta San Fernando de Apure, de donde había partido y en que contaba con algunos recursos militares, lo hizo con el mayor orden, dejando la caballería que pudo reunir en los llanos de Barinas para que hostilizase los cuerpos rebeldes que en pos de él penetraron en aquella provincia, como lo verificó en efecto. Arrojadados de Nutrias, derrotado en Guasqualito y Guanarito y acosados sin descanso en

Barinas hubieron de fugarse los unos por la cordillera de Mérida y encerrarse otros en la Villa fortificada de Ospino, en donde los atacó Yáñez el primero de febrero, dando el 12 un asalto general que no tuvo efecto por aparecerse un cuerpo rebelde por la retaguardia, que aunque arroyados por la reserva, murió a su cabeza aquel denodado y nunca bien alabado campeón, de cuyas resultas se desordenó la reserva y hubieron de retirarse de la población las columnas de ataque, con el mejor arreglo, a esfuerzos del actual brigadier don Sebastián de la Calzada, que tomó el mando de aquel ejército. Dirigió una división a cubrir su retaguardia hacia Apure amenazada por los caudillos de Barlovento y con el grueso principal marchó sobre Ospino, Araure y la Villa de San Carlos, que después de fuertes ataques parciales tomó por asalto el 22 de marzo.

El brigadier Ceballos que después de la derrota de Araure había dado una vuelta dilatadísima por los llanos de Barinas, el Apure, el Orinoco y las Islas Antillas para regresar a su Gobierno de Coro, se halló en esta ciudad con los restos del Regimiento de Granada, que posteriormente a las empeñadas acciones de Virigima, viéndose sin víveres en Puerto-Cabello, había dejado la presa guarnición y marchado por asperísimas cordilleras y por la mortífera costa. Con esta fuerza y la que pudo reunir del distrito, marchó rápidamente sobre la provincia de Caracas, sorprendiendo y destrozando una división insurgente en Barquisimeto, y reuniéndose enseguida a Calzada, el 20 de marzo marcharon sobre la ciudad de Valencia que asediaron el 28, faltos de municiones decidió Ceballos dar un asalto general el 2 de abril para proveerse con las que tenían los enemigos en ella, mas no siendo posible tomar los atrinchamientos al arma blanca, hubieron de ceder a las 8 de la noche, hora en que llegó Boves replegando, como queda dicho de la jornada de Bocachica; y como los caudillos de Barlovento se

hubiesen reunido a Bolívar en San Mateo y marchasen sobre Valencia fue indispensable abandonarla y situarse a dos leguas de distancia en los llanos de Tocuyito en que podía obrar la caballería con ventaja, destacando a Boves a los llanos de Calabozo con objeto de reunir nuevas fuerzas.

Los enemigos no quisieron empeñarse en campo abierto y, como faltase pasto para los caballos, determinaron abandonar aquella posición, marchando yo con el ejército de Barlovento a unirme a Boves, Ceballos y Calzada con sus cuerpos respectivos hacia la Villa de San Carlos, lo que sabido por los disidentes se dirigieron velozmente sobre estos jefes, que los esperaron en el llano del Arao, a la entrada de dicha Villa aunque con fuerzas inferiores y sin más cartuchos que diez por plaza: Todo el día 16 de abril se combatió con encarnizamiento, ya con la lanza, ya con la bayoneta, hasta que cerca del anochecer se arrojó nuestra caballería sobre la línea, la rompió, deshizo sus reservas y se salvaron en desorden por la cordillera llegando a Valencia en plena dispersión.

Nombrado capitán general de la provincia el mariscal de Campo don Juan de Cajigal, se reunió en San Carlos al ejército y trató de batir decisivamente a los rebeldes, obrando en combinación con Boves. Al efecto marchó sobre Valencia en que tuvo choques diarios, replegándose enseguida mientras se aproximaba aquel caudillo al llano de Carabobo; pero los enemigos temiendo lidiar con los dos ejércitos a la vez fueron en seguimiento suyo con todas sus fuerzas reunidas y el 28 de mayo lo batieron y dispersaron completamente, salvándose unos por el camino de San Carlos y otros en la dirección de Apure.

Boves, que no había podido reorganizar sus fuerzas con tanta rapidez, salió de Calabozo el 20 de mayo y el 14 de junio se encontró con Bolívar en el paraje de la Puerta que marchaba en su busca con cuantas tropas y pertrechos de guerra que había podido reunir para este trance decisivo; pero en pocos

minutos fue derrotado completamente, y pasado a cuchillo casi todo su ejército, sus secretarios de Estado y el último resto de la juventud salvándose el solo con un escuadrón de su guardia. Penetramos en los Valles de Aragua; una división marchó por la derecha sobre Caracas, y yo con la vanguardia me dirigía al importante punto de Cabrera de que me apoderé después de haber batido por tres horas la división enemiga, haciendo prisioneros 300 hombres que lo defendían incluso su jefe principal y tomándoles la artillería y lanchas cañoneras que tenían en la laguna de la Nueva Valencia. Unido a mí Boves al día siguiente con el grupo principal del ejército continuamos sobre Valencia, que contaba con una guarnición fuerte y atrinchamientos formados con arreglo al arte de la guerra; pero, sitiada con empeño y adelantado por nuestra parte los trabajos con increíble actividad, se rindió el 11 de julio al mismo tiempo que el cuerpo destacado sobre la capital la había ocupado el 7, después de batir en las Adjuntas y Antímano algunas tropas que tumultuariamente había reunido Bolívar, huyendo este con todos sus satélites y una emigración numerosa hacia las provincias de Barlovento, por la costa del mismo nombre. La heroica guarnición de Puerto Cabello que por doce meses había sufrido un sitio acompañado de peligros, de enfermedades y de las más horribles privaciones, tuvo el consuelo de verse libre de tantos males.

Boves se dirigió desde Valencia a Caracas con el objeto de restablecer las autoridades reales y todos los ramos de la administración, mientras yo de su orden emprendí la marcha por el llano alto hasta las provincias de Barlovento.

Después de la derrota de Carabobo se había retirado Cagigal y Calzada hacia el Apure y Ceballos en dirección de Coro. Calzada se dedicó a reunir los dispersos y a organizar nuevas tropas en la provincia de Barinas y se vio en el mayor conflicto:

porque continuamente a dicha derrota penetraron en ella los de Casanare y un cuerpo que bajó desde la Cordillera de Mérida; pero afortunadamente fueron ambos deshechos, y los triunfos de Boves acabaron de ponerla en seguridad. Con las fuerzas que pudo reunir, marchó otra vez sobre San Carlos hostilizando a un cuerpo insurgente que se había avanzado sobre Barquisimeto desde Carabobo y que no pudiendo ya unirse a Bolívar se salvó hacia Trujillo y Mérida, persiguiéndolos después de la rendición de Valencia dicho Calzada, tremolando por consiguiente el pabellón español en todo el occidente de Venezuela.

Después de una marcha de más de 150 leguas, me encontré en la Villa de Aragua, provincia de Barcelona, con Bolívar y demás cabecillas que con increíble esfuerzos había reunido un cuerpo de seis mil hombres, y aunque se defendieron con encarnizamiento y ocupaban ventajosísimas posiciones fueron deshechos completamente.

Enseguida ocupé la capital y me interné hasta Maturín en que hubo choques empeñados, pero no decisivos, situándome después en el pueblo de Santa Rosa para emprender mi marcha a la Villa de Urica a esperar a Boves según sus órdenes.

En el ínterin los habitantes de Cumaná habían proclamado al Rey N. S. poniendo al frente del Gobierno al coronel Puentes, gobernador de Guayana, que mantenían prisionero; pero un cuerpo destacado por los rebeldes restableció otra vez el sistema revolucionario en dicha ciudad. Boves que había salido de Caracas con la columna de cazadores marchó sobre aquellos, los batió completamente y detenidos los dispersó en el estrecho paso de los Magueyes; con dobles fuerzas los derrotó también con aquella decisión audaz que le era peculiar, reuniéndose enseguida conmigo en la Villa de Urica.

Aquí se estaba preparando para dar el último golpe a la rebelión en el ominoso Maturín, punto de reunión de todos los

desesperados revolucionarios, cuando se presentaron estos al frente de la misma Villa el 5 de diciembre llenos de desesperación y decididos a exterminarnos a todo trance. Boves que salió a escaramucear fue muerto a lanzazos por habérsele estacado el caballo; los escuadrones de los enemigos, titulados Rompelíneas, atropellaron la mía y se corrieron a nuestra retaguardia; pero, arroyados por mis reservas y restablecida la línea, marché a los enemigos que nos recibieron con firmeza, mas al fin fueron destruidos completamente vengando nuestras tropas la sangre del guerrero más esforzado, más leal y más terrible a los enemigos y que haya pasado a la América. Un cuerpo de 1100 caballos que días antes había yo destacado sobre el Caris derrotó a otro igual de enemigos el mismo 5 de diciembre después de un combate de lanza tan desesperado, que el jefe que lo mandaba y dos más que sucesivamente tomaron el mando, quedaron en aquel campo de muerte. En tal estado y con el fin de no dar tiempo a los rebeldes a que se rehicieran, marché sobre Maturín, que miraban aquellos protervos como el paladión de su funesta rebelión, su posición singular hacía sumamente difícil asaltarlo, pero en fuerza de una combinación, que el heroísmo y valor de nuestras tropas hizo feliz, fue tomado por asalto pasando sobre montones de cadáveres y siendo pasados a cuchillo todos sus defensores. Por una junta de treinta capitanes e igual número de subalternos, el comisario de Guerra y el capellán mayor de las tropas presididos estos por el oficial más antiguo, se me nombró aquel día comandante en jefe del Ejército, como segundo que era de él hasta la resolución de S. M. y aprobación del capitán general que se hallaba en Puerto Cabello a mil leguas de aquel punto.

Dejando la caballería en el llano, marché con la infantería sobre la provincia de Cumaná, que ocupaban aún los rebeldes, habiéndose fortificado en las posiciones de Soro, Irapa, Punta

de Piedra y Güiría que fueron tomadas después de la más desesperada defensa; y luego empleé el resto de los meses de enero y febrero de 1815 en recorrer aquella dilatada e insalubre costa enarbolando el pabellón Real hasta en el último rincón del continente.

Solo quedaba a los rebeldes la isla de Margarita a donde se habían refugiado todos los contumaces escapados de la espada afortunada de los realistas en la tierra firme y para cuyo exterminio mandé a la escuadrilla a Cumaná con el objeto de carenarla, situándome yo en Carúpano, punto el más inmediato a dicha isla, cuyos preparativos estaban al concluirse cuando en los primeros días del mes de abril arribó a las mismas costas el brillante ejército expedicionario a las órdenes del general don Pablo Morillo.

Aunque como llevo referido se había pacificado en fines del año 15 todo el occidente de Venezuela, el ejército de Apure no había estado ocioso. El general Montalvo, capitán general del Virreinato de la Nueva Granada y también de Venezuela, sostenía una lucha tenaz contra los rebeldes de Cartagena y Río Hacha y había ordenado que Calzada se internase en su auxilio por la Cordillera de Cúcuta y Ocaña, operación que dejaba indefensa la frontera de Venezuela por el llano de Casanare. Puesta en marcha la infantería, el 28 de enero fue sorprendida toda la caballería que dejó situada en Guasqualito por los de Casanare, de cuyas resultas retrocedió y llamando a sí la vanguardia que ocupaba aún los Valles de Cúcuta, penetró más de 60 leguas en la provincia de Casanare, derrotando a los enemigos y atrayendo de aquel país millares de reses caballares y vacunas.

Así después de 20 meses de perdido aquel inmenso continente volvió a la obediencia del Rey N. S. a costa de centenares de combates, de torrentes de sangre y de los más heroicos sacrificios. No es posible numerar las víctimas inmoladas al furor

revolucionario, ni el linaje de tormentos que sufrieron, ni los distintos e inusitados modos con que los rebeldes explicaron su rabia. Ni lo aquí indicado es más que un resumen en globo de los acontecimientos principales de los cuerpos de operaciones, en que aun se derramó menos sangre que en la multitud de partidos que la crueldad de los revolucionarios fomentó contra ellos mismos. Todos los habitantes de Venezuela estaban armados y en toda su dilatada superficie se combatía con encarnizamiento: la rabia, el encono y la más implacable venganza era individual. La cuarta parte de la población desapareció en este corto, pero cruento, periodo y no había palmo de terreno que no estuviese cubierto de cadáveres, y regado con la sangre de amigos y enemigos.

La isla de Margarita fue reducida inmediatamente por el general Morillo, y enseguida desembarcaron en Cumaná, Barcelona y La Guaira las que se hallaban sometidas a la obediencia del Rey N. S. e hicieron su entrada en la capital de Venezuela el 11 de mayo.

Todo su conato se dirigió desde luego a preparar la pacificación del Nuevo Reino de Granada, el que debía invadir por tierra el coronel Calzada con el cuerpo del ejército titulado de Apure mientras se embarcaba en Puerto Cabello con varios cuerpos peninsulares y la infantería que tenía yo a mis órdenes, como lo verificó en julio del mismo año 15 dejando guarnecidas las provincias con el resto del ejército expedicionario y las del país de ambas armas.

De resultas de las acciones de Urica, Maturín y el Caris dadas en 5 y 11 de diciembre de 1814 y las gloriosas dadas en enero y febrero de 1815, en Irapa, Soro, Punta de Piedra y Güiría en el Golfo Triste, costa de la provincia de Cumaná, quedaron destruidos completamente los rebeldes; mas, sin embargo, se refugiaron algunos cabecillas dispersos en los dilatados

llanos sobre la de Guayana, y como mi atención principal se dirigió a pacificar la isla de Margarita, no fue posible penetrar en sus guaridas y exterminarlos individualmente; con cuyo motivo la llegada del ejército expedicionario y preparativos para la invasión del Reino que absorbieron todos los cuidados y fuerzas hacia las costas, empezaron a aparecer algunas partidas al mando de los cabecillas Cedeño, Zaraza, Monagas, Canelón y otros por diferentes puntos de aquel inmenso territorio.

El primero penetró en la provincia de Guayana a fines de mayo atravesando el Orinoco y derrotado por el teniente coronel Gorrín el 22 de junio, se rehizo y batió el destacamento nuestro situado a orillas del Caura, posesionándose de la Villa de Caicara, punto interesante a la derecha del mismo Orinoco. Venía a su encuentro el gobernador de la provincia, cuando supo que el cabecilla Piar había invadido las misiones de Caroní pasando dicho río por más abajo de la capital a donde retrocedió; mas a pesar de los esfuerzos que hicieron ya no pudo arrojarlos de aquella provincia, que enseguida fue por su posición ventajosísima el más eficaz apoyo de la nueva rebelión.

El general en jefe, antes de partir para la Nueva Granada, encargó el mando militar de las provincias de Barcelona, Cumaná, Guayana e isla de Margarita, al brigadier Pardo, quien recorrió las dos primeras y reunió las fuerzas que le fueron posibles para marchar sobre Guayana en que aquellos hacían notables progresos, pero detuvieron su marcha otros cabecillas aparecidos por el llano alto de Caracas y como al mismo tiempo se anunciase la próxima arribada de Bolívar con una expedición formada en las Antillas, se situó en un punto intermedio de aquella costa para ocurrir a donde la necesidad lo exigiese.

El 17 de noviembre se sublevó la isla de Margarita y enseguida fueron apareciendo los cabecillas fugados de la plaza de Cartagena de Indias ocupada por el general Morillo el 6 de

diciembre y cuantos refugiados había por las colonias extranjeras. Presentose después Bolívar y todo el país se puso en combustión con el mismo encarnizamiento y con igual derramamiento de sangre que en los años anteriores.

De este modo en el mismo año 15, en que se pacificaron por segunda vez las provincias de Venezuela y a poco de haber llegado el ejército expedicionario de la Península, sufrieron una tercera conflagración general que, si no llegan tan oportunamente los auxilios mandados por el general Morillo desde Santa Fe y retarda él mismo su regreso, hubiera hallado perdida aquella Capitanía General del modo más inesperado e imprevisto.

No hablaré de las activas y sangrientas campañas que sostuvo este esforzado y entendido general hasta fines del año 20 en que celebrado el armisticio de Santa Ana regresó a la Península, ni de las privaciones, ni intemperie y todo linaje de peligros, de padecimientos y de muertes cruelísimas que sufrieron los individuos del ejército de costa firme en aquel largo y mortífero periodo, por cuanto sus acontecimientos son más conocidos del Supremo Gobierno y viven los generales que los dirigieron, no entiendo yo otro objeto en la descripción de los que llevo referidos, que enlazar los de las distintas vicisitudes que sufrieron las provincias de Venezuela y comprobar que desde el 19 de abril de 1810, en que acaeció la rebelión, ni un instante se ha dejado de combatir hasta su abandono total.

Vulnerado y roto el armisticio por el pérfido Bolívar mandando ya el ejército el general Latorre, sublevada la provincia de Maracaibo, invadida la de Coro, perdido todo el oriente de Caracas y ocupada por los facciosos la mayor parte del occidente, se concentraron nuestras fuerzas en los llanos de Carabobo en donde fueron batidas el 24 de junio de 1821.

El general en jefe se encerró con los restos en la plaza de Puerto Cabello, pero falto de víveres, de dinero y de todo auxilio

no podía sostener sobre cuatro mil hombres que además de los habitantes y muchos emigrados, contenía aquel corto recinto, así es, que fuera de la deserción que se experimentó se mandaron al interior con algunas tropas los jefes y oficiales de más opinión con el objeto de ver si era posible reunir dispersos y organizar partidas que hostilizasen al enemigo al mismo tiempo que por este medio se economizaban raciones.

A los pocos días se tuvo aviso de haberse sublevado los fieles corianos contra los rebeldes y ocupado la mayor parte de la provincia, con cuyo motivo se mandó un cuerpo de mil hombres y algunos elementos de guerra al mando del coronel Tello, que no tuvo un resultado feliz y regresó a la plaza el 28 de agosto.

La victoriosa división del brigadier Pereira que ocupaba a Caracas había capitulado ya en La Guaira, a resultas de la jornada de Carabobo y lo mismo hizo después la guarnición de Cumaná por la falta de víveres, no habiendo de consiguiente más tropas de operaciones en toda la Capitanía General que las que ocupaban a Puerto Cabello, disminuidas por las razones indicadas.

Con algunos recursos que obtuvieron de los emigrados españoles residentes en la isla de Curazao salió de orden del general Latorre con una expedición de 800 hombres sobre la costa de Barlovento, de la que regresé a la plaza el 23 de noviembre después de haber tomado el Puerto de Ocumare, batiendo antes la fuerza y apoderada de la artillería que lo defendía.

Aun cuando el coronel Tello abandonó la provincia de Coro, continuaron sus heroicos habitantes hostilizando a los enemigos, con cuyo motivo y el de la constante escasez de víveres que se experimentaba en Puerto Cabello, salió en aquella dirección el general Latorre el 12 de diciembre con mil hombres, logrando restablecer en ella la autoridad Real y haciendo capitular en el fuerte de la Vela a la división enemiga que lo ocupaba, quedando por consecuencia también dueño de aquel,

pero regresó a dicha plaza el 4 de febrero de 1822, dejando los cuerpos muy disminuidos de fuerza en la costa de San Miguel, a la boca del Tocuyo y volviendo los rebeldes a apoderarse de parte de aquel territorio.

El 23 del mismo mes de febrero me envió el anunciado jefe a hacerme cargo de dichas tropas, y verificado, marché sobre el enemigo, lo arrojé de toda aquella provincia de Coro, que estéril por naturaleza y con una serie de operaciones belicosas no interrumpidas, carecía absolutamente de todo auxilio humano, no siendo posible mantenerse en ella, apurados como estaban ya todos los recursos. Por lo que, reforzando con habitantes del país que logré alistar en nuestra bandera, traté de invadir la provincia de Maracaibo, que no había sufrido aún el peso de la guerra. Con increíbles afanes me hice de un número considerable de canoas o pequeñas barcas y ya habían embarcado en ellas parte de mi tropa, cuando los rebeldes que no tenían más que enemigos en todo el continente que mi corta división, trataron de envolverme con dos cuerpos además de las fuerzas de Maracaibo que debían obrar en combinación. No debiendo perder un instante, abandoné aquel proyecto, marché contra el que ya había ocupado la capital y lo deshice completamente, regresé sobre mi retaguardia amenazada por los de Maracaibo a quienes obligué a reembarcarse y dirigiéndome en seguida sobre el cuerpo más fuerte, que mandaba el director de la guerra Soubllette, al que ya se habían reunido los dispersos del primero, lo batí el 7 de junio, después de un tenaz y disputado combate dado en el pueblo de Dabajuro. Desembarazado de tantos enemigos, volví a mi proyecto de invadir a Maracaibo y estaba ocupado de él, cuando recibí orden del general Latorre para que trasladase a Puerto Cabello con el objeto de hacerme cargo del mando del ejército y de las provincias por habersele conferido el de la isla de Puerto Rico; y no pareciéndome oportuno

dejar mi división expuesta a los esfuerzos de los enemigos, regresé con ella a dicha plaza, en donde entré el primero de agosto, tomando posesión el 14 del referido destino.

A dos mil hombres valetudinarios y quince días de una miserable ración, habían quedado reducidos todos nuestros recursos, después de tantos desastres: vistos era que con tan débiles fuerzas no era posible combatir a los enemigos en el centro de su poder, ni menos permanecer en la plaza por falta de víveres, exigiendo tan apurada situación providencias prontas y decisivas. Asolado todo el extenso terreno de Venezuela por doce años de una lucha constante y general, me resolví llevar adelante la invasión de la provincia de Maracaibo, que, como he indicado, todavía no había sufrido los desastres de la guerra, y que aislada por todas partes podía mantenerse en ella, mientras que el Supremo Gobierno mandaba capaces de hacer variar el desesperadísimo aspecto de los negocios. A mi aproximación a Puerto Cabello levantaron el sitio los enemigos, el director de la guerra Soublette había reunido nuevas fuerzas y marchando sobre Coro con el objeto de lavar la afrenta de Dabajuro y exterminar a sus fieles habitantes: para impedirlo y alejarlo del que iba a ser teatro de mis operaciones, salí de la plaza el 8 de agosto, doblé la cordillera y bajé hasta las inmediaciones de la ciudad de Valencia. Los enemigos desplegaron todas sus fuerzas en la llanura provocándome el combate con su numerosa caballería, de cuya arma no tenía yo ni un solo hombre y creyéndose seriamente amenazados retrocedió Soublette de Coro con tanta precipitación, que la mayor parte de sus tropas quedaron cansadas y dispersas en tan dilatada marcha.

Quince días permanecí a su frente consumiendo las pocas acémilas y algunos borricos que se recogieron y ya logrado mi objeto retrocedí en la noche del 22 al 23 del propio agosto cuando ya estaban preparados todos los buques y embarcándome

con 1200 hombres fatigados y hambrientos y seis días de corta y mala ración di la vela el 24 con dirección a la costa de la Guajira de muy difícil acceso por la braveza de las olas, no haber puerto, ni cala conocida ni resguardo y estar todo el país habitado por los indómitos guajiros, indios gentiles que jamás habían domeñado su cerviz al gobierno español. El 28 se verificó el desembarco con indecible riesgo y trabajo, como la mar no permitía permaneciesen allí los buques di orden que se dirigiesen a la boca del Saco de Maracaibo para llamar la atención a los enemigos por aquella parte. Con solo tres puñados de maíz en grano tostado y una galleta por persona, desde el general inclusive hasta el soldado y todos igualmente a pie, sin apoyo, sin retirada y sin más medios de salvación que la victoria, nos lanzamos por aquellas costas áridas que no habían hollado planta civilizada; el hambre, la fatiga y la sed fue inexplicable. Sin más guía que el sol y las estrellas caminamos día y noche hasta el primero de septiembre que avistamos la línea fortificada de Garabulla, en que empieza el territorio de Maracaibo y que se había establecido para contener las perpetuas tentativas de aquellos indios feroces. Tomando un poco de descanso se acometió a los enemigos con el furor que inspira la desesperación. El éxito no podía ser dudoso, todos los obstáculos fueron vencidos y en poco tiempo nos apoderamos de 27 piezas de artillería y otros efectos de guerra, así como de ganado con que se alimentó la tropa abundantemente.

De la celeridad dependía el buen resultado de esta empresa atrevida y por lo tanto me puse en persecución de los enemigos en el mismo día. Al siguiente que era el dos de septiembre, descubrimos las fuerzas reunidas de los rebeldes en Sinamaica, punto fortificado por la naturaleza, y atacándoles con igual decisión fueron rotas con grandes pérdidas, cayendo en nuestro poder su artillería y otros despojos de guerra.

El 3 se continuó la marcha hasta el caudaloso Sucuy, que siendo invadeable y habiendo retirado los rebeldes todas las canoas, nos vimos en la situación más crítica; pero afortunadamente se apareció un indio en una que atrayéndolo con dádivas nos proporcionó cuatro piraguas en las que después de rechazar con la fusilería las lanchas cañoneras enemigas, que se presentaron a impedirnos el paso, pudimos trasladarnos a favor de la obscuridad de la noche, y con inmensa fatiga a la parte opuesta del indicado río anticipando un cuerpo de cazadores al mando de los bizarros coroneles don Narciso López, del Regimiento de Húsares de Fernando Séptimo y don Tomás García, del primer batallón de Valencey que llegaron con tanta oportunidad como que pocos momentos antes tuvieron que lidiar con una división enemiga que arrollaron con el mayor denuedo, la que si se hubiera posesionado de aquella orilla era muy factible que hubiese terminado mi empresa desgraciadamente.

Proseguimos la marcha y llegamos al punto de Salina Rica en que enemigos tenían reunidas todas sus fuerzas traídas con la mayor presteza de todos los pueblos inmediatos que ocupaban. Defendidos estos por la laguna del mismo nombre y en la indispensable necesidad de atravesarla, lo practicaron nuestras columnas con el agua al pecho arrojándose con intrepidez sobre las contrarias, fueron estas batidas completamente, y ocupamos en consecuencia la ciudad de Maracaibo, 8 de septiembre, cubiertos de gloria, de trofeos guerreros, y en medio de las aclamaciones de sus habitantes que en general habían estado siempre la más firme adhesión a nuestro Soberano.

A pesar de tan felices resultados, faltaba aún que allanar el obstáculo del Castillo de San Carlos, situado a la entrada de la Barra y sin cuya posesión no podían penetrar nuestros buques en la laguna, quedando por consiguiente aislados e incomunicados con el exterior, por cuya razón se emplearon desde el mismo día

de la acción de Salina Rica todos los medios de la persuasión y de las amenazas para obligar su comandante a capitular, como lo verificó en efecto el mismo día 8, entrando en el Puerto dichos buques armados, que se habían mantenido aquellas aguas desde que desembarcó el ejército en la Guajira.

Restablecido el Gobierno Real y constituidas las autoridades correspondientes, me apresuré a recorrer toda la circunferencia de aquella extensa laguna, limpiándola de corsarias cañoneras enemigas que impedían el tráfico y apoderándome de los pueblos situados a sus orillas, cuyos habitantes nos recibieron con el mayor entusiasmo y aun en el de San Carlos del Zulia se habían sublevado con anticipación, asesinando al gobernador de la provincia y otros corifeos revolucionarios que se habían fugado de la capital. Empleado en esta correría el resto del mes de septiembre y parte del de octubre, regresé a aquella en donde me ocupaba en organizar, vestir y fomentar mi corto ejército, cuando así los rebeldes de todo el Virreinato de Santa Fe, como los de Venezuela, hicieron todos sus esfuerzos para destruir en su nacimiento tan arriesgada empresa. Una división de 1200 infantes y 160 caballos salida de Río Hacha se presentó al principio de noviembre cerca de la línea de Garabulla, salí a su encuentro con mil de los primeros y cincuenta de los segundos, pasé el Socuy y aun cuando los enemigos, dejando las mochilas en sus puestos se arrojaron impetuosamente sobre mis columnas fueron recibidos con firmeza y a la vez envueltos de manera que toda su infantería, armamento y equipaje quedó en nuestro poder.

Mientras tanto habían vuelto a ocupar los rebeldes la confinante provincia de Coro, que era muy conveniente arrancar de sus manos. Al efecto me embarqué con 800 hombres y desembarcándolos el 2 de noviembre en el punto del Ancón marché sobre la capital de que me posesioné el 2 de diciembre, desbaratando las partidas enemigas que intentaban detenerme y continuando hasta

el pueblo de Sabana Redonda, me encontré con todas las fuerzas contrarias situadas en posiciones muy difíciles y apoyadas en varios reductos artillados que fueron tomados el 6 con muchos prisioneros, arrojando a todos los disidentes de toda la provincia y regresando el 17 de Maracaibo con aquellas sufridísimas y valientes tropas.

Destruídos los enemigos por el oriente y occidente de la laguna, se presentó el cabecilla Lino Clemente con un cuerpo respetable por el norte y a los cuatro días de haber regresado de Coro, esto es el 21 de diciembre, me embarqué en su busca y desembarcando el 24, penetré por un territorio asperísimo, montuoso y de difícil acceso, que aquel defendía paso a paso; pero sucesivamente fue arrojado de sus ventajosas posiciones y derrotado al fin en los puntos de Motatán y Sabana Larga, se puso en precipitada fuga, dispersándose completamente, y posesionándonos de la ciudad de Trujillo y de los recursos que había depositado en ella el enemigo.

De un modo tan glorioso para las armas de S. M. terminó el año 22, no siendo posible sin conocimientos del país, penetrarse bien de las inmensa fatigas y privaciones y peligros que en cuatro meses de incesante movimiento sufrió aquel corto número de valientes servidores del mejor de los Reyes, sostenidos por solo su entusiasmo y la victoria, habiendo de arrancar al enemigo todos los elementos de guerra y boca, con lo demás indispensable para el sostén de un ejército.

Noticioso de que del Reino de Santa Fe bajaba el caudillo Urdaneta por los valles de Cúcuta en auxilio de Lino Clemente y deseando yo explorar la opinión de todo aquel país, escogí 400 valientes para salir al encuentro haciéndole retroceder el resto de mis tropas a Maracaibo. A principios de enero de 23, emprendí la marcha atravesando el formidable páramo de Mucuchíes, la ciudad episcopal de Mérida, el caudaloso Chama, cuyo puente pude

salvar del fuego que le habían prendido los enemigos, y toda aquella espesa cordillera la ciudad de La Grita, libertándome yo y mi plana mayor de un inminente peligro en la hacienda de Estanques en que aquellos habían preparado un hornillo o minas para volar la casa en que por necesidad debía pernoctar y de que fui avisado por un vecino. Los rebeldes fueron arrollados en cuantos puntos me esperaron a pesar de su mayor número, retirándose a dichos valles de Cúcuta en que habían reunido las fuerzas que sin interminación venían de todo el Virreinato.

En esta dilatada marcha se me presentaron muchos afectos a la causa del Rey N. S.: procuré confirmarlos en sus buenas disposiciones: organicé varias guerrillas que hostilizasen al enemigo, y no siendo posible con mi corta fuerza adelantar más las operaciones por aquella parte, me retiré por la enfermiza costa de Zulía, después de haber sufrido las más horribles privaciones y embarcado me trasladé por la laguna a Maracaibo el 23 de enero.

Tantos y tan rápidos sucesos, coronados siempre por la victoria, habían despertado la felicidad abatida por todos los países confinantes a Maracaibo. Numerosas partidas se habían formado por Carora, Bailadores, Cúcuta, Valle Dupar, Ocaña y provincia de Santa Marta, pero retirada nuestra escuadra desde Puerto Cabello a la Habana, bloqueada esta plaza y la boca del Saco de Maracaibo, destituido de los recursos que debía esperar del exterior y reducido el casco de aquella ciudad a donde habían acudido empleados y emigrantes de todo el continente perdido, mi situación era siempre crítica y muy difícil desenvolverme de ella sin auxilios de consideración. Los víveres y municiones de guerra empezaban a escasear y con lo poco que había era necesario proveer a dicha plaza de Puerto Cabello, al castillo de la Barra a los hospitales, siempre llenos de enfermos y heridos, a la maestranza, a la escuadrilla y a todas las partidas anunciadas.

Desolado todo el continente y reducidos sus habitantes a la miseria más extrema, aborrecían en general a cualquier partido que de mano armada les arrancase el bocado con que sostenían su triste existencia. En tal estado era imposible subyugar a la vez el Virreinato de la Nueva Granada y toda la Capitanía General de Venezuela, si no contaba con algún metálico para pagar lo más necesario, único como con que podía conservarse la opinión que aún tenía la causa Real en los pueblos, fomentarla, y no acabar de exasperar con la exacción y el merodeo a los inermes habitantes.

Tres Reales Órdenes se habían expedido para que por la Tesorería de La Habana se auxiliase al ejército de mi mando, y tanto en los primeros momentos en que me encargué de él como después, insistí vivamente por que se le diese cumplimiento, y aun esperaba fundamentalmente que se verificaría por medio de la Escuadra que se había trasladado a dicha isla desde Puerto Cabello.

Mientras tanto los enemigos tenaces siempre en el empeño de destruir mi corto ejército, movieron en dirección de Maracaibo y de los puntos en que operaban nuestras guerrillas todas sus fuerzas marítimas y terrestres, después de dejar bloqueada la plaza de Puerto Cabello. En Río Hacha formaron un cuerpo de 3000 infantes, 300 caballos y diez piezas de artillería para acometer: por el sur debían operar los organizados en Cúcuta y Trujillo, por el oriente otro cuerpo de ejército que debió ocupar a Coro, y por la boca del Saco las fuerzas sutiles que habían venido con el objeto.

Rodeado, pues, por todas partes, mi plan de defensa estaba bien marcado, reducido a resistir desde la ventajosa posición de Maracaibo todos los combates, reorganizar mis fuerzas debilitadas con tantas fatigas, aumentarlas en lo posible con los mismos habitantes, y esperar los auxilios indicados y la escuadra para operar decisivamente por donde ofreciese mejor resultado.

El ejército enemigo de Río Hacha se acercó en efecto al Valle Dupar, pero dos columnas que destaqué sobre él y una terrible epidemia de viruelas lo hicieron desaparecer. El fuerte destacamento y guerrillas que yo había dejado sobre el Catatumbo y Río de Cúcuta contuvieron y escarmentaron a la división enemiga apostadas en aquellos valles, y lo mismo hicieron con la de Trujillo las partidas y vecinos fieles que en mi marcha por aquellas cordilleras había organizado y electrizado por la buena causa. Las tropas enemigas reunidas en Carora, batieron la corta fuerza que guarnecía a Coro; pero inmediatamente mandé un refuerzo que las arrojó de aquella provincia.

Al paso que llenaba mi plan de un modo tan satisfactorio no me descuidaba en formar fuerzas sutiles que conservasen la superioridad de la laguna y nos proporcionasen auxilios y una rápida comunicación con los distintos puntos de su circunferencia. No es dable explicar el entusiasmo y decisión con que los individuos de la maestranza de aquella ciudad trabajaron en todos los objetos del servicio sin más recompensa que una ración escasa y precaria. Los cuerpos cortaban y conducían la madera y todos los individuos del ejército contribuían a porfía a tan laudable objeto. Se habilitaron varios bergantines y goletas mercantes tomadas a mi ingreso en aquella provincia y se construyeron algunas lanchas cañoneras, entre ellas dos de tres palos de 31 pies de quilla y 18 de manga.

Todo esto había tenido lugar en los meses de febrero y marzo después de mi regreso de la cordillera de Mérida y Cúcuta; y no obstante los golpes sufridos por los enemigos, como aquel inmenso continente le ofrecía recursos inagotables, volvieron en el mes de abril a agolpar fuerzas sobre los mismos puntos, mas nada recelaba yo cuando supe que el primero de mayo había derrotado el brigadier Laborde la escuadrilla enemiga que bloqueaba a Puerto Cabello y que conducía dinero para el ejército

de mando, únicos apoyos que esperaba para emprender las operaciones ofensivas y que deseaba con tanta más ansia, cuando ya me iban faltando los recursos de toda especie.

Pero cuando tocábamos el término de tantos afanes y esperábamos coger el fruto de una campaña tan inaudita, un accidente desgraciado eclipsó y vino a sepultar al fin tan bellas esperanzas.

Laborde no persiguió a dos bergantines enemigos y una goleta salvados del combate, que uniéndose a los que bloqueaban el saco de Maracaibo se decidieron a pasar la barra e introducirse en la laguna, único medio de lavar su reciente afrenta, evitar ser atacados en alta mar por nuestra escuadra y de aislarme y de facilitar a sus tropas el ataque por tierra, y aunque según la opinión de los marinos que había allí no podían verificarlo con bergantines de guerra, ellos lo practicaron sin embargo, el 8 de mayo con tres de aquella clase, tres goletas grandes y de gavia y dos de velachos, aprovechando la pleamar y una brisa fuerte y perdido solamente el mayor de sus bergantines por los fuegos del Castillo, los otros dos vararon en el pedazo de canal que llaman el Tablazo, colocándose delante los demás buques para ocultármolos; pero pasando yo a reconocerlos no me equivoqué en mi concepto, si bien fueron de opinión contraria dos oficiales de Marina y también los mercantes, haciéndome desistir del combate que deseaba yo con vehemencia se efectuase en aquel instante y dando lugar a que los hiciesen flotar y penetrasen en la laguna.

La esperanza del pronto auxilio de Laborde hacía sobrellevar con paciencia y aun con el más decidido entusiasmo, este contraste que amenazaba las más terribles consecuencias. Todo mi conato era aumentar las fuerzas sutiles, echando mano de cuantos buques había en el puerto y en sus inmediaciones, así logré en efecto armar cuatro bergantines, 11 goletas y 16 lanchas cañoneras.

Viendo que Laborde no llegaba, ni los enemigos emprendían ninguna operación sobre mi escuadrilla, y temeroso de que aumentase sus fuerzas con los barcos y lanchas que pudieren recoger en la laguna, traté de hacer un ensayo sobre ellos el 19 del mismo mes de mayo. Ya el comandante de nuestras fuerzas había apagado los fuegos del bergantín que montaba el jefe de los enemigos y arrojándose sobre él al abordaje, cuando fue muerto en aquel acto y también su segundo, se retiró su buque, siguiéndole los demás y salvándose los enemigos por este accidente desgraciado.

Situados estos entre la ciudad y el castillo de la Barra y también entre las fuerzas sutiles que tenía yo apostadas en el Sucuy, por donde intentaban atacarme los rebeldes del Río Hacha, era indispensable sostener continuos choques para auxiliar a los dos puntos de víveres y demás necesarios. Aprovechando una calma dirigí a principios de junio una de mis más ligeras cañoneras al Castillo, llevando otros dos en conserva hasta el tablazo, pero, saliéndoles al encuentro tres goletas enemigas y varios botes trabaron un reñido y desigual combate, lo que observado por mí fui en su auxilio con los demás barcos menores, mas levantándose al mismo tiempo un viento fresco, dieron la vela todos los enemigos que vomitaban el terror y la muerte sobre los nuestros sumamente pequeños, obligándonos a retirar con el sentimiento de dejar varada la cañonera de mi diligencia, cuya pérdida siendo muy sensible en aquellas circunstancias me precisó a que en la oscuridad de la noche y a beneficio de un fuerte temporal volviese personalmente con varios botes y la salvase, no sin muchos riesgos y de los mayores esfuerzos.

Las fuerzas terrestres principales de los enemigos, que eran los de Río Hacha, se habían aproximado al Sucuy y siendo el único puesto que ofrecía un cuidado serio, había apostado allí la mayor parte de las mías, para que en unión de las sutiles cubriese

aquel paso, dejando en Maracaibo 300 hombres y un batallón a una legua de distancia que los auxiliara en caso necesario.

Hallándome revistando dichas fuerzas del Sucuy, atacó la escuadrilla enemiga a la ciudad, teniendo ya a bordo la división de Trujillo que había tomado en el punto llamado Gibraltar. Disparando activamente toda la artillería de sus buques sobre la población, apagaron los fuegos de la batería que había a la entrada del puerto y barriendo de flanco las calles desembarcaron sus tropas y trabaron un vivo combate con la corta fuerza anunciada, que los rechazó varias veces, pero reforzándose los enemigos continuamente penetraron ya de noche hasta la plaza en donde se renovó la pelea con encarnizamiento, retirándose al fin los nuestros en orden, mas encontrándose con dos compañías que iban en su auxilio retrocedieron y arrollaron a los enemigos hasta el mismo puerto. Reforzados estos nuevamente se peleó con tenacidad, todos mezclados y en la más horrible confusión, hasta que al fin cedió nuestra corta fuerza y abandonó la población.

Puesto yo en marcha en dirección a la ciudad, destaqué el 18, doce jefes y oficiales que habían montados a reconocer el enemigo, los que llevados de su arrojo penetran por las calles y degüellan a cuantos se encuentran y los demás puestos en confusión se embarcan precipitadamente en sus botes y lanchas, regresando aquellos con varios prisioneros.

El 19 entro en la ciudad y aunque los enemigos seguían fondeados en el Puerto, se colocaron partidas de tiradores en la costa, que con sus fuegos los obligaron a dar la vela yendo a fondear a los de Altagracia en donde tenían ya su división de Carora, que había penetrado en Coro y arrojado de aquella provincia las fuerzas que yo mandé a recuperarla dos meses antes.

Con este nuevo apoyo, trató el comandante de la escuadrilla enemiga de batir y destruir la nuestra que defendía el paso de

Sucuy y detenía las tropas del Río Hacha, pero, aunque le dio tres ataques impetuosos el 23 de junio, en todos fue rechazada bizarramente con mucha gloria de nuestras armas.

Tantos y tan rápidos ataques y conflictos acompañados de las más estrechas necesidades habían precedido desde que Laborde batió a los enemigos en las aguas de Puerto Cabello, cuando se apareció del 8 al 10 de julio en los Taques a 20 leguas de Maracaibo, avisándome mandase por 25 000 pesos que tenía a bordo, de los 60 000 que se le habían entregado en La Habana con orden expresa de ponerlos en mis manos, y que no podía permanecer allí por cuanto el tiempo no lo permitía; y como esta la única áncora de salvación que nos quedaba y por lo que se habían hecho inauditos esfuerzos por sostenernos en aquel punto, la desesperación fue general, siendo por de contacto inútil el dinero, cuando ya no se podía hacer uso de él. En uno de mis buques más velero, mandé que un ayudante se avistase con él y le manifestase nuestra crítica situación y la necesidad de que se hiciese cargo de la escuadrilla y que llevase consigo una de las corbetas de su mando y las lanchas que pudiese armar, para todo lo cual le auxiliarían los buques menores que apostaría yo al abrigo del castillo de la Barra, pero se apareció él solo en el mismo buque que ya había mandado con algunos oficiales y marineros.

Trasladada toda mi escuadrilla a la barra la organizó en los términos que le parecieron convenientes y todo ya dispuesto para el combate, intimó la rendición a la enemiga, que fue desechada. Manióbró en su busca y ambas fondearon una enfrente de otra a tres cuartos de legua de Maracaibo el 23 de julio, quedando la nuestra inmediata a la costa. El 24 a las tres de la tarde, hallándose Laborde en tierra empezaron a dar la vela los enemigos con rumbo sobre nuestra escuadrilla y aunque aquel se embarcó inmediatamente, nuestros buques se mantuvieron anclados en cuya disposición fue cortada la línea por los rebeldes, apoderándose

de nuestras lanchas cañoneras, la goleta que mandaba Laborde y la que nombraba la Zulía, que perdió diez oficiales y 250 hombres de tropa. Aunque en actitud tan desventajosa la mayor parte de nuestros buques se batían con heroísmo, dos se volaron, otros sufrieron repetidos abordajes, y de solo la tropa del ejército embarcada se perdieron 69 oficiales y más de 600 soldados.

Con este desgraciadísimo suceso quedó el ejército aislado al casco de Maracaibo y expuesto a ser acometido a la vez por las fuerzas enemigas que de todos los puntos de un inmenso continente se habían agolpado sobre aquel único en que tremolaba el pabellón español. Dueños absolutos como eran de la laguna y del paso del Sucuy, que había contenido hasta entonces al ejército de Magdalena, todos los elementos de guerra escaseaban en el mío y aún más los víveres, sobrellevando con resignación tan cruel penuria, así mis tropas como los fieles y heroicos habitantes de Maracaibo, que pasaban días enteros sin alimentarse. En tan triste situación no había más medio de salvación que capitular; y aunque estábamos dispuestos a sostener a todo trance el honor de las armas de S. M. en caso de que los enemigos prevalidos de nuestra desgracia quisiesen abusar de su victoria, ellos sin embargo nos temían y trataron de evitar los efectos de la desesperación, ofreciéndonos la capitulación más honrosa que había obtenido ningún ejército Real de Ultramar. Todas las armas, todos los jefes y oficiales, sobre mil hombres de tropa y más de seiscientas familias de Maracaibo fueron conducidas a Cuba a costa de los disidentes, y además dos obuses, dos piezas de batalla, 20 quintales de pólvora y 200 cartuchos de fusil, saliendo yo en la única goleta salvada del combate del 24, tremolando el pabellón español por delante y flameando también en la plaza hasta haberseme perdido de vista la escuadrilla enemiga que lo saludó; siendo tan particular la exactitud del cumplimiento de esta circunstancia, que hasta tuvieron la condescendencia de

permitirme mandar uno de mis ayudantes a Puerto Cabello con el objeto de dar órdenes a su gobernador, aunque con el pretexto de extraer los papeles de mi secretaria.

Así se terminó una campaña emprendida con 1200 hombres desfallecidos, sin artillería ni más municiones que las que llevaba el soldado en su cartuchera, sin más vestuarios que lo encapillado, sin más víveres que tres puñados de maíz, sin un caballo, sin un real; combatiendo siempre, recorriendo un dilatado, árido, desolado y mortífero territorio; conmoviéndolo todo en favor de la causa del Rey; adquiriendo todos los elementos de guerra, equipo y boca por medio de la victoria; fomentándose su fuerza, no obstante el incesante combatir, hasta 1400 hombres; y formando casi por sus propias manos una escuadrilla respetable que dirigida con mejor suceso y con los auxilios oportunos que debieron recibirse de La Habana, hubiera facilitado nuevos días de gloria y la pacificación de Venezuela. Doloroso es por cierto el resultado, pero en medio de la desgracia esta corta e inaudita campaña cierra dignamente el cuadro horroroso, pero heroico, de los sufrimientos de los leales en los 14 años que duró la sangrienta lucha de aquellas provincias.

La plaza de Puerto Cabello fue tomada por asalto el 7 de noviembre, siguiendo a cuya consecuencia capítulo el castillo principal que carecía de víveres, con lo que cesó de tremolar el pabellón español en todo el territorio de costa firme.

Recapitulando cuanto va expuesto, resulta, que desde el 19 de abril de 1810, en que ocurrió la revolución de Caracas, los leales no han dejado ni por un momento las armas de las manos, sucediéndoselos acontecimientos con una rapidez asombrosa: que apenas pacificando un extremo ya la tea de la discordia ardía por el otro, incendiando aceleradamente todo el territorio. En la primera época de 1810 a 1812 se ve a los cortos recintos de Coro, Maracaibo y Guayana lidiar contra todo

el poder de los rebeldes. Pacificadas las provincias a fines de agosto de dicho año 12, por Monteverde, en septiembre y octubre es invadida la de Barinas, las conspiraciones se suceden unas a otras, y en enero de 1813 se combatía en todos los ángulos de la Capitanía General. Cuando en abril de 1815 llegó el ejército expedicionario, se acababa de pacificar el oriente de las provincias, se sostenía aún la guerra por el occidente con los enemigos del Virreinato de la Nueva Granada y la isla de Margarita eran aún el receptáculo de todos los malvados. Ocupada esta en dicho mes y aun antes del de julio en que el general Morillo salió para Cartagena, se sostenía todavía la guerra por el occidente de las provincias, y por el interior; y a los dos o tres meses se combatía en todas aquellas con igual furor; sin que cesase ya la guerra hasta mi salida de Maracaibo, y pérdida de Puerto Cabello en 1823.

Si por el incesante combatir de 14 años, por las privaciones, por la calidad del clima y por toda clase de sufrimientos se han hecho dignos de consideración los sostenedores del trono en Venezuela, sublima aún más su mérito el desprendimiento sin ejemplo que han ostentado en todas ocasiones transmisibles por cierto a la posteridad.

En efecto, prescindiendo de los acontecimientos en los años de 10 y 11, se verifica la asombrosa e inesperada pacificación del de 12 bajo la dirección del general Monteverde, entonces capitán de fragata en que los cuerpos, las divisiones y todos los destinos de un ejército eran desempeñadas por oficiales subalternos, y nada parecía más natural que el que obtuviesen los empleos correspondientes a tales mandos. Así se practicó en España en la guerra de la independencia: y así se ha practicado también en todos los ejércitos de operaciones de Ultramar y aun lo exigía el orden y la regularidad del servicio; mas sin embargo se concluyó aquella gloriosa campaña y no se obtuvo

ni un ascenso, ni un grado, ni un escudo ni el menor signo, en fin, que recordase un acontecimiento tan memorable, acompañado de hechos y acciones las más heroicas.

Apenas ocupadas las provincias, se enciende segunda vez la guerra del modo más atroz y sin entibiarse en lo más mínimo el ardor de tan fieles vasallos se les ve con más decisión, si cabe, correr todos los trances de una campaña sangrienta en que no se daba cuartel ni al más ínfimo soldado. Piérdanse las provincias en agosto de 1813, y los restos heroicos salvados de tan general naufragio se arrojan a la lucha más obstinada, más cruenta y más desigual que se ha conocido. Síguese ese catálogo asombroso de combates, los ejércitos se pierden y reorganizan sin cesar, todas las fuerzas infernales parecen apoderarse de los habitantes de Venezuela, las derrotas se alternan con las victorias, los realistas tienen que contrastar con su heroísmo, con su actividad y con sus virtudes la inmensa superioridad del enemigo. ¿Y qué ascensos produjo la época más memorable de aquellos fastos sangrientos? Yáñez que tanto se distinguió desde los primeros momentos de la revolución y que fue la piedra angular de la segunda pacificación, murió de capitán con grado de teniente coronel, mandando el ejército de Apure. Boves, a quien obedecían más de 14 000 hombres y que anonado el poder colosal de Bolívar descende cubierto de laureles a la tumba con la graduación de capitán. Capitanes éramos los segundos de los ejércitos, capitanes los jefes de las divisiones, de los cuerpos, del Estado Mayor; sucedíanse rápidamente los combates, conquistábamos provincias y la graduación siempre era y fue la misma, hasta la entera pacificación, excepto cuatro tenientes coroneles que promovió el general Cagigal poco antes de concluirse la campaña. Y no se crea por esto que aquellos hombres verdaderamente heroicos estaban descontentos con su suerte: el más activo entusiasmo, la unión más estrecha entre todas las clases

y castas, la alegría más pura reinaba en todos, en medio de tantos horrores y padecimientos; combatamos, exterminemos a los enemigos de nuestro adorado Monarca que después recibirá cada uno el premio a que se haya hecho acreedor, era la expresión de todos. Dificilísimo será creerlo, pero ello es cierto y lo atestigua el resultado, que cuando se trató de ascender a algunos hubo una repugnancia invencible y que solo por no faltar decididamente a la subordinación admitió alguno que otro los grados expresados. Del mismo modo que en la anterior pacificación de Monteverde, no se conoció en esta, ni se conoce una cruz ni distintivos que marque el todo ni una de tantas acciones distinguidas como la acompañaron. ¿Qué sitio más tenaz y acompañado de mayores angustias que el de la plaza de Puerto Cabello desde primero de agosto de 1813, hasta principio de julio de 1814? Todo seguía igual parangón, no se conocían las pagas, los alojamientos, las tiendas de campaña, los vestuarios no había más que una ración de carne insípida, sin sal. Igual era en todo el oficial al soldado: tratábanse como padres e hijos: se corregían del mismo modo, y esta uniformidad sostenía el contento y la opinión de todos. Esta época la más memorable de la revolución de Venezuela es al mismo tiempo la menos conocida, ya porque los ruidosos acontecimientos de Europa absorbían toda la atención, y ya porque los que le sucedieron en la misma costa firme a la llegada del ejército expedicionario daban bastante en qué fijarse para no acordarse de lo pasado. Así, pues, corrieron cinco años de vicisitudes las más extraordinarias, sin más galardón que el puro placer de haber derramado su sangre por la más justa de todas las causas. Algunos creerán acaso que aquellos ejércitos se componían de tropas colectivas desordenadas y cobardes, mas el contrario eran los batallones más arrojados y valientes, eran, en fin, los mismos que después sostuvieron centenares de combates al lado de los

guerreros más denodados de la Europa y de la misma clase de los que por último nos arrojaron de toda la América Meridional.

Llegado el general Morillo se hizo ya la guerra con más método y regularidad porque ocupada de antemano la capital y restablecidas las autoridades y todos los ramos de la administración, partía todo de un centro común. Los ascensos fueron también arreglados a la ordenanza, si bien con la sobriedad propia de un jefe tan amante de un sólido y verdadero mérito; basta decir que solo dos mariscales de Campo han producido una guerra de 14 años, la más fecunda en combates y sufrimientos. Mas, no por estas circunstancias ciertamente ventajosas pudo evitar su genio e incomparable actividad las penalidades más intensas a los individuos del ejército de su mando, dignos por cierto de compararse a los campeones más ilustres de la antigua Grecia.

¿Y qué resta ya de esa multitud de guerreros que sostuvieron la autoridad Real en Venezuela? El corazón se conmueve al contemplarlo. De los que contribuyeron a la pacificación del año 12, muy pocos existían al perderse las provincias a mediados del 13, en que ya se hacía la guerra a muerte; y desde esta época hasta la evacuación del territorio se segaban las generaciones en los ejércitos con más rapidez aún que los frutos de los campos: acaso no llegaran a mil de todas las clases los que den testimonio de tan cruel lucha.

Por todas estas circunstancias y por la no interrumpida guerra que se ha hecho en aquellos países soy de dictamen.

Primero: Que el abono del tiempo doble de campaña que el Rey N. S. se ha dignado conceder a algunos de los ejércitos de operaciones de Ultramar empiece por regla general en Venezuela desde el 19 de abril de 1810 en que se sublevó la capital hasta 7 de noviembre de 1823, en que se rindió la plaza de Puerto Cabello.

Segundo: Los individuos del ejército de Venezuela que existían en ella cuando la revolución empezarán a disfrutar del tiempo

doble desde que se presentaron a los recintos fieles de Guayana, Coro y Maracaibo.

Tercero: Los que con motivo de la revolución tomaron las armas, disfrutarán de dicha gracia desde que empezaron a servir, con tal que lo verificasen, sin más intermisión que las de seis meses, puesto que aconteció retirarse muchos a sus casas, concluida la pacificación, o cuando las operaciones se alejaban de los distritos de su residencia.

Cuarto: Las tropas expedicionarias contarán el tiempo doble desde el día que desembarcaron en aquellos países hasta en el que salieron de ellos, bien para la Península, o bien para la isla de Cuba y Puerto Rico, u otros puntos, pues por lo que respecta a la navegación ya tienen señalados el premio correspondiente en el Reglamento de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo.

Quinto: Los que en toda época de la guerra pidieron permiso para venir a la Península, u otros puntos de los dominios de S. M. no disfrutarán de tiempo doble mientras usaron aquél.

Sexto: Como sucedía que algunos oficiales en lo más crudo de la campaña y a consecuencia de los trastornos de aquel país, se trasladaron sin urgencia conocida a las colonias inmediatas extranjeras, no se les abonará el tiempo doble de servicio que permanecieron en ellas, a menos que justifiquen haberlo verificado en comisión de Real servicio, o con objeto de curarse heridas recibidas en la guerra.

Séptimo: Los oficiales que permanecieron entre los rebeldes hasta la entrada de las tropas Reales en ellos, bajo cualquier pretexto que fuese, no gozarán de la gracia expresada desde el día en que se verificó la rebelión hasta el que volvieron a incorporarse al Ejército Real.

Santa Cruz de Tenerife, 13 de enero de 1832.

**Breve e importante advertencia de ocho
españoles de Venezuela, emigrados y
residentes en Curazao, para la lectura y juicio
del manifiesto que publicó en La Habana.
Impreso en New York, el capitán de navío
don Ángel Laborde, contra el general en jefe
del Ejército de costa firme don Francisco
Tomás Morales**



Muy fácil es romper los piques de la decencia y traspasar los límites de la equidad, cuando las pasiones y no la razón guían la marcha del entendimiento humano. Muy fácil es juzgar mal del ánimo más inocente, cuando la ligereza de un espíritu acalorado, y no el buen juicio, es el garante del acierto. Cuando el sentimiento indestructible de la evidencia determina el ascenso de los hombres, aquellos que tienen interés en desconocerla se consumen en esfuerzos impotentes para destruir o hacer ilusorios sus efectos. Pero, al fin la verdad triunfa, el error se desvanece y los que inútilmente pretendieron desfigurarla se avergüenzan al cabo de sus intentos temerarios. La perpetuidad es negada al reino de la impostura, ni pueden las maquinaciones mejor combinadas eludir el convencimiento irresistible que nace de su evidencia general.

Conocemos al Excmo. Sr. mariscal de campo don Francisco Tomás Morales de vista, trato y comunicación hace muchos años. Conocemos del mismo modo por más de tres al capitán de navío don Ángel Laborde, y tiempo antes nos proporcionó una feliz casualidad noticias bastante exactas de su vida y milagros, de sus ideas religiosas y políticas, de su opinión en estos borrascosos tiempos; sin ocultársenos tampoco el gran séquito que todo esto le proporciona en Cubanacan; cuando he aquí que en la anarquía que nos dejó sumidos se nos aparece un angelical

folleto suscrito por su señoría contra el benemérito general Morales. Como obra suya y de sus colegas, autores en la parte principal de todas las desgracias de los buenos españoles de América, de la pérdida de ella y de que los insurgentes se hayan puesto en estado de acabar los restos de la fortuna nacional, al momento nos figuramos que la producción sería admirable y nos pusimos a leerla. Concluida la malicia y la sofistería, cuyo objeto no es otro que acertar furiosos tiros contra los que pueden descubrir la marcha tortuosa de sus procedimientos, y así se observa comúnmente que los hombres que defienden una mala causa siempre van armados, como Laborde en dicho folleto, de la calumnia, el sarcasmo y la mentira. Importa, pues, mucho manifestar al mundo político quién es el general Morales y quién este *marino*. La verdad lo exige, la justicia lo demanda, puesto que la mayor parte de los habitantes de la isla de Cuba acaso no conoce a los dos, y es preciso conocerlos para no errar el juicio.

El Excmo. Sr. don Francisco Tomás Morales tiene por carácter distintivo el amor y lealtad al Soberano; su moral es irreprehensible, y ni la ambición, ni la lascivia ni la soberbia le han dominado nunca. Jamás ha sido aficionado a Baco ni a lo ajeno. Desde el año de 10, todo su ejercicio ha sido la guerra a los enemigos del Rey. En ella ha probado más de cien veces, hasta la evidencia, su valor, su raro sufrimiento y su constancia; su cuerpo está cubierto de honrosas señales que lo atestiguan; su carrera ha sido marcada con acciones brillantes y gloriosas que elevaron su opinión hasta el más alto rango, le han ganado el mayor crédito entre los pueblos y le han hecho el terror de Colombia; terror que, a pesar de la desgracia del año último, no se ha desvirtuado en un ápice todavía. ¡Cuánto podríamos decir sobre esto si el tiempo nos lo permitiera! El general Morales es, por inclinación, carácter benéfico, generoso, amigo de todo el

que cree hombre de bien o buen español, como enemigo acérrimo de los traidores, de los ladrones, y, por su desgracia de los carbonarios, comuneros, soles y demás secretas y sediciosas reuniones.

Veamos ya quién es Ángel Laborde. Aunque bastaría decir que es masón de primera categoría, queremos ser más expresivos. Es enemigo del Rey por principios, amigo furioso de la proscriba Constitución; refractario en más de cuatro dogmas fundamentales de la sagrada religión católica, y en ideas políticas se identifica con los rebeldes de América. ¿Hay hechos, se nos preguntará, con que probar estos asertos? He aquí algunos de los que en este momento se nos vienen a la memoria, por más notorios y constantes. ¿Quién se presenta frente a Cádiz con seis cañoneras para jurar la Constitución a los primeros rumores de forzarse al Rey a jurarla? Don Ángel Laborde. ¿Quién a su funesta venida a costa firme apostó la plaza de Puerto Cabello de libros heréticos e impíos? Don Ángel Laborde. ¿Quién, subiéndose en una silla, brindó públicamente en la propia plaza por el exterminio de los viles restos de su cacareado servilismo? Don Ángel Laborde. ¿Quién ha dejado a los insurgentes tener buques armados y hostilizar y arruinar nuestro comercio? Don Ángel Laborde y su antecesor, de odiosa memoria, don José María Chacón. ¿Por qué causa se abandonó escandalosamente en mayo de 1821 la plaza de La Guaira y la bizarra del valiente coronel don José Pereyra, forzándola a rendirla a Bolívar y haciendo de este modo más aciaga y trascendental la batalla fatal de Carabobo, sino las pérfidas sugerencias de don Ángel Laborde, su notorio trabajo en el masón que mandaba La Guaira y el llevarse cuantos buques estaban en aquel puerto? ¿Por qué causa se perdió pocos meses después la interesante plaza y hermosa división de tropa de Cumaná? Porque Laborde, insensible a los clamores de su gobernador,

no obstante ser cahermano [*sic*], retuvo a bordo en su fondeadero de Puerto Cabello más de treinta días los víveres que debió llevarle volando y saliendo al cabo, llegó a los 43 de haberlos recibido y a los tres de estar rendidos; siendo lo gracioso que no tuvo el menor reparo ni delicadeza española de asistir al gran convite que dio el general Bermúdez con un motivo tan plausible para Colombia sin ofenderse, aunque se prodigaron por ambas partes muchos vivas a los *libertadores* de ambos hemisferios. ¿Por qué se perdió Maracaibo? Porque don Ángel Laborde, resentido de no haber podido catequizar al general Morales en favor de la Independencia de América y de la masonería, había jurado perderle. Y si no ¿a qué fin el brindis en esta isla por su exterminio...? Dicho y hecho, llegado Laborde a la fortaleza de la barra, nunca hubiera llegado, intimó al comandante Pasilla ocho días antes de atacarle; el 23 de julio de 1823 pasó aquel al Tablazo, retirándose este con sus buques a los llamados puertos de Altagracia. No hubo quien no se persuadiese de que aquel día habría sido Padilla completamente batido, según el infeliz estado en que se encontraba su escuadrilla, pero el *Ángel de nuestra desgracia* tuvo a bien bordear a la costa opuesta, donde para dar mejor éxito a sus ocultos deseos espera a los buques enemigos, arrejerando los nuestros por la popa, y así que los vio perdidos, dio la señal de retirada, entrando su merced el primero en el puerto y no el último como, sin vergüenza o por olvido dice en su grosero y falaz manifiesto, sin considerar que hay diez mil que lo desmientan.

Omitimos algunas comillas más, porque lo expuesto basta y sobra para probar nuestros asertos. Sin embargo, analizaremos en corroboración de todo que aquí, en nuestras barbas, celebró con los oficiales insurgentes del bergantín *Mosquito* las glorias que acababa de proporcionar a Colombia el 24 de julio en la laguna de Maracaibo y en su infeliz resultado.

Si alguno admirado pregunta qué motivo asiste a don Ángel Laborde para declararse así contra el general Morales, responderemos que no hay otra que el no ser este liberal en el sentido que los revolucionarios quieren, *comunero y jacobino*, como Laborde, sino al contrario, decidido por el Rey, enemigo acérrimo de esa comparsa de hombres inquietos y corrompidos, que, acordes en sus principios con los rebeldes, han cooperado constantemente y con toda eficacia a la pérdida de la América, en especial a la de costa firme.

Sepa, pues, el mundo entero que lo mismo que hace recomendable al general Morales, hace odioso a estos hombres desmoralizados, y lo que en su concepto forma los vicios y crímenes de su jefe, a quien los buenos de Venezuela miran como su esperanza, es el terror y confusión de los malvados; y sepa también que la única falta en Maracaibo fue no separar de su ejército una docena o más de traidores indignos de ser sus compañeros y creer que Laborde no era tan perverso.

En conclusión, decimos al autor y colaboradores, de tan artificioso y ruin papel que si con sus indecorosas operaciones creen perder la reputación del general Morales, de la honrosa senda que constantemente ha seguido, se llevan un solemnísimo chasco. No se nos ocultan los resortes que agitan la trama; su opinión contra el Monarca es bien conocida, su conducta, lo ha justificado, y su perdición es de esperar empiece tan luego como el Gobierno acabe de convencerse que su existencia es incompatible con la de semejantes servidores. Curazao, 13 de junio de 1824. Ocho emigrados.

Curazao. En la imprenta de la viuda de Ler y Corser.



Apuntes para la biografía del gran mariscal don Blas Cerdeña⁷

⁷ Dedicado a su hijo el señor mayor de artillería don Jose Cerdeña. Por Juan Vicente Camacho.

I.

El momento en que los actores de una revolución van a expirar ha dicho Thiers que es el más a propósito para escribir su historia, pues entonces se puede recoger el testimonio de ellos sin participar de todas sus pasiones. Esta gran verdad del célebre Salustio francés no lo es por desgracia en América. En medio de la grandeza de una revolución que conmovió todo el nuevo mundo, en medio de las dimensiones colosales de un levantamiento unánime de cuyo seno surgieron las grandes ideas de Independencia, Libertad, Derechos del hombre y Soberanía Popular, quedaron flotando como algas en la superficie de un mar irritado las mezquinas banderías de partido y las menguadas pretensiones de siempre mal entendidas rivalidades.

No ha habido una sola de las grandes figuras que han aparecido en nuestro cielo revolucionario que no se haya visto manchada por el hálito de la calumnia, nacida de las aspiraciones de cuartel, y más que todo de los deseos de mando. Estas calumnias, alimentadas por la natural propensión del hombre a creer siempre lo peor de sus semejantes, han vivido abultadas por la tradición, y han pasado en el juicio de la multitud a la categoría de verdades.

Ya apenas se ve como un astro errante alguno de los hombres que nacieron con la revolución y combatieron en más de

un campo glorioso por la nacionalidad americana; y sin embargo, nosotros sus hijos que debiéramos conocer su historia, y entregarla a la memoria como el catecismo de la verdadera libertad, damos oídos al grito de las pasiones lanzado en el borde de sus sepulcros.

Es esta una de las mayores desgracias de los hombres célebres de América.

No conocemos nuestra historia, y apenas repetimos los exagerados cuentos de algún viejo veterano que enaltece sus propios servicios al referirnos a las glorias de nuestros padres. De aquí nuestra falta de patriotismo; de aquí nuestro desdén criminal por los hechos gloriosos de nuestra historia que no nos avergonzamos de ignorar.

El monstruo de las guerras civiles siguió al humo del último combate, y descendiendo por este rápido declive, dejamos a la espalda lo grande del pasado para encenagarnos en las miserias del presente.

Estas tristes reflexiones nos ha sugerido la lectura que hemos repetido de los hechos de los tiempos gloriosos y de noble recuerdo para la causa americana, al tratar de pagar un justo tributo a la amistad que nos ligó con el noble veterano cuyas cenizas calientes aún, ya no tienen ni un recuerdo de la patria a quien consagró una larga vida de sacrificios.

Sin pretensiones de ninguna especie, vamos apenas a formar unos ligeros apuntes biográficos del gran mariscal don Blas Cerdeña, con la halagüeña esperanza de que un día mejor tajadas plumas suplan nuestra desaliñada narración.

II.

Don Blas Cerdeña nació en la Gran Canaria, pertenencia de la corona española, el 21 de febrero de 1792, del matrimonio

de don José Cerdeña y doña Teresa de Ayala, antigua y respetable familia de aquellas islas.

La holgada fortuna de sus padres le permitía recibir una educación tan esmerada como podía alcanzarse en aquellos tiempos de oscurantismo para las colonias españolas; y pasó su primera niñez bajo el techo paterno hasta el año de 1809.

Algunos quebrantos en su patrimonio, y más que nada la idea tan general en aquellas islas de que en América esperaba la fortuna a los españoles con los brazos abiertos, hicieron que nuestro niño abandonase su patria y se hiciese a la vela para costa firme a principios del citado año, echando ancla en las costas de Venezuela ya muy entrado el año. En esta Capitanía General se dedicó al comercio en unión de uno de sus tíos, pasando en esta tranquila ocupación algún tiempo hasta el año de 1815.

Para la mejor inteligencia de los hechos que van a enumerarse debemos dar una ligera idea de aquella época.

III.

Una revolución hubo en Caracas el 19 de abril de 1810, cuyo carácter singular ofrece vasto campo de estudio al hombre pensador. Hecha por un pueblo ignorante y sumido en la abyección y encabezada por jefes que obedecieron a la fuerza de las circunstancias, su principal objeto fue protestar contra la invasión de Napoleón en la Península y proclamar la legitimidad de Fernando en juntas populares, a usanza de las de Sevilla y otras ciudades de la Metrópoli. Pero fue tal y tan errada la política de los mandatarios españoles, que la convirtieron en una formal revolución de independencia de la madre patria, solemnemente declarada en el Acta del Congreso de 5 de julio de 1811.

La historia de estos cinco años hasta la llegada de la expedición de Morillo, cuyos bajeles fondearon en Puerto Santo a Barlovento de Carúpano el 3 de abril de 1815, está llena de tan grandes hechos que hoy parecen fabulosos; y al mismo tiempo manchada por crímenes tan repugnantes que estremece su recuerdo el ánimo más entero. Los nombres de Boves, Zuazola, Antoñanzas, González, Yáñez y otros monstruos que degradan la especie humana, han pasado a la posteridad con un nombre funestamente célebre; y sus hechos son de tan ruin progeñe que tiñen en maldad la pluma que los escribe.

Durante esos cinco años se vio a un puñado de hombres en franca y gloriosa lucha con las preocupaciones de un pueblo envilecido por largos años de despotismo, de un pueblo que les declaraba enemigos porque le querían dar libertad; a la vez que los amenazaba la feroz venganza de los peninsulares se veían, según la sencilla fe de entonces, perseguidos por la cólera del cielo, como si el cielo pudiese ser amigo de los tiranos y azotes de la raza humana. Sin embargo, perseguidos por todas partes, derrotados en cien encuentros, sin recursos, sin asilo, pues un espantoso terremoto acababa de reducir a polvo la capital y otras ciudades, no dejando de ellas, según la terrible expresión del Evangelio, piedra sobre piedra, se vieron sojuzgados pero no vencidos, y ocultos en los bosques como bandidos esperaban el momento propicio de volver a emprender la lucha obstinada que sellaron con su sangre.

En esta época principia la carrera militar de Cerdeña.

IV.

A principios de 1815 era Cerdeña teniente del célebre batallón Numancia que fue principiado a formar por Yáñez, guerrillero español, y en el mismo año fue este cuerpo incorporado

en la quinta división del ejército expedicionario pacificador de costa firme, que obedecía al teniente general don Pablo Morillo⁸:

Este jefe español, a cuya bisonia conducta debe tanto la causa americana, pudo en aquel momento, si no haber concluido, por lo menos prolongado infinitamente el día de la Independencia de la América del Sur; pero estaba en los designios de la providencia hacerle un instrumento de sus miras inescrutables.

Veamos la justa pintura que de él hace el célebre Baralt:

Morillo era duro y cruel por sistema más que por inclinación; distinto de Morales, Puy, Antoñanzas y otros monstruos que figuran con fama infernal en los fastos coloniales, no estaba desprovisto de sentimientos generosos, y puede decirse que mató por precaución más que por ferocidad. Lo que le hacía mayormente terrible era su profunda ignorancia en todas materias y la necesidad en que se veía de oír los consejos de algunos perversos, sedientos de oro y sangre americana. De estos el peor era el brigadier de Marina don Pascual Enrile, su segundo en el ejército y jefe de su estado mayor, sujeto de buen entendimiento, pero cruel, rapaz y de torpes inclinaciones. Tenía Morillo, es verdad, dos cualidades que con frecuencia mancharon en sangre sus manos: una la cólera, de que se dejaba arrebatar fácilmente, otra una suma desconfianza, rara por cierto en un hombre de genio franco y de un valor a toda prueba. Más brillantes que sus dotes intelectuales y morales eran sus dotes guerreras. En él no habría la ciencia profunda que combina en el gabinete un vasto plan de campaña, ni la inteligencia rápida y luminosa que lo improvisa en el campo

⁸ [N. del A.] Ya desde 1812 servía Cerdeña como cadete a la causa realista.

de batalla; pero sereno en el conflicto, enérgico y activo, mantenedor severo de la disciplina, y querido del soldado era, no ya un general en jefe sobresaliente, pero sí un caudillo muy propio para la guerra americana, donde solo se obraba con pequeñas fuerzas.

Este hombre, pues, que pudo con una política ilustrada como la de don Miguel Herraiz, en Margarita, haber contenido el espíritu reaccionario, y acaso consolidar por largos años el poder español en aquellas comarcas, se dio trazas de exasperar con sus medidas a la población indefensa a tal punto que por todas partes se levantaron partidas a combatir por la Independencia.

Las infamias, robos, asesinatos y persecuciones del bárbaro Moxó levantaron en Barcelona a Monagas, a Rivero en Trapa, a Barreto en Maturín, a Cedeño por las riberas del Tigre, a Zaraza en Caracas, y más que todo a Arismendi en la heroica isla Margarita.

Pronto la conflagración fue general, y los peninsulares no conocieron otro medio de contener la revolución que la muerte y el exterminio. Para dar una idea de la feroz política de estos hombres, recordemos las palabras que escribía Moxó a su teniente Urreiztieta, gobernador de Margarita: «Desechad toda humana consideración, y haced fusilar a todos los que cojáis, con armas o sin ellas, y a los que los hayan auxiliado o auxiliaren, precedido solo un juicio verbal».

Pero los indomables margariteños les probaron con su heroica conducta que un pueblo que quiere ser libre no se detiene en su impetuosa marcha por torturas y patíbulos. La conducta atroz de los españoles fue la causa de la Independencia americana, y ellos probaron hasta la evidencia la verdad de estas palabras del gran escritor que antes hemos citado:

¡Cuán equivocados caminan en las revoluciones los que quieren sofocarlas con tales procederes! Puede alguna vez un castigo severo, impuesto con oportunidad, suspenderlas diez años, y aun cortarlas de raíz cuando el pueblo no toma parte en ellas; pero aun en este caso debe ser impuesto con discernimiento, con justicia, de modo que alcance a pocos, y que los más hallen sosiego y bienestar en la clemencia. ¿Qué sucederá, pues, con un sistema de terror seguido por igual contra todo un partido? Que lo que era un motín se haga una revolución; que la guerra llegue a ser una necesidad vital; que las pasadas injusticias se paguen con terribles represalias; que exaltadas las pasiones, olvidados los lazos de la sangre y violado el derecho de las gentes, no tenga la historia sino horrores y crímenes que segar en la arena del combate.

V.

Cerdeña continuó en el servicio del ejército expedicionario con varia fortuna. Hoy derrotado, mañana vencedor, ora vagando sin pan y sin abrigo por pampas sin límites, por bosques cuajados y caminos intransitables, ora entrando en las ciudades rendidas, y lanzado del abrigo de los cuarteles por los incansables republicanos.

Continuó de este modo en esa larga serie de vicisitudes hasta el 1º de julio de 1816 en que fue ascendido a la clase de capitán de la quinta compañía del batallón Numancia, recibiendo su despacho provisional de Morillo en Santa Fe de Bogotá, empleo en que fue confirmado por el Rey en 20 de octubre del año siguiente.

VI.

Pero aunque sufrido en las privaciones, subordinado a sus superiores como buen soldado, y leal a fuer de español, Cerdeña no podía ver con indiferencia la cruel y desastrosa guerra que el ejército expedicionario hacía a los americanos, pues era tal que parecía no tener más fin que el exterminio de esta raza desgraciada.

Agréguese a esto que el batallón Numancia era compuesto en su mayor parte de venezolanos, gente aguerrida y ya puesta en más de una dura prueba de que la sacara victoriosa su constancia indomable; y que por su nacionalidad no podía ser indiferente a la suerte menguada que cabía a sus compatriotas. Empero no dejó un momento este distinguido cuerpo de ser leal a la causa realista y de prestarle servicios importantes que el teniente general Morillo no supo apreciar como debiera. Antes acosado por uno de los rasgos distintivos de su carácter, una suma desconfianza, dirigió al gobierno de Fernando una comunicación, cuyo duplicado fue interceptado por un corsario francés al servicio de Colombia, y que se apresuraron los patriotas a hacer insertar en el *Correo del Orinoco*.

La falta de estos documentos que nos hace valer de nuestra memoria únicamente nos impide publicar íntegra esta célebre nota, parto digno de la descabellada mollera del jefe realista; pero su contenido se reducía a hacer grandes y merecidos elogios del Numancia, si bien proponía a su majestad que se sirviese hacerle pasar de guarnición al Perú en cambio de uno de los cuerpos de Burgos, a la sazón acantonados en este país.

Ignoró el Numancia los manejos de Morillo, pues estaba por esos días de guarnición en la Nueva Granada, haciendo activo servicio ya en la provincia de Popayán, ya en el valle de Cauca, en donde permaneció sucesivamente los años de 17 y 18.

Las sugerencias de Morillo surtieron el efecto deseado, y la Real Orden de marcha fue comunicada al cuerpo por los últimos meses de 1818. Aun al proceder de este modo teniendo en menos los servicios del Numancia y pagando con una suspicacia indigna su firme adhesión a la causa realista, el Rey honró este distinguido cuerpo, previniendo a los corregidores y gobernadores de las provincias sometidas al dominio español que prestasen todo género de auxilios al batallón y que recibiesen una contenta de su coronel que les sería garantía para continuar en el ejercicio de sus empleos.

El batallón Numancia salió, pues, de Popayán el 4 de febrero de 1819.

VII.

Ofreciendo uno de los ejemplos más raros en la historia, de cuánto pueden la constancia, el valor y la disciplina, empieza aquí el Numancia su marcha de Popayán.

Atraviesa cordilleras elevadas y gargantas inaccesibles como las de Pasto, pasando luego por valles inmensos para caer después en bosques impenetrables y antiguos como el mundo. Ora un torrente se opone al paso, siendo preciso atravesarlo por puentes colgantes y frágiles, ora se interna en ásperas breñas y quiebras agrias y rocosas, acosados por los inconvenientes del terreno y los animales de los bosques. Ya acampan en tierra amiga, en medio de las grandezas de una naturaleza salvaje y majestuosa, ya pasan la noche en la espesura de los bosques en unión de las fieras y de los mil insectos que pueblan los matorrales y acosan al hombre con sus agujones envenenados. De repente se ven obligados a escalar una tierra montañosa y elevada por sendas fragosas y desconocidas, y otras veces se hunden en arenales ardientes, abrasados por los rayos de un sol

de plomo. Ora calados por lluvias incesantes, ora sofocados por furiosos calores, ya amenazados por la naturaleza y el hombre, ya con el miedo inminente de las fiebres producidas por las emanaciones de los lagos y de los pantanos corrompidos.

Piense cualquiera por un momento en la suma de valor, tenacidad y sufrimiento que se requiere para hacer la marcha del batallón Numancia, emprendida el 4 de febrero de 1819 y rendida en Lima el 6 de julio del mismo año!

Tres días antes de su llegada a Lima se detuvieron en la hacienda de Copacabana a limpiar las armas y arreos y dar un punto de reposo a la fatigada tropa, que al divisar a Lima al amanecer del 6, prorrumpió en gritos de gozo y acciones de gracias.

VIII.

Empero no bastó tanta y tan alta prueba de lealtad para hacer que los españoles abandonasen su desconfianza, tan ofensiva para este cuerpo ilustre. Ya para entonces sabían algunos oficiales la nota de Morillo, y de luego a luego se hizo general en la tropa que empezó a manifestar serio disgusto, y a quejarse en alto de la conducta de los españoles.

También habían labrado honda herida en su ánimo las crueles y salvajes escenas de la guerra de Colombia, pues al cabo aquellos hombres eran americanos y no podían ser indiferentes a la suerte mezquina que había cabido a sus compatriotas. Y no solo ellos se quejaban y manifestaban su disgusto profundo, sino que igualmente había llegado el contagio a los oficiales españoles, identificados a su cuerpo por ese amor inexplicable que siente el marino a su embarcación y el soldado a sus filas.

Vino a agravar este mal la solicitud que hicieron algunos jefes españoles al virrey para que fuese desarmado Numancia. No bien se supo esta pretensión, aunque no pase de indicaciones

privadas, cuando el coronel de Numancia D. Ruperto Delgado se dirigió al virrey Pezuela manifestándole que si pensaba desarmar a Numancia tendría que arrancar los fusiles de las manos de sus soldados muertos, pues ninguno entregaría sus armas sino con la vida. Vuelto Delgado al cuartel halló la tropa formada por compañías en sus cuadras y demandando con enérgicas razones a sus oficiales si permitirían la mengua de que fuesen desarmados tan leales soldados.

Lograron con frases persuasivas los oficiales contener su tropa, y el virrey comprendió desde luego que, si tomaba la medida aconsejada por sus tenientes, no sería sin grave quebranto de los suyos, pues a fuer de soldado antiguo comprendía cuánto puede un cuerpo resuelto a todo, como lo estaba Numancia.

De seguidas fue el batallón destinado a varios acantonamientos; y a Cerdeña cupo en suerte la guarnición de Paita a donde fue enviado muy al principio de su llegada al Perú.

IX.

Allí estuvo el capitán con su compañía en la inacción del cuartel sin que ningún suceso notable alterase la calma de la guarnición, hasta que se le destinó mucho tiempo después con sus fuerzas al servicio de la fragata española *Prueba*, que salió con el objeto de apresar una barca patriota nominada *Rosa*, y mandada por el Comodoro Illingrot.

Salió con felicidad en su empresa, si bien la nave española no pudo apresar la ligera embarcación republicana que acosada por enemigo más fuerte encalló, salvando la tripulación que la montaba.

Pero ya entrado el año de 1820, se preparaban grandes sucesos en el Perú.

X.

Imposible era que la celebrada tierra de los incas se mostrase indiferente al movimiento universal de la América, y ya había dado pruebas, aunque infructuosas por desgracia, de que ardía el fuego republicano en el pecho de los descendientes de los incas.

Como esos lejanos ruidos que se oyen en la superficie del mar que encrespa sus olas pausadamente, reventando en espuma al soplo del viento, como seguro presagio de la tempestad, ya en el Perú se sentía por todas partes el movimiento eléctrico que amenazaba el solio de los virreyes.

Tentativas infructuosas no habían hecho más que consolidar el dominio español en esta parte de la América, digna de mejor suerte; pero había llegado la hora al imperio de la Metrópoli, y el Perú debía pasara ser nación independiente.

Mas la guerra no debía hacerse aquí con los medios feroces que en Colombia, ni la conducta de los españoles dio margen a las sangrientas represalias de aquel país, pues la mayor parte de los jefes realistas eran oficiales dignos e instruidos, y no guerrilleros improvisados como los Boves y Zuazolas.

Cuando entró San Martín por la primera vez en 1820, le favorecía la opinión del país, fuertemente pronunciada en favor de la causa de la independencia, si bien como en otras secciones de América aún tenían hondas raíces en el corazón de la masa popular las añejas ideas de la antigua dominación.

Conocida como es esa época, no nos detendremos mucho en ella, por fijar nuestra atención el batallón Numancia, que al aceptar la causa americana dio un gran impulso a la revolución.

XI.

Dicho hemos ya las causas que fueron labrando sordamente la defección del Numancia, el mejor de todos los cuerpos que

formaban el ejército realista, debiendo agregar a ellas la marcada preferencia que se daba a otros batallones por los jefes españoles, pues aún viven entre nosotros oficiales que pertenecieron al Numancia que recuerdan haber visto a los soldados de otros regimientos regalados con esmero en los hospitales de Bogotá, mientras los numantinos apenas tenían en el suelo un mal jergón para abrigarse en sus males.

Todas estas causas y el espíritu de libertad que embriagaba todos los ánimos produjeron al cabo el deseado efecto, y el Numancia se reunió al ejército libertador el 3 de diciembre de 1820.

No fue la menor la parte que tuvo nuestro capitán en esta incorporación, que se debió en mucho a sus esfuerzos, pues con la energía de su carácter salvó los inconvenientes que se presentaron y los peligros de un paso tan arriesgado.

De aquí en adelante ya le seguiremos en las filas republicanas a las órdenes del general San Martín, quien le hizo sargento mayor el 13 de diciembre del mismo año.

Nombrado ayudante del general Arenales, oficial distinguido, español de nacimiento, y al servicio de la República Argentina, hizo a sus órdenes la campaña de la Sierra, que dio el primer triunfo a las armas republicanas.

Penosa fue esta campaña en un terreno fragoso y erizado de obstáculos de la naturaleza, no siendo los menos los que presentaba la población, enemiga en su mayor parte.

Esta campaña de Arenales que desarrollaba un vasto plan de San Martín fue emprendida con éxito, pues ocupó el Cerro de Paseo el 21 de mayo con 2500 hombres después de una pequeña escaramuza con Carratalá. Retirose a Lima entrando en ella el 26 de julio, después de haber logrado aumentar su división hasta 4000 hombres, no sin haber sido acosado y perseguido por Carratalá, hábil y práctico oficial, en quien el sumo valor corría parejo con la consumada pericia militar. Sin embargo, Arenales

hubiera logrado un éxito completo sin esta retirada que tuvo su origen en órdenes expresas de San Martín.

A la vuelta de esta campaña de la Sierra, ya San Martín era dueño de la capital, pues La-Serna se había retirado al interior dejando al general La-Mar con una división de 2000 hombres en las fortalezas del Callao.

XII.

Un año y siete meses permaneció Cerdeña de Mayor hasta el 11 de julio de 1822 que fue elevado a la clase de teniente coronel.

Principiaba el sitio del Callao, estrechado por mar y tierra por las fuerzas republicanas a las órdenes del general Las Heras, sitio en que tomó parte Cerdeña con notable distinción y dando pruebas constantes de su valor y arrojo.

Oigamos cómo describe este sitio un autor contemporáneo⁹:

San Martín, sin contraerse osadamente al interior del Perú, concentró sus fuerzas a la toma de los castillos, y para ello reforzó la división de Las Heras con algunos batallones de los que había traído Arenales, y muy particularmente con el Numancia. Desde entonces el sitio se hizo más riguroso y la acción de los patriotas más agresiva. Los obuses de los independientes empezaron a abatirse con los cañones de los realistas. La infantería amagaba día y noche las fortalezas del Real Felipe y la caballería impedía la introducción de provisiones. No pasaba momento en que las descargas de fusilería dejaran de anunciar algún encuentro parcial. Los realistas se

⁹ [N. del A.] Bilbao, Manuel: *Historia del general Salaverry*, Imprenta de «El Correo», Lima, 1853.

batían al abrigo de las murallas y torreones; los independientes parapetados con el escudo de sus pechos.

La actividad en estrechar el sitio principió el 4 de agosto y duró hasta el 14 del mismo mes, en que se procuró concluirlo por un golpe de mano. El general Las Heras para dar este golpe atrevido eligió de cada cuerpo una compañía de preferencia, y dispuso que mil hombres de infantería marchasen a escape, tras de 150 cazadores a caballo que debían partir de Bellavista, para sorprender la puerta del rastrillo y de este modo entrar en los castillos. A eso de las once del día señalado la columna partió a llenar su misión. Los españoles al divisarla cerraron la puerta con prontitud y rechazaron con un fuego nutrido a los independientes que ya ocupaban los fosos. Se perdió la tentativa y la vigilancia de los realistas fue desde entonces más celosa, hasta el punto de convencer al enemigo de que era imposible la toma del Real Felipe por asaltos. El sitio se contrajo desde luego a la guerra de recursos a reducir la guarnición por el hambre; mas contra este enemigo terrible, la división realista contaba con que el Virrey le auxiliaría en tiempo, y en esto no se engañaba.

Por último, las fortalezas se entregaron el 21 de septiembre.

XIII.

Vemos después a Cerdeña desempeñando varias comisiones, hasta el año de 1823 en que se le dio el mando del batallón número seis que antes fue de cívicos.

Uno de los distintivos más característicos del genio militar de Cerdeña era su espíritu esencialmente organizador, como lo

prueba el estado de disciplina, orden y moralidad en que puso el número seis, pues meses antes no era más que un cuerpo de tropas colecticias, y cuya planta cumplida debió únicamente a nuestro teniente coronel que no excusó fatigas para darle esta organización.

Emprendida la expedición de Santa Cruz a intermedios, uno de los cuerpos que con ella debía marchar fue la legión Peruana, que obedecía al bizarro teniente coronel D. Francisco Jiménez. Imposibilitado de marchar este antiguo oficial de Numancia a consecuencia de una grave dolencia al hígado que le postraba, se encargó el mando de la Legión Peruana a Cerdeña, entonces teniente coronel.

Bueno será que echemos una ojeada a la situación del Perú en aquella época.

El general San Martín que con el candor propio de los grandes hombres había ofrecido al Perú la *felicidad* en su nota de 14 de julio de 1821, había combatido con varia fortuna, midiéndose con un enemigo formidable, y sin hacer uso de las grandes dotes militares con que le adornó el cielo. Sus errores prolongaron la guerra, poniendo en grave riesgo la causa americana.

El 20 de septiembre de 1822 entregó el mando al Congreso constituyente que nombró una junta gubernativa compuesta del general La Mar, ya al servicio de los patriotas, de D. José Alvarado y el conde de Vista-Florida. Después de desprenderse del mando se embarcó para Chile.

Entretanto la capital estaba ocupada por 9000 hombres, y las fuerzas españolas divididas en varios puntos del Alto y Bajo Perú, a las órdenes de jefes veteranos, prácticos y decididos. Graves errores por un lado, la poca actividad de Alvarado por otro, y la atrevida carga de los jefes realistas, ocasionaron la derrota de Torata. En este combate se distinguieron particularmente el 4 de Chile y la Legión Peruana.

IV.

Sufrieron igual revés los republicanos en Moquegua siendo la Legión Peruana la que más notable se hizo en este combate, pues rechazó las diferentes cargas de caballería que le dio el enemigo, después de haber maniobrado a presencia de las balas y cuando el resto de las fuerzas independientes iban en derrota¹⁰.

El 17 de junio desembarcó Santa Cruz en Arica con 5000 hombres, nombrado por Riva-Agüero general en jefe. Pasado el desaguadero se escogió a Cerdeña para mandar la división de vanguardia compuesta de la Legión Peruana, dos compañías de cazadores y un escuadrón de caballería.

Una parte de la expedición de Santa-Cruz al mando de Gamarra marchó sobre Oruro, y el general en jefe tomó la Paz el 7 de agosto. El general Valdés encontró las fuerzas republicanas que venían en su busca el 25 de agosto en los altos de Zepita, trabando desde luego una encarnizada y sangrienta batalla que no tuvo un resultado decisivo, pues Valdés se retiró a Pomata, y Santa-Cruz pasó de nuevo el Desaguadero en demanda de Gamarra.

La Legión Peruana con su jefe a la cabeza hizo prodigios de valor en este desgraciado encuentro, en el cual Cerdeña recibió una gran herida en la pierna izquierda que le hizo caer en el campo donde fue abandonado por muerto.

El general en jefe le nombró sobre el mismo terreno del combate coronel efectivo de la Legión, en un despacho muy honroso para Cerdeña cuyo tenor es el siguiente:

Atendiendo al mérito y servicios del coronel graduado comandante del primer batallón de la Legión D. Blas Cerdeña, y particularmente a los que ha contraído en la

¹⁰ [N. del A.] Bilbao. Los datos históricos han sido tomados de esta obra.

batalla de Zepita en que ha sido herido, distinguiéndose como un bravo, he venido en nombrarlo sobre el campo coronel efectivo del dicho regimiento de la Legión etc.

Herido y prisionero cayó en poder del general Valdés.

Un enemigo ruin y bajo de corazón hubiera aprovechado esta ocasión para saciar en Cerdeña una cumplida venganza, pero el verdadero español es noble en el triunfo y grande con los vencidos. Los guerrilleros que asolaron a Colombia son indignos de pertenecer a esta Nación magnánima y generosa que tan grandes hombres ha dado al mundo.

El general Valdés se portó con Cerdeña como cumple a un caballero, y después de seis meses que estuvo en el cuartel español curándose de las heridas, fue canjeado, entrando de nuevo al servicio de las armas republicanas.

XV.

Entretanto sucedían graves y trascendentales acontecimientos en el Perú.

El Congreso había solicitado la protección de Bolívar, que no vaciló un momento en atender a la voz de sus hermanos, pues este hombre extraordinario jamás vio en toda la América más que una gran familia, querida a su corazón, y a quien consagraba toda su existencia.

La doble guerra emprendida por el Libertador de Colombia contra el gobierno realista y la hidra de la anarquía entronizada en el Perú, se presentaba de tal modo azarosa que solo Bolívar no dudaba del éxito feliz de una situación tan complicada.

Para apreciar la actualidad de aquella época; oigamos la elocuente pluma de un distinguido americano¹¹.

¹¹ [N. del A.] Aneizar, Manuel: *Historia del Gran Mariscal de Ayacucho*.

Aciago y de mal agüero empezó para los republicanos el año de 1824.

El 7 de febrero se amotinaron las tropas que guarnecían las fortalezas del Callao, apoyo y esperanza de los patriotas, y capitaneados por un sargento de nombre Moyano, aprisionaron al negligente gobernador Alvarado con todos sus oficiales. Alegaban por motivo el deseo de ser pagados y restituidos a sus hogares en Chile y Buenos Aires; pero una vez lanzados por la pendiente de la insubordinación, crecieron sus reclamos e insolencias conforme notaban la flaqueza del gobierno, hasta que por último dieron con su honra y sus banderas en una traición aquellos indignos americanos, e izando el pabellón español llamaron a Canterac y le entregaron la plaza. Con esta pérdida no era posible conservar a Lima. En consecuencia el Congreso cerró sus sesiones nombrando a Bolívar dictador, los miembros del gobierno se dispersaron, la ciudad fue evacuada, y el caudillo colombiano acampó entre Pativilca y Huaura con 6000 colombianos y 4000 peruanos recolectados con no poca dificultad¹².

Siete meses transcurrieron en esto, sin orden ni concierto; y la perdición de los patriotas habría sido total e irremediable si la Providencia Divina no hubiese dispuesto que entre los españoles prendieran también las disputas y reyertas sobre quien había de ser Virrey, si Olañeta o La Serna, y quien había de mandarlos a todos. De no ser así, ellos unidos habrían barrido hasta el nombre de libertad de sobre el suelo peruano; mas no

¹² [N. del A.] La retirada de Bolívar a Pativilca se hizo con 3000 colombianos, único resto de las brillantes divisiones patriotas. Estas noticias que hemos recogido de testigos presenciales de conocida veracidad nos hacen creer que el historiador de Sucre ha sufrido una equivocación.

cabe en los destinos del humano linaje la preponderancia de ninguna causa retrógrada, y cuando la locura de los hombres conspira en su daño, una oculta mano poderosa los toma de los cabellos y vuelve a ponerlos sobre el camino recto del progreso.

Olañeta a la cabeza de 5000 hombres de pelea desconoció la autoridad del Virrey, y este acontecimiento importante que debía decidir de la suerte del Perú, fue hábilmente aprovechado por el coronel Cerdeña para hacer un servicio importantísimo a la causa republicana.

Bolívar situado en Caraz debía valerse de esta defección para sacar de ella todo el partido que las apremiantes circunstancias demandaban, pero habría tenido conocimiento de este hecho más tarde sin la actividad de Cerdeña.

No bien lo supo este, cuando emprendió una marcha extraordinaria, empleando solo quince días desde la Paz hasta el cuartel del Libertador.

Si consideramos el estado en que se hallaba el coronel Cerdeña con las heridas no cicatrizadas y la distancia que tuvo que salvar por ásperos caminos, se comprenderá lo atrevido de la marcha, y las ventajas que reportaba a Bolívar el pronto conocimiento de un hecho de tanta trascendencia. Así sucedió en efecto y a sus pronto avisos se debió la rápida campaña de 1824.

XVI.

Con aquella mirada sagaz que leía en los corazones y a veces en las oscuras sombras del porvenir, el Libertador quedó prendado desde luego del bizarro coronel de Zepita, y procuró destinarle a puestos donde reportase la patria abundante fruto de sus servicios.

Bien quisiera el coronel Cerdeña seguir a las órdenes de Bolívar, a quien profesó siempre un respeto y veneración que rayaba en idolatría, pero el Libertador contuvo los ímpetus de su genio guerrero, pues comprendió que no podía el joven coronel hacer una campaña tan reñida, mutilado aún por las balas enemigas.

Nombrole por consiguiente intendente de Lambayeque y comandante general de la costa del Norte.

La actividad de Cerdeña proporcionó al ejército Libertador gran copia de víveres, armamento, caballos dinero, reclusas y todo género de elementos militares a costa de mil desvelos y fatigas, y cooperando tan eficazmente con estos oportunos auxilios al triunfo de las armas republicanas, que el Supremo Gobierno le declaró a su favor, andando el tiempo, la célebre campaña de 1824¹³.

El año siguiente recibió el coronel Cerdeña sus letras de retiro a causa de su invalidez, conforme a la siguiente nota:

República Peruana. El Consejo de Gobierno. Por cuanto el coronel de infantería de ejército D. Blas Cerdeña ha hecho constar haberse inutilizado en la acción de guerra de Zepita, y estar por consiguiente inhábil para

¹³ [N. del A.] República Peruana, Lima, a 4 de enero de 1832. Al Sr. General de División D. Blas Cerdeña.

Sr. general.

El ministro de Guerra en oficio de ayer me transcribe el siguiente supremo decreto que ha merecido la solicitud interpuesta por U. S. con el fin de que se declarase la campaña de Ayacucho.

«En consideración a las atendibles razones y fundamentos que apoyan la solicitud del general de División D. Blas Cerdeña: se declara en su favor la campaña de 1824 que decidió la libertad e independencia del Perú, comuníquese al Estado Mayor Nacional para los fines consiguientes».

Y tengo la honra de comunicarle a U. S. para su conocimiento. Dios guarde a V. S.

G. José Allende.

desempeñar las obligaciones militares de su empleo; por tanto he venido a concederle el retiro que le corresponde con goce de fuero, uso de uniforme, agregación a la Plaza, y la pensión mensual de 192 pesos que le señala el reglamento de retiros de 1816, mandado guardar por suprema orden de 10 de octubre de 1822. Ordено y mando se haya y tenga al expresado D. Blas Cerdeña por tal coronel retirado de infantería de ejército, y que se le guarden las distinciones y prerrogativas que le son debidas por su clase, en virtud del presente despacho, del que se tomará razón en los libros y oficinas respectivas. Dado, firmado de mi mano, sellado con el sello de la República; y refrendado por el ministro de Estado en los Departamentos de Guerra y Marina en el Palacio del Supremo Gobierno en Lima a 23 de abril de 1825. Hipólito Unánue. Tomás de Heres. José María de Pando. Por orden de S. E. Salvador Soyer.

XVII.

Bien pudo Cerdeña haber permanecido en la inacción gozando en el retiro doméstico de los premios concedidos por la nación a sus leales servidores, pero su carácter activo y su buen deseo de servir a la patria se oponían a esta resolución. Por esto aceptó el nombramiento de intendente de la provincia de Ica y comandante general de las costas del Sur: destino que desempeñó a beneplácito de sus superiores y con beneficio de la República.

Bolívar, que tenía la más alta idea de la moralidad de Cerdeña, le escogió después para la Administración de la Aduana de Lima, y un día le hizo llamar a su casa, entonces en la Magdalena, y es fama que entre los dos pasó el siguiente diálogo:

—¿Qué le parece a U. Cerdeña, el empleo de administrador de la Aduana de Lima que le he hecho dar a V.

—Perdone V. E., pero me parece muy mal.

—¿Por qué?

—Porque yo no entiendo una palabra de manejo de rentas, y educado casi desde niño en la milicia, apenas soy adecuado para servir como soldado. Preferiría que V. E. me destinase al mando de algún cuerpo, donde podría ser más útil a la patria.

—No lo dudo pero entienda U. que yo tengo muchos oficiales valientes a quienes confiar los cuerpos del ejército y no tantos hombres honrados a quienes entregar las rentas públicas.

Estas palabras tan honrosas para Cerdeña, se las hemos oído recordar más de una vez con una emoción que le hacía saltar las lágrimas a los ojos.

Permaneció en este destino nueve meses.

Ciertamente que no fueron acciones militares las que ocuparon la vida de Cerdeña después de la batalla de Zepita pero sus servicios a la causa pública no fueron menos distinguidos por eso. Los varios puestos que desempeñó sucesivamente hasta entrar de nuevo al servicio activo de campaña fueron tan útiles a la República como los combates, pues en el ramo administrativo facilitó gran copia de recursos a las armas libertadoras.

XVIII.

Entretanto el Perú era ya libre.

La célebre campaña de Ayacucho acababa de sellar la gran obra emprendida por San Martín, coronando de gloria a Sucre, uno de los jefes más distinguidos de América, y el único de los hombres públicos que bajó inmaculado al sepulcro, víctima del gran bandido de tan funesta celebridad en la historia de las revoluciones americanas.

En la batalla de Ayacucho acabó la gran historia de la rendición del Nuevo Mundo, y empezaron las mezquinas páginas de nuestras contiendas civiles.

Cayó la máscara del patriotismo, y las rivalidades de los jefes pusieron la primera piedra del edificio de las guerras civiles que con tanto esmero hemos procurado coronar desde hace treinta años.

Entregadas las fortalezas del Callao el 23 de enero de 1826 por el denodado Rodil, cuya constancia, valor y lealtad merecerían una historia aparte, cesó el mando español en el Perú, consolidándose la república, si república puede llamarse el caos en que quedó envuelto el país, que no tuvo otro recurso que echarse en manos del general Bolívar, cuyo gran espíritu se vio un tanto embriagado por el vapor del incienso que le quemaban del uno al otro extremo de la nación.

Ya se anunciaban los síntomas de las guerras civiles, y la amenaza de una nacional con Colombia que debía concluir en el año de 1828. Estos sucesos, como todos los escándalos que ha dado al mundo la América española, debieran borrarse de los fastos espléndidos de la guerra de la emancipación, por lo cual lo dejaremos en silencio, sin poner la mano en una herida, no bien cicatrizada todavía.

Ni aun los recordáramos si no creyésemos injusto echar al olvido la parte que cupo a Cerdeña después en la salvación del ejército.

Nombrado general de brigada desde el 30 de junio de 1826¹⁴, en premio de sus importantes servicios a la causa de la

¹⁴ [N. del A.] República Peruana-Simón Bolívar, libertador presidente de la República de Colombia, libertador de la del Perú y encargado del Supremo mando de ella, etc., etc., etc.

Atendiendo a los méritos y servicios del coronel de Infantería de Ejército D. Blas Cardena, he venido en ascenderle a general de brigada de los Ejércitos de la República.

Por tanto, ordeno y mando le hayan y reconozcan por tal, guardándole y haciéndole guardar todas las distinciones y preeminencias que por este título le pertenecen. Para lo que hice expedir el presente, firmado por mí, sellado con el sello de la República y

independencia, fue destinado en la época de que hablamos al mando de los cuerpos de la División de la Guardia, cuyos batallones arreglo y puso en el más perfecto pie de disciplina y regularidad.

Antes de seguir adelante, oigamos a personas muy caracterizadas hablar sobre Cerdeña, y la campaña de 1823 a 1828.

He aquí como se expresa el general Nieto.

Los servicios prestados por el general de División D. Blas Cerdeña en las campañas de 1823 a Intermedios, de 1828 a Bolivia, y de 1829 a Colombia, son notorios y no necesitan más prueba que su misma publicidad. Su desempeño ha sido siempre exacto, ha servido a la República con celo, actividad e interés; ha procurado conservar y adelantar la disciplina de los cuerpos del ejército que en diferentes épocas han estado bajo sus órdenes. Por estos servicios ha obtenido el aprecio, estimación y consideraciones del gobierno a que se cree muy acreedor.

Arequipa, octubre 17 de 1831.

D. Nieto.

Oigamos al coronel D. Pascual Saco.

Justamente me hallaba en la ciudad de Lambayeque en el año de 1824, cuando el Sr. general de división D. Blas Cerdeña, coronel entonces, estaba al cargo de aquella provincia con el mando político y militar de ella; por lo que me consta haber desempeñado aquel destino con la

refrendado por el ministro de Estado en los Departamentos de Guerra y Marina, del que se tomará razón donde corresponda.

Dado en el Cuartel General en la Magdalena, a 30 de junio de 1826. 7° de la Independencia y 5° de la República.

eficacia, justificación y provecho propios de su notoria contracción, probidad e interés al bien de la República. En cuanto a sus servicios en el ejército, y particularmente respecto a las campañas del Sur en el año 23, y a Colombia donde he estado con dicho señor, hallándose en ambas batallas, no tengo más que reproducir cuanto en justicia va expuesto en los precedentes informes; por cuyos útiles servicios y buena opinión justamente adquirida se merece la distinción que se le tributa tan generalmente y goza que le ha prodigado la nación.

Arequipa, octubre 18 de 1851.

Pascual Saco.

Iguals informes leemos del general D. Miguel Benavides, coroneles Bustamante y Allende, D. José María Lastres y D. José Quiroga. Esta información es de las que más honra la hoja de servicios de Cerdeña.

Pero sigamos el hilo de nuestra narración.

XIX.

Uno de los sucesos más notables del año de 1829 fue la guerra con Colombia en la que, como hemos dicho, Cerdeña se distinguió sobradamente por su valor, su respeto a los jefes y su tino en la organización de las tropas.

Vuelto al Perú fue nombrado general de División el 2 de septiembre de 1825¹⁵. Ocupando ya Gamarra el solio presidencial

¹⁵ [N. del A.] República Peruana. El ciudadano Agustín Gamarra, gran mariscal de los Ejércitos Nacionales, presidente provisorio de la República Atendiendo al mérito y servicios del general de brigada D. Blas Cerdeña, he venido en ascenderle a general de División con la antigüedad de doce de agosto de mil ochocientos veinte y ocho. Por tanto ordeno y mando le hayan y reconozcan por tal, guardándole y haciéndole guardar todas las distinciones y preeminencias que por este título le comprenden. Para lo que le

después de tantas luchas y dificultades, tuvo que marchar al Cuzco a sofocar una conspiración encabezada por D. José Gregorio Escardó, coronel de la República, cuyo objeto era constituir un gobierno federal.

El general Cerdeña que desempeñaba por entonces la comandancia general de los Departamentos de Junín y Ayacucho, fue destinado a formar parte de esta expedición, dirigida al Cuzco a destruir la sublevación de Escardó verificada el 25 de agosto de 1830.

Cual fuera la parte que le cupo en esta empresa, dígalo el puesto que le confirió Gamarra, nombrándole comandante general del Departamento, cuando se retiró del Cuzco para tener una conferencia con Santa Cruz, presidente de Bolivia, a cuyo efecto llegó al Desaguadero.

Sirviendo de segundo jefe en el ejército, por nota de 5 de septiembre de 1831 se le mandó nuevamente a desempeñar la prefectura de Arequipa, donde hizo importantísimos servicios al ejército proporcionándole como obra de mil infantes y otros tantos caballos.

En este año fue que el gran mariscal Gamarra, expidió su certificación de 5 de septiembre en Puno, relativa a los méritos y servicios de Cerdeña. Este documento es uno de los que hace más honor a nuestro general.

Me constan los distinguidos servicios, y cuanto expone en este escrito el general ocurrente (Cerdeña), a

hice expedir el presente, firmado de mi mano, bajo el gran sello de la República, y refrendado por el ministro de Estado en el Departamento de la Guerra, de lo que se tomará razón donde corresponda.

Dado en la cesa de Gobierno en Lima a 2 de septiembre de 1829. 10 de la Independencia y 8º de de la República.

Agustín Gamarra. Por orden de S. E. José de Rivadeneira.

quien conozco desde el año de 1820 cuando pertenecía al batallón Numancia, habiendo cooperado con mucha eficacia a que este importante cuerpo se pasase, como lo verificó, a las filas del ejército Libertador. Después por el año de 21 hizo la campaña de la Sierra a las órdenes del general Arenales: el de 23 se halló en la acción de Zepita, a donde peleó esforzadamente por la causa de la Independencia, hasta quedar en el campo mortalmente herido, de cuyas resultas quedó con una pierna inútil; hizo las campañas de Bolivia y de Colombia; y después del funesto suceso del Portete desempeñó con actividad y esmero todas las comisiones que se le dieron para la conservación de la plaza de Guayaquil y de las fuerzas estacionadas en ella hasta el convenio militar de Piura, proporcionando también toda especie de recursos a la tropa y a la escuadra, en medio de las grandes escaseces y desgraciadas circunstancias de aquella época. Por fin ha desempeñado con la honradez que le caracteriza, y siempre de un modo satisfactorio todos los destinos y comisiones que se le han encargado —habiendo adquirido con justicia la reputación de un militar honrado, celoso, exacto y valiente—. Y para que pueda hacer con este documento el uso que le convenga, en crédito de sus servicios, conducta y méritos, entréguesele original.

Gamarra. Por orden de S. E. Ferreyros.

XX.

Después de tantos años, de tan continua y fatigosa lucha, Cerdeña sintió la necesidad de descanso, y al efecto solicitó sus letras de retiro que le fueron concedidas en 1832. Bien podía retirarse sin mengua al abrigo del hogar doméstico el hombre

que había vivido en activa campaña hacía diecisiete años y que se encontraba inválido y cubierto de honrosas cicatrices.

Pero este hombre no había nacido para la inacción. Los sucesos de 1833 obligaron al gobierno a llamarle de nuevo al servicio y él, dócil a su voz, se presentó a principios de enero de 1834.

Empezó de nuevo a prestar sus servicios importantes por la causa del orden contra la revolución armada a la voz del general Gamarra. A sus esfuerzos se debió entonces que la corbeta de guerra *Libertad* fondeada en Huanchaco, y que servía a la facción, se viniese al Callao como en efecto lo verificó, gracias a las medidas tomadas por Cerdeña de acuerdo con D. José Boterín, comandante de la citada embarcación.

El 1° de febrero llegó el general al Callao y fue nombrado desde luego comandante general del Departamento y de la primera división del ejército que iba a organizarse. Tomó el mando de las tropas que guarnecían la capital, y pronto se conocieron los buenos efectos de su pericia y habilidad para la organización de los cuerpos militares.

Ya organizadas estas fuerzas y prontas a entrar en pelea, marchó a Ica con la importante comisión de proporcionar altas y recursos al ejército. Esta comisión la desempeñó con entero beneplácito del gobierno, que a su actividad y celo debió entonces gran copia de recursos para sus fuerzas, como dinero, caballos, mulas, y otros medios de movilidad.

De allí pasó a Huancavelica y se batió en Huailacucho con el denuedo que jamás desmintió en las acciones de guerra.

Cábele y no pequeña parte en la gloria del abrazo de Maquinhuyo, noble hecho que recuerda con orgullo la historia peruana, en que se vio al soldado separarse de sus jefes ambiciosos y abandonándolos a sus pretensiones, proclamar un gobierno legítimo en unión de los mismos hermanos a quienes iba a combatir. Cerdeña se dirigió en el curso de la campaña a los jefes de

la división Bermúdez, y principalmente al coronel Echenique, a quien cupo en suerte la honra y prez de esta jornada.

XXI.

La historia del Perú durante estos años hasta el triunfo de la Nación sobre la Confederación Peruano-Boliviana, sellada con tanta sangre, es la historia de una perpetua lucha entre las pretensiones de un jefe, el patriotismo de algunos, las intrigas de otros, la ambición de un caudillo, y los crímenes que sombrean sus páginas de trecho en trecho, como los cráneos y esqueletos que se ven diseminados sobre los campos de batalla.

No es nuestro ánimo recordarlas. Duele a nuestro corazón americano la memoria de esas luchas estériles, emprendidas en nombre del pueblo, en que el pueblo es la primera víctima, llevada al sacrificio en nombre de palabras hermosas, como los sacerdotes paganos coronaban de flores los corderos que llevaban al altar de los holocaustos.

La guerra emprendida por Santa Cruz con el nombre de Confederación, era una consecuencia de la anarquía del país que quiso explotar en su obsequio un jefe ambicioso. Por varias ocasiones trató Santa Cruz de intervenir en las disensiones domésticas del Perú realizando sus dorados sueños de la unión de estas dos Repúblicas, y creyó llegada la ocasión de intentarlo después de la derrota de Cangallo, en que Nieto vencido por San Román se fue retirando de pueblo en pueblo hasta llegar a Puno donde pensó hacerse fuerte con tropas bolivianas.

¡Notable error!

Las guerras civiles en América han pasado como las fiebres que atacan el cuerpo físico, y después hemos logrado en un punto de paz reponer las perdidas fuerzas; pero sobre los sucesos de

nuestras querellas domésticas, surgirán siempre dos cosas que jamás se borrarán de la memoria: *los patibulos y los auxilios extraños*.

Hoy sin embargo juzgamos aquellos acontecimientos sin las circunstancias que los produjeron y llamamos crímenes lo que entonces se creía necesario. El fallo de la historia aún no se ha hecho su lugar, pues es preciso que desaparezcan los últimos latidos de las pasiones, para que la conciencia imparcial decida de aquellos hechos.

Entonces creyeron algunos, y lo creyeron de buena fe, que la paz de estas Repúblicas hermanas dependía de su estrecha unión, y si bien es cierto que erraron en los medios, no lo es que procedieran de ligero, sino guiados por los instintos del más puro patriotismo.

Uno de ellos fue el general Cerdeña.

Sirvió en esta campaña como en todas, siempre distinguiéndose como el primero y siempre leal a sus deberes. Valiente en el combate, sufrido en la desgracia.

El más notable de estos encuentros fue el de Yanacocha.

Lopera al mando de cuatro compañías se aproximaba a la par del enemigo. Eran ya las diez del día. Antes de llegar al lugar donde Gamarra estaba, recibió orden de hacer alto y atacar. Lopera, jefe obediente y de acreditado valor obedeció al momento y esperó la carga del enemigo. Para destruir esta columna, Santa Cruz destacó dos batallones y un escuadrón de caballería, los cuales marcharon sobre Lopera con resolución. Este dispersó en guerrilla una de las compañías sobre la altura que ocupaba y con las restantes esperó a pie firme formado en batalla. La caballería no era necesaria ni ejerció rol alguno por la naturaleza del lugar.

El enemigo rompió entonces el fuego, dispersando en guerrillas dos compañías de sus fuerzas. Lopera, viendo que no le mataban aún gente, tentó irse sobre ellos, pero a este tiempo la compañía de guerrilleros volvió caras y produjo alguna confusión. Lopera corrió entonces sobre su izquierda y tomando el batallón Cazadores que estaba cerca, volvió a restablecer la calma y a atacar con energía; pero esta calma fue momentánea, pues el batallón se desorganizó al momento a causa de lo novicio en el manejo de las armas. Al efecto acudió el Paruro, y con él Lopera se lanzó al centro del ejército unido. Iba arrollando con cuanto encontraba; los dos batallones bolivianos estaban puestos en fuga y el triunfo parecía seguro. Pero a la par que tan buen aspecto presentaba el combate por este costado, por el ala derecha, el ejército se encontraba en fuga. Le había cargado D. Blas Cerdeña, y desde un principio había ido ganando terreno hasta poner en completa derrota este costado y lograr flanquear el centro¹⁶...

XXII.

Si bien no queremos extendernos mucho en los detalles de las guerras civiles, pues desde luego dijimos que estos eran apenas unos apuntes de que otro pudiera aprovecharse más tarde, no pasaremos en silencio un hecho que prueba la suma sangre fría de Cerdeña y su indomable valor.

Hablamos de la defensa del puente de Arequipa.

Atacado por el impertérrito Salaverry, uno de los hombres más grandes que ha producido el Perú, Cerdeña se defendía en una trinchera en medio de las balas enemigas. Uno de sus

¹⁶ [N. del A.] Bilbao.

ayudantes, el teniente coronel Cereceda, le hizo presente el peligro que corría, a lo cual contestó Cerdeña:

—Ya he dicho a U. que las balas no matan.

Y después de estas palabras se subió a la trinchera a observar los movimientos del enemigo.

Entonces recibió un balazo en la cara que le hizo caer de bruces, rompiéndose la mejilla superior debajo de la nariz. Todos le creyeron muerto por la copiosa hemorragia que le sobrevino en la parte herida.

XXIII.

Migrado después a Guayaquil, fue borrado de la lista militar por el Congreso de Huancayo, hasta que tiempos después, y cesando la época azarosa de las pasiones y de los personales rencores, recordaron al anciano e inválido veterano y le devolvieron sus títulos y grados, elevándolo al de gran mariscal del Perú.

El 7 de mayo de 1835 fue ascendido a esta categoría militar por el general D. Luis José Orbegoso, general de los ejércitos y entonces presidente provisorio de la República.

He aquí las palabras con que el Ejecutivo proponía al Congreso al general Cerdeña para Gran Mariscal del Perú:

Casa de Gobierno en Lima a 15 de septiembre de 1834. Señores diputados secretarios de la próxima Legislatura. Nada habrá sido más lisonjero a S. E. el presidente de la República, que conceder al señor general de División D. Blas Cerdeña, el ascenso que tan justamente le corresponde por sus eminentes servicios a la patria, por su contracción a sus deberes, y por el entusiasmo laudable con que se decidió a sostener la causa del orden; él voló a ofrecer sus servicios al instante que supo la revolución de

enero último; hizo la campaña contra los facciosos mandando la infantería del ejército del Norte, conduciéndose en la acción de Huailacucho con la bizzarria y valor que tiene tan acreditados. S. E., cuando estuvo investido de facultades extraordinarias le habría ascendido, si como expresó la Razón Motivada no se lo hubiera impedido la deficiencia del erario recargado de graves atenciones; pero faltaría a sus deberes si no lo propusiera al Congreso por el digno conducto de V. S. para gran mariscal, como tengo la honra de verificarlo conforme al párrafo 25, artículo 51 de la Constitución, adjuntando su hoja de servicios a fin de que la Representación Nacional se digne prestar su aprobación. Con sentimientos de consideración me suscribo de V. S. atento obsecuente servidor.

Francisco Valle-Riestra.

Vuelto a la patria a consecuencia de la ley de 3 de noviembre de 1845, vivió tranquilo en el seno de su familia, no sin atender siempre a la voz del gobierno cada vez que creyó útiles sus servicios. Este decreto cuyo liberal espíritu honra mucho al Perú debe consignarse en este escrito:

El Congreso de la República Peruana.

Considerando.

I. Que por decreto de 25 de mayo en Matucana disposiciones legislativas de 21 de septiembre y 14 de octubre dadas en Huancayo, fueron proscritos, extrañados y penados varios ciudadanos y entre estos algunos funcionarios.

II. Que estas medidas de circunstancias son ajenas del espíritu del siglo y no pueden considerarse perpetuas como actos de represalia, dictados a consecuencia de la guerra de la Restauración.

III. Que el honor y la justicia pública, y el principio de olvido que ha adoptado por base de su política la Representación Nacional y el Gobierno, exigen la revocación de estas medidas de proscripción;

Ha dado la ley siguiente:

Art. 1°. Se deroga la resolución de 25 de marzo y las leyes de 21 de septiembre y 14 de octubre de 1839 sobre proscripciones y expatriaciones.

2° Las disposiciones mencionadas, en ningún caso perjudican a las personas a quienes ellas comprende.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para que disponga lo necesario a su cumplimiento, mandándolo imprimir, publicar y circular: Dado en Lima a 21 de octubre de 1845. Manuel Salazar, presidente del Senado. Manuel Cuadros, presidente de la Cámara de diputados. Tadeo Chávez, senador secretario. Andrés Avelino Cueto, diputado secretario.

Por tanto, mando se imprima, publique y circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en Lima a 3 de noviembre de 1845. Ramón Castilla. Manuel de Mendiburu¹⁷.

XXIV.

EN 1822 el marqués de Torre-Tagle, Supremo Delegado entonces del Perú, concedió a Cerdeña la medalla de honor mandada dar por orden general del ejército de 13 de diciembre de 1821: «A la lealtad de los más bravos».

Igualmente gozó de otra no menos distinguida que tenía este mote: «Yo fui del Ejército Libertador. En la cuna de los tiranos labré su sepulcro. Zepita, 25 de agosto de 1823».

¹⁷ [N. del A.] «Peruano», tomo XIV, número 18, p. 213.

Otra medalla señalada al ejército peruano pacificador, le fue concedida por el general Ballivián en 1836, y en el mismo año fue nombrado *gran dignatario de la Legión de honor nacional*.

Dos años antes le fue entregada por la República la medalla de oro mandada acuñar para perpetuar la memoria de la publicación de la Constitución de la República, reformada por la Convención.

XXV.

Cerdeña fue un hombre severo en el cumplimiento de sus deberes, y unió la mayor energía a los modales más insinuantes. De genio vivo y afable, era galante como español, y amigo de la agudeza de las bromas.

Antes de ser herido en la cara y la pierna era apuesto y arrogante, de mirada audaz y penetrante, color trigueño y planta marcial. Jamás admitió aquellos destinos que no se hallaba apto para desempeñar, como lo prueba su respuesta a los dos oficios que en 1848 y 49 le dirigió el general D. Pedro Cisneros, prefecto de Arequipa. En 29 de agosto le dirigió el primero nombrándole miembro de la Junta de Estadística, y en 6 de mayo del año siguiente encargándole la dirección del edificio para el establecimiento de un colegio de niñas en aquella ciudad. A ambos contestó Cerdeña agradeciendo la bondad con que se le trataba y la honra que se le hacía, pero declarando al mismo tiempo que no aceptaba por carecer de los conocimientos que tales encargos demandaban.

¡Cuán útil fuera para las repúblicas americanas que esta conducta tuviese imitadores, pues nosotros tenemos la manía de que los hombres han de servir para todo!

Era Cerdeña ostentoso en su casa, y amigo de la holganza y de los placeres del lujo, por lo cual se distinguía en su morada toda la comodidad de lo necesario con las galas de lo superfluo.

XXVI.

Por último, llegó el día en que el guerrero vencedor de tantos combates, a quien habían respetado las balas, rindiase su vida a una dolorosa enfermedad que le atacó el 1° de noviembre. Desde luego comprendió el general que había llegado su hora y con la mayor entereza se preparó a morir con muerte cristiana y resignada. Habló con sus amigos, usando con nosotros mismos de bromas el día antes de su fallecimiento, y viendo venir la muerte con suma entereza. Su robusta naturaleza luchó con el mal brazo a brazo, hasta que al cabo este le rindió el sábado 11 de noviembre a la una y veintiún minutos de la madrugada.

No hubo en Lima una sola persona que dejase de interesarse por la salud del viejo soldado, y su muerte causó una profunda sensación en la capital.

El Gobierno no perdió esta ocasión de probar todo su afecto al gran mariscal, y se expidió este día la siguiente

Orden general

Lima, 12 de noviembre de 1854.

Art. 9° En la noche de ayer ha fallecido en esta ciudad de muerte natural el benemérito Sr. gran mariscal D. Blas Cerdeña. A las diez del día de mañana tienen lugar sus exequias en el templo de la merced, a cuyo acto concurrirán los señores generales, y todos los jefes y oficiales francos de la guarnición.

Para hacer los honores fúnebres que corresponden al finado, asistirá una división compuesta de los batallones Callao y Yungay, de los primeros escuadrones de los regimientos de Lanceros de Torata y Lanceros de la Escolta, y de cuatro piezas de Artillería, cuya fuerza, al mando del general jefe que suscribe, se hallará formada a las ocho y media de la mañana en la plaza mayor para dirigirse de allí a la casa mortuoria.

La procesión para conducir el cadáver a la iglesia se arreglará en el orden siguiente: El escuadrón Lanceros de Torata precedido de un cabo y cuatro batidores; después el general que manda la división; enseguida los dos batallones; luego las piezas de artillería y los caballos del gran mariscal difunto, encapazonados de negro; detrás seguirán los capellanes de los cuerpos, precediendo al féretro en que irá el cadáver descubierto, con sus insignias militares. A continuación marchará el benemérito Sr. gran mariscal general en jefe del ejército con su Estado Mayor y oficiales generales que nombre: Últimamente, cerrará la retaguardia el escuadrón de la escolta precedido de la guardia mortuoria. Se harán tres descargas por uno de los cuerpos de infantería, verificándose la primera al empezar la función, la segunda a la mitad de la misa, y la tercera al terminar el último responso. Concluida la última función de iglesia, la división marchará en el mismo orden hasta el panteón, y allí harán una descarga las cuatro piezas de artillería al tiempo de sepultar el cadáver, a cuya señal en el fuerte de Santa Catalina se dispararán quince cañonazos.

El benemérito Sr. gran mariscal D. José de la Riva Agüero, y los señores generales de División D. Francisco Vidal, D. Manuel Martínez de Aparicio y D. José María Raygada, conducirán la caja mortuoria. El general jefe, Deustua.

Durante los días de su mal, que más fue una porfiada lucha entre la muerte y su naturaleza robusta, el gran mariscal vio acercarse su última hora con ánimo entero y corazón cristiano. Rodeado de sus amigos, asistido por sus deudos, nunca abandonado por los médicos, que agotaron para salvarle todos los recursos de la ciencia, espiró con muerte ejemplar y humildad cristiana, dándose golpes de contrición en el pecho, y murmurando las oraciones que recitaba a su lado un sacerdote de la orden de los agonizantes.

Su muerte fue tranquila y sin larga agonía, pues apenas sintió unos minutos antes, fuertes contracciones en el estómago que produjeron una inquietud de algunos instantes.

El cadáver permaneció expuesto con las insignias de su grado hasta el 12 que fue inyectado.

En la noche todas las comunidades religiosas le entonaron las últimas palabras con que la iglesia honra los difuntos y una guardia de infantería, con bandera enlutada, permaneció en su casa hasta la hora de la ceremonia.

A las once del día 15 empezó la marcha en dirección a la iglesia de la Merced, rompiéndola un escuadrón de caballería, vestido de gala, enseguida dos cuerpos de infantería, después cuatro piezas de artillería con su competente dotación; a estas seguían las comunidades religiosas inmediatamente el cuerpo en hombros de seis soldados y acompañado por el gobierno, las autoridades civiles y militares, y sus deudos y amigos; detrás de estos, cuatro caballos blancos con jaeces de gran lujo, velados con tul negro, y con penachos de plumas del mismo color. En el mismo orden se veía la guardia del cadáver, y por último el escuadrón de flanqueadores de la escolta cerrando la marcha. En este orden salió de la casa del sentido difunto y siguió hasta la esquina de Jesús María, cruzando de allí a la de Baquijano y luego a la Merced.

En el templo, completamente decorado, se le hicieron los honores religiosos: la tropa hizo tres descargas, y a la una y media volvió a emprender el cortejo su marcha en el orden siguiente:

Un escuadrón de caballería.

Dos batallones de infantería, arma al hombro.

Brigada de artillería.

Cuatro caballos de batalla.

El carro fúnebre.

Coche del gobierno.

Coches de los particulares.

Guardia del cadáver con arma a la funerala.

Escuadrón de la Escolta.

Un numeroso gentío ocupaba las calles y los balcones por donde pasaba el cortejo.

Cuando el cuerpo salió de la casa para ser conducido al templo, llevaron las cintas del féretro los generales Raygada, Aparicio, Allende y el Gran Mariscal de la Riva-Agüero.

Así han manifestado el gobierno y la sociedad de Lima la parte que toman en la pérdida del gran mariscal Cerdeña, hombre ilustre en la historia de la Revolución Americana y acreedor por más de un título a la gratitud del Perú.

Las apreciables prendas de su carácter personal le hicieron contar como amigos suyos a cuantas personas le trataron, y estas pruebas de afecto general consolaron y llenaron de paz y satisfacción los últimos instantes del moribundo veterano. Desde los altos mandatarios de la República, cuyas familias velaron constantes en su cabecera, hasta los antiguos soldados que en otro tiempo le siguieron al combate, todos a porfía se empeñaron en manifestar el sincero afecto que tuvieron al que ya descansa en paz. ¡Grato consuelo ha de ser para el que fija vagamente la mirada empañada del moribundo, hallar en todas partes rostros amigos y ojos llorosos que le contemplan con dolor!

XXVIII.

Hemos concluido.

Si una crítica severa nos echase en cara lo mal desempeñado de nuestro trabajo; le diremos que hemos dispuesto de muy poco tiempo para formar estos Apuntes, con los cuales no hemos querido otra cosa que cumplir un deber de gratitud por la amistad con que nos honró el gran mariscal.

Acaso otros se encarguen mañana de formar la historia de los últimos 30 años de las guerras del Perú y entonces estas líneas pueden servirle de base para su empresa.

Lima, noviembre 29 de 1854.

Últimos títulos

- Francisco de Miranda y su ruptura con España

Manuel Hernández González

- Canarias-Uruguay-Canarias

Fernando Carnero Lorenzo

Juan Sebastián Nuez Yáñez (dirs.)

- Los canarios del lago Budi

Maribel Lacave

- Entre el rubor de las auroras

Jesús Giráldez Macía

- Francisco de Miranda y Canarias

Manuel Hernández González

- El canario Miguel Gordillo en la ciencia cubana del siglo XIX

Armando García González

- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo I

Manuel Hernández González

- El Sur dominicano (1680-1795) Tomo II

Manuel Hernández González

- Noticia histórica de Arequipa

Antonio Pereira Pacheco

- Americana Thebaida Tomo I

Fray Mathías de Escobar

- Americana Thebaida Tomo II

Fray Mathías de Escobar

- Crónica de las fiestas de la Candelaria en Matanzas de 1872

Manuel Hernández González [ed.]

- Los canarios en la Cuba

contemporánea

Manuel Hernández González

- Don Domingo Cullen

Félix A. Chaparro

- Álbum patriótico conmemorativo dedicado a la Asociación Canaria

Manuel Fernández Cabrera [ed.]

- Entre la insurgencia y la fidelidad

Manuel Hernández González [ed.]

Entre la insurgencia y la fidelidad

Textos canarios sobre la Independencia venezolana

Manuel Hernández González [ed.]

El protagonismo desarrollado por los canarios en el largo conflicto bélico de la guerra de Independencia en Venezuela fue muy significativo. Los isleños participaron en ambos bandos y tuvieron un comportamiento y una actitud similares a los del conjunto de la sociedad venezolana. Con una edición y estudio crítico de Manuel Hernández González, se recopilan en esta obra una serie de textos, en su mayor parte inéditos o difícilmente accesibles, escritos por canarios. En ellos exponen sus puntos de vista sobre la contienda a través de una notable diversidad de fuentes, tales como autobiografías, correspondencia, relaciones, discursos, proclamas, etc., que enriquecen extraordinariamente el conocimiento que se tenía hasta la fecha sobre sus puntos de vista acerca de la emancipación de esta colonia española.



CEDOCAM
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN
DE CANARIAS Y AMÉRICA



Entre la insurgencia y la fidelidad.
Textos canarios sobre la Independencia venezolana

Manuel Hernández González [ed.]